

**ERIC
AMBLER**

La luz del día



Lectulandia

El mayor error de Arthur Simpson no fue meter la mano en la cartera equivocada, sino meterse a ladrón sin haber valorado antes su extrema torpeza. Fue seguramente esta torpeza la que hizo que, cuando intentaba robarle la cartera a un turista del aeropuerto, este lo descubriera.

Lejos de alarmarse y alertar a la policía, la «víctima» de Simpson, un tal Harper, le propone un peligroso trato: no lo denunciará si se aviene a introducir en Turquía un coche repleto de armas. Ya en la Frontera, las autoridades turcas le sorprenden con ese «equipaje». Entonces, deberá elegir entre espiar y delatar a sus intrigantes socios o pasar una larga temporada entre rejas.

Lectulandia

Eric Ambler

La luz del día

ePub r1.0

eKionh 01.06.13

Título original: *The Light of Day*

Eric Ambler, 1962

Traducción: Damiá Alou

Editor digital: eKionh

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Todo se reducía a lo siguiente: si la policía turca no me hubiera arrestado, la policía griega tampoco lo hubiera hecho. No tuve más remedio que hacer lo que ese tipo, Harper, me dijo. Él fue el único responsable de lo que me ocurrió.

Creía que era americano. Parecía americano: alto, vestido con un traje holgado y ligero, corbata estrecha y cuello abotonado, una de esas caras sin arrugas, de hombre mayor que parece joven o de joven que parece mayor, y el pelo cortado a cepillo. Además, hablaba como un americano; o al menos como un alemán que ha vivido mucho tiempo en los Estados Unidos. Naturalmente, ahora sé que no es americano, pero me produjo esa impresión. Su equipaje, por ejemplo, era inequívocamente americano; cuero, plástico y cierres de oro de imitación. Reconozco un equipaje americano en cuanto lo veo. No me fijé en su pasaporte.

Llegó al aeropuerto de Atenas en un avión proveniente de Viena, donde quizá había llegado desde Nueva York, Londres, Frankfurt, Moscú... o quizá directamente de Viena. No había manera de saberlo. En su equipaje no había etiquetas de hotel. Simplemente supuse que venía de Nueva York. Un error que podría haber cometido cualquiera.

Pero ya basta. Me he oído protestar demasiado, como si tuviera algo de qué avergonzarme; simplemente intento explicar lo que ocurrió, ser franco y no ocultar nada.

La verdad es que no sospeché nada. Naturalmente, lo abordé en el aeropuerto. En mi caso, el negocio del alquiler de coches no es más que una actividad temporal, naturalmente. Soy periodista de profesión, pero Nicki llevaba tiempo quejándose porque necesitaba ropa nueva, y aquella semana había que pagar el alquiler del piso. Tenía que encontrar dinero, y aquel hombre parecía tenerlo. ¿Ganar dinero es un delito? Por cómo se ponen algunos, creerías que sí. La ley es la ley, y desde luego no me quejo, pero lo que no tolero es tanta tomadura de pelo y tanta hipocresía. Si un hombre va al barrio chino solo, nadie le dice nada. Pero si quiere hacerle un favor a otro tipo, a un amigo o un conocido, y enseñarle cuál es el mejor establecimiento, todo el mundo pone el grito en el cielo. Eso no lo soporto. Si hay algo de lo que me enorgullezco es de mi sentido común, de eso y de mi sentido del humor.

Mi nombre real es Arthur Simpson.

¡No! He dicho que iba a ser completamente franco y no ocultar nada, y así será. Mi nombre real completo es Arthur Abdel Simpson. El Abdel se debe a que mi madre es egipcia. De hecho, nací en El Cairo. Pero mi padre era un oficial británico, un regular, y yo soy inglés hasta la médula. Incluso mi educación es típicamente inglesa.

Mi padre llegó a oficial. Cuando yo nací era sargento de intendencia en el

Regimiento Royal East Kent; pero en 1916 ascendió a teniente del Cuerpo de Intendencia del Ejército. Vivíamos en los cuarteles para oficiales casados de Ismailía, donde lo mataron un año más tarde. En aquella época yo era demasiado joven para que me contaran los detalles. Naturalmente, creí que quienes lo habían matado eran los turcos; años después mamá me dijo que lo había atropellado un camión del ejército mientras una noche volvía a casa de la cantina de oficiales.

Mamá tenía su pensión, desde luego, pero alguien le dijo que escribiera a la Asociación Mutua Benéfica del Ejército para Hijos de Oficiales Caídos, y me matricularon en la escuela inglesa de El Cairo. De todos modos, siguió escribiéndoles para hablarles de mi caso, y cuando yo tenía nueve años le dijeron que si tenía algún pariente en Inglaterra con el que vivir, podía ir allí y me pagarían los estudios. Una hermana casada de mi padre vivía en Hither Green, en el sureste de Londres. Cuando la Asociación Benéfica dijo que pagarían veintiséis libras por semana para el mantenimiento, ella dijo que podía alojarme. Para mamá supuso un gran alivio, porque significó que podía casarse con el señor Hafiz, al que yo nunca le había caído bien, pues un día los pillé en la cama juntos y se lo conté al imán. El señor Hafiz se dedicaba al negocio de la restauración y estaba gordo como un cerdo. Era desagradable que un hombre de su edad estuviera en la cama con mamá.

Fui a Inglaterra en un barco para transporte de tropas al cuidado de la matrona de la enfermería. Me alegró ir. Nunca me ha gustado estar donde no me quieren. Casi todos los hombres que había en la enfermería padecían una enfermedad venérea u otra, y yo solía oírlos hablar. Allí me enteré de bastantes cosas útiles, antes de que la matrona, que era (no hay otra palabra) una vieja arpía, los descubriera y me dejase al cargo del instructor de educación física durante el resto del viaje. Mi tía, la que vivía en Hither Green, también era una arpía, pero al menos allí me querían. Estaba casada con un contable que se pasaba la mitad de la vida en el trabajo. Mis veintiséis a la semana le venían muy bien. Conmigo no se atrevía a ser demasiado arpía. De vez en cuando, un hombre de la Asociación Benéfica se pasaba por allí a ver cómo me iba. Si le hubiera ido con el cuento me habrían sacado de aquella casa. Como casi todos los chicos de esa edad, supongo que yo era lo que se llama hoy en día «un poco travieso».

La escuela estaba en la zona de Blackheath que pertenece a Lewisham, y afuera había un gran cartel con letras doradas:

COLEGIO CORAM

Para hijos de caballeros

FUNDADO EN 1781

En lo alto del cartel figuraba el escudo de armas del colegio y el lema *Mens aequa in*

arduis. El profesor de latín dijo que era una cita de Horacio; pero al profesor de inglés le gustaba traducirlo utilizando unas palabras de Kipling: «Si eres capaz de mantener la cabeza cuando todos los demás pierden la suya... ¿serás un Hombre, hijo mío!».

No era una escuela privada como Eton o Winchester; no había internos, allí simplemente íbamos a clase; pero por lo demás no se diferenciaba mucho. Los padres, o (en mi caso) los tutores, tenían que pagar para que fueras allí. Había unos cuantos muchachos becados de las escuelas municipales locales, creo que nos veíamos obligados a aceptarlos por culpa del subsidio de la Junta de Educación, pero en toda la escuela nunca había más de veinte. En 1920 se nombró un nuevo director. Su nombre era Brush, pero lo apodamos «El Hirsuto». Había dirigido un gran colegio privado, y sabía cómo hacer las cosas. Hizo muchos cambios. Tras su llegada, comenzamos a jugar a rugby en lugar de a fútbol, nos agruparon según nuestro nivel de conocimientos en vez de por edad, y se nos enseñó a hablar como caballeros. Echaron a un par de profesores mayores, lo cual no estuvo mal; y El Hirsuto obligó a todos los profesores a llevar sus togas universitarias en las oraciones matinales. Como he dicho, Coram era una escuela con una tradición, y aunque no tan antigua como Eton o Winchester, éramos bastante más antiguos que Brighton o Clifton. De nada sirve empollar como un loco si no posees carácter y tradición. Nos obligó a dejar de leer basura, como las revistas *Gem* y *Magnet*, y nos incitó a la lectura de libros que valieran la pena, escritos por autores como Stevenson y Talbot Baines Reed.

Yo era muy joven cuando mataron a mi padre, y no lo conocí demasiado; pero siempre he recordado algunos de sus dichos preferidos; quizá porque se los oí repetir a menudo a mamá o a sus amigos del ejército. Uno de ellos era: «Nunca te presentes voluntario para nada». Y otro: «No hay mente que pueda con la estupidez».

Desde luego, no parecen los principios que han de guiar el comportamiento de un oficial y caballero, ¿verdad? Bueno, tampoco estoy tan seguro de eso; pero no lo discutiré. Solo voy a decir que eran los principios que guiaron el comportamiento de un soldado profesional de gran sentido práctico, y que funcionaron en Coram. Por ejemplo, muy pronto descubrí que nada irritaba tanto a los profesores como una letra descuidada. En el caso de algunos, si te hacían una pregunta y dabas una respuesta errónea pero con buena letra, sacabas casi tan buena nota como si escribías la respuesta adecuada con mala letra o entre manchas y borrones. Siempre he sido muy pulcro escribiendo. Por otra parte, cuando un profesor hacía una pregunta y decía: «Que levanten la mano los que la saben», podías levantar la mano aunque no supieras la respuesta, siempre y cuando dejaras que los más entusiastas la levantaran primero, y siempre y cuando sonrieras. Sonreír —quiero decir de manera agradable, no con burla ni suficiencia— era muy importante en toda ocasión. Los profesores no se preocupaban mucho por ti si dabas la sensación de tener una conciencia limpia.

Yo me llevaba bastante bien con mis compañeros. Como había nacido en Egipto, me llamaban «Moreno», pero, como tenía el pelo tan claro como mi padre, no me importaba. Me cambió la voz bastante pronto, a los doce años. Al cabo de poco comencé a ir a Hilly Fields de noche con un chaval de quinto llamado Jones IV, que tenía quince años, y con el que solíamos ir a ligar con las chicas, a «pelar la pava», como decían en el ejército. Pronto descubrí que algunas chicas no se molestaban si escurrías la mano bajo la falda, ni siquiera si la ponías un poco más arriba. A veces nos íbamos a dormir muy tarde. Eso significaba que tenía que levantarme muy temprano y hacer los deberes, o hacer que mi tía escribiera una nota en la que decía que la noche anterior había tenido que acostarme temprano porque tenía fiebre y dolor de cabeza. Si las cosas se ponían muy mal, siempre podía copiarle los deberes a un chaval llamado Reese y escribirlos en el lavabo. Tenía la cara cubierta de acné y no le importaba que le copiaras; de hecho, creo que le gustaba. Pero tenías que andarte con ojo. Era uno de esos ratones de biblioteca, y normalmente nunca se equivocaba en nada. Si le copiabas palabra por palabra, te arriesgabas a que te pusieran una nota demasiado buena. En mi caso, eso haría sospechar al profesor. En una ocasión saqué un diez en un examen de química, y el profesor me dio con la palmeta por hacer trampas. Nunca me había caído bien, y tiempo después me vengué echándole un tubo de ensayo lleno de ácido sulfúrico (concentrado) en el sillín de su bicicleta; pero siempre recordé la lección que me enseñó aquel incidente. Nunca intentes fingir que eres mejor de lo que eres. Creo que puedo decir con justicia que nunca lo he hecho.

Naturalmente, la educación en un colegio privado inglés está pensada para forjar el carácter, para que un muchacho salga de allí sabiendo lo que es el juego limpio y con unos sólidos valores, para enseñarle a estar a las duras y a las maduras, y para que parezca un caballero y hable como tal.

Al menos eso fue lo que Coram hizo por mí; al volver la vista atrás, supongo que debería estar agradecido. De todos modos, no puedo decir que el proceso me gustara. Por ejemplo, pelearse: supuestamente era algo muy viril, y si no te gustaba te llamaban «cagueta». No creo que sea cobarde no querer que alguien te dé un puñetazo que te haga sangrar la nariz. El problema era que cuando yo devolvía el puñetazo siempre me dislocaba el pulgar o me arañaban los nudillos. Al final, descubrí que la mejor manera de devolver el golpe era con la cartera de colegial, sobre todo si llevabas una pluma o el borde afilado de una regla asomando por la abertura; pero siempre he tenido aversión a cualquier tipo de violencia.

Igual que la tengo a la injusticia. Mi último curso en Coram, del que debería haber disfrutado porque era el último, fue un completo desastre.

El responsable fue Jones IV. Por entonces ya se había ido de la escuela, y trabajaba para su padre, que era dueño de un garaje, pero de vez en cuando yo seguía

yendo con él a Hilly Fields. Una noche apareció con un largo poema mecanografiado en cuatro folios. Un cliente del garaje se lo había regalado. Se titulaba «El hechizo», y supuestamente lo había escrito Lord Byron. Comenzaba diciendo:

*Un oscuro y bochornoso día,
mientras en la cama de mi buhardilla yacía,
mis pensamientos, pues medio soñando estaba,
los interrumpió una argéntea carcajada,
que cayó sobre mi oreja asombrada,
y sonó fuerte, clara, y no muy alejada.*

Bueno, pues resultaba que la carcajada llegaba a través de un agujero en la pared, detrás de su cama, así que él miraba por el agujero.

*Un joven y una doncella en un aposento estaban,
y de la más bella flor de la juventud gozaban.*

Seguía describiendo lo que el joven y la doncella hacían juntos en la siguiente media hora; de manera muy poética, desde luego, pero con todo detalle. La cosa era realmente fuerte.

Hice copias y dejé que algunos de los chavales de la escuela lo leyeran. Después comencé a cobrarles cuatro peniques cada vez que les dejaba una copia. Estaba ganando mucho dinero cuando un chaval de cuarto curso se dejó una copia en el bolsillo de su chaqueta de criquet y su madre la encontró. Su marido se la envió a El Hirsuto junto con una carta de queja. El director comenzó a interrogar a los muchachos para averiguar quién había empezado aquello, y, naturalmente, al final me tocó a mí. Yo dije que me la había dado un muchacho que se había marchado el curso anterior —El Hirsuto no podía hacer nada—, pero me parece que no me creyó. Se quedó sentado, dando golpecitos en su escritorio con el lápiz, y exclamando cada vez «inmunda porquería». Tenía la cara muy roja, casi como si estuviera avergonzado. Recuerdo que me pregunté si no sería un poco «rarito». Al final dijo que como era mi último curso no me expulsaría, pero que no debía relacionarme con los alumnos más jóvenes durante el tiempo que me quedaba en el colegio. No me dio con la palmeta ni escribió a la Asociación Benéfica, lo cual fue un alivio. Pero de todos modos fue una mala experiencia, y me afectó bastante. De hecho, creo que fue la razón por la que no aprobé el examen de final de secundaria.

En Coram, pasar ese examen era algo que se tomaban muy a pecho. Al parecer, era imposible conseguir un trabajo respetable en un banco o una compañía de seguros si no lo aprobabas. Yo no quería trabajar en un banco ni en una compañía de seguros

—el señor Hafiz había muerto, mamá quería que volviera y me ocupara del restaurante—, pero de todos modos fue una decepción. Creo que si El Hirsuto hubiera sido menos estrecho de miras y más comprensivo, y no me hubiera hecho sentir como si hubiera cometido un delito, las cosas habrían sido distintas. Yo era un muchacho sensible y creía que había decepcionado a Coram. Por esa razón nunca solicité ingresar en el Club de Antiguos Alumnos de Coram.

Ahora, naturalmente, lo recuerdo todo con una sonrisa. Lo que quiero dejar claro es que las personas que tienen autoridad —directores de colegio, agentes de policía— pueden hacer mucho daño por el mero hecho de no comprender el punto de vista de sus semejantes.

¿Cómo iba yo a saber qué clase de hombre era Harper?

Como ya he explicado, simplemente había ido al aeropuerto de Atenas para ganar un poco de dinero. Me fijé en ese hombre cuando salía de la aduana y vi que llevaba el billete en una carpeta de American Express. Le di dos dracmas a uno de los mozos para que me consiguiera el nombre del sujeto de su impreso de aduanas. A continuación hice que una de las azafatas uniformadas de la compañía aérea le entregara mi tarjeta y el mensaje: «Un coche espera fuera al señor Harper».

Es un truco que he utilizado muchas veces y que casi siempre ha funcionado. No muchos americanos o ingleses hablan griego demótico; y después de pasar la aduana del aeropuerto, sobre todo cuando hace calor, ser zarandeados por los mozos de equipajes y recibir codazos a diestro y siniestro, lo único que quieren es largarse con alguien que pueda comprender el idioma y se encargue de la propina. Aquel día realmente era muy caluroso y húmedo.

Cuando el señor Harper apareció por la salida de aduanas, me dirigí hacia él.

—Por aquí, señor Harper.

Se detuvo y me miró de arriba abajo. Le dirigí una sonrisa servicial que no me devolvió.

—Espere un momento —dijo de manera cortante—. Yo no he pedido un coche.

Puse cara de perplejidad.

—Me ha enviado American Express, señor. Dijeron que querían un conductor que hablara inglés.

De nuevo se me quedó mirando, hasta que se encogió de hombros.

—Muy bien, de acuerdo. Voy al hotel Grande-Bretagne.

—Perfecto, señor. ¿Ese es su equipaje?

Poco después de coger la carretera de la costa en Glifada, comenzó a hacerme preguntas. ¿Era inglés? Como siempre, esa la esquivé. ¿Era mío el coche? Siempre quieren saberlo. Pues resulta que el coche es mío, y a esa pregunta tengo dos respuestas. El coche es un Plymouth de 1954. Con un americano presumo de los miles de kilómetros que ha hecho sin el menor problema. A los ingleses les coloco el

envarado rollo de que, en cuanto ahorre un poco, lo daré como entrada para conseguir un Austin Princess o un Rolls-Royce viejo, o algún otro coche de auténtica calidad. ¿Por qué no decirle a la gente lo que quiere oír?

Ese tal Harper parecía como todos los demás. Escuchaba y hacía un gruñido de vez en cuando mientras le soltaba mi perorata. Cuando sabes que comienzas a aburrirlos, seguro que todo va a salir bien. Entonces, te callas. No me preguntó por qué vivía y trabajaba en Grecia, como suelen hacer muchos. Me dije que probablemente eso vendría después; es decir, si con él me esperaba algún después. Tenía que averiguarlo.

—¿Ha venido a Atenas por negocios, señor?

—Puede.

Lo dijo en un tono que se acercaba mucho a «ocúpate de tus asuntos», pero fingí no darme cuenta.

—Lo pregunto, señor —añadí—, porque si necesitara un coche y un conductor mientras está aquí, podría ponerme a su disposición.

—¿Ah sí?

No era una respuesta alentadora, pero le expliqué cuál era la tarifa diaria y las diversas excursiones que podíamos hacer si lo que deseaba era un poco de turismo: Delfos y el resto.

—Me lo pensaré —dijo—. ¿Cómo te llamas?

Le entregué una de mis tarjetas por encima del hombro y lo observe por el retrovisor mientras la leía. A continuación se la metió en el bolsillo.

—¿Estás casado, Arthur?

La pregunta me pilló por sorpresa. Generalmente no te preguntan por tu vida privada. Le hablé de mi primera mujer, a la que había matado la explosión de una bomba en los altercados de Suez de 1956. No le mencioné a Nicki. No sé por qué; quizá porque en aquel momento no quería pensar en ella.

—Me has dicho que eres británico, ¿verdad? —preguntó.

—Mi padre era británico, señor, y yo me eduqué en Inglaterra. —Lo dije con cierta frialdad. No me gusta que me interroguen de esa manera. Pero él insistió.

—Bueno, ¿de qué nacionalidad eres?

—Tengo pasaporte egipcio. —Aquello era totalmente cierto, aunque no asunto suyo.

—¿Tu esposa era egipcia?

—No, francesa.

—¿Tuvisteis hijos?

—Por desgracia no, señor. —Ahora mi tono era muy frío.

—Entiendo.

Se recostó en el asiento, se puso a mirar por la ventanilla y tuve la sensación de

que, de pronto, se había olvidado completamente de mí. Me acordé de Annette, y de lo acostumbrado que estaba a contar que la había matado una bomba. Era casi como si también yo comenzara a creérmelo. Cuando me detuve delante del semáforo de la plaza Omonias, me pregunté qué habría sido de ella, y si el galante caballero por el que me había abandonado habría conseguido darle los hijos que decía querer. No soy rencoroso, pero no podía evitar el deseo de que considerara que la esterilidad era suya, no mía.

Aparqué delante del hotel Grande-Bretagne. Mientras los mozos sacaban las maletas del coche, Harper se volvió hacia mí.

—Muy bien, Arthur, trato hecho. Pienso quedarme aquí tres o cuatro días.

Me quedé sorprendido y aliviado.

—Gracias, señor. ¿Mañana le gustaría ir a Delfos? El fin de semana está abarrotado de turistas.

—Hablaremos de eso más adelante. —Se me quedó mirando un momento e hizo una leve sonrisa—. Creo que esta noche me apetece salir por la ciudad. ¿Conoces algún lugar interesante?

Mientras lo decía, me lanzó un sutilísimo guiño. De eso estoy seguro.

Sonreí discretamente.

—Desde luego, señor.

—Ya me lo parecía. Recógeme a las nueve. ¿De acuerdo?

—A las nueve, señor. Haré que el portero telefonee a su habitación en cuanto llegue.

En aquel momento eran las cuatro y media. Me dirigí a mi piso, aparqué el coche en el patio y subí.

Nicki no estaba, naturalmente. Solía pasar la tarde con sus amigos, o eso decía. Yo no sabía quiénes eran esos amigos, y nunca le hacía demasiadas preguntas. No quería que me mintiera, y si tenía un amante en el club, tampoco quería saberlo. Cuando un hombre de mediana edad se casa con una joven muchacha atractiva, debe aceptar ciertas posibilidades con filosofía. Había dejado esparcida por la cama la ropa que llevaba para estar por casa, y derramado un poco de perfume, de manera que la habitación olía más a ella de lo normal.

Había una carta para mí de una revista de viajes inglesa a la que había escrito. Querían que les mandara algunas muestras de mi trabajo para considerarlas. Rompí la carta. ¡Casi treinta años trabajando para revistas y me tratan como a un aficionado! Mandas una muestra de trabajo, y antes de que te des cuenta te han robado tus ideas sin pagar un penique. Me ha pasado muchas veces, pero no volveré a picar. Si alguna revista quiere que escriba para ella, que me haga una oferta en firme para pagarme a la entrega del trabajo, más los gastos por adelantado.

Hice algunas llamadas telefónicas para asegurarme de que la velada con Harper

iría sobre ruedas, y a continuación baje al café a tomar un par de copas. Cuando volví a casa me encontré con Nicki, que ya se había cambiado para ir a trabajar al club.

Después de casarnos, yo quise que dejara de trabajar. Pero ella prefirió seguir con su empleo. Supongo que algunos maridos se pondrían celosos ante la idea de que su esposa practicase la danza del vientre prácticamente sin ropa delante de otros hombres; pero yo no soy estrecho de miras. Si ella decide ganar un poco de dinero extra para sus gastos, es cosa suya.

Mientras se vestía, le hablé de Harper e hice un chiste con las preguntas que me había hecho. Pero no le hizo gracia.

—Eso no parece tan fácil, papi —dijo. Cuando me llama «papi» de ese modo significa que está de buenas.

—Tiene dinero y quiere gastarlo.

—¿Cómo lo sabes?

—He telefoneado al hotel y he pedido que me pusieran con él en la habitación 230. El telefonista me ha corregido, de manera que ahora tengo su número de habitación. La conozco. Es una suite grande con aire acondicionado.

Me miró con una leve sonrisa y suspiró.

—¿Te encanta, verdad?

—¿El qué?

—Averiguar cosas de los demás.

—Es por mis años de periodista, *chérie*, mi olfato para las noticias.

Me miró poco convencida, y me dije que ojalá le hubiera dado otra respuesta. Siempre me ha resultado difícil explicarle por qué ahora ciertas puertas me están cerradas. Reabrir viejas heridas es absurdo, y doloroso.

Se encogió de hombros y siguió vistiéndose.

—¿Lo traerás al club?

—Creo que sí.

Le serví un vaso de vino y me puse otro para mí. Se bebió el suyo mientras acababa de vestirse y a continuación salió. Me dio unas palmaditas en la mejilla rumbo a la puerta, pero no me besó. Ya no estaba de buenas. «Un día —me dije— se irá y no volverá».

Pero no soy de los que se dejan abatir. Si llegara a pasar, me dije, entonces adiós muy buenas. Me serví otro vaso de vino, me fumé un cigarrillo, y pensé de qué manera diplomática podía averiguar en qué tipo de negocio estaba metido el tal Harper. Creo que debí de intuir que había algo oscuro en él.

A las nueve menos cinco encontré un aparcamiento en la avenida Venizelos, justo en la esquina del hotel Grande-Bretagne, y pedí que avisasen a Harper de que lo estaba esperando.

Bajó al cabo de diez minutos y lo llevé hasta el coche. Le expliqué que no

dejaban que los coches privados aparcaran delante del hotel.

Me contestó de un modo que me pareció desagradable:

—¿Y a mí qué?

Me pregunté si habría estado bebiendo. Muchos turistas que en su país acostumbran a cenar temprano se ponen a beber ouzo para matar el rato. A las diez, cuando casi todos los atenienses comienzan a pensar en la cena, los turistas están demasiado trompas y ya no saben lo que dicen ni lo que hacen. Sin embargo, Harper estaba demasiado sobrio. Eso lo averigüé enseguida.

Cuando llegamos al coche, abrí la portezuela de atrás para que entrara. Pero él abrió la puerta del otro lado y se sentó en el asiento del copiloto. Muy democrático. Pero yo prefiero que mis pasajeros vayan en el asiento de atrás, donde puedo vigilarlos por el retrovisor.

Rodeé el coche y me senté tras el volante.

—Bueno, Arthur —me dijo—, ¿dónde vas a llevarme?

—¿Quiere cenar primero, señor?

—¿Qué me dices de algo de marisco?

—Le llevaré al mejor restaurante de marisco, señor.

Lo llevé hasta el amarradero de yates de Turkolimano. Uno de los restaurantes me paga una buena comisión. El muelle es realmente muy pintoresco, y Harper asintió complacido al mirar a su alrededor. A continuación lo llevé al restaurante y le presenté al cocinero. Cuando hubo escogido la comida y una botella de vino de Patras seco, se me quedó mirando.

—¿Tú ya has comido, Arthur?

—Comeré algo en la cocina, señor. —De ese modo él pagaría mi cena sin enterarse, y también mi comisión.

—Come aquí conmigo.

—No es necesario, señor.

—¿Quién ha dicho que lo sea? Te pido que te sientes conmigo.

—Gracias, señor. Estaré encantado.

Más democracia. Nos sentamos a una mesa de la terraza, junto a la orilla, y comenzó a preguntarme por los yates anclados en el puerto: cuáles eran de propiedad privada y cuáles podían alquilarse. También me preguntó cuál era el precio normal de alquiler.

Yo conocía las condiciones alquiler de uno de los yates, un queche de dieciocho metros con dos motores diésel, y le dije el precio: ciento cuarenta dólares americanos al día, en el que se incluía una tripulación de dos personas, combustible para ocho horas de navegación y todo lo demás, excepto la comida de los pasajeros y los tripulantes. El precio real era de ciento treinta dólares, pero me dije que si por casualidad iba en serio, podía quedarme con la diferencia como comisión de

intermediario. También quería ver cómo reaccionaba ante esas cifras; si se echaba a reír, como haría cualquier asalariado, o me preguntaba por el número de personas que cabían. Se limitó a asentir, y a continuación me preguntó por las lanchas motoras que podían ir a alta mar sin tripulación.

A la luz de lo que había ocurrido, creo que este punto es especialmente importante.

Le dije que lo averiguaría. Me preguntó por las agencias de alquiler. Le di el nombre de una que conocía personalmente, y le hice saber que los demás no eran de fiar. También le dije que no creía que los propietarios de las embarcaciones más grandes quisieran alquilarlas sin que su tripulación estuviera a bordo. A eso no hizo comentario alguno. Después me preguntó si sabía si los yates alquilados que salían de Turkolimano o de El Pireo solo cubrían aguas griegas o podían «salir al extranjero», por ejemplo, cruzar el Adriático hasta Italia. Otro punto importante. Le dije que no lo sabía, lo cual era cierto.

Cuando llegó la cuenta, preguntó si podía cambiar un cheque de viajes de American Express de cincuenta dólares. Aquello ya me gustó más. Asentí, y arrancó un cheque de cincuenta dólares de un talonario de diez. Era lo mejor que había visto aquel día.

Salimos poco antes de las once, y lo llevé hasta el club.

El club es prácticamente una copia del Lido, el *night-club* de París, pero más pequeño. Le presenté a John, el propietario del local, y procuré dejarlo un rato solo. Estaba totalmente sobrio, y me dijo que si no tenía compañía bebería más; pero no sirvió de nada. Tuve que entrar, sentarme y beber con él. Era tan posesivo como una mujer. Yo estaba atónito. Si en lugar de ser, bueno, un periodista tripón hubiera sido un jovencito de aspecto lozano, lo habría comprendido... no aprobado, desde luego, pero sí entendido. Pero él era unos diez o quince años más joven que yo.

En las mesas del club tienen velas, y puedes ver la cara de la gente. Cuando empezó el espectáculo, me fijé en su cara. Miraba a las chicas, Nicki entre ellas, como si fueran moscas al otro lado de una ventana. Le pregunté qué le parecía la tercera por la izquierda... Nicki.

—Tiene las piernas demasiado cortas —dijo—. Me gustan con las piernas más largas. ¿En esa habías pensado?

—¿Pensado? No le entiendo, señor. —Harper comenzaba a desagradarme profundamente.

Me lanzó una mirada.

—Déjate de tonterías —dijo de manera brusca.

Bebíamos brandy griego. Cogió la botella y se sirvió otro. Vi cómo los músculos de la mandíbula le temblaban como si estuviera furioso. Evidentemente, algo que yo había dicho, o que él creía que yo había dicho, le había molestado. Estuve a punto de

decirle que Nicki era mi mujer, pero no lo hice. Justo entonces recordé que solo le había hablado de Annette, de que la había matado una bomba.

Apuró el brandy de un trago y me dijo que pidiera la cuenta.

—¿No le gusta este sitio, señor?

—¿Hay algo más que ver? ¿Después empiezan a desnudarse?

Sonreí. Era la única respuesta posible a tamaña ordinariéz. En cualquier caso, no puse objeción alguna a acelerar el programa nocturno.

—Hay otro lugar —dije.

—¿Cómo este?

—La diversión, señor, es más individual y privada. Escogí las palabras con mucho cuidado.

—¿Te refieres a un prostíbulo?

—Yo no lo llamaría así, señor.

Me lanzó una sonrisa de suficiencia.

—Apuesto a que no. ¿Qué te parece *maison de rendez-vous*? ¿Lo encuentras más fino?

—El local de Madame Irma es muy discreto y todo allí es de un gusto exquisito, señor.

Negó con la cabeza, divertido.

—¿Sabes, Arthur? —dijo—. Si te afeitaras mejor y te hicieran un buen corte de pelo, podrías ofrecerte como mayordomo donde quisieras.

Por su expresión no supe deducir si me estaba insultando de manera deliberada o solo hacía un chiste de mal gusto. Parecía aconsejable inclinarse por la segunda opción.

—¿Esto es lo que los americanos llaman «pitorrearse», señor? —le pregunté educadamente.

Eso pareció divertirlo aún más. Soltó una risita estúpida.

—Muy bien, Arthur —dijo por fin—, muy bien. Lo haremos a tu manera. Vamos a ver a tu Madame Irma.

Eso de «tu Madame Irma» no me hizo gracia, pero fingí no darme cuenta.

Irma regenta una casa muy bonita con jardín en la carretera de Kefisia. Nunca ha tenido más de seis chicas al mismo tiempo, y las cambia cada pocos meses. Los precios son altos, desde luego, pero todo está muy bien pensado. Los clientes entran y salen por puertas distintas para evitar encuentros embarazosos. Las únicas que ven a los clientes son Irma, Kira, que se encarga de las finanzas y, naturalmente, la chica que el cliente elige.

Harper pareció impresionado, y digo «pareció» porque fue muy cortés con Irma cuando los presenté, y la felicitó por la decoración del lugar. Irma es una mujer atractiva, y le gustan los clientes de aspecto presentable. Tal como había esperado, no

fingió estar encantado de que la acompañara a esa mesa. En cuanto Irma le ofreció una copa, me lanzó una mirada indicándome que me fuera.

—Te veré luego —dijo.

Estaba seguro de que todo iría bien. Me fui a la habitación de Kira a recoger mi comisión y le dije cuánto dinero llevaba Harper encima. Ya era más de medianoche. Le dije que no había cenado y que iba a comer algo. Me dijo que aquella noche no había muchos clientes y que podía ir con calma.

Cogí el coche y me dirigí de inmediato al hotel Grande-Bretagne, aparqué en la calle de al lado, fui al bar y pedí una copa. Si alguien se fijaba en mí y me recordaba después, podía explicar mi presencia allí.

Apuré la copa, le di una buena propina al camarero y recorrí el vestíbulo hasta llegar a los ascensores. Son automáticos; los haces funcionar pulsando un botón. Me dirigí a la tercera planta.

La suite de Harper daba al patio interior, lejos del bullicio de la plaza Síntagma, y las puertas no se veían desde el pasillo. Los camareros de planta ya no estaban de servicio. Todo fue fácil. Como siempre, llevaba mi llave maestra escondida en un viejo monedero; pero tampoco la necesité en aquella ocasión. Bastantes puertas de las salitas que comunican con las suites de la parte más antigua del hotel se pueden abrir desde fuera sin llave, a no ser que se haya cerrado expresamente, claro; para los camareros del servicio de habitaciones es más fácil entrar con las bandejas si se mantienen abiertas. A menudo la doncella que hacía las camas a última hora no se molestaba en cerrar con llave. ¿Por qué iba a hacerlo? Los griegos son personas especialmente honestas y se fían unos de otros.

El equipaje de Harper estaba en la habitación. Ya lo había tocado aquel día, cuando en el aeropuerto lo metí en el coche, por lo que no debía preocuparme por las huellas.

Primero me dediqué a su maletín. Había muchos papeles comerciales —algo relacionado con una compañía suiza llamada Tekelek, que fabricaba calculadoras—, pero no les presté atención. Había también una cartera con dinero —francos suizos, dólares americanos y marcos de Alemania Occidental—, junto con los resguardos amarillos de cheques de viaje por valor de más de dos mil dólares. Los resguardos se conservan por si pierdes los cheques y quieres impedir que se paguen. Dejé el dinero donde estaba y cogí los resguardos. Encontré los cheques en el bolsillo lateral de una maleta. Había treinta y cinco, cada uno por valor de cincuenta dólares. Su nombre de pila era Walter, y la inicial de su segundo nombre K.

Por lo que sé, casi todo el mundo es extraordinariamente descuidado con sus cheques de viaje. Como se necesita su firma para hacer efectivo un cheque, suponen que solo ellos pueden negociarlo. Sin embargo, cualquiera que tenga ojos en la cara es capaz de copiar la firma original. No se necesita ninguna habilidad especial; la

prisa, el calor, una pluma distinta, un mostrador de altura incómoda, escribir de pie en lugar de hacerlo sentado: hay una docena de factores que pueden explicar las pequeñas variaciones de la segunda firma. Tampoco la examina un experto en caligrafía, al menos cuando se hace efectivo; y, en general, solo en los bancos el cajero pide ver el pasaporte.

Y hay algo más: si llevas dinero en el bolsillo, generalmente sabes, de manera aproximada, cuánto tienes. Cada vez que pagas algo, te entregan un recibo; puedes ver y palpar lo que te queda. No ocurre lo mismo con los cheques de viaje. Lo que ves, cuando miras, es una carpetita azul con cheques dentro. ¿Con qué frecuencia cuentas los cheques para asegurarte de que están todos? Supongamos que alguien saca el último cheque del talonario. ¿Cuándo te darás cuenta de que te falta? Me apuesto cien contra uno a que eso no ocurrirá hasta que no hayas utilizado todos los cheques anteriores. Por tanto, no sabes exactamente cuándo te lo han quitado; y, si has viajado de un país a otro, probablemente ni siquiera sabrás dónde. Y si no sabes cuándo ni dónde, ¿cómo sabrás quién? En cualquier caso, cuando se haga efectivo habrás llegado demasiado tarde.

La gente que deja por ahí sus cheques de viaje merece perderlos.

Solo cogí seis, los del final. En total, trescientos dólares, y le dejé más o menos mil quinientos. Siempre he pensado que ser codicioso es un error; por desgracia, vacilé. Por un momento me pregunté si se daría cuenta si cogía dos más.

De modo que allí estaba, de pie, como un bobo, con los cheques en la mano, cuando Harper entró en la habitación.

Seguía en su habitación cuando él apareció tras cruzar la salita. De todos modos, debía de haber abierto la puerta de manera muy sigilosa, o yo habría oído el pestillo. Creo que esperaba encontrarme allí. Si era así, había sido una trampa astutamente planeada.

Me encontraba delante de una de las camas, por lo que no podía huir. Al principio me sonrió, como si disfrutara de la situación.

—Vaya, Arthur —dijo—, deberías haberme esperado, ¿no crees?

—Iba a volver. —Supongo que decir eso fue una estupidez; pero en aquel momento cualquier cosa hubiera sonado estúpida.

Y entonces, de repente, me abofeteó la cara con el dorso de la mano.

Fue como si me dieran una patada. Se me cayeron las gafas al suelo y me di contra la cama. Cuando levanté los brazos para protegerme, volvió a golpearme con la otra mano. Me caí de rodillas, me incorporó y siguió dándome golpes. Estaba fuera de sí.

Volví a caerme, y aquella vez ya no me levantó. Me zumbaban los oídos, tenía la cabeza a punto de estallar y no veía bien. Comenzó a sangrarme la nariz. Saqué el pañuelo para impedir que la sangre me manchara la ropa, y busqué las gafas a tientas entre los cheques que había sobre la alfombra. Al final las encontré. Estaban un poco dobladas, pero no rotas. Cuando me las puse, vi las suelas de sus zapatos a un metro de mi cara.

Estaba sentado en la butaca, recostado, mirándome.

—Levántate —dijo—, y cuidado con la sangre. No manches la alfombra.

Cuando me puse en pie, él también se levantó. Pensé que iba a pegarme de nuevo, pero se limitó a cogerme por una solapa de la americana.

—¿Llevas pistola?

Negué con la cabeza.

Me palpó los bolsillos para asegurarse, supongo, y me alejó de un empujón.

—Hay pañuelos de papel en el cuarto de baño —dijo. Ve a limpiarte la cara. Pero deja la puerta abierta.

Le obedecí. En el cuarto de baño había una ventana; aunque hubiera podido escapar por ahí sin romperme el cuello, no lo hubiera intentado. Me habría oído. Además, ¿adonde iba a ir? Todo lo que él tenía que hacer era llamar al portero de noche y la policía se hubiera personado allí en cinco minutos. El hecho de que no hubiera llamado al portero ya era algo. Quizá, al ser extranjero, no quería tener que declarar como testigo en un juicio. Después de todo, tampoco había perdido nada; y si yo me humillaba lo suficiente, incluso si lloraba un poco, a lo mejor decidía olvidar

el asunto; sobre todo después de la brutalidad con que me había atacado. Llegué a esa conclusión. Pero pequé de inocente. No se puede esperar la menor decencia de un hombre como Harper.

Cuando salí del cuarto de baño, vi que había sacado el talonario de cheques y volvía a guardarlo en la maleta. Sin embargo, los cheques que yo había arrancado estaban sobre la cama. Los recogió y me indicó que fuera hacia la sala.

—Entra ahí.

Al entrar, me adelantó, se dirigió hacia la puerta y echó el pestillo.

Apoyada en la pared había una cómoda de mármol. Encima había una bandeja con una cubitera, una botella de brandy y unos vasos. Cogió un vaso y me miró.

—Siéntate ahí —dijo.

La silla que señaló estaba junto a un escritorio situado debajo de la ventana. Le obedecí; no tenía elección. Todavía me sangraba la nariz y me dolía la cabeza.

Vertió un poco de brandy en el vaso y lo colocó sobre la mesa que había a mi lado. Por un momento me animé. Si piensas hacer que arresten a alguien, no lo invitas a sentarse ni le sirves una copa. A lo mejor todo iba a quedar en una charla de hombre a hombre en la que yo le contaría una historia triste y le diría cuánto lo sentía, mientras a él se le humedecían los ojos por su magnanimidad y decidía darme otra oportunidad.

Pero la esperanza no duró mucho.

Se sirvió una copa y me lanzó una mirada mientras se echaba un cubito en el vaso.

—¿Es la primera vez que te cogen, Arthur?

Me soné la nariz para limpiarme la sangre que seguía manando antes de contestar.

—Es la primera vez que lo intento, señor. No sé qué me ha pasado. A lo mejor fue el brandy que tomé con usted. La verdad es que no estoy acostumbrado.

Volvió la cabeza y se me quedó mirando. De repente su cara ya no fue de hombre mayor que parece joven ni de joven que parece mayor. Era pálida y chupada, y la boca formaba un rictus extraño. Ya he visto caras así, y me armé de valor. Había una lámpara metálica en el escritorio, a mi lado. Me pregunté si podría golpearle con ella antes de que volviera a atacarme.

Pero no se movió. Sus ojos se dirigieron hacia el dormitorio y luego volvieron a posarse en mí.

—Voy a dejarte algo claro, Arthur —dijo lentamente—. Lo de antes no sido más que un calentamiento. Si quisiera darte una paliza de verdad saldrías de aquí en camilla. Y a nadie le importaría. Volví a mi habitación y te pillé robando. Intentaste escapar con violencia y tuve que defenderme. Es lo que diré. Déjate de chorradas y de mentiras. ¿Entendido?

—Lo siento, señor.

—Vacíate los bolsillos. Sobre la mesa.

Le obedecí.

Lo miró todo: mi carné de conducir, mi *permis de séjour*, y también lo tocó todo. Finalmente, por supuesto, encontró la llave maestra en el monedero. Yo había serrado la tija e hice una ranura en el extremo para poder girarla usando una moneda, pero seguía teniendo más de cinco centímetros de largo, y pesaba. El peso la delató. La miró con curiosidad.

—¿La has fabricado tú?

—La parte de la llave no. Solo la rebajé. —Parecía absurdo mentir acerca de eso. Asintió.

—Así está mejor. Muy bien, empecemos otra vez. Sabemos que eres un proxeneta del tres al cuarto y que robas cheques de viaje en las habitaciones de hotel cuando tienes oportunidad. ¿Tú mismo imitas la firma?

—Sí.

—O sea, también hay falsificación. Te lo vuelvo a preguntar. ¿Te habían cogido antes?

—No, señor.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Tienes antecedentes?

—¿Aquí en Atenas?

—Empecemos por Atenas.

Vacilé.

—Bueno, antecedentes, no. ¿Incluye multas de tráfico?

—Ya sabes a qué me refiero. Deja de cachondearte.

Estornudé, de manera totalmente involuntaria, y volvió a sangrarme la nariz. Él exhaló un suspiro de impaciencia y me lanzó un puñado de pañuelos de papel de la bandeja de licores.

—Te calé en el aeropuerto —añadió—, pero no pensé que fueras tan estúpido. ¿Por qué tuviste que decirle a esa tal Kira que no habías cenado?

Me encogí de hombros sin saber qué contestar.

—Para venir aquí.

—¿Por qué no dijiste que tenías que ir a poner gasolina? Eso me lo habría tragado.

—No me pareció importante. ¿Por qué iba a sospechar de mí?

Soltó una carcajada.

—¡Hermano! Sé el valor que tiene por aquí un coche como el tuyo, y sé que la gasolina va a casi veinte centavos el litro. Con lo que cobras es imposible que te salgan las cuentas. Muy bien, te sacas tus comisiones (el restaurante, el club, el

prostíbulo), pero eso no es mucho, así que tiene que haber algo más. Kira no sabe lo que es, pero le ronda que hay algo, ya que la has utilizado para cobrarte cheques de viaje a través de ella.

—¿Eso le contó? —Estaba furioso; lo mínimo que puede esperar uno de la persona que regenta un burdel es discreción.

—¿Por qué no iba a contármelo? No le dijiste que eran robados, ¿verdad? —Apuré su brandy—. No suelo pagar para acostarme con una mujer, pero quería averiguar más de ti. Y lo he averiguado. Cuando han comprendido que no iba a irme sin pagar, se han vuelto muy cariñosas. Incluso me han llamado un taxi. Muy bien, ¿por qué no empiezas a hablar?

Tomé un trago de brandy.

—De acuerdo. Me han condenado tres veces.

—¿Cargos?

—En los tres casos fue por hacerme pasar por guía oficial. De hecho, me limité a intentar salvar a unos clientes de esas aburridas peroratas arqueológicas. Los guías oficiales tienen que aprendárselas de memoria antes de pasar el examen. A los turistas les gusta saber lo que miran, pero no quieren que los aburran.

—¿Qué ocurrió? ¿Fuiste a la cárcel?

—Claro que no. Me pusieron una multa.

Asintió, satisfecho.

—Eso pensaba Irma. Sigue contando la verdad y a lo mejor no me obligas a llamar a la policía. Me refería a si habías cumplido condena.

—No entiendo por qué debería haber...

—De acuerdo, déjalo —me interrumpió—. ¿Qué me dices de Turquía?

—¿Turquía? ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Has estado en Turquía?

—Sí.

—¿Allí tienes antecedentes?

—Me pusieron una multa en Estambul por enseñar un museo a algunas personas.

—¿Qué museo?

—El Topkapi.

—¿En aquella época te hacías pasar por guía oficial?

—¿Acaso es un delito?

—Contesta. ¿Te hacías pasar por guía oficial?

—A veces. A algunos turistas les gusta viajar por carretera. ¿Por qué?

No contestó. Sacó un sobre del escritorio y comenzó a garabatear algo a lápiz. Necesitaba un cigarrillo desesperadamente, pero me daba miedo encender uno y dar la impresión de que ya no estaba preocupado. Lo estaba, y también confuso; pero quería asegurarme de que también lo parecía. En lugar de fumar, apuré el brandy.

Harper dejó de garabatear y levantó la mirada.

—Muy bien, Arthur. Aquí tienes un bloc de papel y una pluma. Voy a dictarte. Empieza a escribir. No, no me discutas. Límitate a hacer lo que te digo.

Ahora estaba completamente perdido. Cogió la pluma.

—¿Preparado?

—Sí.

—Encabezamiento: *Al jefe de policía de Atenas. ¿Lo tienes? Sigamos: Yo, Arthur A. Simpson, que vive en (pon tu dirección), por la presente confieso que el quince de junio, utilizando una llave maestra ilegal, entré en la suite del señor Walter K. Harper del hotel Grande-Bretagne y le robé cheques de viaje de American Express por valor de trescientos dólares. Los números de los cheques eran...*

Se palpó el bolsillo para buscar los cheques sueltos. Yo comencé a protestar.

—Señor Harper, no puedo escribir esto. Iría a la cárcel. No podría defenderme.

—¿Preferirías defenderte ahora mismo? Si es así, llamaré a la policía y les explicas lo de la llave maestra. —Hizo una pausa y añadió en un tono paciente—: Mira, amigo, a lo mejor tú y yo somos los únicos que leen este papel. Quizá dentro de una semana ni siquiera existe. Voy a darte la oportunidad de librarte de esta. ¿Por qué no la aprovechas y te muestras agradecido?

—¿Y qué debo hacer a cambio?

—De eso hablaremos luego. De momento sigue escribiendo. *Los números de los cheques iban desde el PH9.664.572 hasta el P89.664.577, todos en unidades de cincuenta dólares. Intenté falsificar la firma del señor Harper para cobrarlos de manera ilegal. He robado, falsificado y hecho efectivos otros cheques de la misma manera. ¡Cállate y sigue escribiendo! Me doy cuenta de que no puedo seguir con esto. Gracias a la inmensa amabilidad el señor Harper durante su visita a Atenas, y a su caridad cristiana, me doy cuenta de que no puedo robarle. Por tanto, le envío los cheques que robé acompañados de esta carta. Al tomar esta decisión, siento que he salido de la oscuridad y que me recibe la luz del día. Ahora sé que, como pecador de la peor especie, mi única oportunidad es devolver lo que he robado, confesarlo todo, y cumplir el castigo que exige la ley. Solo de esta manera puedo esperar la salvación en el otro mundo. Y ahora fírmalo.*

Lo firmé.

—Pon la fecha de dentro de una semana. No, mejor pon el día veintitrés.

Puse la fecha.

—Dámelo.

Se lo entregue y lo leyó dos veces. A continuación me miró y sonrió.

—¿Ya no dices nada, Arthur?

—He escrito lo que me ha dictado.

—Claro. Y ahora intentas imaginar lo que ocurriría si lo mandase a la policía.

Me encogí de hombros.

—Muy bien, te diré lo que ocurriría. Primero pensarían que estás loco. Después, probablemente, creerían lo mismo de mí, pero yo no les interesaría. De todos modos, yo ya no estaría por aquí. Además, no podrían hacer oídos sordos al asunto a causa de los cheques. ¡Trescientos dólares! Tendrían que tomárselo en serio. Así pues, primero se pondrían en contacto con American Express para buscar todas las falsificaciones de cheques cuya pista les llevara a cuentas en los bancos de Atenas. Entonces te detendrían y te interrogarían. ¿Y qué harías tú, Arthur? ¿Les hablarías de mí y de lo que ocurrió? Serías un idiota si lo hicieras, ¿no? Te castigarían. No, eres demasiado listo para eso. Les contrarías el rollo de que te quieres reformar. Así tendrías una buena defensa: confesión voluntaria, devolución de lo robado, arrepentimiento sincero. Apuesto a que saldrías libre con una sentencia nominal, quizá no más de un año.

—Gracias.

Puso una sonrisa malévola.

—No te preocupes, Arthur. No vas a cumplir condena. —Agitó el papel que había escrito y los cheques—. Esto no es más que un pequeño seguro. —Cogió la botella de brandy y volvió a llenar mi vaso—. Ya ves, una amiga mía te confiará algo valioso.

—¿El qué?

—Un coche. Tienes que llevarlo a Estambul. Conseguirás cien pavos y los gastos. Es todo lo que has de hacer.

Sonreí.

—Si eso es todo, no entiendo por qué me tiene que chantajear. Por ese dinero haría ese trabajo cada semana.

Pareció ofendido.

—¿Quién ha hablado de chantaje? He dicho seguro. Se trata de un Lincoln de siete mil dólares, Arthur. ¿Sabes qué valor tiene ahora en Turquía?

—Catorce mil.

—Bueno, ¿lo captas, entonces? Imagina que te metes en el primer garaje que ves y lo vendes.

—No sería fácil.

—Arthur, esta noche te has arriesgado mucho por trescientos dólares. Por catorce mil prácticamente harías cualquier cosa, ¿o no? ¡No seas ingenuo! De hecho, no tengo de qué preocuparme, y mi amiga tampoco. En cuanto sepa que se ha entregado el coche, destruiré esta pequeña confesión y los cheques volverán a mi bolsillo.

Me quedé callado. No me creía una palabra de lo que me decía, y él lo sabía. Pero no le importaba. Me miraba, y se lo pasaba en grande.

—Muy bien —dije al fin—, aunque quiero hacerle un par de preguntas más.

Asintió.

—Estoy seguro de que sí. Pero esa es una de las condiciones del trabajo, Arthur: no hay preguntas.

Me habría sorprendido que dijera otra cosa.

—Muy bien. ¿Cuándo empiezo?

—Mañana. ¿Cuánto tardas en llegar en coche hasta Salónica?

—Unas seis o siete horas.

—Veamos. Mañana es martes. Si te pones en marcha a mediodía, puedes pasar la noche allí. El miércoles por la noche dormirás en Erdina. Deberías llegar a Estambul el jueves por la tarde. Eso sería perfecto. —Se quedó pensativo—. Te diré lo que vas a hacer. Por la mañana, preparas el equipaje para dos días y te vienes en taxi o tranvía. Procura estar abajo a las diez.

—¿Dónde recojo el coche?

—Te lo enseñaré mañana por la mañana.

—Lo que diga.

Quitó el pestillo de la puerta.

—Trato hecho. Ahora recoge tus porquerías y lárgate. Tengo que dormir un poco. Metí mis cosas en los bolsillos y me dirigí hacia la puerta.

—¡Eh!

Al volverme, algo me golpeó en el pecho y cayó a mis pies.

—Te olvidabas la llave maestra —dijo.

La recogí y me marché. Ni siquiera le di las buenas noches. Ni se dio cuenta. Se estaba acabando su copa.

Lo peor del colegio era que te dieran con la palmeta. Se seguía un ritual. El profesor que había perdido los nervios contigo dejaba de despotricar, o, si era de los tranquilos, dejaba de apretar los dientes, y decía: «Lleva una nota al director». Eso significaba que te la habías ganado. La nota siempre decía lo mismo: *Se solicita permiso para un castigo*, seguido por las iniciales; siempre doblaban el papel dos veces antes de dártelo. Se suponía que no debías leerlo. No sé por qué; quizá porque no les gustaba tener que pedir permiso.

Bueno, entonces ibas a buscar a El Hirsuto. A veces, naturalmente, estaba en su estudio; pero lo más habitual es que estuviera en la clase de sexto dando trigonometría o latín. Eso significaba que debías entrar y quedarte allí hasta que él decidía hacerte caso. A veces tenías que esperar cinco o diez minutos, según del humor que estuviese. Era un hombre alto y corpulento, con una buena mata de pelo negro en el dorso de la mano, y la cara morada. Cuando daba clase hablaba muy de prisa, y al cabo de un rato se le formaban unas pequeñas salpicaduras de saliva blanca en las comisuras de la boca. Cuando estaba de buenas, se callaba nada más entrar tú y comenzaba a bromear: «Ah, el bueno de Simpson, ¿o quizá deberíamos decir el insuficientemente bueno de Simpson? ¿Qué podemos hacer por usted?». Dijera lo

que dijera, la clase de sexto siempre se tronchaba; cuanto más rieran, más tiempo perdían. «¿Y qué falta ha cometido, Simpson? Díganoslo, ¿qué falta ha cometido?». Tú siempre debías decir lo que habías o no habías hecho —tus deberes estaba mal, habías dicho mentiras, habías lanzado bolitas de tinta—, y tenías que decir la verdad, por si luego le preguntaba al profesor. Cuando ya te había dejado totalmente en ridículo, ponía sus iniciales en la nota y te marchabas. Antes del suceso de «El hechizo» creo que me apreciaba bastante, porque yo fingía no poder evitar reírme de sus bromas aunque supiera que me iban a azotar. Cuando estaba de mal humor solía llamarte «señor», cosa que siempre me pareció un poco estúpida. «Bueno, señor, ¿por qué es esta vez? ¿Por copiar bajo el pupitre? ¡Qué poco espíritu, señor, que poco espíritu! ¡Trabaje, pues llega la noche! Y ahora váyase y deje de hacerme perder el tiempo».

Cuando volvías al aula le entregabas al profesor la nota con sus iniciales. A continuación él se quitaba la toga para tener las manos libres y sacaba la palmeta del escritorio. Todas las palmetas eran iguales, de unos setenta centímetros de largo y bastante gruesas. Algunos profesores te llevaban al vestíbulo donde se colgaban los abrigos, pero otros lo hacían delante de toda la clase. Tenías que inclinarte y tocarte las puntas de los pies, y entonces él te golpeaba con todas sus fuerzas, como si quisiera romper la palmeta. Era como si te aplicaran un hierro candente en el trasero, y si por casualidad te daba dos veces exactamente en el mismo sitio, lo sentías como un palo con púas. Lo más importante era no llorar ni montar un espectáculo. Recuerdo a un muchacho que una vez se orinó encima y tuvieron que mandarlo a casa; hubo otro que cuando entró en el aula vomitó, con lo cual el profesor tuvo que llamar al portero de la escuela para que limpiara el suelo. (Cuando un muchacho vomitaba, siempre llamaban al portero, y cuando este entraba con su cubo y su fregona, siempre decía lo mismo: «¿Eso es todo?»). Como si les decepcionara no ver sangre). En cualquier caso, cuando les daban con la palmeta, casi todos los chicos se ponían muy rojos e intentaban regresar a su sitio como si nada hubiera ocurrido. No era orgullo; era la única manera de ganarse la simpatía de los demás. Cuando un chico lloraba, no sentías lástima por él, te avergonzabas porque él sentía lástima de sí mismo, y resentimiento porque el profesor consideraba que había hecho algo eficaz. Una de las lecciones que aprendí en Coram fue a odiar; y quien me enseñó fue la palmeta. Jamás olvidé los castigos con la palmeta, ni los perdoné hasta que no me vengué del profesor que me lo había infligido. Si estaba casado, escribía una carta anónima a su mujer informándola de que era un sodomita y que había intentado abusar de los muchachos. Si era soltero, mandaba una nota de advertencia a los padres de alguno de los chicos. Casi nunca me enteraba de las consecuencias, desde luego; pero al menos en dos ocasiones supe que los padres habían interrogado a sus hijos y, después, remitieron mis cartas a El Hirsuto. Nunca se lo dije a nadie, no

quería que los demás copiaran mi idea; y como se me daba muy bien disimular la letra, los profesores nunca sabían quién lo había hecho. Siempre y cuando no pudieran probar sus sospechas, yo me sentía satisfecho. Significaba que no sabían que podía volver a golpear, que yo era un buen amigo pero un mal enemigo.

Mi actitud con Harper fue la misma. Me había dado con la palmeta; en lugar de compadecerme de mí mismo, como habría hecho cualquier otro en mi posición, comencé a pensar en una forma de devolverle el golpe.

Evidentemente, no podía hacer mucho mientras él tuviera mi «confesión»; pero sabía algo: era un sinvergüenza. No estaba seguro de qué clase era —aunque podía hacerme una idea—, pero tarde o temprano lo averiguaría. Entonces, cuando pudiera hacerlo sin arriesgarme, lo denunciaría a la policía.

Cuando regresé a casa, Nicki estaba en la cama. Tenía la esperanza de que durmiera, porque el lado de la cara donde me había golpeado estaba muy rojo, y no tenía ganas de dar explicaciones; pero la luz estaba encendida y ella leía una revista de moda francesa.

—Hola, papi —dijo.

Yo también la saludé y me dirigí al cuarto de baño para dejar el pañuelo lleno de sangre. A continuación entré y comencé a desnudarme.

—No te has quedado mucho en el club —dijo.

—El tipo quería ir a casa de Irma.

Eso no le gustó, desde luego.

—¿Has averiguado algo más de él?

—Es un hombre de negocios, calculadoras, creo. Tiene una amiga que posee un Lincoln. Quiere que se lo lleve a Estambul. Salgo mañana. Paga bastante bien: cien dólares americanos.

Al oírlo se incorporó.

—Eso es estupendo, ¿no? —Y entonces, inevitablemente, me vio la cara—. ¿Qué te ha pasado?

—Tuve un pequeño accidente. Un idiota que iba en un Simca. Tuve que frenar de golpe.

—¿Vino la policía?

Tenía la fastidiosa costumbre de suponer que, como en una ocasión me acusaron falsamente de provocar un accidente mientras conducía ebrio, cualquier pequeño accidente de tráfico en el que me veía envuelto me llevaría a los tribunales.

—No ha sido nada —dije. Me volví para colgar mi traje.

—¿Estarás fuera muchos días? —Lo dijo como si se hubiera creído lo del accidente.

—Dos o tres. Volveré en avión cuando menos te lo esperes y te sorprenderé con tu amante.

Pensé que eso le haría gracia, pero ni siquiera sonrió. Me metí en la cama a su lado y apagó la luz. Al cabo de un momento dijo:

—¿Por qué un hombre como el señor Harper quería ir a una casa como esa?

—Probablemente porque en otro lugar es impotente.

Se quedó callada. A continuación levantó una mano y me tocó la cara.

—Dime la verdad, papi, ¿qué te ha pasado?

Por un momento me planteé decírselo; pero eso habría significado admitir abiertamente que lo del accidente era mentira, así que no contesté. Al cabo de un rato ella se dio la vuelta y se durmió.

Por la mañana, cuando me marché, seguía durmiendo, o eso fingió.

Harper me tuvo esperando diez minutos; lo bastante como para recordar que se me había olvidado desconectar la batería del coche. De todos modos, no iba muy bien, y cuando regresara el reloj eléctrico la habría agotado. Me pregunté si tendría tiempo de llamar por teléfono a Nicki y decirle que le pidiera al portero que desconectara la batería, pero entonces llegó Harper.

—¿Todo a punto? —preguntó.

—Sí.

—Cogeremos un taxi.

Le dijo al conductor que fuera la calle Stele, en el Pireo.

En cuanto nos pusimos en camino, abrió el maletín y sacó un sobre grande. La noche antes no estaba allí; estoy seguro. Me lo entregó.

—Aquí tienes todo lo que necesitas —dijo—; *carnet de tourisme* para el coche, la Carta Verde, mil dracmas griegos, cien liras turcas, y cincuenta dólares americanos por si hay una emergencia. El *carnet* lleva un refrendo que te autoriza a pasar por la aduana, pero será mejor que lo compruebes tú mismo.

Así lo hice. El *carnet* mostraba que el coche había sido matriculado en Zúrich, y que el propietario, o, en cualquier caso, la persona legalmente responsable del coche, era una tal Fräulein Elizabeth Lipp. Su dirección era el hotel Excelsior, en Zúrich.

—¿La señora Lipp es amiga suya? —pregunté.

—Correcto.

—¿Ahora vamos encontrarnos con ella?

—No, pero quizá te reunirás con ella en Estambul. Si los de aduanas te preguntan, diles que a ella no le gustan los trayectos de ochocientos cincuenta kilómetros, y ha preferido ir a Estambul en barco.

—¿Es una turista?

—¿Qué va a ser, si no? Es la hija de uno de mis socios. Simplemente le estoy haciendo un favor. Y por cierto, si ella quiere que le hagas de chófer en Turquía, te ganarás un dinero extra. A lo mejor quiere que luego traigas el coche de vuelta. Todavía no sé cuáles son sus planes.

—Entiendo. —Para haberme dicho que no hiciera preguntas, se mostraba curiosamente parlanchín—. ¿Dónde he de entregar el coche en Estambul?

—No has de entregarlo. Vas al hotel Park. Allí tienes una habitación reservada. Regístrate el jueves y espera instrucciones.

—Muy bien. ¿Cuándo recuperaré la carta que firmé?

—Cuando se te pague, al final del trabajo.

La calle Stele estaba en los muelles. Por una extraña coincidencia, había un barco de la línea Denizyollari atracado justo enfrente; estaban entrando un coche a través de uno de los accesos laterales. No pude dejar de mirar a Harper para ver si se había dado cuenta; si fue así, no hizo señal alguna que le delatara. Yo no hice comentarios. Si a él se le pasaba por alto, yo no le iba a decir nada. Si creía que yo era lo bastante estúpido como para creer en su versión de las necesidades y planes de viajes de Fräulein Lipp, mucho mejor. Sabía cuidar de mí mismo. O eso pensaba.

A mitad de la calle había un garaje con un viejo cartel de neumáticos Michelin. Harper le dijo al taxista que se detuviera allí y esperara. Nos apeamos y nos dirigimos a la oficina. Dentro había un hombre, y salió al ver a Harper a través de la ventana. Era delgado y moreno, y llevaba un grasiento mono azul. No oí que Harper pronunciara su nombre, aunque parecían conocerse bastante bien. Por desgracia hablaban alemán, un idioma que nunca he aprendido.

Al cabo de un momento, el hombre nos llevó a través de un pequeño taller de reparaciones y un patio lleno de chatarra hasta una hilera de garajes separados del edificio. Abrió uno de ellos y ahí estaba el Lincoln. Era un Continental gris de cuatro puertas, y me pareció que tendría un año de antigüedad. El hombre le entregó las llaves a Harper. Este entró, lo puso en marcha y lo sacó del garaje hasta el patio. Aquel coche parecía tener un kilómetro de largo. Harper se bajó.

—Muy bien —dijo—. El depósito está lleno. Ya puedes ponerte en marcha.

—De acuerdo. —Coloqué mi maleta en el asiento de atrás—. Antes me gustaría hacer una llamada.

Al momento se puso tenso.

—¿A quién?

—Al portero de mi apartamento. Quiero hacerle saber que a lo mejor estoy fuera más tiempo del que le he dicho, y pedirle que me desconecte la batería del coche.

Primero vaciló, pero enseguida asintió.

—Muy bien. Puedes hacerlo desde la oficina. —Le dijo algo al hombre del mono azul y entramos todos.

Nicki contestó el teléfono y le dije lo de la batería. Cuando empezó a quejarse de que no la había despertado para despedirme, colgué. Había hablado en griego, pero Harper me había escuchado.

—Era una voz de mujer —dijo.

—Era la mujer del portero. ¿Ocurre algo?

Le dije algo al hombre del mono azul, pero solo entendí una palabra. *Adessat*. Supuse que quería saber si le había dado la dirección del garaje.

Harper me miró.

—No, no pasa nada. Pero recuerda que ahora trabajas para mí.

—¿Nos veremos en Estambul o cuando vuelva?

—Ya lo averiguarás. Ahora ponte en marcha.

Pasé un par de minutos comprobando dónde estaban los controles mientras Harper y el otro tipo me observaban. A continuación me puse en marcha y me volví a Atenas para coger la carretera de Tebas-Lárisa-Salónica.

Al cabo de un kilómetro me di cuenta de que me seguía el taxi que habíamos cogido para ir al garaje. Yo conducía despacio, para acostumbrarme al coche, y cualquier taxi me habría adelantado; pero seguía detrás de mí. Harper me vigilaba.

A unos ocho kilómetros de Atenas vi que el taxi salía de la carretera y daba media vuelta. Estaba solo. Seguí conduciendo durante unos cuarenta minutos hasta que llegué a un algodonal; a continuación cogí una carretera secundaria y me detuve a la sombra de unas acacias.

Pasé una media hora registrando el coche. Primero miré en los lugares más evidentes: al fondo del compartimiento de la rueda de repuesto, bajo los cojines del asiento, tras el salpicadero. A continuación quité los tapacubos. Es sorprendente lo grandes que son las cavidades que hay detrás, sobre todo en los coches americanos. Sabía de un hombre que solía entrar casi dos kilos de heroína escondiéndola ahí. Pero en aquel coche no había nada. Así que probé en el depósito de gasolina, hurgando con un palo largo para ver si habían construido algún tipo de compartimiento en su interior; aquello también se había hecho. Pero tampoco encontré nada. Me habría gustado colocarme debajo para ver si había alguna soldadura nueva, pero no había espacio suficiente. Decidí llevar el coche a la plataforma de engrasado de un garaje de Salónica y examinarlo desde abajo. Mientras, desatornillé la tapa del aire acondicionado del coche y miré en su interior. Sin resultado.

El problema era que no tenía ni la menor idea de qué buscaba: joyas, drogas, oro o billetes. Simplemente intuía que debía haber algo. Al cabo de un rato dejé de registrar el coche y me fumé un cigarrillo mientras me devanaba los sesos pensando qué podía valer la pena entrar de contrabando en Turquía desde Grecia. No se me ocurría nada. Saqué el *carnet* y comprobé la ruta del coche. Venía de Suiza a través de Italia, y había tomado el transbordador de Brindisi hasta Patras. Los resguardos mostraban que Fräulein Lipp había ido en el coche. Al menos sabía transportar coches en transbordador. Sin embargo, aquello solo acrecentaba el misterio.

Y entonces recordé algo. Harper había comentado la posibilidad de un viaje de regreso, de que quería que yo condujera el coche de Estambul a Atenas. ¿Y si esa era

la auténtica intención de aquel tejemaneje? Voy de Grecia a Turquía. Todo es perfectamente legal y sin duplicidades. Tanto la aduana griega como la turca ven y recuerdan el coche y al chófer. Días más tarde vuelve a pasar el mismo coche con el mismo chófer. «¿Cómo ha ido por Estambul, amigo? ¿Se ha mareado? ¿Algo que declarar? ¿Algún cordero escondido en el maletero? Pase, amigo, pase». Y entonces el coche regresa al garaje del Pireo, el hombre del mono azul recoge los paquetes de heroína ocultos en algunos de los huecos del chasis, bajo los arcos de la rueda de recambio, y bajo la capota, junto a la transmisión automática. A no ser, claro, que algún macedonio hijo de puta del lado griego quiera colgarse una medalla. En ese caso, el resultado es el extraño caso del chófer de mala reputación de una respetable señora suiza al que pillan traficando con heroína; y su seguro servidor está con el agua al cuello.

Lo único que podía hacer era improvisar sobre la marcha.

Volví a llevar el Lincoln hasta la carretera y seguí conduciendo. Llegué a Salónica poco después de las seis de la tarde. Para cubrirme las espaldas, llevé el coche a un garaje grande y le di al muchacho un par de dracmas para que lo colocara sobre el elevador hidráulico. Le dije que buscaba una vibración. No había señal de que hubieran soldado nada. No me sorprendió. Para entonces ya estaba casi convencido de que si tenía que ocurrir algo, sucedería en el viaje de vuelta.

Encontré un hotel cómodo y pequeño, me regalé una buena cena y una botella de vino a expensas de Harper y me fui a la cama temprano. A la mañana siguiente me puse en marcha pronto. Desde Salónica hasta la frontera turca cerca de Edirne (antes se la llamaba Adrianópolis) pasando por Tracia, hay un trayecto de ocho horas, y si llegas tarde a veces te encuentras con que las aduanas para el tráfico rodado ya han cerrado.

Llegué a eso de las cuatro y media y pasé el control griego sin dificultad. En Karaagac, en el lado turco, tuve que esperar a que pasaran unos camiones que transportaban productos agrícolas. Al cabo de unos veinte minutos llegué a la barrera. Cuando entré en el puesto de aduanas con el carné y el resto de documentos, el lugar estaba prácticamente vacío.

Naturalmente, me preocupaba más del coche que de mí, de manera que le entregué al guarda de seguridad el pasaporte y la declaración de moneda en efectivo, y me dirigí al mostrador de aduanas para entregar el *carnet*.

Todo parecía ir sobre ruedas. Salió un inspector de aduanas para mirar el coche conmigo, me revisó la maleta y apenas le echó un vistazo al coche. Estaba aburrido y con ganas de ir a cenar.

—¿*Tourisme*? —preguntó.

—Sí.

—Entremos y le sellaré y validaré el carné para que pueda pasar el coche. Tengo

que hacer una parte del resguardo. —Mientras doblaba el carné y me lo devolvía, noté un golpe en el hombro.

Era el guarda de seguridad. Tenía mi pasaporte en la mano. Fui a cogerlo, pero negó con la cabeza y comenzó a menearlo debajo de mi nariz y a decir algo en turco.

Yo hablo árabe egipcio, y el turco tiene muchas palabras árabes; pero los turcos las pronuncian de una manera extraña y las mezclan con palabras persas y de turco antiguo. Me encogí de hombros sin entender nada. A continuación lo dijo en francés y lo comprendí.

Mi pasaporte había caducado hacía tres meses.

Enseguida supe lo que había ocurrido. Ese año había tenido algunas diferencias con el consulado egipcio (o «República Árabe Unida», como prefería llamarse) y no le presté más atención al tema del pasaporte. De hecho, había decidido decir a los egipcios lo que podían hacer con su pasaporte, y me había dirigido a los británicos con vistas a reclamar mi ciudadanía británica, a la cual, quiero dejar perfectamente claro, tengo derecho. La cuestión es que, al haber estado ocupado, no me había molestado en llenar todos los impresos necesarios. Mi *permis de séjour* griego estaba en orden, y ese era el único documento que necesitaba. Francamente, todo este papeleo por el que tenemos que pasar hoy en día me parece muy aburrido. Naturalmente, de tanto pensar en Harper no se me había ocurrido mirar la fecha de mi pasaporte. De haber sabido que estaba caducado, le habría dedicado más atención al guarda de seguridad, le habría dado conversación mientras lo sellaba o algo parecido. Nunca me había preocupado por algo así.

De hecho, acabó convirtiéndose en un desastre; desde luego no por mi culpa. El guarda de seguridad se negó a sellar el pasaporte. Dijo que tenía que volver a Salónica y que el vicedeán egipcio debía renovar el pasaporte si quería pasar.

De hecho, eso era imposible; ni siquiera intenté explicarle por qué. En aquel momento apareció el inspector de aduanas, agitando el *carnet*, gritando que el coche había sido admitido y que ahora estaba legalmente en Turquía. Y como yo no había sido admitido, y, por tanto, no estaba legalmente en Turquía, ¿cómo iba a sacar otra vez el coche legalmente? ¿Qué importaba que el pasaporte estuviera caducado? Eran tres meses. ¿Por qué no sellaba el pasaporte, me dejaba entrar y se olvidaba del asunto?

Al menos eso era lo que yo creo que dijo. Ahora hablaban en turco y se gritaban mutuamente, como si yo no existiera. De haber podido estar a solas con el guarda de seguridad, habría intentado sobornarlo; pero con el otro hombre allí era demasiado peligroso. Al final los dos se fueron a buscar a un agente superior y me dejaron allí, sin *carnet* ni pasaporte, pero lo admito, con un canguelo importante. En aquel momento mi única esperanza era que hicieran lo que quería el inspector de aduanas y pasaran por alto la fecha del pasaporte.

Con suerte, eso podría haber ocurrido. Digo «con suerte», pues, aunque me hubieran dejado pasar, mi situación habría seguido siendo incómoda. En Estambul habría tenido que ir a comprar un sello consular egipcio y falsificar la renovación del pasaporte, algo nada fácil. Hubiera tenido que ir al Consulado General Británico, informar de que había perdido un pasaporte británico, e intentar que me dieran un documento de viaje temporal antes de que tuvieran tiempo de comprobar mis datos, algo que tampoco era fácil. Pero al menos un hombre en mi anómala posición habría comprendido y podría haberse enfrentado a esas dificultades. En cambio, las dificultades a las que tuve que enfrentarme no se parecían a nada de lo que había vivido.

Estuve en el cobertizo de aduanas unos diez minutos, vigilado por un guardia armado en la puerta que daba la impresión de que esperaba una excusa para pegarme un tiro. Fingí no verlo; pero su presencia no mejoró las cosas. De hecho, empezaba a sufrir uno de mis ataques de indigestión.

Al cabo de un rato, regresó el guarda de seguridad y me indicó que saliera. Me fui con él por un pasillo hasta un pequeño barracón que había al final, donde se abrió una puerta.

—¿Y ahora qué? —pregunté en francés.

—Debe ver al comandante del puesto.

Llamó a la puerta y me hizo entrar.

Dentro había una pequeña oficina casi sin muebles, y en el centro algunas sillas duras y una mesa de paño verde colocada sobre dos caballetes. El inspector de aduanas estaba en pie, junto a la mesa. Sentado detrás había un hombre más o menos de mi edad que tenía la cara arrugada y sombría. Llevaba una especie de uniforme oficial. Creo que pertenecía a la policía de seguridad militar. Delante de él, en la mesa, estaban mi *carnet* y mi pasaporte.

Me miró de una manera desagradable.

—¿Este es su pasaporte? —Hablaban un buen francés.

—Sí, señor. Y lo único que puedo decir es que lamento no haberme dado cuenta de que no lo había renovado.

—Ha causado muchas molestias.

—Lo comprendo, señor. Sin embargo, debo explicarle que hasta el lunes por la noche no me pidieron que hiciera este viaje. Salí ayer por la mañana temprano. Tenía prisa. No se me ocurrió comprobar mis documentos.

Miró el pasaporte.

—Aquí dice que es usted periodista. Y al inspector de aduanas le ha dicho que es chófer.

Tenía una mente inquisitiva; se me cayó el alma a los pies.

—Estoy haciendo de chófer, señor. Era, soy periodista, pero hay que vivir, y las

cosas no siempre son fáciles en esa profesión.

—O sea, ahora es chófer, y la información del pasaporte es incorrecta, ¿no? —Era una manera muy injusta de expresarlo, pero pensé que más valía no llevarle la contraria.

—La suerte de todos cambia, señor. En Atenas tengo mi propio coche, y lo alquilo conmigo de chófer.

Con el ceño fruncido miró detenidamente el *carnet*.

—El coche que conduce es propiedad de Elizabeth Lipp. ¿Es ella quien le ha contratado?

—De manera temporal, señor.

—¿Y dónde está ella?

—Creo que en Estambul, señor.

—¿No lo sabe?

—Me contrató su representante, señor, para que llevara su coche a Estambul, a donde ella se dirige como turista. Prefiere ir a Estambul por mar.

Hubo un silencio desagradable. Volvió a observar el *carnet* y levantó la mirada hacia mí.

—¿De qué nacionalidad es esta mujer?

—No lo sé, señor.

—¿Qué edad tiene? ¿Qué clase de mujer es?

—Nunca la he visto, señor. Su representante lo arregló todo.

—Y ella va de Atenas a Estambul por mar, en un viaje que dura veinticuatro horas, y manda su coche por carretera en un viaje de mil cuatrocientos kilómetros y de tres días de duración. Si quiere el coche en Estambul, ¿por qué no lo embarcó con ella? Es bastante sencillo y barato.

También yo lo sabía. Me encogí de hombros.

—Me pagaron para conducir el coche, señor. No me correspondía hacer preguntas acerca de los planes de la señora.

Lo consideró un momento, cogió una hoja de papel y garabateó unas palabras. Le entregó el resultado al inspector de aduanas, quien lo leyó, asintió y salió rápidamente.

El comandante pareció relajarse.

—Dice no saber nada acerca de la propietaria del vehículo —dijo—. Háblame de su representante. ¿Trabaja para una agencia de viajes?

—No, señor. Es un hombre, un americano. Me dijo que era amigo del padre de Fräulein Lipp.

—¿Cómo se llama? ¿Dónde está?

Le conté todo lo que sabía sobre Harper, y la naturaleza de mi relación con él. No mencioné nuestra desavenencia por los cheques de viaje. Seguro que aquello no le

interesaba lo más mínimo.

Me escuchó en silencio y asintió un par de veces. Cuando acabé, su actitud había cambiado de manera considerable, y su expresión era casi amistosa.

—¿Había hecho antes un viaje así? —preguntó.

—Varias veces, señor.

—¿Con turistas?

—Sí, señor.

—¿Alguna vez sin turistas?

—No, señor. A los turistas les gusta visitar el monte Olimpo, Salónica y Alejandrópolis de camino a Estambul.

—Así pues, ¿no le extrañó la propuesta del señor Harper?

Me permití una sonrisa.

—*Monsieur le Commandant* —dije—. Me pareció tan extraña que solo podían explicarla dos motivos. El primero, que el señor Harper tuviera un gran interés en impresionar a la hija de un valioso socio comercial con su *savoir-faire* y no le pidiera consejo a nadie antes de planear las cosas de este modo.

—¿Y el segundo?

—Que supiera que los coches que van sin embalar a Estambul en los barcos de la compañía Denizyollari deben ir acompañados por los propietarios como pasajeros, y no deseara estar presente cuando el coche fuera inspeccionado por las aduanas temiendo que se descubriera algo que no debería estar en el coche.

—Entiendo. —Sonrió levemente—. Pero usted no comparte ese temor.

A medida que pasaba el tiempo nos llevábamos mejor.

—*Monsieur le Commandant* —dije—, puede que sea un poco descuidado con la renovación de mi pasaporte, pero no soy estúpido. En cuanto ayer salí de Atenas, me detuve y registré el coche a conciencia, de arriba abajo, incluyendo las ruedas.

Llamaron a la puerta y regresó el inspector de aduanas. Colocó una hoja de papel delante del comandante. Este la leyó y su cara se tensó de repente. Volvió a levantarla y me miro.

—¿Dice que registró el coche de arriba abajo?

—Sí, señor. De arriba abajo.

—¿Buscó en el interior de las puertas?

—Pues no, señor. Están selladas. Las habría estropeado y...

Dijo algo en turco. De repente el guarda de seguridad me rodeó el cuello con el brazo y con la otra mano me registró los bolsillos. A continuación me lanzó sobre una silla de un empujón.

Me quedé mirando al comandante sin saber qué decir.

—En el interior de las puertas hay —se remitió al papel que tenía en la mano—: doce granadas de gas lacrimógeno, doce granadas de concusión, doce granadas de

humo, seis máscaras antigás, seis pistolas Parabellum, y ciento veinte cartuchos de munición de pistola de nueve milímetros. —Dejó el papel sobre la mesa y se puso en pie—. Queda usted detenido.

En el puesto de aduanas no había cárcel ni celda de detención, así que me metieron vigilado en el cuarto de baño, mientras el comandante informaba de mi arresto al cuartel general y esperaba órdenes. El lavabo estaba a unos metros de su oficina, y durante los veinte minutos siguientes el teléfono le sonó cuatro veces. Oía el rumor de su voz cada vez que contestaba. Su tono era más respetuoso a cada llamada.

No sabía si debía dejar que aquello me animara. El comportamiento de la policía siempre es difícil de prever, incluso cuando conoces el país. A veces la Autoridad Superior es más receptiva a una explicación razonable y está más dispuesta a aceptar una digna expresión de pesar por los inconvenientes causados que un sádico y engreído funcionario de poca monta que quiere aprovecharse de la ocasión. Por otro lado, la Autoridad Superior tiene más poder del que abusar, y, cuando se trata de un soborno, aumenta la cantidad necesaria para contentarlos. De todos modos, debo admitir que en aquel momento lo que más me preocupaba era el trato físico que recibiría. Naturalmente, cualquier autoridad policial, superior e inferior, considera que su comportamiento es «correcto» en toda circunstancia; pero por mi experiencia (aunque la verdad es que en toda mi vida solo me han arrestado diez o doce veces), la palabra «correcto» puede significar casi cualquier cosa: desde que te traigan una comida caliente de un restaurante cercano y cigarrillos, a que te aprieten bien las esposas en una celda y te suelten una patada en la entrepierna si te atreves a quejarte. Mis anteriores encuentros con la policía turca habían sido incómodos por considerarlos deshonestos o humillantes; también hay que decir que las cuestiones en el litigio habían sido de naturaleza más o menos técnica. «Estar en posesión de armas, explosivos y otras armas ofensivas, intentar entrarlas de manera ilegal en la República Turca, transportar armas de fuego ocultas e intentar entrar sin documentos de identificación válidos» eran acusaciones bastante más serias. Llevaría tiempo establecer mi completa y absoluta inocencia, y mientras podían ocurrir muchas cosas desagradables.

La posibilidad de que no se pudiera establecer mi inocencia era algo que, aunque soy realista, no estaba dispuesto a considerar.

Después de la cuarta llamada, el comandante salió de su oficina, dio órdenes al guarda de seguridad que había estado esperando en el pasillo y a continuación entró en el cuarto de baño.

—Lo van a mandar a la cárcel de Edirne —dijo.

—¿Y el coche que conducía, señor?

Titubeó.

—Todavía no me han dado órdenes al respecto. No dudo de que lo quieran como

prueba.

La comunicación directa con la Autoridad Superior parecía haberle privado de parte de su anterior seguridad en sí mismo. Decidí que había llegado el momento de pegarse un farol.

—Debo recordarle, señor —dije con voz firme—, que ya he protestado formalmente contra mi detención. Repito esa protesta. El coche y su contenido están dentro de su jurisdicción legal. Yo no. Se me ha negado la entrada porque mis papeles no estaban en regla. Por tanto, legalmente yo no estaba en Turquía y debería haber sido devuelto al lado griego de la frontera. En Grecia cuento con un *permis de séjour* en orden. Creo que cuando sus superiores conozcan estos hechos, se encontrará con muchas preguntas a las que responder.

Me expresé bastante bien. Por desgracia, aquello no pareció divertirlo.

—Así que además de periodista, chófer y traficante de armas, resulta que es abogado.

—Simplemente se lo advierto.

Se le borró la sonrisa.

—Entonces deje que yo también le advierta algo. En Edirne no tratará con las autoridades policiales corrientes. Se considera que en su caso puede haber aspectos políticos, y lo han puesto bajo la jurisdicción de la Sección Segunda, el İkinci El Büro.

—¿Aspectos políticos? ¿Qué aspectos políticos? —Sin éxito, intenté sonar furioso en lugar de alarmado.

—No me compete a mí decirlo. Simplemente se lo advierto. El responsable de la Sección Segunda es el general Haki. Quienes le interrogarán son sus hombres. No le quepa duda de que al final cooperará con ellos. Le aconsejo que lo haga desde el principio. He oído decir que tienen muy poca paciencia. Eso es todo.

Se marchó. Momentos después entró el guarda de seguridad.

Me llevaron a la cárcel de Edirne en un todoterreno cubierto, con la muñeca derecha esposada a un asidero, escoltado por dos soldados. La cárcel era un viejo edificio de piedra en las afueras de la ciudad. Tenía un patio tapiado, y en las ventanas había rejas metálicas y barrotes.

Uno de los soldados, un suboficial, se presentó al guardia de la puerta interior, y al cabo de un momento dos hombres con otro uniforme salieron por una puerta lateral más pequeña. Uno llevaba un papel que le entregó al suboficial. Deduje que era el recibo que le daba a cambio de mí. El suboficial abrió las esposas y me hizo salir del todoterreno. Mi nueva escolta me empujó hacia la puerta lateral.

—¡Girmek, girmek! —dijo bruscamente.

Todas las cárceles parecen oler a desinfectante, orina, sudor y cuero. Aquella no era la excepción. Subí las escaleras de madera hasta una puerta de acero, que un

hombre abrió desde el interior mediante una larga cadena de llaves. Pasada la puerta, a la derecha, había una especie de recepción en la que había un hombre en un escritorio y dos cubículos al fondo. El guardia me empujó hasta el escritorio y lanzó una orden. Le dije en francés que no le entendía. El hombre del escritorio dijo:

—*¡Vide les poches!*

Obedecí. En el puesto fronterizo me habían quitado todas las llaves y documentos. Lo único que llevaba en el bolsillo era mi dinero, el reloj, un paquete de tabaco y cerillas. El hombre del escritorio me devolvió el reloj y los cigarrillos, e introdujo el dinero y las cerillas en un sobre. Apareció un hombre que vestía una mugrienta bata blanca y se metió en uno de los cubículos. Llevaba un delgado expediente amarillo. Al cabo de un momento pronunció una orden y me hicieron entrar.

El cubículo tenía una mesita, una silla y un cubo tapado. En una esquina había un lavamanos, y, en la pared, un armario blanco de metal. El hombre de la bata blanca estaba en la mesa preparando una placa con tinta de las que utilizan para tomar las huellas. Me lanzó una mirada y me dijo:

—Quítese la ropa.

La gente que trabaja en las cárceles siempre es igual. Cuando me desnudé, miró dentro de la ropa y en los zapatos. A continuación me inspeccionó la boca y los oídos con una linterna. Después sacó del armario un guante de goma y un tarro de vaselina, y me registró el recto. Siempre me ha molestado profundamente esa vejación. Al final me tomó las huellas. En todo momento fue muy eficiente; incluso me entregó un trocito de papel higiénico para que me limpiara la tinta de las manos antes de decirme que me vistiera y pasara al siguiente cubículo. Allí había una cámara, junto con algunos focos. Tras tomarme las fotografías me llevaron por los pasillos hasta una puerta de madera verde donde se leía la palabra ISTIFHAM escrita con pintura blanca. *Istifham* es una palabra turca que conozco; significa ‘interrogatorio’.

En la habitación había solo una pequeña ventana con rejas y barrotes; el sol comenzaba a ponerse y estaba bastante oscuro. Al entrar, uno de los guardias me siguió y encendió la luz. Su amigo cerró la puerta y colocó el pestillo por fuera. El guardia que iba a quedarse conmigo se sentó en un banco apoyado contra la pared y bostezó ruidosamente.

La habitación tenía unos quince metros cuadrados. En una esquina había unos servicios sin puerta. Aparte del banco, no había más que una mesa de aspecto sólido atornillada al suelo y media docena de sillas. En la pared había un teléfono y una litografía enmarcada de Kemal Atatürk. El suelo estaba cubierto de un gastado linóleo marrón.

Saqué los cigarrillos y le ofrecí uno al guardia. Negó con la cabeza y un gesto de desdén, como si le hubiera ofrecido un ridículo soborno. Me encogí de hombros y,

después de llevarme el cigarrillo a la boca, le hice señas para que me diera fuego. Volvió a negar con la cabeza. Volví a guardar el cigarrillo y me senté a la mesa. Tenía que hacerme a la idea de que en cualquier momento entraría un representante de la Sección Segunda y comenzaría a interrogarme. Desesperadamente, necesitaba algo que contarle.

Con los interrogatorios siempre pasa igual. Recuerdo que una noche, antes de que lo mataran, mi padre intentaba explicárselo a mamá. Para un militar que se enfrenta a una acusación antes de que lo nombren oficial, no es bueno decir la verdad; ha de tener algo más, adornarla de algún modo. Si volvía a los barracones media hora después del toque de queda porque había tomado demasiada cerveza y había perdido el último autobús, ¿quién iba a molestarlo por él? No era más que un maldito idiota descuidado: siete días confinado en los barracones, el siguiente. Pero si cuando le preguntaban tenía algo que decir, les contaba una buena historia y el oficial se divertía oyéndola, las cosas eran diferentes. Puede que se limitasen a amonestarlo. Mi padre decía que había un cabo en su antiguo regimiento que era tan bueno inventando historias que solía venderlas por media corona cada una. Se las conocía como «verá-señor». Una vez mi padre le compró una verá-señor cuando fue «acusado» de no regresar a la hora que indicaba su pase nocturno. Era como sigue:

Verá, señor, yo regresaba por la carretera del Cuartel hacia los barracones a tiempo para el toque de queda y con aspecto marcial. Justo cuando pasaba por delante de la galería comercial que hay en la avenida de Artillería, oí gritar a una mujer. Me detuve. Verá, señor, me detuve a escuchar y la oí gritar otra vez. Hubo también un llanto confuso. El sonido procedía de una de las tiendas de la galería, de manera que entré a investigar. Me detuve otra vez, y a continuación avancé lentamente. Verá, señor, lo que averigüé fue que uno de esos morenos —le pido perdón, señor, un nativo— estaba molestando a una mujer blanca en un portal. Me di cuenta de que era una dama, señor. Eso que quede claro. Verá, señor, cuando la señora me vio, apeló a mi ayuda. Dijo que se dirigía a casa de su madre, que vivía en la otra punta del parque de Artillería, cuando ese nativo había intentado... bueno, molestarla. Le dije al nativo que se marchara. En lugar de obedecerme, me dirigió palabrotas muy feas en su propio idioma, y pronunció palabras insultantes refiriéndose al Regimiento. Respiré profundamente. Verá, señor, por el bien de la señora conseguí dominarme. De hecho, señor, creo que el hombre debía de estar borracho o bajo la influencia de las drogas. Tuvo el buen juicio de mantenerse a distancia, pero en cuanto hube sacado a la señora de la galería comercial comprendí que nos seguía. Esperaba otra oportunidad para seguir molestándola. Ella también lo sabía. Nunca he visto mujer más asustada, señor. Cuando me pidió que la acompañara a casa de su madre, señor, comprendí que eso me haría llegar tarde. Pero si hubiera seguido mi camino y algo terrible le hubiera ocurrido a esa mujer,

jamás me lo habría perdonado, señor. Sin inmutarme y con la vista al frente, señor, aceptaré el castigo que me impongan. Al oficial no se le ocurrió más que decir que: «Que no vuelva a ocurrir». Acusación desestimada.

El único problema es que, en el ejército, a no ser que seas un incordio permanente, suelen concederte el beneficio de la duda, porque para ellos es más fácil. Además, saben que aunque te lo hayas inventado todo, al menos te han hecho sudar un rato. La policía es mucho más difícil. Quieren comprobar una y otra vez la historia, y obtener testigos y pruebas, para que no haya dudas. «¿Cómo se llamaba esa mujer? Descríbala. ¿Dónde se encontraba la casa a la que la acompañó? ¿Estaba su madre en ella? ¿La vio usted? Se tardan veintidós minutos en ir andando desde la galería comercial a la otra punta del parque de Artillería, y otros treinta minutos en ir de ahí hasta los barracones. Lo que son un total de cincuenta y dos minutos. Pero usted llegó con dos horas de retraso. ¿Dónde pasó la hora y ocho minutos restantes? Tenemos un testigo que afirma que le vio...». Y así sucesivamente. No se pueden comprar historias de verás-señor lo bastante buenas para la policía por media corona. Los de Inteligencia son aún peores. En nueve de cada diez casos ni siquiera han de molestarse en reunir pruebas suficientes para el tribunal, pues ellos son el tribunal: juez, jurado y fiscal, todo en uno.

Yo no sabía nada de esa «Sección Segunda» que el comandante había mencionado; pero no era difícil adivinar lo que era. Los turcos siempre han tomado prestadas muchas expresiones y palabras de francés. El İkinci El Büro me parecía el equivalente turco del Deuxième Bureau. Y no iba muy desencaminado.

Si me pidieran que señalara a un grupo de hombres, un tipo, una categoría, que se caracterizara por tener entre sus filas a los cabrones más suspicaces, incrédulos, poco razonables, mezquinos, inhumanos, sádicos y traicioneros en cualquier idioma, diría sin vacilación: «Quienes dirigen los departamentos de contraespionaje». Con ellos no sirve tener una historia; sobre todo si no es cierta; se muestran automáticamente incrédulos. Hay que tener una serie de historias, de manera que, cuando te tumben la primera, puedas sacar la segunda, y luego, cuando esta se vaya al garete, puedas presentarles una tercera. Así les parece que progresan y no te ponen las manos encima, mientras tú, poco a poco, averiguas qué historia quieren que les cuentes.

Mi posición en Edirne fue desesperada desde el principio. Si hubiera sabido lo que había en el coche antes de que el comandante del puesto comenzara a interrogarme, no le habría hablado de Harper. Habría fingido ser idiota, o me habría negado a decir nada. Y luego, cuando ya no hubiera podido más y «lo hubiera contado todo», al menos habrían creído parte de lo que les hubiera dicho. Y lo cierto es que daba la casualidad de que mi historia era cierta, pero sonaba como si yo creyera que ellos eran idiotas. Ya podéis imaginar cómo me sentía mientras esperaba. Sin capacidad de maniobra, sabía que estaba a punto de pasar un mal rato.

El sol se puso y la ventana se ennegreció. Había un gran silencio. No se oía ruido en otras zonas de la cárcel. Supuse que aquella habitación estaba insonorizada para que no se oyeran los ruidos de los interrogatorios: los gritos, etc. Cuando llevaba allí dos horas, se oyeron pisadas en el pasillo, se abrió la puerta y entró otro guardia con un pequeño cuenco de sopa de cordero y un chusco de pan. Lo colocó en la mesa delante de mí, le hizo señas con la cabeza a su amigo, que salió, y volvió a echar el pestillo de la puerta. El recién llegado ocupó el lugar del anterior en el banco.

No había cuchara. Mojó un trozo de pan en la sopa y la probé. Estaba tibia y en ella flotaba un montón de grasa solidificada. Aunque no hubiera padecido indigestión, no me lo hubiese tomado. Me entraban ganas de vomitar.

Miré al guardia.

—¿Su? —pregunté.

Señaló el servicio. Era evidente que, si quería agua, tendría que beber del grifo. La idea no me hacía gracia. Era un fastidio padecer indigestión; solo me faltaba añadirle disentería. Me obligué a comer un poco de pan y volví a sacar los cigarrillos con la esperanza de que el guardia estuviera dispuesto a darme fuego. Negó con la cabeza. Señalé un cenicero de plástico colocado sobre la mesa para recordarle que fumar no estaba prohibido. Volvió a negar con la cabeza.

Poco antes de las nueve un bimotor sobrevoló la cárcel describiendo círculos, como si fuese a aterrizar. El ruido pareció significar algo para el guardia. Miró su reloj y, con aire ausente, se pasó la mano por la pechera de su guerrera, como para comprobar que llevaba los botones abrochados.

Más para romper el interminable silencio de la habitación que porque quisiera saberlo, le pregunté:

—¿Es grande, el aeropuerto de Edirne?

Hablé en francés, pero no me entendió. Se lo repetí por señas, que malinterpretó.

—*Askeri ucak* —fue lo único que dijo.

Un avión del ejército. Aquello cerró la conversación; pero me fijé en que ahora miraba su reloj. Supuse que probablemente se acercaba la hora del relevo y estaba impaciente.

Veinte minutos después se oyó el lejano sonido de la puerta de un coche al cerrarse. El guardia también la oyó, y enseguida se puso en pie. Me lo quedé mirando y él me fulminó con la mirada.

—¡*Hazirol!* —me espetó, y a continuación añadió en tono exasperado—: ¡*Debout!* ¡*Debout!*

Me puse en pie. Oí pisadas y voces que se acercaban. Quitaron el pestillo de la puerta y esta se abrió de golpe.

Durante un momento no ocurrió nada, pero alguien a quien no podía ver seguía hablando en el pasillo. Tenía una voz chillona y tajante que parecía dar unas órdenes

que otra voz acataba con deferencia.

—*Evet, evet, ejendim, derhal.*

Entonces las órdenes cesaron y el hombre que las daba entró en la sala.

Tendría unos treinta y cinco años, quizá menos, alto y bastante delgado. Pómulos marcados, ojos grises y pelo corto y castaño. Supongo que era guapo, al estilo de esos que tienen los labios finos. Llevaba un traje oscuro de civil que parecía cortado por un buen sastre romano, y una corbata de seda gris oscuro. Parecía que acabase de salir de un cóctel del cuerpo diplomático, y por lo que yo sabía, quizá hubiera sido así. Le ceñía la muñeca derecha una esclava de oro, y en la mano sujetaba un sobre grande de papel manila.

Me examinó fríamente un momento y a continuación asintió.

—Soy el comandante Tufan, subdirector de la Sección Segunda.

—Buenas noches, señor.

Lanzó una mirada al guardia, que lo observaba con los ojos como platos, y de repente le dio una orden:

—*¡Defol!*

El guardia casi se cae al salir de la sala.

En cuanto se cerró la puerta, el comandante acercó una silla a la mesa y se sentó. A continuación me indicó que volviera a mi asiento, junto al pan.

—Siéntese, Simpson. Creo que habla francés, no turco.

—Sí, señor.

—Entonces hablaremos en francés en lugar de en inglés. Será más fácil para mí.

Le contesté en francés.

—Como quiera, señor.

Sacó del bolsillo cigarrillos y cerillas y los arrojó sobre la mesa delante de mí.

—Puede fumar.

—Gracias.

Aquella concesión me alegró, aunque no me tranquilizó lo más mínimo. Cuando un policía te da un cigarrillo, suele ser el primer movimiento de una de esas partidas de «vamos a ver si podemos hablar sensatamente de hombre a hombre» en las que él te proporciona la soga y tú te ahorcas solito. Encendí un cigarrillo y esperé el siguiente movimiento.

No parecía tener prisa. Abrió el sobre y sacó una carpeta de papeles que estuvo revisando y reordenando, como si se los acabaran de entregar e intentara colocarlos en orden.

Llamaron a la puerta. No hizo caso. Al cabo de un momento esta se abrió y un guardia entró con una botella de *raki* y dos vasos. Tufan le indicó que los colocara sobre la mesa, y entonces se fijó en la sopa.

—¿No quiere más? —preguntó.

—No, gracias, señor.

Le dijo algo al guardia, que se llevó la sopa y el pan y volvió a cerrar la puerta con pestillo.

Tufan se colocó el expediente sobre las rodillas y se sirvió un vaso de *raki*.

—El vuelo desde Estambul ha sido un poco movidito —dijo—, en trayectos tan cortos todavía utilizan aviones de motor de pistones. —Apuró la bebida como si estuviera tragándose una pastilla, y me acercó la botella unos centímetros—. Será mejor que eche un trago, Simpson. Puede que se sienta mejor.

—¿Y también me soltará la lengua, señor? —Me dije que un toque de desenfado le haría creer que no estaba asustado.

Levantó la mirada y me clavó sus ojos grises.

—Espero que no —dijo fríamente—, no tengo tiempo que perder. —Cerró el expediente de golpe y lo colocó sobre la mesa, delante de mí.

—Y ahora examinemos su situación —prosiguió—. En primer lugar, los delitos de los que le acusan podrían condenarle a pasar al menos veinte años en la cárcel. Según lo implicado que esté en los aspectos políticos del asunto, incluso podría considerar pedir la pena de muerte.

—Pero yo no estoy implicado, comandante, se lo aseguro. Soy una víctima de las circunstancias, una víctima inocente. —A lo mejor lo de la pena de muerte era un farol, pero no podía estar seguro. Y ahí estaba de nuevo la expresión «aspectos políticos». Una vez leí que habían ahorcado a unos miembros del gobierno anterior por delitos políticos. En aquel momento deseé haber aceptado ese trago que me había ofrecido. Me temblaban las manos, y sabía que si extendía el brazo hacia la botella y el vaso, él se daría cuenta.

Sin embargo, sabía la impresión que me estaba causando, y quería que yo supiera que él lo sabía. Con calma, cogió la botella, me sirvió medio vaso de *raki*, y lo empujó hacia mí.

—Dentro de un momento hablaremos de hasta qué punto está implicado —dijo—. Primero consideremos el tema de su pasaporte.

—Está caducado. Lo admito. Fue un descuido. Si el comandante del puesto hubiera hecho lo que tenía que hacer me habrían devuelto al puesto griego.

Se encogió de hombros con impaciencia.

—Dejemos claro este punto. Usted ya ha cometido varios delitos graves en suelo turco. ¿Pensaba eludir las consecuencias porque sus papeles no estaban en regla? Sabe que eso no es posible. También sabe que el hecho de que su pasaporte no sea válido no se debe a un descuido. El gobierno egipcio se había negado a renovárselo. De hecho, hace dos años le revocaron la nacionalidad aduciendo que en sus papeles de nacionalización incurrió en diversas falsedades. —Lanzó una mirada al expediente—. Afirmó que nunca lo habían condenado por un delito y que nunca había cumplido

sentencia en la cárcel. Ambas afirmaciones eran mentira.

Esa era una injusta distorsión de los hechos, y solo podía imaginar que era obra de los egipcios. Dije:

—He recurrido esa decisión.

—Y también utilizó un pasaporte al que no tenía derecho y que debía haber entregado.

—Mi caso todavía estaba *sub judice*. De todos modos, ya he solicitado que me devuelvan la ciudadanía británica, a la que tengo derecho como hijo de un oficial británico. De hecho, soy británico.

—Los británicos no están de acuerdo. Después de lo ocurrido, tampoco puede culparlos.

—Según lo estipulado en la Ley de Nacionalidad Británica de 1948, sigo siendo británico a no ser que, de manera específica, renuncie a esa nacionalidad. Y nunca he renunciado formalmente.

—Eso no es importante. Aquí estamos hablando de su caso y de hasta qué punto está implicado. Lo que quiero dejarle claro es que nuestra actuación en su caso no va a verse influida por el hecho de que sea extranjero. Ningún cónsul va a interceder en su nombre. No tiene. Carece de patria. La única persona que puede ayudarle es mi director. —Hizo una pausa—. Pero tendrá que convencerlo. ¿Lo ha entendido?

—No tengo dinero.

Me pareció una respuesta sensata, aunque por algún motivo pareció irritarle. Se le estrecharon los ojos y por un momento pensé que iba a tirarme a la cara el vaso que sujetaba en la mano. Entonces suspiró.

—Tiene usted más de cincuenta años —dijo—, y aún no ha aprendido nada. Todavía ve a los demás según su absurda imagen. ¿Realmente cree que me puede comprar, o que, si se pudiera, un hombre como usted sería capaz?

Estaba a punto de contestarle que eso dependería del precio que pidiera; pero si quería adoptar esa actitud arrogante, no tenía sentido seguir discutiendo. Evidentemente que había tocado un tema delicado.

Encendió un cigarrillo como si, de manera consciente, dejara su irritación a un lado. Aproveché la oportunidad para beber un poco de *raki*.

—Muy bien. —Volvía a ir al grano—. Comprende su situación, que, por decirlo suavemente, es delicada. Pasemos ahora a la historia que le contó al comandante del puesto antes de que lo arrestaran.

—Todo lo que le conté al comandante del puesto era cierto.

Abrió el expediente.

—A la vista de los hechos, eso parece de lo más improbable. Veamos. Afirmó que un americano, un tal Harper, le había pedido que llevara un coche que pertenecía a una tal Fräulein Lipp de Atenas a Estambul. Le iban a pagar cien dólares. Estuvo de

acuerdo. ¿Fue así?

—Así fue.

—¿Estuvo de acuerdo aun cuando su pasaporte no estuviera en regla?

—No me di cuenta de que estaba caducado. Hacía meses que no lo utilizaba. Todo se acordó en pocas horas. Casi no tuve tiempo de hacer la maleta. La gente utiliza pasaportes caducados constantemente. Pregunte en cualquier línea aérea internacional y se lo dirán. Por eso comprueban los pasaportes de los pasajeros cuando pesan el equipaje. No quieren problemas al otro lado. A mí nadie me lo comprobó. En el puesto griego apenas me miraron el pasaporte. Estaba saliendo del país. No les interesaba.

Sabía que ahí pisaba terreno firme, y hablé con sentimiento.

El comandante se lo pensó un momento y asintió.

—Es posible, y, naturalmente, usted tenía más razones para no pensar en la fecha de caducidad de su pasaporte. De todos modos, los egipcios no se lo iban a renovar. La explicación me parece aceptable. Sigamos. —Volvió a mirar el expediente—. Le dijo al comandante que sospechaba que ese tal Harper era un traficante de drogas.

—Exacto.

—Hasta el punto de que registró el coche después de salir de Atenas.

—Sí.

—Pero consintió en hacer el viaje.

—Me pagaban cien dólares.

—¿Fue la única razón?

—Sí.

Negó con la cabeza.

—Eso no hay quien se lo crea.

—Le digo la verdad.

Sacó un clip con documentos del expediente.

—Su historial no inspira confianza.

—Cría fama y échate a dormir.

—Parece que se la ha ganado a pulso. El expediente que tenemos de usted comienza en 1957. Fue arrestado por diversos cargos y multado por un delito menor. La policía desestimó los demás cargos por falta de pruebas.

—Para empezar, no deberían haberlos presentado.

No hizo caso de mi comentario.

—Sin embargo, le hemos preguntado a la Interpol si sabía algo de usted. Al parecer, saben mucho. Resulta que durante una época trabajó en un restaurante.

—Mi madre era propietaria de un restaurante en El Cairo. ¿Es un delito?

—El fraude es un delito. Su madre era propietaria de una parte del restaurante. Cuando murió, usted se lo vendió a un comprador que creía ser el único propietario.

De hecho, había otros dos. El comprador lo acusó de fraude, pero retiró su demanda cuando la policía le permitió regularizar la transacción.

—No sabía de la existencia de los otros propietarios. Mi madre nunca me contó que hubiera vendido una parte del negocio. —Aquello era cierto. Mi madre fue la única responsable de aquel lío.

—En 1931 compró una participación en una pequeña editorial de El Cairo. Aparentemente distribuía revistas y publicaciones extranjeras, pero su verdadero negocio era la producción de pornografía para los mercados de habla española e inglesa. Y se convirtió en su auténtico negocio.

—Eso es totalmente falso.

—La información nos la proporcionó Scotland Yard en 1954 a través de la Interpol. Esa información se dio como respuesta a una investigación de la policía de Nueva York. Scotland Yard debe de conocerle desde hace mucho tiempo.

Sabía que no estaba en posición de enfadarme.

—He editado y a veces escrito para algunas revistas literarias a lo largo de los años —dije sin perder la calma—. A veces han sido un poco atrevidas en su enfoque y han sido censuradas por diversas autoridades. Pero me gustaría recordarle que libros como *Ulises* y *El amante de Lady Chatterley*, que fueron tachados de pornográficos y obscenos por esas autoridades, ahora son aceptados como obras maestras de la literatura y publicadas con total libertad.

Volvió a mirar sus papeles.

—En enero de 1955 fue arrestado en Londres. Estaba en posesión de diversas publicaciones obscenas y pornográficas que había intentado vender en grandes cantidades. Entre ellas había un libro titulado *Solo para caballeros*, y una revista mensual titulada *Hechizo*. Todas las editaba su empresa egipcia. Fue acusado bajo las leyes británicas que regulan dichas publicaciones, y por haberlas entrado de contrabando. En el juicio usted no dijo que fueran obras de arte maestras de la literatura. Se declaró culpable y fue condenado a doce meses de cárcel.

—Ese juicio fue una parodia.

—¿Por qué se declaró culpable, entonces?

—Porque mi abogado me lo aconsejó. —De hecho, el que me había engañado había sido el inspector de la policía judicial. Me prometió que si me declaraba culpable saldría con una multa.

Se me quedó mirando pensativo, y a continuación cerró el expediente.

—Debe de ser usted un hombre muy estúpido, Simpson. Me dice: «Le digo la verdad», y cuando intento comprobar esa declaración todo lo que oigo de usted son gimoteos y protestas. No me interesan las explicaciones de sus hechos pasados, ni la ilusoria imagen de sí mismo que quiera dar ante los demás. Si es incapaz de decir la verdad sabiendo que no gana nada con mentir, entonces no me creo lo que me diga.

Los británicos le pillaron con pornografía que había entrado de contrabando y que intentaba vender en la calle. ¿Por qué no admitirlo? Entonces, al decirme que esta tarde no sabía que estaba entrando armas y municiones de contrabando, al menos podría pensar: «Este hombre es un delincuente de poca monta, pero existe la remota posibilidad de que por una vez diga la verdad». Tal como están las cosas, lo único que puedo suponer es que miente, y debo sacarle la verdad de otra manera.

Admito que al oír «de otra manera» sentí un escalofrío. Después de todo, cinco minutos antes me había servido un vaso de *raki*. Con eso pretendía ponerme un nudo en la garganta, desde luego, y que me entrara el pánico. Por desgracia, como ya estaba cansado, disgustado y padecía de indigestión, lo conseguí.

—Le digo la verdad, señor. —Pude oír cómo se me quebraba la voz y me temblaba, pero no podía hacer nada para controlarlo—. Juro ante Dios que digo la verdad. Mi único deseo es decir todo lo que pueda, sacarlo todo de la oscuridad a la luz del día.

Se me quedó mirando de una manera extraña; y entonces, cuando comprendí lo que había dicho, me di cuenta de que me sonrojaba. Fue espantoso. Había utilizado aquellas absurdas palabras que Harper me había hecho escribir en mi confesión por lo de los cheques.

Una sonrisa avinagrada le asomó a los labios.

—Ah, sí —dijo—. Me olvidaba de que ha sido periodista. Lo intentaremos una vez más. Recuerde que no quiero discursos atenuantes, solo afirmaciones sencillas.

—Desde luego. —En aquel momento estaba demasiado confuso para pensar con claridad.

—¿Por qué fue a Londres en 1955? Debía de saber que Scotland Yard estaba al corriente de sus actividades.

—¿Cómo iba a saberlo? Llevaba años sin pisar Inglaterra.

—¿Dónde estuvo durante la guerra?

—En El Cairo, colaborando en la guerra.

—¿A qué se dedicaba?

—Era intérprete.

—¿Por qué fue a Londres?

Carraspeé y tomé un sorbo de *raki*.

—¡Contésteme!

—Iba a contestarle, señor. —No podía hacer más—. El distribuidor inglés de nuestras publicaciones dejó de pagarnos y no conseguimos que contestara a nuestras cartas. Fui a Inglaterra para investigar y me encontré las oficinas cerradas. Supuse que había dejado el negocio y comencé a buscar otro distribuidor. El hombre con el que al final comenté esa posibilidad resultó ser un detective de Scotland Yard. Solíamos enviar cargamentos a Liverpool dentro de balas de algodón. Al parecer, los

de aduanas lo habían descubierto e informaron a la policía. Nuestro distribuidor fue arrestado y estaba en la cárcel. La policía procuró que el asunto no saliera en los periódicos. Simplemente caí en una trampa.

—Mejor, mucho mejor —dijo. Casi parecía divertido—. Aunque, claro, estaba resentido con las autoridades británicas.

Debería haber recordado algo que había dejado caer antes, pero seguía confuso, e intenté adelantarme a lo que él quería decir.

—Estaba resentido en aquella época, claro que sí, señor. Aquel juicio no me pareció justo. Pero después comprendí que la policía tenía que hacer su trabajo —me dije que eso le gustaría— y que ellos no redactaban las leyes. De manera que intenté ser un preso modelo. Creo que lo fui. De todos modos, recibí la máxima remisión de la pena por buen comportamiento. Y desde luego no me puedo quejar del tratamiento que recibí en Maidstone. De hecho, el alcaide me estrechó la mano cuando me marché y me deseó buena suerte.

—¿Y entonces regresó a Egipto?

—En cuanto terminó mi período de libertad condicional, sí. Regresé a El Cairo, señor.

—Donde denunció a un hombre de negocios británico llamado Colby Evans a las autoridades egipcias afirmando que era un agente secreto británico.

Fue como una bofetada en la cara, pero conseguí no perder la cabeza.

—Inmediatamente no, señor. Eso fue luego, durante la crisis de Suez.

—¿Por qué lo hizo?

No supe qué contestar. ¿Cómo explicarle a un hombre como ese que tenía que vengarme por las palizas que me habían dado con la palmeta? No dije nada.

—¿Fue porque debía demostrar a las autoridades egipcias que era anti británico, porque no le caía bien aquel hombre o porque era realmente anti británico?

Supongo que fueron las tres cosas; la verdad es que no estoy seguro. Contesté casi sin pensar.

—Mi madre era egipcia. Mi esposa murió a causa de una bomba británica cuando nos atacaron. ¿Por qué no iba sentirme sinceramente anti británico?

Probablemente fue la mejor respuesta que había dado hasta ese momento; sonó cierta, aun cuando no lo fuera del todo.

—¿De verdad creía que ese hombre era un agente?

—Sí, señor.

—Y luego pidió la nacionalidad egipcia.

—Sí, señor.

—Se quedó en Egipto hasta 1958. ¿Fue entonces cuando decidieron que después de todo Evans no había sido un agente británico y lo liberaron?

—Lo juzgaron y lo condenaron. Su liberación fue un acto de clemencia.

—Pero los egipcios comenzaron a investigarle a usted en aquella época. —No era una pregunta.

—Supongo.

—Entiendo. —Volvió a llenarme el vaso—. Creo que comenzamos a entendernos, Simpson. Ahora se da cuenta de que hacer juicios morales ni es mi trabajo ni me interesa. Por otro lado, comienzo a comprender cómo funciona su mente en los asuntos de los que hablamos: cuál es su lógica. Ahora volvamos a su historia acerca del señor Harper y Fräulein Lipp. —Echó una mirada al expediente—. Verá, para un hombre de su experiencia resulta bastante increíble. Usted sospecha que Harper podría estar utilizándolo para algo ilegal que resultará enormemente provechoso para él, pero hace lo que le pide, y todo por solo cien dólares.

—Yo pensaba en el viaje de regreso, señor. Me dije que cuando él comprendiera que yo había adivinado de qué iba todo el asunto, tendría que pagarme por el riesgo que había corrido.

Se recostó en la silla, sonriente.

—Pero usted había aceptado los cien dólares antes de que se le ocurriera esa posibilidad. De lo contrario, no habría registrado el coche al salir de Atenas. ¿Ve dónde está el problema?

Lo veía. Lo que no sabía era cómo salir del atolladero.

Encendió otro cigarrillo.

—Vamos, Simpson, hace unos minutos estaba saliendo de la oscuridad de manera muy sensata. ¿Por qué no continuar? O toda su historia es una mentira o hay algo muy importante que no me ha contado. ¿Qué es? De todos modos, voy a averiguarlo. Será más fácil para ambos si me lo cuenta ahora.

Sé reconocer cuándo me han derrotado. Bebí un poco más de *raki*.

—Muy bien. Tuve tan pocas opciones con él como con usted. Me estaba chantajeando.

—¿Cómo?

—¿Existe tratado de extradición con Grecia?

—No se preocupe por eso. Yo no soy policía.

De modo que al final tuve que contarle lo de los cheques de viaje.

Cuando acabé, asintió.

—Entiendo —fue todo lo que dijo. Al cabo de un momento se puso en pie y se dirigió hacia la puerta. Se abrió al golpearla suavemente. Comenzó a dar órdenes.

Yo estaba casi seguro de que había terminado conmigo y que estaba diciendo a los guardias que me llevaran a una celda, de manera que apuré el resto de *raki* y me metí las cerillas en el bolsillo por si me dejaban salir con ellas.

Pero no me llevaron a una celda. Cuando terminó de hablar, cerró la puerta y regresó.

—He pedido que le traigan comida comestible —dijo.

No se detuvo en la mesa, sino que continuó hasta el teléfono. Yo encendí un cigarrillo y volví a colocar las cerillas sobre la mesa. No creo ni que se fijara. Estaba pidiendo un número de Estambul y hablando en un tono como para darse importancia. A continuación colgó y regresó la mesa.

—Y ahora cuénteme todo lo que recuerde de ese tal Harper —dijo.

Comencé a contarle otra vez toda la historia desde el principio, pero ahora él quería detalles.

—Dice que hablaba como un alemán que ha vivido algunos años en Estados Unidos. ¿Cuándo llegó a esa conclusión? ¿Después de oírle hablar en alemán con el hombre del garaje?

—No. Cuando le oí hablar alemán solo confirmé la impresión que había tenido.

—Si me oyera hablar alemán de manera fluida, ¿podría decir si era mi lengua natal o no?

—No.

—¿Cómo pronunció la palabra inglesa *later*^[1], por ejemplo?

Intenté explicárselo.

—¿Sabe?, la *i* alemana es más frontal —dijo—, pero en turco, delante de ciertas vocales, se pronuncia más hacia el paladar, como ha hecho usted. Si le dijera que ese hombre era de origen turco, ¿le parecería increíble?

—No si me dijeran que era cierto. ¿Pero Harper es turco?

—¿Es alemán?

—Podría ser una anglicanización de Hipper.

—También podría ser una anglicanización de Harbak. —Se encogió de hombros—. O quizás es un alias. Es lo más probable. Intento descubrir si el hombre podría ser turco.

—¿Por los aspectos políticos que ha mencionado?

—Evidentemente. Granadas lacrimógenas, granadas de concusión, granadas de humo, seis pistolas, ciento veinte cartuchos de munición. Seis hombres decididos y equipados con ese material podrían atacar por sorpresa a alguna persona o grupo de personas importantes con bastantes garantías de éxito. El antiguo régimen aún tiene muchos partidarios. No les gusta que el ejército gobierne con mano firme.

Me reprimí el comentario de que esa mano firme a mí tampoco me gustaba demasiado.

—Pero, naturalmente —añadió—, los vigilamos. Si intentasen algo, necesitarían ayuda del exterior. ¿Dice usted que ese hombre tenía francos suizos y marcos de la Alemania Occidental, además de dólares?

—Sí.

—Naturalmente, es posible que lo que tenemos aquí solo sea una pequeña parte

de un plan mucho más grande. Si es así, hay mucho dinero en juego. Ese tal Harper se tomó muchas molestias y gastó mucho para pasar el material por la frontera. A lo mejor...

Sonó el teléfono, y se detuvo para contestar. Era su llamada a Estambul. Comprendí una palabra de cada diez de las que dijo durante la conversación. Estaba informando a su jefe; eso era fácil de deducir. Mencionó mi nombre en diversas ocasiones. Después de eso no hizo más que escuchar, pronunciando algún esporádico *evet* para dar a entender que comprendía lo que le decían. Pude oír el débil graznido de la voz al otro lado de la línea. Finalmente se calló. Tufan formuló una pregunta y recibió una breve respuesta. Eso fue todo. Pronunció una despedida respetuosa, colgó y me miró.

—Malas noticias para usted, Simpson —dijo—. El director no está dispuesto a ayudarle. Los cargos contra usted le parecen demasiado graves.

—Lo lamento. —No parecía que hubiera más que decir. Eché otro trago de *raki* para intentar asentar el estómago.

—Considera que no nos ha ayudado bastante. No he podido convencerle.

—Le he contado todo lo que sé.

—No es bastante. Necesitamos saber más de ese tal Harper, de quiénes son sus socios y contactos, quién es Fräulein Lipp, cuál es el destino de las armas y las municiones, y cómo van a utilizarse. Si usted pudiera darnos esa información o ayudarnos a obtenerla, entonces, naturalmente, podríamos reconsiderar su caso.

—La única manera de obtener su información sería coger el coche e ir a Estambul mañana como si no hubiera ocurrido nada, dirigirme al hotel Park, y esperar que alguien contactara conmigo, tal como habíamos acordado. ¿Eso es lo que me está pidiendo que haga?

Se sentó frente a mí.

—Es lo que quizá podríamos pedirle que hiciera, si creyéramos que podemos confiar en usted. Mi director no lo tiene claro. Naturalmente, recuerda sus antecedentes.

—¿Qué tienen que ver mis antecedentes?

—¿No se da cuenta? Supongamos que advierte a esa gente de que han registrado el coche. A lo mejor le recompensarían.

—¿Recompensarme? —Solté una sonora carcajada; creo que debía de estar un poco achispado—. ¿Recompensarme por decirles que están bajo vigilancia? ¿Lo dice en serio? Está hablando de un grupo de hombres lo bastante decididos como para arriesgar sus vidas. En este momento, el único contacto que puedo identificar es Harper, que quizás esté en Estambul, o quizá no. Supongamos que no lo está. Alguien tiene que contactar conmigo para llegar al coche. ¿Qué hago? ¿Le susurro «Huya, les han pillado» al oído, y espero que me dé una propina antes de irse? ¿O espero a hacer

unos cuantos contactos más antes de darles la buena noticia, para que puedan pasar la gorra? ¡No diga tonterías! Enseguida sabrían que no pueden llegar muy lejos, porque usted volvería a cogerme y me haría hablar. ¿Recompensa? Suerte tendré si me dejan vivir.

Sonrió.

—El director me preguntó si tendría suficiente sentido común como para darse cuenta.

Pero ya estaba demasiado irritado por lo que consideraba su estupidez como para captar lo que acababa de decir. Seguí hablando en inglés. Me daba igual si me entendía o no.

—En cualquier caso, ¿qué tiene que perder? —dije—. Si no aparezco en Estambul mañana, sabrán que algo va mal, y todo lo que usted tendrá es un par de nombres que no le dicen nada y un Lincoln de segunda mano. También me tendrán a mí, por supuesto, pero ya sabe todo lo que yo sé del asunto, de manera que parecerá un completo estúpido delante del tribunal intentando demostrar que yo iba llevar a cabo un golpe de Estado de un solo hombre. Puede que su maldito director sea uno de esos cabrones finolis, íntegros y llenos de mierda que creen que todo aquel que no vuelve de rositas no es digno de consideración, pero si no tuviera el cerebro en el culo se daría cuenta de que no le queda más remedio que fiarse de mí. No tiene otra maldita alternativa.

Tufan asintió y quitó de mi alcance la botella de *raki*.

—Esas han sido más o menos las palabras del director —remató.

A la mañana siguiente me desperté con resaca, y no solo por culpa del *raki*. Los nervios siempre me afectan. Fue un milagro que pudiera dormir.

La «comida comestible» que Tufan había pedido resultó ser yogur (que detesto) y una especie de queso de oveja. Me limité a comer un poco más de pan mientras Tufan hacía algunas llamadas telefónicas.

Habían dejado el Lincoln en el puesto de aduanas de Karaagac, que durante la noche estaba cerrado. Tufan tuvo que sacar de la cama al comandante para que abriera el puesto, y un conductor del ejército llevó el coche al taller de reparaciones de la guarnición. Las granadas, armas y mi equipaje lo llevaron al cuartel local del ejército para que las examinaran. Para ello, tuvieron que reunir a más gente, entre ellos el inspector de aduanas que había registrado el coche, para volver a colocar todo el material dentro de las portezuelas tal como lo habían encontrado.

A pesar de toda la autoridad que tenía, tardaron una hora en organizar el trabajo. Luego surgió el tema de encontrar un hotel para mí. En aquel momento estaba tan agotado que no me hubiera importado dormir en una celda. Así se lo dije; pero, naturalmente, mi comodidad no era lo más importante. Tuve que tragarme una larga perorata. Suponga que Harper le pregunta dónde ha pasado la noche; suponga esto, suponga lo otro. Un agente a veces tiene que asumir riesgos, pero jamás riesgos innecesarios; que te pillaran por haber pasado por alto una minucia era imperdonable; etc. Fue la primera vez que se refirieron a mí como «agente», lo cual me provocó sensación de incomodidad.

Me dijo que me encontrara con él a las nueve, delante de un nuevo edificio de apartamentos que había cerca del hotel. Ya estaba allí cuando llegué. Se había cambiado de ropa, pero no se había afeitado y tenía los ojos hinchados. Parecía haber pasado la noche en vela. Sin ni un «buenos días», me indicó que lo siguiera y me condujo por una rampa hasta un pequeño garaje en el sótano del edificio.

El Lincoln estaba allí, y se veía muy limpio.

—He hecho que lo limpiaran —dijo—. Se veía muy manoseado. Cuando llegue a Estambul volverá a estar lleno de polvo. Será mejor que eche un vistazo a las puertas.

Le había advertido que tuviera cuidado con los paneles del interior de las puertas. Eran de cuero y estaban bastante limpios cuando me entregaron el coche en Atenas. Si algún mecánico torpe del ejército las había dañado dejando alguna señal al reemplazarlas, lo más probable es que Harper se diera cuenta. Sin embargo, todo parecía en orden. Si no me lo hubieran advertido, ni me habría enterado de que habían quitado los paneles.

—¿Está todo dentro, exactamente igual que antes? —pregunté.

—Eso me ha dicho el inspector de aduanas. Han sujetado con cinta todos los objetos para que queden bien pegados a la puerta y se pueda bajar la ventanilla. Antes de quitarlos tomaron fotos.

Me entregó unas fotos que llevaba en el bolsillo. No decían gran cosa. Parecían fotos de murciélagos en hibernación.

—¿Sabe dónde compraron el material? —pregunté.

—Buena pregunta. Las pistolas y la munición son alemanas, desde luego. Todas las granadas son francesas. No nos dice demasiado. Sabemos que las metieron en el coche en Grecia.

—¿Cómo lo saben?

—Todo estaba cubierto con papel de periódico para impedir que hiciera ruido. Hay páginas de periódicos atenienses fechados hace una semana. —Sacó un sobresellado del asiento delantero del coche y lo abrió—. Esto es lo que le quitaron en el puesto fronterizo —dijo—. Debería metérselo en el bolsillo de nuevo y yo guardaré el sobre. He hecho estampar un visado de turista especial en su pasaporte que le da validez como documento de viaje dentro de Turquía durante un mes, por si el recepcionista del hotel se fija en la fecha en que expira, o por si lo detiene un agente de tráfico. Si Harper o cualquier otro lo ven, simplemente dígales que el control de seguridad no puso objeción después de que les prometiera renovar el pasaporte en Estambul. El *carnet* está en orden, desde luego, y hay otros documentos personales. —Me los entregó y a continuación rompió el sobre en pedazos y se los colocó en el bolsillo.

—Y ahora —añadió— centrémonos en sus órdenes. Ya sabe qué información queremos. Primero, nombres y direcciones de todos los contactos, su descripción, lo que digan o hagan. En segundo lugar intentará, manteniendo ojos y oídos abiertos, descubrir dónde y cómo se van a utilizar esas armas. Respecto a eso, se fijará en cualquier lugar que se mencione, da igual el contexto. Edificios y zonas concretos. ¿Lo entiende?

—Lo entiendo. ¿Cómo me pongo en contacto con usted?

—Ahora nos centraremos en eso. En primer lugar, desde que nos separemos estará usted bajo vigilancia. Las personas designadas para seguirle cambiarán a menudo, pero si por casualidad reconoce a alguno, disimule. Solo se dirigirá a ellos en caso de emergencia, o de extrema urgencia. En ese caso, le ayudarán si les dice mi nombre. Contactará con nosotros por teléfono, pero no desde un teléfono que pase por una centralita privada. Y desde luego no desde el teléfono de una habitación de hotel. Utilice los teléfonos de los cafés. A no ser que, por razones físicas de seguridad, sea imposible, se pondrá en contacto con nosotros cada noche a las diez, o a las ocho de la mañana siguiente si no ha conseguido hacer la llamada de las diez. —Sacó una caja de cerillas del bolsillo—. El número está escrito debajo de las cerillas.

En cuanto lo memorice, tire la caja. Si quiere comunicarse con nosotros de cualquier otra forma que no sea la establecida, un agente de servicio me pasará su llamada o le dará otro número en el que pueda localizarme. ¿Le ha quedado claro?

—Sí. —Cogí las cerillas y leí el número.

—Una cosa más —dijo—. El director no es una persona afable ni comprensiva. Será leal con nosotros porque le interesa. Naturalmente, él ya lo sabe. Pero para él, la torpeza o la estupidez a la hora de ejecutar las órdenes son igual de inaceptables que la mala fe, y acarrear las mismas consecuencias. Le aconsejo que tenga éxito. En fin, creo que eso es todo, a no ser que quiera preguntar algo.

—No. No tengo preguntas.

Asintió con la cabeza, se dio media vuelta y subió la rampa del garaje. Yo volví a colocar mi maleta en la parte trasera del coche. Diez minutos más tarde había salido de Edirne y estaba en la carretera, en dirección a Estambul.

Al cabo de unos kilómetros identifiqué el coche de vigilancia como un Peugeot color arena que me seguía a unos doscientos o trescientos metros. Se mantenía más o menos a esa distancia aunque algún camión u otro coche se interpusiera entre nosotros o cruzásemos una población. Nunca se acercó lo suficiente para ver al conductor. Cuando me detuve en Corlu para almorzar, no me adelantó. No vi el Peugeot mientras estuve allí.

El restaurante era un café de mesas escasas y cojas colocadas bajo un emparrado en la terraza exterior. Tomé un par de vasos de *raki* y unos pimientos rellenos. Mi estómago empezaba a reaccionar. Me quedé allí más de una hora. Me habría gustado quedarme más. En el colegio también había momentos de esos; cuando había terminado un mal rato y el siguiente aún no había empezado. También hay días así, días en los que estás libertad bajo fianza, a la espera de juicio: no eres inocente, culpable ni responsable, estás en el banquillo. A menudo me digo que ojalá me operaran de algo; no de nada grave ni doloroso, desde luego: lo suficiente como para estar convaleciente una temporada.

Tres minutos después de salir de Corlu volvía a tener el Peugeot detrás. Me detuve una vez más a poner gasolina. Llegué a Estambul poco después de las cuatro.

Dejé el Lincoln en un garaje situado en una calle que desembocaba en la plaza Taxim, cogí mi maleta y fui caminando al hotel.

El hotel Parle está construido en la ladera de una colina que da al Bósforo. Es el único hotel que conozco que tiene el vestíbulo en el piso de arriba, de manera que el ascensor te baja a la habitación en vez de subirte. Mi habitación estaba muy abajo, en una esquina que daba a una calle en la que se veía un café. El café tenía un gramófono y una inagotable provisión de discos de música *caz turca*. A la altura de la ventana, a unos cincuenta metros de distancia, se veía la cima de un minarete que pertenecía a una mezquita situada colina abajo. Contaba con altavoces para

amplificar la voz del muecín, y la llamada a la oración era ensordecedora. Cuando Harper hizo la reserva, seguro que había pedido la habitación más barata del hotel.

Me puse una camisa limpia y me senté a esperar.

A las seis sonó el teléfono.

—¿Monsieur Simpson? —Era una voz de hombre con una cadencia condescendiente y un acento inidentificable. No era inglés ni americano.

—Al habla Simpson —contesté.

—¿El coche de la señorita Lipp está en buen estado? ¿No ha sufrido un accidente o un problema viniendo de Atenas, verdad?

—No. El coche está bien.

—Perfecto. La señorita Lipp tiene un compromiso urgente. Le diré lo que ha de hacer. ¿Conoce el hotel Hilton?

—Sí.

—Lleve el coche al Hilton enseguida y déjelo en el aparcamiento que hay delante de la entrada del hotel, detrás del *night-club* Kervansaray. Deje el *carnet* y los papeles del seguro en la guantera y las llaves del contacto junto al asiento del conductor, en el suelo. ¿Lo ha entendido?

—Lo he entendido, sí. ¿Con quién hablo?

—Con un amigo de la señorita Lipp. El coche debería estar allí en diez minutos.

—Colgó bruscamente, como si la pregunta hubiera sido impertinente.

Me pregunté qué debía hacer. Desde luego, no pensaba obedecerle. Solo podría contactar con la gente que le interesaba a Tufan a través del coche. Si lo entregaba tal como acababa de pedirme perdía cualquier posibilidad de ganar la partida. Incluso sin las órdenes que me había dado Tufan, me habría negado. Harper había dicho que me pagarían y que él me devolvería la carta en cuanto el trabajo estuviera hecho. Él, o alguien en su nombre, debía cumplir esas condiciones antes de que les entregara el coche. Debían saberlo. Después de todo lo que había ocurrido en Atenas, no iba a pensar que confiaría en su bondad. ¿Y qué había pasado con todas esas promesas de hacerle de chófer a la señorita Lipp mientras se hallaba en Turquía?

Escondí el carné bajo un forro para estanterías que había encima del guardarropa y salí. Tardé unos diez minutos en llegar andando al Hilton.

Me acerqué al aparcamiento a paso vivo, exhibiendo las llaves como si fuera a recoger un coche que estuviera allí. Supuse que el hombre que había telefoneado o alguien que actuara en su nombre estaría esperando la llegada del Lincoln, a punto para llevárselo en cuanto yo me marchase. En Estambul no es prudente dejar un coche abierto y sin vigilancia mucho rato, aunque sea el más miserable.

Lo distinguí casi de inmediato. Estaba de pie, al final de la rampa de acceso para coches del Hilton, fumando un cigarrillo y con la vista perdida, como si intentara decidir si volver a casa directamente con su mujer o visitar primero a su amiguita. Al

recordar que tendría que describírselo a Tufan, me fijé en él. Tendría unos cuarenta y cinco años y era robusto, de pecho amplio. Una mata de pelo gris y rizado remataba una cara morena e hinchada. Los ojos eran castaños. Llevaba un traje fino de color gris claro, calcetines amarillos y sandalias de cuero trenzadas. Mediría metro setenta y cinco, supuse.

Crucé el aparcamiento para asegurarme de que no había más posibilidades, a continuación salí al otro lado y recorrí la calle para echarle otro vistazo.

Regresé directamente al hotel Park. Mientras abría la puerta de la habitación, oí sonar el teléfono.

Era la misma voz de antes, ahora más tajante.

—¿Simpson? Creo que todavía no ha entregado el coche. ¿Qué está haciendo?

—¿Quién habla?

—El amigo de la señorita Lipp. Conteste a mi pregunta, por favor. ¿Dónde está el coche?

—El coche está en lugar seguro y seguirá estándolo.

—¿De qué me habla?

—El *carnet* está en la caja fuerte del hotel y el coche está en un garaje. Y así están las cosas hasta que se lo entregue al señor Harper o a alguien que me demuestre que actúa en nombre del señor Harper.

—Ese coche es propiedad de la señorita Lipp.

—El *carnet* está a nombre de la señorita Lipp —contesté—; pero el coche me lo confió el señor Harper. Soy responsable de él. No conozco a la señorita Lipp más que de nombre. Ni siquiera sé quién es usted. ¿Comprende mi problema?

—Espere.

Oí cómo le decía a alguien:

—*Il dit que...* —Y enseguida tapó el auricular con la mano.

Esperé. Al cabo de un momento volvió a hablar.

—Vendré a su hotel. Quédese ahí. —Sin esperar respuesta, colgó.

Subí al vestíbulo y le dije al recepcionista que si alguien me llamaba estaría en la terraza. Aquello estaba abarrotado, pero conseguí encontrar una mesa y pedí una copa. Estaba dispuesto a hablar con aquel hombre; pero no me había gustado su tono, y me parecía más seguro encontrarme con él en un lugar público, no en la intimidad de mi habitación.

Le di mi nombre al jefe de camareros, y unos veinte minutos después vi que señalaba en mi dirección mientras hablaba con un hombre alto y cadavérico de cabeza estrecha y calva y grandes orejas de soplillo. El hombre se acercó. Llevaba una camisa de deporte a rayas crema y marrón y unos pantalones de lino de color habano. El labio superior era alargado y engreído, y la boca se combaba hacia abajo en las comisuras.

—¿Simpson?

—Sí.

Se sentó de cara a mí. Tenía los ojos castaños, un diente de oro en la mandíbula inferior izquierda, una sortija de sello de oro y ágata en el dedo meñique de la mano izquierda; mentalmente, lo iba anotando todo.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Fischer.

—¿Quiere tomar una copa, señor Fischer?

—No. Deseo aclarar este malentendido referente al coche de la señorita Lipp.

—En mi opinión no hay malentendido alguno, señor Fischer —respondí—. Las órdenes que me dio el señor Harper eran muy explícitas.

—Sus órdenes consistían en esperar instrucciones en el hotel —me espetó—. Y no las ha obedecido.

Le lancé una respetuosa mirada de disculpa.

—No dudo que tenga usted perfecto derecho a dar esas órdenes, señor Fischer, pero supuse, como es natural, que el señor Harper estaría aquí, o si no estaba en persona, que habría dejado una autorización escrita. Se trata de un coche muy valioso y yo...

—Sí, sí. —Me interrumpió impaciente—. Lo comprendo. La cuestión es que el señor Harper no llegará hasta mañana por la tarde y la señorita Lipp necesita el coche enseguida.

—Lo lamento.

Se inclinó hacia mí por encima de la mesa y me llegó un aroma a loción para después del afeitado.

—Al señor Harper no le gustará que obligue a la señorita Lipp a venir en persona hasta Estambul para reclamar su coche —dijo en tono amenazante.

—Creía que la señorita Lipp ya estaba en Estambul.

—Está en la villa —dijo cortante—. Y ahora basta de tonterías, por favor. Usted y yo iremos inmediatamente a buscar el coche.

—Por supuesto, siempre y cuando tenga una autorización escrita del señor Harper.

—Tengo la autorización del señor Harper.

—¿Podría verla, señor?

—No es necesario.

—Me temo que soy yo quien debe decidirlo.

Se recostó y respiró profundamente.

—Voy a darle otra oportunidad —dijo tras una pausa—. O me entrega el coche de inmediato o se tomarán medidas para obligarle a hacerlo.

Cuando pronunció la palabra «obligarle», su mano derecha salió disparada y

volcó a propósito la copa que había delante de mi regazo.

En aquel momento no sé qué me pasó. Las últimas veinticuatro horas habían sido horribles, desde luego; pero no creo que fuera solo eso. De repente sentí como si toda mi vida la hubiera pasado intentando defenderme contra gente que me obligaba a hacer esto o lo otro, y que siempre lo conseguían porque tenían el poder de su parte; entonces comprendí que por una vez el poder estaba de mi lado; por una vez no estaba solo.

Recogí el vaso, volví a colocarlo sobre la mesa, y me sequé los pantalones con el pañuelo. El hombre no apartaba los ojos de mí, como un boxeador a la espera de que el otro se ponga en pie tras haberlo derribado, dispuesto a entrar a matar.

Llamé al camarero.

—Si este caballero deseara informar a la policía de la desaparición de un coche, ¿dónde debería dirigirse?

—Hay una comisaría en la plaza Taxim, señor.

—Gracias. He derramado mi copa. Por favor, limpie la mesa y tráigame otra.

Mientras el camarero limpiaba la mesa con su trapo, lancé una mirada a Fischer.

—Podríamos ir juntos —dije—. O, si lo prefiere, podría ir yo solo y explicar la situación. Naturalmente, supongo que la policía querría ponerse en contacto con usted. ¿Dónde les digo que pueden encontrarle?

El camarero había acabado de limpiar la mesa y se alejaba. Fischer se me quedó mirando indeciso.

—¿De qué habla? —dijo—. ¿Quién ha nombrado a la policía?

—Hace un momento ha dicho que me obligaría a entregarle el coche. Solo la policía podría obligarme. —Hice una pausa—. A no ser, claro, que pensase en otra manera de obligarme. En ese caso, quizá soy yo quien debería ir a la policía.

No supo qué decir. Se limitó a mirarme. Me esforcé para no sonreír. Era evidente que sabía lo que había ocultado en el coche, y que lo último que deseaba era que la policía se interesara por ello. Ahora tenía que asegurarse de que yo no acudía a las autoridades.

—No será necesario —dijo por fin.

—No estoy seguro. —El camarero me trajo otra copa y señalé a Fischer—. Este caballero pagará.

Fischer titubeó, a continuación arrojó el dinero sobre la mesa y se puso en pie. Intentaba recuperar el control de la situación mostrándose ofendido.

—Muy bien —dijo fríamente—, esperaremos la llegada del señor Harper. Nos está causando muchas molestias, e informaré al señor Harper de su insubordinación. No volverá a darle trabajo.

Y al final, como siempre, fui demasiado lejos.

—Cuando sepa lo descuidado que es usted, a lo mejor tampoco vuelve a

contratarlo.

Fue una estupidez, porque aquello implicaba que yo sabía que las cosas no eran lo que aparentaban, y yo no tenía por qué saberlo.

Entrecerró los ojos.

—¿Qué le contó Harper sobre mí?

—Hasta esta noche ni siquiera sabía que usted existiera. ¿Por qué iba a hablarme de usted?

Sin contestar, dio media vuelta y se marchó.

Me acabé la copa lentamente y planeé lo que iba a hacer aquella noche. Me dije que lo mejor sería cenar en el hotel. Aparte de que el coste de la cena iba incluido en la factura, que pagaría Harper, tampoco me apetecía salir. Fischer parecía haber aceptado la situación; pero también cabía la posibilidad de que cambiara de opinión y decidiera ponerse duro. Se suponía que los hombres de Tufan me protegían, pero tampoco sabía cuáles eran sus órdenes. Si alguien quería darme una paliza, no me serviría de mucho saber que estaban allí tomando notas. Sin duda, valía más quedarse en casa. El único problema era la llamada telefónica de las diez. Ya me había fijado en que los teléfonos públicos del vestíbulo los manejaba un operador a través de la centralita del hotel, así que más tarde tendría que arriesgarme a salir. A no ser, claro, que no hiciera la llamada de las diez y esperara a las ocho de la mañana siguiente. El único problema era que tendría que explicarle a Tufan por qué lo había hecho, y no quería confesar que me asustaba lo que Fischer pudiera hacer. Aún tenía los pantalones mojados, y seguía recordando el placer experimentado obligándolo a venir a verme y a hacer lo que yo quería. No podía esperar que Tufan comprendiera lo bien que había manejado a Fischer si empezaba admitiendo que había estado demasiado nervioso para salir del hotel después de entrevistarme con él.

Pero podía minimizar el riesgo. El café más cercano que conocía era el que estaba en la calle lateral que quedaba debajo de mi habitación. Con tantas ventanas del hotel iluminadas, la calle no estaría oscura. Probablemente, el teléfono estaría en la barra y, con un poco de suerte, el ruido de la música compensaría la falta de intimidad. De todos modos, no había elección.

Cuando acabé de cenar estaba tan cansado que apenas conseguía mantener los ojos abiertos. Volví a terraza y me tomé un brandy hasta que llegó la hora de hacer la llamada.

Al salir del hotel tuve que esquivar un taxi, así que aproveché para mirar a mi espalda, como quien no quiere la cosa, para asegurarme de que no había peligro. A unos veinte metros detrás de mí había un hombre con una gorra de chófer.

Debido al contorno de la colina y a la curva que formaba la calle, tardé más de lo esperado en llegar al café. El hombre con la gorra de chófer seguía detrás de mí. Escuché sus pisadas. Si hubiera comenzado a acercarse, habría echado a correr hacia

el café; pero como se mantenía a distancia, supuse que era uno de los hombres de Tufan. De todos modos, no fue un paseo muy agradable.

El teléfono estaba en la pared que había detrás de la barra. No había depósito de monedas, y había que pedir al propietario que te pusiera con el número para que supiera cuánto cobrarte. El propietario solo hablaba turco, de manera que le anoté el número y le pedí por señas que me lo marcara. La música sonaba más floja en el café que en la habitación, pero el bullicio era importante.

Tufan contestó enseguida en su tono habitual.

—Se ha retrasado.

—Lo siento. Me dijo que no llamara a través de la centralita del hotel. Estoy en un café.

—Salió del hotel Hilton poco después de las seis. ¿Por qué? Infórmeme.

Le conté lo que había pasado. Tuve que repetir la descripción del hombre del aparcamiento del Hilton y la de Fischer para que pudiera anotarlas. Mi informe de la reunión con Fischer al principio pareció divertirlo. No sé por qué. No esperaba que me diera las gracias, pero creía haberme ganado un gruñido de aprobación por mi agilidad mental. Se limitó a obligarme a repetir la conversación, insistió en la referencia de Fischer a una villa en las afueras de Estambul y me hizo un montón de preguntas para las que no tenía respuesta. Resultó irritante; aunque, claro, no dije nada. Simplemente pregunté si tenía más órdenes para mí.

—No, pero tengo nueva información. Harper y Lipp han reservado billete en el avión de la Olympics Airways que sale de Atenas mañana por la tarde. Llega a las cuatro. Hasta una hora después no creo que tenga noticias tuyas.

—Suponiendo que me dé las mismas órdenes que Fischer, que le entregue el coche y los papeles, ¿qué hago?

—Pídale el dinero que prometió pagarle y la carta que escribió.

—Suponga que me lo entrega todo.

—Entonces dele el coche, pero olvídense el *carnet* y los papeles del seguro. Recuérdele su promesa de que podría trabajar para la señorita Lipp. Insista. Utilice su inteligencia. Imagine que Harper no es más que un turista al que usted intenta timar. Y ahora, si no hay más, váyase a la cama. Infórmeme otra vez mañana por la noche.

—Un momento, señor. Hay más. —Se me acababa de ocurrir una idea.

—¿Qué?

—Hay algo que usted podría hacer, señor. Si antes de hablar con Harper pudiera tener una licencia de guía oficial con fecha de mañana, podría ser de ayuda.

—¿Cómo?

—Demostraría que, como esperaba hacer de chófer a la señorita Lipp durante su estancia en la ciudad, me había tomado la molestia de obtener la licencia. Daría la impresión de que me lo había tomado en serio. Si él o ella quisieran un chófer, eso

podría inclinar la balanza.

No me contestó inmediatamente. Al final dijo:

—Bien, muy bien.

—Gracias, señor.

—¿Se da cuenta, Simpson, de que cuando aplica su inteligencia para llevar a cabo las órdenes en lugar de limitarse a ver las dificultades, es usted una persona eficaz?

—Parecía El Hirsuto en uno de sus momentos de buen humor—. Recuerde, de todos modos —añadió—, que como extranjero no puede tener licencia de guía. ¿Cree que Harper puede saberlo?

—Estoy casi seguro de que no. Y si lo sabe, puedo decir que he sobornado a alguien para conseguirla. Me creería.

—Yo también le creería, Simpson. —Soltó una risita jactanciosa, encantado con su propia broma—. Muy bien, la tendrá a mediodía; la entregaremos en el hotel.

—Necesitará una fotografía mía.

—Tenemos una. No me diga que no lo recuerda. Y una advertencia. Solo sabe algunas palabras en turco. No llame la atención para que no le hagan enseñar la licencia. Podría tener problemas con los guardas del museo. ¿Entendido?

Colgó. Pagué la llamada y salí.

Fuera, el hombre con la gorra de chófer esperaba calle arriba. Anduvo delante de mí hasta el hotel. Imaginé que sabía por qué había ido al café.

En el mostrador de recepción vendían guías de Estambul. Compré una con la idea de repasar mis conocimientos de los lugares de interés y cómo llegar a ellos. Mientras bajaba a mi habitación no pude reprimir una carcajada. «Nunca te presentes voluntario para nada», había dicho mi padre. Bueno, exactamente no me había presentado voluntario a lo que estaba haciendo, pero me parecía que me lo estaba tomando muy en serio.

Pasé casi toda la mañana siguiente en la cama. Poco antes del mediodía me vestí y subí al vestíbulo para ver si Tufan se había acordado de la licencia de guía. Ya lo creo: me esperaba en mi casillero, dentro de un sobre sellado del Ministerio de Turismo.

Durante unos minutos aquello me hizo sentir muy bien. Demostraba, me dije, que Tufan mantenía sus promesas y que podía confiar en su apoyo. Entonces me di cuenta de que las cosas se podían ver de otra manera. Había pedido una licencia y enseguida la había recibido; Tufan esperaba resultados y no iba a permitir excusas si no los conseguía.

Aquel día había decidido no beber para tener la cabeza clara cuando me enfrentara a Harper; pero cambié de opinión. No se puede tener la cabeza clara cuando una espada pende encima de ti. De todos modos, me lo tomé con calma y no pasé de tres o cuatro *rakis*. Me hizo sentir mucho mejor, y después de comer bajé a

mi habitación a echarme una siesta.

Debía de necesitarla mucho, pues seguía dormido cuando el teléfono sonó a las cinco. Casi me caigo de la cama en mis prisas por cogerlo, y el sobresalto me produjo dolor de cabeza.

—¿Arthur? —Era la voz de Harper.

—Sí.

—¿Sabe quién soy?

—Sí.

—¿El coche está bien?

—Sí.

—¿Por qué ha estado dando largas, entonces?

—Yo no he estado dando largas.

—Fischer dice que se ha negado a entregar el coche.

—Usted me dijo que esperara sus instrucciones, así que esperé. No me dijo que le entregara el coche a un perfecto desconocido sin prueba alguna de su autorización...

—¡Muy bien, de acuerdo, olvídelo! ¿Dónde está el coche?

—En un garaje cerca de aquí.

—¿Sabe dónde está Sariyer?

—Sí.

—Coja el coche inmediatamente y tome la carretera de Sariyer. Cuando llegue a Yeniköy, compruebe el cuentakilómetros y conduzca en dirección a Sariyer durante seis kilómetros. A la derecha encontrará un pequeño muelle con algunos botes amarrados. A la izquierda de la carretera, justo delante del muelle, verá una entrada para coches que pertenece a la villa. El nombre de la villa es Sardunya. ¿Lo ha entendido?

—Sí.

—Debería estar allí dentro de cuarenta minutos. ¿De acuerdo?

—Saldré ahora mismo.

Sariyer es un pequeño puerto de pescadores que está en la otra punta del Bosforo, cuando este se ensancha hacia el mar Negro, y la carretera que llega desde Estambul discurre por la orilla europea. Me pregunté si debería contactar con Tufan antes de salir e informarle de la dirección que me habían dado, pero decidí no hacerlo. Seguro que había hecho seguir a Harper desde el aeropuerto y, en cualquier caso, me seguirían hasta la villa. No tenía sentido llamarle.

Me dirigí al garaje, pagué la cuenta y saqué el coche. El tráfico de última hora de la tarde era denso, y tardé veinte minutos en salir de la ciudad. A las seis menos cuarto llegué a Yeniköy. Volvía a seguirme el mismo Peugeot que tuve detrás desde Edirne. Aminoré para comprobar el cuentakilómetros y volví a acelerar.

Las villas que hay en el Bosforo van desde la pequeña residencia de vacaciones a

orillas del mar, con jardineras y pequeños cobertizos para botes, hasta las construcciones que parecen palacios. Antaño, muchos fueron palacios; antes de que la capital se trasladara a Ankara, el cuerpo diplomático solía tener embajadas de verano a orillas del Bósforo, donde soplan las frescas brisas del mar Negro cuando la temperatura de la ciudad es asfixiante. Al parecer, la villa Kösk Sardunya había empezado de modo parecido.

El acceso a la entrada para coches estaba flanqueado por enormes pilares de piedra con una reja de hierro forjado. La entrada tenía centenares de metros de longitud y serpenteaba por la ladera de la colina a través de una avenida de grandes árboles, que impedían que la casa se viera desde la carretera. Al final, el camino dejaba los árboles y finalizaba en un gran patio de grava que se extendía delante de la villa.

Era uno de esos recargados edificios de estuco blanco de los que se ven en las partes más antiguas de Niza y Montecarlo. A principios de siglo debieron de pedir a algún arquitecto francés o italiano que se encargara del proyecto. Tenía de todo —terrazza con columnas y balaustradas, balcones, escaleras de mármol que subían hasta un pórtico en la fachada principal, una fuente en el patio, estatuas, una maravillosa vista del Bósforo— y era enorme. Pero había conocido días mejores. El estuco se desconchaba algunos lugares, y algunas de las molduras de la cornisa estaban caídas o rotas. De la fuente no salía agua. El patio estaba bordeado de malas hierbas.

Mientras llegaba con el coche, vi a Fischer levantarse de una silla de la terraza y entrar en la casa a través de una acristalada puerta corrediza. Aparqué al pie de las escaleras de mármol y esperé. Al cabo de un momento apareció Harper bajo el pórtico y salí del coche. Él bajó las escaleras.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Tuvieron que hacer una factura en el garaje, y además había tráfico.

—Bueno... —Se interrumpió al ver que yo miraba a su espalda.

Una mujer descendía las escaleras.

Harper esbozó una leve sonrisa.

—Ah, sí. Se me olvidaba. Aún no conoces a la persona para la que trabajas. Cariño, este es Arthur Simpson. Arthur, la señorita Lipp.

Hay hombres que adivinan la edad de una mujer mirándole la cara y la figura. Yo no soy de esos. Quizá se deba a que, a pesar de mamá, respeto a las mujeres. Sí, debe de ser eso. Si es muy atractiva, pero ya no es una jovencita, siempre creo que tiene veintiocho. Si se ha dejado un poco, pero no es mayor, le echo cuarenta y cinco. Por alguna razón nunca pienso en una edad intermedia —ni por encima ni por debajo—, excepto la mía, claro.

La señorita Lipp me evocó la cifra de veintiocho. De hecho, tenía treinta y seis; pero eso no lo averigüé hasta más tarde. Para mí tenía veintiocho. Era alta y tenía el pelo rubio castaño, corto, y una de esas figuras en las que acabas fijándote, independientemente del vestido que la cubra. También tenía ojos insolentes, soñolientos y divertidos, y esa boca carnosa y jovial que te indica que sabe que no puedes dejar de mirar cómo se mueve su cuerpo, y que le importa un bledo que lo hagas o no; de todos modos, mirar es gratis. Aquella primera vez no llevaba un vestido, sino unos pantalones de deporte blancos y sandalias, y una blusa blanca y holgada. Su tez era de un moreno dorado, y el único maquillaje que llevaba era carmín en los labios. Estaba claro que acababa de bañarse y cambiarse.

Me saludó con la cabeza.

—Hola. ¿Algún problema con el coche? —Lo dijo con la misma combinación de acentos que Harper.

—No, señora.

—Eso está bien. —No pareció sorprendida.

Fischer bajaba las escaleras tras ella. Harper le lanzó una mirada.

—Muy bien, Hans, será mejor que acompañes a Arthur a Sariyer. A mí me dijo—: Allí puedes tomar el transbordador de vuelta a la ciudad. ¿El *carnet* y la Carta Verde están en la guantera?

—Claro que no. Están en la caja de seguridad del hotel.

—Le dije que lo pusiera en la guantera —dijo Fischer furioso.

No aparté la mirada de Harper.

—Usted no me lo dijo —repliqué—; ni me indicó que aceptara órdenes de su criado.

Fischer soltó unas furiosas palabrotas en alemán, y la señorita Lipp rompió a reír.

—¿No es un criado? —pregunté amablemente—. Se comporta como tal, aunque quizá no sea muy bueno.

Harper levantó una mano para hacerme callar.

—Muy bien, Arthur, déjalo ya. El señor Fischer es un invitado, y solo pretendía ayudar. Haré que recoja los documentos mañana antes de que te marches. Se te

pagará cuando los entregues.

Se me revolvió el estómago.

—Pero yo había entendido, señor, que haría de chófer a la señorita Lipp mientras estuviera en Turquía.

—Ya está arreglado, Arthur. Contrataré a alguien de por aquí.

—Yo puedo conducir el coche —dijo Fischer impaciente.

Harper y la señorita Lipp se volvieron hacia él. Harper pronunció unas desabridas palabras en alemán y ella añadió en inglés:

—Además, no conoces las carreteras.

—Conozco las carreteras, señora. —Intentaba que el pánico que sentía por dentro aflorara en forma de respetuosa indignación—. Hoy mismo me tomé la molestia y el gasto de obtener una licencia de guía oficial para hacer el trabajo sin ningún inconveniente para usted. Ya he hecho de guía en Estambul. —Me volví hacia Harper y le coloqué la licencia delante de las narices—. ¡Mire, señor!

Me dirigió una ceñuda mirada de incredulidad.

—¿Quieres decir que quieres el trabajo? —me preguntó—. Creía que solo querías esto. —Sacó mi carta del bolsillo.

—Claro que lo quiero, señor. —Fue todo lo que pude hacer para impedir que mis brazos se abalanzaran hacia la carta—. Pero usted también me paga cien dólares por tres o cuatro días de trabajo. —Hice todo lo que pude para dibujar una sonrisa—. Como ya le dije en Atenas, señor, por ese dinero no tienen que convencerme para trabajar.

Harper miró a la mujer, y esta contestó en alemán, encogiéndose de hombros. Comprendí las tres últimas palabras:

—... hombre habla inglés.

Harper se volvió hacia mí.

—¿Sabes una cosa, Arthur? —dijo pensativo—. Te veo distinto. Si quisieras, podrías conseguir la carta ahora mismo, pero no quieres. ¿Por qué?

Aquello era difícil de responder. Miré la carta que tenía en la mano.

—No la ha enviado. Todo este tiempo temía que la enviara, por resentimiento.

—¿Aunque me costara trescientos dólares?

—No le habría costado nada. Al final le habrían devuelto los cheques.

—Es cierto. —Asintió—. No está mal, Arthur. Y ahora dime qué querías decir al afirmar que el señor Fischer había sido descuidado. ¿En qué crees que ha sido descuidado?

De repente los tres esperaban mi respuesta. La suspicacia de los hombres hacia mí flotaba en el aire, y la señorita Lipp también la había olido. Es más, no parecía extrañarle lo que Harper decía. Independientemente de cuál fuera el juego, todos estaban metidos en él.

Lo hice lo mejor que pude.

—¿Por qué? Por cómo se ha comportado, desde luego. Porque ha sido descuidado. Vale, conocía su nombre y sabía lo suficiente como para ponerse en contacto conmigo, pero yo sabía que él no podía actuar siguiendo sus instrucciones.

—¿Y cómo lo sabías?

Señalé la carta.

—Por eso. Usted me dijo que era su seguro. Sabía que no le entregaría el coche a un completo desconocido sin recuperar mi carta, y él no lo mencionó.

Harper se volvió hacia Fischer.

—¿Lo ves?

—Solo intentaba ahorrar tiempo —dijo Fischer furioso—. Ya lo he dicho. Eso no explica por qué utilizó esa palabra.

—No, no lo explica —dije. Lo único que podía hacer era coger el toro por los cuernos—. Pero esto sí. Cuando comenzó a amenazarme le propuse ir a la policía y arreglar el asunto. En toda mi vida he visto a nadie echarse atrás tan deprisa.

—¡Eso es mentira! —gritó Fischer; pero no estaba tan seguro de sí mismo.

Le lanzó una mirada a Harper.

—Según mi forma de pensar, todo aquel que se pega un farol como este sin saber lo que hará cuando tenga que enseñar las cartas, es descuidado. Si el señor Fischer hubiera sido un criado deshonesto en lugar de un invitado servicial, usted habría dicho que yo había sido bastante descuidado por entregarle un coche de catorce mil dólares. Y tendría suerte si no decía algo peor.

Siguió un breve silencio, después del cual Harper asintió.

—Muy bien, Arthur, supongo que al señor Fischer no le importa a aceptar tus disculpas. Digamos que todo fue un malentendido.

Fischer se encogió de hombros.

No alcanzo a imaginar qué podía pensar Harper de cómo veía yo la situación. Aunque no hubiera sabido lo que había escondido en el coche, en aquel momento me habría dado cuenta de que se cocía algo turbio. La señorita Lipp, en Turquía, para un viaje turístico de diez días con un Lincoln y una villa del tamaño del Taj Mahal, ya era bastante inverosímil. Los tejemanejes relacionados con la entrega del coche también habían sido realmente grotescos.

No obstante, pronto quedó claro que nada de lo que yo pensara o sospechara iba a quitarle el sueño a Harper.

—Muy bien, Arthur —dijo—, tenemos un trato. Cien dólares por semana. ¿Aún tienes los cincuenta que te entregué?

—Sí, señor.

—¿Bastarán para la factura del hotel?

—Creo que sí.

—Muy bien. Aquí tienes los cien prometidos para el viaje de vuelta. Ahora vuelve a la ciudad. Por la mañana deja el hotel. A continuación coge el transbordador hasta el muelle de Sariyer para estar allí a eso de las once. Mandaré a alguien a recogerte. Te instalaremos aquí.

—Gracias, señor, pero puedo buscar un hotel.

—No hay hoteles hasta Sariyer, y eso es demasiado lejos. Tendrías que utilizar el coche para ir y volver, y siempre estarías allí cuando te necesitáramos aquí. Además, nos sobran habitaciones.

—Muy bien, señor. ¿Podría devolverme la carta?

Se la volvió a meter en el bolsillo.

—Desde luego. Cuando te pague al final del trabajo. Ese era el trato, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo —dijo malhumorado.

Naturalmente, Harper pensaba que si conservaba la carta se aseguraba de que yo le obedecería sin rechistar, y que, si yo veía u oía algo indebido, estaría demasiado asustado como para abrir la boca. El hecho de que no fuera tan listo como pensaba no me consolaba. Quería volver a Atenas y estar con Nicki, pero primero debía conseguir la carta.

—Tú conducirás —dijo Fischer.

Dije «Buenas noches, señora» dirigido a la señorita Lipp, pero ella no pareció oírme. Subía las escaleras en compañía de Harper.

Fischer se sentó en el asiento de atrás. Primero pensé que solo pretendía, de manera mezquina, mostrarme quién era el jefe; pero, mientras me dirigía hacia la carretera, vi que examinaba los paneles de las puertas. Aún estaba receloso. Di gracias al cielo de que lo hubieran vuelto a colocar tal como estaba. Resultó casi confortador ver el Peugeot color arena en el espejo retrovisor.

Fischer no dijo ni una palabra en todo el camino. En Sariyer, me detuve en el acceso al puerto y di media vuelta. A continuación me bajé y abrí la puerta como si Fischer fuera un miembro de la realeza. Me dije que aquello le haría sentirse estúpido, pero no dio esa impresión. Sin decir palabra, se puso al volante, me lanzó una mirada siniestra, y arrancó como un loco.

El Peugeot se había detenido y dio la vuelta unos cien metros atrás. Un hombre se bajó del asiento del copiloto. Cerró de un portazo y el Peugeot arrancó a toda velocidad detrás del Lincoln. En el muelle había un transbordador, y no me quedé a ver si me seguía el hombre que se había bajado. Supuse que así era.

Llegué al muelle de Kabatas poco después de las ocho y compartí un taxi *dolmus* que se dirigía a la plaza Taxim. A continuación me dirigí al hotel y me tomé un par de copas.

Las necesitaba. Hasta cierto punto había conseguido hacer lo que quería Tufan. Había contactado con Harper, y así seguiría por el momento. Por otro lado, al aceptar

quedarme en la villa, prácticamente sería imposible que volviera a telefonar a Tufan, al menos con regularidad. No había manera de saber cómo sería la vida en la villa, ni cuáles serían mis obligaciones. A lo mejor podría salir a buscar un teléfono seguro, o quizás eso fuera imposible. Si me veían telefonar, Harper recelaría. ¿A quién conocía yo en Estambul? ¿Qué número era? Vuelva a llamar. Etcétera. Sin embargo, la invitación a quedarme había sido casi imposible de rechazar. Si me hubiera puesto a discutir, Harper habría cambiado de opinión y no me hubiera contratado. Tufan no podía tenerlo todo; y había decidido decírselo así si empezaba a protestar.

Cené y me dirigí al café que había junto al hotel. Esta vez me siguió un hombre con vestido de mozo de carga.

La verdad es que Tufan no protestó; pero cuando acabé el informe se quedó tanto rato callado que pensé que había colgado. Al final le dije:

—¿Sigue ahí?

—Pensaba —me contestó—. Nos encontraremos esta noche. ¿Está usted en el café que hay junto al hotel?

—Sí.

—Espere cinco minutos, diríjase al hotel, pase delante de la puerta y continúe unos cuatrocientos metros. Verá un pequeño coche marrón aparcado allí.

—¿El Peugeot que me ha estado siguiendo?

—Sí. Abra la puerta y siéntese junto al conductor. Él sabrá dónde llevarle. ¿Le ha quedado claro?

—Sí.

Pagué la llamada telefónica y me tomé una copa. Cuando pasaron los cinco minutos, salí.

Al acercarme al Peugeot, el conductor se inclinó hacia la puerta del copiloto y la abrió. Puso el coche en marcha, pasó junto al hotel y bajó la colina hacia la avenida Necati Bey.

Era un hombre joven y rollizo, de piel oscura. El coche olía a tabaco, gomina y comida rancia. Supuse que en su trabajo casi siempre debía de comer en el coche. Había un emisor-receptor de taxi VHF bajo el salpicadero, y de vez en cuando unas voces en turco graznaban a través de los altavoces. No daba la impresión de escucharlas. Al cabo de unos minutos comenzó a hablar conmigo en francés.

—¿Le gusta conducir el Lincoln? —preguntó.

—Sí, es un buen coche.

—Demasiado grande y largo. He visto los problemas que ha tenido esta tarde por estas calles tan estrechas.

—De todos modos es muy rápido. ¿Ha podido seguirlo cuando ha regresado al chalé?

—Se ha parado tras un kilómetro y ha comenzado a mirar las puertas. ¿Vibraban?

—Yo no lo he notado. ¿Ha estado parado mucho rato?

—Unos minutos. Después no ha ido tan deprisa. Pero ese rato...

Se interrumpió y cogió el micrófono cuando sonó una nueva serie de graznidos por la radio.

—*Evet, efendi, evet* —contestó, a continuación dejó el micrófono—. Pero esta pequeña máquina podría enseñar un par de cosas a los grandes. En una colina estrecha con curvas cerradas puedo dejarles atrás.

—¿Adónde vamos?

—No se me permite contestar preguntas.

En aquel momento pasábamos junto a la entrada oficial del Palacio de Dolmabahçe.

Se construyó en el siglo pasado, cuando los sultanes dejaron de llevar túnica y turbante y adoptaron las levitas negras y el fez. Desde el mar parece un imponente hotel a la orilla de un lago importado de Suiza; pero desde la carretera, debido al altísimo muro de piedra que lo rodea, hace pensar que es una cárcel. Ese muro de piedra discurre aproximadamente un kilómetro a la derecha de la carretera, y el mero hecho de levantar la vista para verlo me produjo sensación de incomodidad. Me recordó el patio de Maidstone.

Entonces vi una luz en lo alto del muro, y el conductor comenzó a aminorar la velocidad.

—¿Por qué nos detenemos aquí? —pregunté.

El conductor no contestó.

La luz procedía de un reflector, y el haz caía verticalmente sobre un centinela armado. Tras él había un par de inmensas puertas de madera rodeadas de hierro.

El coche se detuvo justo delante de las puertas y el conductor abrió la puerta.

—Salgamos —dijo.

Él fue delante hasta las puertas. Le dijo algo al centinela, quien le indicó que avanzara. Nos adentramos por el hueco que formaban las puertas y giramos a la izquierda. Brillaba una luz en lo que supuse que era el cuarto del guardia. Subimos unas escaleras hasta la puerta. Dentro había una habitación sin más mobiliario que una mesa y una silla. Un joven teniente —supuse que era el oficial de guardia— estaba sentado a la mesa hablando con el sargento, quien estaba de pie. Cuando entramos, el oficial se puso en pie y le dijo algo al conductor.

Se volvió hacia mí.

—Usted tiene licencia de guía —dijo—. Debe enseñársela a este oficial.

Así lo hice. Me la devolvió, cogió una linterna y dijo en francés:

—Sígame, por favor.

El conductor se quedó tras el sargento de guardia. Seguí al teniente por las escaleras y a continuación cruzamos unos adoquines irregulares hasta una estrecha

calzada que discurría por un lado del edificio que, al parecer, era un cuartel. Había luz en las ventanas y pude oír voces y una radio en la que sonaba *caz*. Había farolas a intervalos regulares, y aunque la superficie de la calzada estaba rota en algunos lugares, podías ver dónde pisabas. Después cruzamos un arco bastante alto y salimos de la zona del cuartel para entrar en una especie de jardín. Estaba muy oscuro. Llegaba la luz de la luna, y pude ver parte de la mole blanca del palacio asomando a nuestra izquierda, pero los árboles cubrían de sombra de jardín. El teniente encendió la linterna y me dijo que mirara dónde pisaba. Era un consejo necesario. Al parecer, lo estaban restaurando. Había losas sueltas y escombros por todas partes. Al final, llegamos a un camino sólidamente pavimentado. Delante había una puerta, y, al lado, una ventana iluminada.

El teniente abrió la puerta y entró. La luz procedía de la sala del conserje, y cuando el teniente entró, apareció un hombre con un tristón uniforme azul. Tenía unas llaves en la mano. El teniente le dijo algo. El conserje le dio una lacónica respuesta, y a continuación, tras mirarme con curiosidad, nos condujo por una sala hasta unas escaleras, encendiendo las luces al pasar. En el descansillo tomó un largo pasadizo con muchas puertas cerradas a un lado y ventana sin cortinas y con rejas al otro. Había una alfombra en el suelo con un estrecho droguete en el centro para evitar el desgaste.

Por las proporciones de la escalera y la altura del techo estaba claro que nos encontrábamos en un edificio grande; pero allí no había nada especialmente palaciego. Podría haber sido cualquier ayuntamiento de provincias. Las paredes estaban cubiertas de óleos deslucidos. Parecía haber centenares, y casi todos mostraban paisajes con ganado o escenas de batallas, y todos tenían el mismo color de barniz marrón amarillento. Yo no sé nada de pintura. Supongo que debían de tener valor, o no habrían estado en un palacio; pero me resultaban deprimentes, igual que el olor a naftalina.

Al final del pasillo había unas gruesas puertas metálicas, y al otro lado más pasillos y cuadros.

—Ahora vamos a lo que solía ser el harén del palacio —dijo el teniente en tono solemne—. Las puertas de acero lo protegían. Cada mujer tenía sus propias estancias. En la actualidad ciertos departamentos gubernamentales tienen aquí sus oficinas.

Estuve a punto de decir: «Ah, quiere decir que se las han quedado los eunucos», pero me callé. No parecía una persona a la que le gustaran los chistes. Además, había tenido un día difícil y estaba cansado. Cruzamos otras puertas de acero. Ya me había resignado a recorrer más pasillos cuando el conserje se detuvo y abrió la puerta de una de las habitaciones. El teniente encendió las luces y me indicó que entrara.

No era más grande que mi habitación del hotel, pero probablemente la altura del techo y las pesadas cortinas rojas y doradas que cubrían la ventana hacían que

pareciera más pequeña. Las paredes estaban cubiertas de seda verde estampada y varios cuadros grandes. El suelo era de parqué y había una chimenea de mármol blanco. Una docena de butacas doradas rodeaban las paredes, como si hubieran despejado la habitación para un baile. El escritorio y las sillas que había en el centro parecían un grupo de gente mal vestida que se hubiera colado en la fiesta.

—Puede sentarse y fumar, si quiere —dijo el teniente—, pero, por favor, procure apagar los cigarrillos en la chimenea.

El conserje se marchó y cerró la puerta tras él. El teniente se sentó en el escritorio e hizo una llamada de teléfono.

Había una única excepción: los cuadros de la habitación eran iguales que los que había visto en los pasillos, pero más grandes. En una pared había un barco de pesca holandés en plena tormenta; delante de él, junto a un grupo de ninfas muy poco turcas que se bañaban en el arroyo de un bosque, había una carga de caballería rusa. En cambio, el cuadro que había sobre chimenea era indudablemente turco. Mostraba a un hombre barbudo, ataviado con levita y fez, delante de otros hombres barbudos que lo miraban como si tuviera problemas de olor corporal y hubiera dicho algo desagradable. Entre los hombres del grupo, dos llevaban uniformes relucientes.

Cuando el teniente concluyó su llamada telefónica, le pregunté qué representaba aquel cuadro.

—Son los líderes de la nación exigiendo la abdicación del sultán Abdul Hamid II.

—¿No es extraño tener un cuadro como este en el palacio de un sultán?

—No en este palacio. Aquí murió un hombre más importante que cualquiera de los sultanes, más que Sulaymán. —Me lanzó una mirada dura y desafiante, retándome a que lo negara.

Asentí. Empeñó una larga perorata acerca de las iniquidades del gobierno de Bayar-Menderes y por qué fue necesario que el ejército limpiara ese nido de ratas y formara el Comité de Unión Nacional. Habló con tal vehemencia de la necesidad de fusilar sin compasión a todos los que intentaban arruinar la labor del Comité, sobre todo a los miembros del Partido Democrático que habían huido de la justicia que impartía el ejército, que seguía con su arenga cuando el comandante Tufan entró en la habitación.

Casi me supo mal por el teniente, que enseguida se puso firme y comenzó a farfullar disculpas como si fueran una letanía. Tufan tenía un aspecto imponente vestido de paisano; de uniforme y con una pistola al cinto parecía a punto de encabezar un pelotón de fusilamiento... y que el trabajo no le molestaba. Escuchó al teniente durante cinco segundos y lo hizo salir con un gesto de la mano.

Cuando la puerta se cerró, Tufan pareció darse cuenta de mi presencia.

—¿Sabe que el presidente Kemal Atatürk murió en este palacio? —preguntó.

—Eso deduje por lo que me contó el teniente.

—Fue en 1938. El director pasó mucho tiempo con él antes de su muerte, y el presidente confiaba totalmente en él. El director siempre recuerda una de sus afirmaciones: «Si puedo vivir otros quince años, convertiré Turquía en una democracia. Si muero antes, se tardarán tres generaciones». Ese joven oficial quizá representa el tipo de dificultad que tenía en mente. —Colocó su maletín sobre el escritorio y se sentó—. Y ahora, hablemos de sus problemas. Los dos hemos tenido tiempo para pensar. ¿Qué me propone?

—Hasta que no sepa lo que ocurre en la villa, no sé qué puedo proponerle.

—Puesto que es usted el chófer, tendrá que encargarse de llenar el depósito de gasolina. Hay un garaje saliendo de Sariyer. Tiene teléfono.

—Ya lo había pensado, pero no sé si podemos contar con eso. Depende de lo mucho que se utilice el coche. Por ejemplo, si solo voy a Estambul y vuelvo, no puedo fingir que se me ha acabado la gasolina. En ese coche caben cien litros. Si siempre voy a repostar al garaje a una hora determinada, independientemente de los kilómetros que recorra, sospecharán.

—Podemos obviar lo de la hora fija. Ya lo he dispuesto para que pueda llamar las veinticuatro horas. Incluso si prevé futuros problemas, debería ser capaz de hacer una llamada para informar. Después, si es necesario, utilizaremos otro método. Entrañará más riesgo para usted, pero eso es inevitable. Tendrá que informar por escrito. Puede meter el papel dentro de un paquete de tabaco vacío. Quien le siga en ese momento (ya he dispuesto que el coche cambie cada día) recogerá los informes.

—¿Quiere decir que espera que lo tire por la ventanilla sin que se den cuenta?

—Claro que no. Lo tirará cuando crea que es el momento oportuno. Cuando esté fuera del coche.

Me lo pensé; quizá no estaba tan mal. Tendría que conseguir muchos paquetes de tabaco. Lo que no me gustaba era tener que escribir los informes, y se lo dije.

—Es arriesgado, estoy de acuerdo —dijo—, pero deberá asumirlo. Recuerde, solo le registrarán si les da motivos para sospechar de usted. Debe procurar no dárselos.

—Aun así tendré que escribir los informes.

—Eso puede hacerlo en el retrete. No creo que le vigilen allí. Ahora bien, en cuanto a la información y órdenes que queramos comunicarle... —Abrió el maletín y sacó un pequeño transistor portátil de los que había visto llevar a los turistas alemanes—. Lleve esto en su bolsa. Si lo ven, o si le oyen utilizarlo, dirá que se lo regaló un cliente alemán. Normalmente solo reciben las frecuencias de emisión habituales, pero este ha sido trucado. Se lo enseñaré. —Lo sacó del maletín, quitó la parte de atrás y señaló un pequeño interruptor colocado justo al lado del compartimiento de las pilas—. Si pulsa este interruptor, recibirá transmisiones en VHF en una frecuencia fija desde hasta casi un kilómetro de distancia. Las transmisiones se emitirán desde el coche de vigilancia. Es un sistema que ya hemos

probado, y como no hay grandes obstáculos entre los dos puntos, como pudiera ser un edificio, funcionará. Escuchará la transmisión a las siete de la mañana y a las once de la noche. ¿Le ha quedado claro? Por cuestiones de seguridad, será mejor que utilice el auricular que viene con el aparato.

—Entiendo. La radio está trucada. ¿Entonces no recibe las emisiones normales? En ese caso no podría explicar...

—Funciona como cualquier otro hasta que pulsa el interruptor. —Volvió a colocar la tapa de atrás—. Y ahora, tengo cierta información para usted. Tanto Harper como la señorita Lipp viajan con pasaporte suizo. En el aeropuerto no tuvimos tiempo de descubrir sin levantar sospechas si los pasaportes eran auténticos. Los detalles importantes son los siguientes: Walter Karl Harper, de treinta y ocho años, supuestamente ingeniero, nacido en Berna, y Elizabeth María Lipp, de treinta y seis años, supuestamente estudiante, nacida en Schaffhausen.

—¿Estudiante?

—Cualquiera puede pasar por estudiante. No significa nada.

Y ahora, en referencia a Kösk Sardunya. —Se remitió a un documento que llevaba en el maletín—. Es propiedad de la viuda de un ex ministro del gobierno del presidente İnönü. La mujer tiene casi ochenta años, y lleva un tiempo viviendo discretamente en Izmir, con su hija. Ha intentado vender Sardunya varias veces, pero al precio que pide nadie ha querido comprar. Durante los últimos dos años lo ha alquilado amueblado a una misión naval de la OTAN que tiene asuntos en la zona. El trabajo de la misión finalizó a principios de año. Su agente inmobiliario en Estambul fue incapaz de encontrar otro inquilino hasta hace tres meses. Entonces se interesó por la propiedad un austríaco llamado Fischer (sí, exactamente) que se hospedaba en el hotel Hilton. El nombre de ese tal Fischer es Hans Andreas, y le dio una dirección de Viena. Quería una villa amueblada para unos dos meses, ninguna en especial, pero que estuviera en esa zona y cerca de la costa. Estaba dispuesto a pagar bien por los dos meses. Y le entregó un depósito en francos suizos. En el contrato de alquiler, que está su nombre, escribió que su ocupación era la de fabricante. Llegó hace tres semanas, justo cuando empezaba el período de alquiler, y no se ha presentado a la policía. Todavía no hemos encontrado el registro de su entrada, de manera que no conocemos los detalles que aparecen en su pasaporte.

—¿Y qué fabrica?

—No lo sabemos. Hemos pedido información a la Interpol, pero no creo que sepan nada. Tampoco saben nada de Harper ni de Lipp. Eso aumenta la probabilidad de que estén aquí por motivos políticos.

—O de que utilicen un alias.

—Es posible. En cuanto al resto del personal de la villa, hay un matrimonio que vive en lo que antes era el establo. Su apellido es Hamul, y son viejos sirvientes que

llevan allí algunos años; trabajan como conserjes y se encargan de las labores de limpieza. También está el cocinero. A través del agente inmobiliario, Fischer pidió un cocinero que supiera preparar comida italiana. El agente le encontró un chipriota turco llamado Geven que había trabajado en Italia. La policía ha tenido problemas con él. Es buen cocinero, pero se emborracha y ataca a la gente. Cumplió condena por herir a un camarero. Se cree que el agente inmobiliario no lo sabía cuando se lo recomendó a Fischer.

—¿Tiene algo en contra de la pareja?

—No. Son honestos. —Guardó sus documentos—. Es lo que sabemos hasta ahora, pero, como ve, comienza a vislumbrarse la conspiración. Alguien se adelanta para establecer una base de operaciones, llega una segunda persona para comprar armas, y la tercera con un medio de transporte y una tapadera preparada. Probablemente, los verdaderos cabecillas aún no han llegado. Cuando lo hagan, su deber será informar. Mientras, sus órdenes son, expresamente, primero averiguar si han sacado las armas del coche, y segundo, en caso de que las hayan quitado, descubrir dónde las han escondido. Lo primero será fácil, lo segundo quizá le cueste más.

—Puede ser imposible.

Se encogió de hombros.

—Bueno, llegados a esta fase, no debe correr riesgos. Tercero, seguirá atento a cualquier nombre que se mencione, tanto de lugares como de personas, e informará de todo movimiento. Finalmente, prestará especial atención al contenido político de su conversación. En este aspecto, la menor insinuación puede ser importante. Creo que eso es todo. ¿Tiene alguna pregunta?

—Docenas —dije—, pero en este momento no sé cuáles son.

Me di cuenta de que eso no le había gustado. Supongo que había sido un poco insolente; pero estaba harto de él.

Frunció los labios.

—Hasta ahora el director está muy contento con usted, Simpson —dijo—. Incluso mencionó la posibilidad de ayudarle de alguna manera, además de retirar los cargos contra usted, quizás en relación con sus papeles, si su cooperación ayuda a solventar este asunto de manera satisfactoria. Es su oportunidad. ¿Por qué no la aprovecha?

Este muchacho podría hacerlo mejor. Habría que alentarle a adoptar una actitud más positiva respecto a sus deberes. Atletismo: Bien. Puntualidad: Bien. Conducta: En este punto deja mucho que desear. Firmado: G. D. Brush, Doctor en Letras (Universidad de Oxford), Director.

Hice lo que pude.

—¿A qué se refiere con «contenido político»? —pregunté—. ¿Se refiere a estar a favor de los ideales democráticos? ¿En contra de una dictadura militar? Bueno, es

como algunos llaman a su gobierno. ¿A que hablen acerca de la opresión capitalista, el dominio soviético o el bienestar de la humanidad? ¿Cosas así? Porque si se trata de eso, puedo decirle que la única parte de la humanidad que le interesa a ese tal Harper es la que está representada por sí mismo.

—Lo mismo podría decirse de muchos conspiradores políticos. Evidentemente, lo que nos interesa es su postura acerca de la situación política de nuestro país, donde hoy en día el ejército actúa como defensor de la República. —Lo dijo con fría formalidad; tampoco le había gustado lo de la dictadura militar—. Como ya le he dicho, a lo mejor Harper no es más que un operativo a sueldo, pero aún no lo sabemos. Recuerde, hay seis pistolas y munición para seis.

—Hay otra cosa que no entiendo, señor. Sé que también están todas esas granadas... pero ¿pistolas? ¿Es suficiente para un golpe de estado? Diferente sería si hubiera metralletas...

—Mi querido Simpson, el cabecilla de una organización secreta de Belgrado una vez entregó cuatro pistolas a cuatro estúpidos estudiantes. Al final solo se utilizó una, pero con ella asesinó al archiduque Fernando de Austria, en lo que fue el principio de la guerra europea. Las pistolas se pueden llevar en el bolsillo. Las metralletas, no.

—¿Cree que pretenden asesinar a alguien?

—Usted debe ayudarnos a descubrirlo. ¿Más preguntas?

—¿Tienen información sobre la empresa de calculadoras, Tekelek? Parece que Harper la utiliza como tapadera.

—Seguimos esperando información de Suiza. Si le interesa, se lo haré saber.

Me entregó la radio portátil; a continuación, cuando me puse en pie para marcharme, se dirigió a la puerta y le ordenó al teniente que esperaba fuera de que me llevara de vuelta a la salida. Ya había hecho ademán de irme cuando se le ocurrió otra cosa y me detuvo.

—Quiero decirle algo más —añadió—. No quiero que corra riesgos absurdos, pero deseo que confíe en sí mismo si se ve obligado a correr algún riesgo necesario. Hay hombres que se sienten más seguros si van armados.

No pude evitar lanzar una mirada a la reluciente pistolera que llevaba al cinto. Sonrió débilmente.

—Esta pistola forma parte del uniforme de oficial. Puedo prestársela, si quiere. Podría meterla en su bolsa, junto con la radio.

Negué con la cabeza.

—No, gracias. No me haría sentir mejor. Probablemente, me sentiría peor. No sabría cómo explicarlo si alguien la acabara viendo.

—Quizá tenga razón. Muy bien, eso es todo.

Naturalmente, no tenía la menor intención de correr riesgos si podía evitarlo. Pretendía hacer ver que colaboraba para tener contento a Tufan, y conseguir que

Harper me devolviera la carta antes de que los hombres de Tufan lo detuvieran. Naturalmente, estaba casi seguro de que lo iban a detener. ¡Tenían que detenerlo!

Tufan se quedó haciendo más llamadas. Mientras volvía a recorrer los pasillos con el teniente, vi que de vez en cuando me echaba alguna mirada, preguntándose si era mejor entablar una conversación de cortesía con alguien que parecía llevarse tan bien con el poderoso comandante Tufan, o callarse y no meterse en líos. Al final se limitó a desearme cortésmente buenas noches.

El Peugeot seguía fuera. El conductor echó una mirada a la radio que llevaba en la mano. Me pregunté si estaba al corriente de la modificación, pero no hizo comentario alguno. Regresamos al hotel en silencio. Le di las gracias y él asintió afablemente, dando palmaditas en el volante.

—Nadie lo supera en una carretera estrecha —dijo.

La terraza estaba cerrada. Me dirigí al bar a tomar una copa. Tenía que quitarme de la boca el sabor de Dolmabahçe.

«Conspiración», había dicho Tufan. Bueno, estaba dispuesto a aceptarlo. Todo ese tinglado que se traían entre manos Harper, Lipp y Fischer debía de ser una tapadera; pero toda esa intriga de golpes de estado y complots de asesinato me costaba digerirla. Incluso en el palacio, con el cuadro de un sultán al que están deponiendo colgado de la pared, me pareció extraño. Pero en aquel momento, apoltronado en el bar del hotel con una copa de brandy... bueno, la verdad es que no me creía ni una palabra. La cuestión era que yo conocía a la gente implicada —o, en todo caso, los había visto—, y Tufan ni los conocía ni los había visto. ¡«Contenido político», por amor de Dios! De repente me imaginé al comandante Tufan no al frente de un pelotón de fusilamiento, sino como un militar obsesionado en buscar agentes secretos asesinos bajo la cama; de hecho, era el clásico ejemplo de alguien que se dedica al contraespionaje.

Por un momento casi disfruté. Pero entonces me acordé de las puertas del coche, de las máscaras antigás y las granadas, y se acabó la diversión.

De no haber sido por eso, me dije, podría haber supuesto dos cosas sobre el montaje de Harper, y una casi seguro habría sido cierta. Lo primero que había pensado era que se trataba de un asunto de narcóticos. Turquía es un país productor de opio. Si tenías el personal técnico necesario —Fischer, el «fabricante», Lipp, la «estudiante»—, todo lo que necesitabas era un lugar tranquilo y aislado como la villa de Kösk Sardunya para instalar una pequeña planta de procesado en la que fabricar heroína, y un organizador —Harper, por supuesto— que se encargara de la distribución y las ventas.

Mi segunda suposición era que se trataba de alguna variación de lujo del viejo juego del tejo. Comienza en el romántico chalé del Bósforo, agraciado con la presencia de la hermosa princesa Lipp, de sangre azul, cuya familia antaño poseyó

enormes propiedades en Rumania, su fiel servidor Andreas (Fischer), y algún imbécil multimillonario subyugado por la belleza de la mujer. Entonces, cuando el millonario se prepara para rematar la faena con la princesa, aparece el enfurecido, malvado y peligroso marido, el príncipe (Harper) Lipp, que amenaza con divulgar la historia (con fotos, sin duda) en los titulares de todos los periódicos desde Estambul hasta Los Angeles, a no ser que... El millonario paga y desaparece sin rechistar. Cae el telón.

Por lo general, mi primera opción habrían sido los narcóticos. No es que no me imaginara a Harper como un estafador o en el papel de chantajista (sabía que era capaz de interpretarlo a la perfección), pero el coste y alcance de la labor preparatoria sugería que se esperaban grandes beneficios. A no ser que la provisión de millonarios crédulos hubiera aumentado en la zona de Estambul, era más probable que todo aquello se basara en una provechosa operación de narcóticos.

Tan evidente me parecía la respuesta correcta que volví a pensar otra vez en las granadas y en las pistolas. ¿Y si encajaban en el supuesto de los narcóticos, aunque de una manera secundaria? ¿Y si no tenían relación directa con Harper, sino que las habían traído para alguien ajeno al grupo de la villa, para algún turco con intenciones políticas de las que le interesaban a Tufan? El supuesto de los narcóticos tenía que incluir un proveedor de opio. Casi seguro que sería turco. ¿Por qué el precio de ese opio ilícito no podía incluir un pequeño envío de armas? No había nada que lo impidiera. O quizá la entrega de armas no era más que uno de esos pequeños gestos de buena voluntad con los que a los hombres de negocios les gusta endulzar sus relaciones contractuales. «De todos modos, voy a llevar un coche. ¿Por qué no deja que me encargue de ese otro asunto que le interesa? Entrégueme una carta para su hombre en Atenas».

Eso era lo único que no acababa de encajar: el factor tiempo. Habían alquilado la villa por una breve temporada. El coche había sido importado con un *carnet* de turista. No sabía cuánto se tardaba en instalar un laboratorio y procesar suficiente heroína para forrarse en el mercado de la droga; pero en vista de ello, dos meses me parecía poco. Al final decidí que, por seguridad, a lo mejor no querían evitar permanecer demasiado tiempo en un lugar y pretendían mover el laboratorio de un lugar a otro.

Creo que en el fondo sabía que no era una explicación demasiado convincente; pero en aquel momento me pareció la más plausible, y hasta que mi imaginación concibiera otra más convincente, estaba dispuesto a mostrarme poco crítico. Me gustaba mi teoría de armas a cambio de opio. Al menos contenía una promesa de libertad. En cuanto Tufan comprendiera que Harper, por lo que se refería a las armas, no era más que un intermediario, su interés pasaría del grupo de la villa a otra persona que estaría en otra parte. Dejaría de serle útil. Harper aceptaría mi dimisión encogiéndose de hombros, me devolvería la carta y me pagaría mi salario. El director

de Tufan, encantado, me ayudaría con mis papeles. Horas más tarde estaría de vuelta en Atenas, sano y salvo.

Me acordé de que no había escrito a Nicki. Antes de irme a la cama compré una postal en recepción y le escribí unas cuantas líneas. *Sigo trabajando con el Lincoln. Buena paga. Durará unos días más. Estaré en casa a mediados de semana como muy tarde. Sé buena. Besos, Papi.*

No escribí la dirección de la villa, porque eso habría despertado su curiosidad. No quería tener que responder a un montón de preguntas cuando volviera. Aunque me lo haya pasado bien, no me gusta hablar de ello. Para bien o para mal, lo pasado, pasado está. De todos modos, no servía de nada darle la dirección. Ella no me escribiría.

A la mañana siguiente salí temprano, compré una docena de paquetes de tabaco y busqué una ferretería. Si tenía que asegurarme de que habían sacado las armas de las puertas del coche, tendría que mirar en el interior de al menos una de ellas. El único problema era que los tornillos que sujetaban los paneles de cuero tenían cabezas Phillips. Si usaba un destornillador normal, corría el riesgo de dejar marcas o de arañar el cuero.

Al final no encontré una ferretería. Me fui al garaje que había al lado de la plaza Taxim, donde me conocían, y convencí al mecánico de que me vendiera un destornillador Phillips. A continuación volví al hotel, pagué la cuenta, y cogí un taxi hasta el muelle del transbordador. No había señal alguna del Peugeot que me había estado siguiendo.

El transbordador llegó casi de inmediato, y supe que llegaría pronto a Sariyer. De hecho, llegué veinte minutos antes de la hora acordada, de manera que me sorprendió ver aparecer el Lincoln por la carretera mientras el barco se aproximaba lentamente al muelle.

Conducía la señorita Lipp.

Mientras yo desembarcaba, ella salió del coche. Llevaba un vestido ligero de algodón amarillo que disimulaba menos la forma de su cuerpo que los pantalones y la camisa con que la había visto el día antes. Llevaba en la mano las llaves del coche, y cuando me acerqué me las entregó con una sonrisa amistosa.

—Buenos días, Arthur.

—Buenos días, señora. Ha sido muy amable al venir a buscarme.

—Quería ver el paisaje. ¿Por qué no mete el equipaje en el maletero, y así no tendremos que pararnos en la villa?

—Lo que usted diga, señora. —Dejé mi equipaje en el suelo y fui a abrirle la puerta trasera para que entrara, pero ella se dirigió al asiento del copiloto, de manera que tuve que apresurarme para llegar antes que ella.

Cuando se colocó, volví a coger el equipaje, lo metí en el maletero y me senté al volante. Sudaba un poco, y no solo porque hiciera calor, sino porque estaba aturrullado. Había supuesto que Fischer vendría a buscarme con el coche, y que iríamos directamente a la villa, donde me enseñarían mi habitación y dispondría de un rato para orientarme, para poder pensar y elaborar un plan. En vez de eso estaba a solas con la señorita Lipp, sentado donde ella había estado sentada minutos antes y oliendo su perfume. Me temblaba la mano cuando introduje la llave en el contacto, y me dije que tenía que decir algo para ocultar mis nervios.

—¿No nos acompañará el señor Harper, señora?

—Tiene asuntos que atender. —Se encendió un cigarrillo—. Por cierto, Arthur —añadió—, deja de llamarme señora. Si tienes que llamarme, mi nombre es Lipp. Y ahora, dime qué tenemos en el menú turístico.

—¿Es la primera vez que visita Turquía, señorita Lipp?

—La primera vez en mucho tiempo. Lo único que recuerdo de la vez anterior son las mezquitas. Y creo que no quiero ver más mezquitas.

—¿Pero le gustaría empezar por Estambul?

—Oh, sí.

—¿Quiere ver el Serrallo?

—¿Ese viejo palacio donde estaba el harén del sultán?

—Exacto. —Sonreí. Cuando había hecho de guía en Estambul, siempre era lo mismo. Todas las mujeres se interesaban por el harén. La señorita Lipp no era diferente.

—Muy bien —dijo—. Vayamos a ver el Serrallo.

Empezaba a recobrar la calma.

—¿Me permite que le haga una sugerencia?

—Adelante.

—En la actualidad el Serrallo está organizado como museo. Si vamos directamente llegaremos antes de que abra. Le sugiero que primero nos dirijamos al famoso café Pierre Loti, situado en lo alto de una colina, nada más salir de la ciudad. Allí podrá tomar un ligero almuerzo en un entorno agradable, y luego la llevaré al Serrallo.

—¿A qué hora llegaremos allí?

—Podemos estar poco después de la una.

—De acuerdo, pero no quiero llegar más tarde.

Me pareció un poco raro, pero no presté atención. Siempre está ese turista que quiere ir a golpe de pito, aunque la señorita Lipp que no me había parecido de esas.

Puse el coche en marcha y seguimos la carretera de la costa. Busqué el Peugeot, pero no lo vi. Lo sustituía un Opel gris en el que iban tres hombres. Cuando llegamos al viejo castillo de Rumelihisari, me detuve y le conté el bloqueo de Constantinopla por parte del sultán Mehmet Fatih en 1453, y la gran cadena flotante que extendió en el Bósforo para aislar la ciudad. No le conté que se podía subir a la torre del homenaje del castillo porque no quería agotarme subiendo un montón de cuevas y escaleras; pero tampoco pareció muy interesada, así que abrevié la cháchara y continué. Al cabo de un rato me di cuenta de que los paisajes no le interesaban demasiado. Al menos eso me parecía entonces. No creo que estuviera aburrida, pero cuando le señalaba algún lugar, se limitaba a asentir. No hacía preguntas.

En el café fue diferente. Me hizo sentarme con ella en una mesa de la terraza, bajo un árbol, y pedimos *raki* para dos; a continuación comenzó a hacerme un montón de preguntas; no acerca de Pierre Loti, el francés turcófilo, sino acerca del Serrallo.

Me esforcé por explicárselo. Para casi todo el mundo, la palabra «palacio» significa un edificio grande proyectado para albergar a un monarca. Naturalmente, suele haber algunos edificios más pequeños alrededor, pero el edificio grande es El Palacio. Aunque la palabra «serrallo» significa ‘palacio’, el Serrallo no lo es. Está compuesto por una zona amurallada de forma oval de unos tres kilómetros de circunferencia que se halla en lo alto de la colina que queda encima de la Punta del Serrallo, a la entrada del Bósforo; es una ciudad dentro de una ciudad. Originariamente, al menos desde la época de Sulaimán el Magnífico hasta el siglo XIX, todo el gobierno central, los ministros y los funcionarios de mayor rango, así como el sultán de la época, vivían y trabajaban en él. En el interior de sus murallas estaba la guardia personal del soberano y una escuela de cadetes, así como el harén del sultán. La población solía ser de más de cinco mil personas, y siempre había un edificio nuevo en construcción, debido a una antigua costumbre otomana. Cuando un nuevo sultán llegaba al trono, heredaba la riqueza y propiedades acumuladas por su

padre; pero no podía asumir la propiedad para su uso personal sin desprestigiarse. Por consiguiente, había que almacenar los antiguos emblemas de la realeza y construir otros nuevos, edificar un nuevo palacio de verano y, naturalmente, nuevos apartamentos privados dentro del Serrallo, incluyendo una nueva mezquita. Como digo, todo esto ocurrió hasta bien entrado el siglo XIX. Así pues, el Serrallo actual es un auténtico laberinto de salas de recepción, apartamentos privados, pabellones, mezquitas, bibliotecas, verjas, arsenales, cuarteles, etc., separados por algunos parques y jardines abiertos. No existen grandes edificios en el sentido «palaciego». Las dos mayores edificaciones son las cocinas y los establos.

Aunque los guías intentan explicar todo esto, muy pocos turistas consiguen entenderlo. Piensan que «serrallo» significa ‘harén’, y todo lo que les interesa aparte de eso es el «Camino Dorado», el pasadizo que las muchachas elegidas seguían para ir del harén a la cama del sultán. De hecho, la zona del harén no está abierta al público; pero yo siempre llevaba a mis turistas al pabellón de Mustafá Pashá, que está al fondo, y les decía que eso formaba parte del harén. Tampoco se daban cuenta, y siempre podían contar a sus amigos que habían estado en el harén de verdad.

De todos modos, la señorita Lipp enseguida se hizo una idea. Descubrí que sabía algo de la historia turca; por ejemplo, quiénes habían sido los jenízaros. Para alguien que una hora antes me había estado preguntando si el Serrallo era un viejo palacio, resultaba un tanto sorprendente. En aquel momento supongo que estaba demasiado ocupado intentando contestar a sus preguntas como para prestar demasiada atención. Le había enseñado el plano de la guía y ella señalaba con el dedo todos los edificios que aparecían marcados.

—Estas dependencias de los Eunucos Blancos que aparecen aquí, ¿están abiertas?

—Solo las habitaciones que hay en medio, cerca de la Puerta de la Felicidad.

—Y los Baños de Selim II, ¿se pueden visitar?

—Ahora forman parte del museo. Creo que hay una colección de objetos de cristal.

—¿Y la Sala de la Despensa?

—En ese edificio están las oficinas administrativas.

A algunas preguntas no supe contestar, ni siquiera vagamente, pero ella seguía insistiendo. Finalmente dejó de hablar, apuró su segundo *raki* de un trago y me miró.

—¿Tienes hambre, Arthur?

—¿Hambre? No, señorita Lipp, no especialmente.

—¿Por qué no vamos al palacio ahora mismo?

—Naturalmente, si lo desea.

—Muy bien. Paga la cuenta. Luego ya lo arreglaremos.

Vi cómo los ojos de algunos hombres sentados en el café la seguían mientras volvía al coche, y me fijé en que también me miraban a mí mientras pagaba las

consumiciones. Estaba claro que se preguntaban qué tipo de relación nos unía: ¿yo era su padre, su tío o qué? Era extrañamente embarazoso. Naturalmente, el problema era que yo no sabía de qué pie calzaba la señorita Lipp, ni tampoco qué actitud adoptar hacia ella. Para aumentar la confusión, no dejaba de venirme a la cabeza un comentario que Harper había dejado escapar en el club de Atenas, al afirmar que las piernas de Nicki eran demasiado cortas. Las piernas de la señorita Lipp eran especialmente largas, y, por alguna razón, aquello resultaba tan irritante como excitante; excitante porque no podía dejar de preguntarme qué más daban unas piernas largas en la cama; irritante porque sabía perfectamente que no iba a tener posibilidad de averiguarlo.

La llevé al Serrallo y aparqué en lo que antes era el Patio de los Jenízaros, justo delante de la Puerta de Ortakapi, junto a la tarima del verdugo. Como era tan temprano, solo había unos cuantos coches junto al Lincoln, lo cual me alegró porque pude contarle la historia de la puerta sin que me vieran los guías oficiales que acompañaban a otros grupos. Lo último que quería en aquel momento era que me pidieran la licencia de guía y pusieran en duda su validez.

La Puerta de Ortakapi es una buena introducción al «ambiente» del Serrallo.

—En esta puerta solían colocarse los sultanes para presenciar las ejecuciones semanales. El sultán se ponía justo allí. Puede ver la tarima donde se realizaba la decapitación. ¿Ve esa pequeña fuente que brota del muro? Era para que el verdugo se lavara la sangre en cuanto acababa. También trabajaba como jardinero jefe. Por cierto, esto recibía el nombre de Puerta de la Salvación. Irónico, ¿no cree? Naturalmente, aquí solo se decapitaba a los altos dignatarios del palacio que habían ofendido al sultán. Cuando se ejecutaba a los príncipes de la casa real (por ejemplo, cuando un nuevo sultán hacía matar a todos sus hermanos pequeños para evitar discusiones acerca de la sucesión), su sangre no se podía derramar, de manera que había que estrangularlos con una cuerda de seda. A las mujeres que cometían algún delito se las trataba de manera distinta. Se las metía dentro de un saco con un peso y se las tiraba al Bósforo. ¿Quiere que entremos?

Hasta ese momento, aquello nunca me había fallado.

Pero la señorita Lipp me dirigió una mirada de incredulidad.

—¿Hay algo de cierto en todo esto, Arthur?

—Hasta la última palabra. —Esto también es cierto.

—¿Cómo lo sabes?

—Son hechos históricos, señorita Lipp. —Volví a intentarlo—. De hecho, uno de los sultanes se aburrió de todo su harén e hizo que arrojaran a todas sus mujeres al Bósforo. Poco después hubo un naufragio delante de la Punta del Serrallo, y mandaron a un submarinista. Lo que vio le dio un susto de muerte. Ahí estaban todos aquellos sacos con sus pesos, colocados en hilera en el fondo del mar, meciéndose

con la corriente.

—¿Qué sultán fue?

Naturalmente, pensé que podía arriesgarme a decir cualquiera.

—Fue Murad II.

—Fue el sultán Ibrahim —dijo ella—. No quiero ofenderte, Arthur, pero creo que será mejor que contratemos a un guía.

—Lo que usted diga, señorita Lipp.

Intenté poner cara de que me parecía una buena idea, pero estaba realmente enfadado. Si me hubiera preguntado directamente si era un experto en la historia del Serrallo, le habría contestado con total franqueza que no. Lo que me desagradó fue el truco que utilizó para pillarme.

Cruzamos la puerta, pagué las entradas y escogí un guía que hablara inglés. Era un tipo solemne y pedante, desde luego, y le explicó todo lo que yo ya le había explicado; pero no pareció importarle. Por la manera en que lo acibilló a preguntas, cualquiera pensaría que iba a escribir un libro sobre ese lugar. Naturalmente, eso halagó al guía. Sonreía como un mono.

Personalmente, el Serrallo me pareció bastante deprimente. En Grecia, los edificios antiguos, a pesar de estar en ruinas y que no se hayan hecho grandes obras de restauración, siempre están limpios y se nota que les han lavado la cara. El Serrallo es un lugar sucio, grasiento y en ruinas. Hasta los árboles y arbustos de los patios principales están descuidados, y lo que se conoce como el Jardín de los Tulipanes no es más que un descampado cubierto de maleza.

Pero para la señorita Lipp aquello era igual que Versalles. Fue a todas partes, entró en las cocinas, en las salas de los museos, en la exposición de sillas de montar, en este quiosco, aquel pabellón, se rió de los clásicos chistes del día, y se raspó los zapatos en las losas rotas. De haber sabido lo que se proponía, desde luego, habría visto las cosas de otro modo; pero en aquel momento me aburría. Al cabo de un rato dejé de seguirlos a todas partes y acabé tomando los atajos.

Buscaba un lugar donde sentarme junto a la Puerta de la Fuente mientras ellos recorrían la exposición textil, cuando la señorita Lipp me llamó.

—Arthur, ¿cuánto tardaríamos en ir al aeropuerto desde aquí?

Tanto me sorprendieron sus palabras que debí de mirarla con perplejidad.

—¿Al aeropuerto?

Dibujó esa expresión de «paciencia, Dios mío».

—Sí, Arthur, el aeropuerto. Donde aterrizan los aviones. ¿Cuánto tardaríamos desde aquí?

El guía, al que no le habían preguntado, dijo:

—Cuarenta minutos, señora.

—Yo diría que cuarenta y cinco, señorita Lipp —repliqué, sin hacerle caso.

Ella miró su reloj.

—El avión llega a las cuatro —dijo—. Te diré lo que haremos. Ve a comer un sándwich o lo que te apetezca. Nos encontraremos en el coche dentro de una hora. ¿Entendido?

—Como desee, señorita Lipp. ¿Vamos a recoger a alguien al aeropuerto?

—Si no es molestia... —Su tono fue cortante.

—Lo decía porque, si supiéramos la línea y el número de vuelo, podría comprobar si el avión llega puntual.

—Es cierto, Arthur. No se me había ocurrido. Es el vuelo de Air France procedente de Ginebra.

Volvió a regalarme su sonrisa, la muy zorra.

Había una especie de restaurante cerca de la Mezquita Azul, y después de pedir la comida telefoneé a Tufan.

Escuchó mi informe sin hacer comentarios hasta que acabé.

—Muy bien —dijo entonces—, procuraré que se fijen en los pasaportes de los pasajeros procedentes de Ginebra. ¿Eso es todo?

—No. —Comencé a contarle mi teoría acerca de la operación de drogas y su vínculo con un proveedor de opio en bruto, pero me interrumpió.

—¿Tiene alguna prueba que apoye esa teoría?

—Encaja con la información que tenemos.

—A cualquier imbécil se le podrían ocurrir muchas maneras de interpretar la información que tenemos. Lo que me interesa es la información que no tenemos. Su trabajo es proporcionármela, y en eso debería centrarse.

—Sin embargo...

—Pierde el tiempo. Informe por teléfono, o como hemos dispuesto, y acuérdesse de escuchar la radio a la hora convenida.

Y ahora, si eso es todo, tengo cosas que hacer.

¡La mentalidad militar manda! Tuviera o no razón (y, de hecho, la tenía y no la tenía), daba igual. Pero no soportaba la arrogancia de aquel hombre.

Comí un repugnante estofado de cordero tibio y volví al coche. También estaba enfadado conmigo mismo.

Tenía que admitirlo; lo que me exasperó no fue tanto el tono ofensivo de Tufan, provocado por la preocupación, como comprender que ese razonamiento, que tan lógico y sensato me había parecido la noche anterior, por la mañana había dejado de serlo. Mi idea de la «estudiante» señorita Lipp como técnico de laboratorio era difícil de defender; pero al comentarla con Tufan me acordé de que la villa, que yo tan alegremente había provisto de una planta clandestina de fabricación de heroína, también albergaba a una pareja casada mayor y a un cocinero. De modo que, además de la improbabilidad del factor tiempo, ahora tenía que aceptar otro: o la planta era

demasiado pequeña para que la vieran los sirvientes o Harper contaba con comprar su discreción.

Entonces, por pura desesperación, hice otra estupidez. Me dije que tenía que saber si las granadas y pistolas seguían en el coche. Si las habían quitado, una parte de mi teoría todavía era defendible. Podía suponer que las habían entregado o las iban a entregar a quien las quería.

Me quedaban unos veinte minutos antes de que la señorita Lipp saliera del Serrallo; pero, por si llegaba antes, llevé el coche a la otra punta del patio, bajo unos árboles que había delante de la iglesia de Santa Irene. Saqué el destornillador Phillips de mi bolsa y me puse a desatornillar la puerta del lado del conductor.

No me preocupaba que nadie me viera. Después de todo, solo ejecutaba las órdenes de Tufan. Los hombres que iban en el Opel no se interpondrían; y si algún taxista mostraba curiosidad, siempre podía fingir que el cierre de la puerta me daba problemas. Lo importante era el tiempo, porque tenía que hacerlo con cuidado para no dejar marcas.

Primero aflojé meticulosamente todos los tornillos, y después comencé a quitarlos. Aquello pareció llevarme una eternidad. Entonces ocurrió algo terrible. Cuando estaba a punto de sacar el penúltimo tornillo, levanté la mirada por casualidad y vi que la señorita Lipp y el guía salían del callejón que conducía al Museo Arqueológico y cruzaban el patio.

Enseguida me di cuenta de que la señorita Lipp había visto el coche, porque venía directamente hacia él. Se encontraba a unos doscientos metros, y en el lado contrario del coche en el que yo estaba trabajando, pero supe que no me daría tiempo a colocar ni un tornillo. Además, no estaba donde ella me había dicho que me quedara. Solo podía hacer una cosa: meterme en el bolsillo los tornillos y el destornillador, poner el coche en marcha, rodear el patio para reunirme con ella y rezar a Dios para que los dos tornillos sueltos mantuvieran el panel en su sitio cuando abriera la puerta para salir.

Tuve suerte. El guía casi corrió para abrirle la puerta, de manera que yo no tuve que abrir la de mi lado. Conseguí disculparme.

—Lo siento, señorita Lipp. Pensé que quizá querría visitar la iglesia de Santa Irene, y quise ahorrarle el camino de vuelta.

Aquello coló porque ella no podía darle las gracias al guía y contestarme al mismo tiempo. El guía también resultó una ayuda inesperada, pues inmediatamente le preguntó si le gustaría ver la iglesia, «puro estilo bizantino, construida durante el reinado de Justiniano, y de gran interés histórico».

—La dejaré para otra ocasión —dijo.

—¿Estará aquí mañana, *madame*, cuando el Museo del Tesoro abra al público?

—Puede que sí.

—También abren el jueves, *madame*. Esa parte y los cuadros solo al público dos días por semana, cuando las otras salas están cerradas. —Era evidente que se moría de ganas de que ella volviera. Me pregunté cuánto le habría dado de propina.

—Intentaré volver mañana. Gracias otra vez. —Le concedió su sonrisa. Dirigiéndose a mí, dijo—: Vámonos.

Me puse en marcha. En cuanto llegamos a los adoquines, el panel comenzó a vibrar. Inmediatamente lo sujeté con la rodilla y la vibración se detuvo; pero ahora estaba francamente asustado. No creía que ella se fijara en que había sacado los tornillos; pero Fischer o Harper se darían cuenta; y luego estaba ese desconocido al que íbamos a buscar al aeropuerto. Sabía que debía colocar los tornillos mientras el coche estuviera en el aeropuerto.

—¿El avión llega a su hora? —preguntó.

En ese momento, un carro tirado por un asno salió de una calle lateral y tuve que pegar un frenazo y dar un golpe de volante para esquivarlo. No tuve que fingir que la aparición de la carreta me había asustado. Lo cierto es que estaba sin aire. Mi llamada a Tufan y la discusión con él habían hecho que me olvidara de llamar a la compañía aérea. Salí del paso como mejor pude.

—No esperan retraso —dije—, pero el avión hacía una escala intermedia. ¿Quiere que vuelva a llamar?

—No. Ya no vale la pena.

—¿Le ha gustado el Serrallo, señorita Lipp? —Me dije que, si seguía hablando, mi estómago se tranquilizaría.

—Ha sido interesante.

—También vale la pena ver el tesoro. Todo lo que utilizaban los sultanes estaba forrado con joyas. Obviamente, muchas eran regalos de reyes y emperadores que querían impresionar a los sultanes con su grandeza. Incluso la reina Victoria envió regalos.

—Lo sé. —Soltó una risita—. Relojes y cristal tallado.

—Pero hay cosas realmente increíbles, señorita Lipp. Hay tazas de café de amatista maciza, y por si no lo sabe, la mayor esmeralda del mundo se halla en el dosel de uno de los tronos. Incluso hicieron un mosaico con rubíes y esmeraldas en vez de mármol. —A continuación le hablé del tahalí incrustado de piedras preciosas. Se lo expliqué con todo detalle. Por experiencia sé que a cualquier mujer le gusta que le hablen de joyas. Pero no pareció muy interesada.

—Bueno —dijo—, no pueden valer gran cosa.

—¡Todos esos miles de joyas, señorita Lipp! —Se me estaba durmiendo la pierna con la que intentaba impedir que vibrara el panel. Furtivamente, cambié de posición. Ella se encogió de hombros.

—El guía me ha contado que cierran algunas salas el día que abren otras porque

andan faltos de personal. Y andan faltos de personal porque el gobierno no tiene dinero. Por eso el palacio está tan abandonado. Casi todo el dinero que tienen para restauración va a los edificios bizantinos más antiguos. Además, si todas esas piedras fueran auténticas, estarían en una caja fuerte, no en un museo. ¿Sabes, Arthur? Al final, gran parte de sus adornos no son más que obsidiana y granate.

—Son gemas auténticas, señorita Lipp.

—¿Cómo es la mayor esmeralda del mundo, Arthur?

—Bueno, tiene forma de pera, y es más o menos del tamaño de una pera.

—¿Tallada o pulida?

—Pulida.

—¿No podría ser turmalina verde?

—Bueno, la verdad es que no lo sé, señorita Lipp. No soy un experto.

—¿Te preocupa que sea una falsificación?

Aquello me aburría.

—No mucho, señorita Lipp —contesté—. Pero la historia es más interesante si es una esmeralda.

Sonrió.

—Y más divertida si no lo es. ¿Has estado alguna vez en el lejano oriente?

—No, señorita Lipp.

—Pero has visto fotos. ¿Sabes por qué esas altas pagodas tienen un brillo tan hermoso a la luz de la luna?

—No, señorita Lipp.

—Porque están cubiertas de trocitos de botellas de cristal. Y el famoso Buda de Esmeralda en Bangkok no es una esmeralda, es jaspe verde.

«Datos no muy conocidos», me dije. «¿Por qué no se lo comunica al *Readers Digest*?». Esto tampoco se lo dije.

Sacó un cigarrillo de una pitillera de oro que llevaba en el bolso y yo hurgué mi bolsillo en busca de cerillas; pero ella también llevaba un mechero de oro, y ni se fijó en las cerillas que le acerqué.

—¿Siempre haces esta clase de trabajo? —preguntó de repente.

—¿De chófer? No, señorita Lipp. Casi toda mi vida he sido periodista. Eso fue en Egipto. Cuando Nasser y los suyos tomaron el poder, las cosas se pusieron imposibles. Había que volver a empezar. —Simple, directo: un hombre que había sufrido las adversidades de la fortuna pero no buscaba un hombro en el que llorar.

—Estaba pensando en lo de los cheques de viaje —dijo—. ¿A eso te refieres con «volver a empezar»?

—Lamento que el señor Harper tuviera que contárselo. —Tampoco me sorprendía que Harper se lo hubiera dicho; pero como tenía tantas cosas en la cabeza (conducir, procurar que el panel de la puerta no vibrara, el calambre en la pierna, preguntarme

cómo demonios iba a colocar los tornillos), no se me ocurrió más que esa obviedad.

—¿Pensabas que no me lo contaría? —dijo.

—No pensaba nada, señorita Lipp.

—Pero como me lo contó, y conduces este coche, debe de ser que esas cosas no me importan demasiado, ¿verdad?

Por un momento cometí la idiotez de pensar si no me estaría tirando los tejos; pero fue un momento muy breve.

—Supongo que no.

—Y que al señor Harper tampoco le importan, ¿verdad?

—Supongo.

—Y que, de hecho, somos personas muy sensatas y tolerantes.

No pude evitar mirarla. Me observaba con ese aire divertido y reflexivo tan peculiar, pero sus ojos no parecían adormilados, sino concentrados.

Y entonces capté el mensaje. Me estaba sondeando, bien para descubrir qué pensaba de todo el montaje y si les había visto el plumero por algún lado, o bien para saber si podía confiar en mí de una manera especial. Mi respuesta sería muy importante para mí, pero no sabía qué decir. No servía de nada seguir fingiendo que era estúpido, o eludir la cuestión. Me estaba sometiendo a examen. Si suspendía, me expulsaban; todos ellos: Harper, Tufan y su director, los de la aduana turca, y, probablemente, la policía griega.

Sentí que me enrojecía y supe que se daría cuenta. Eso me decidió. Las personas se sonrojan cuando se sienten culpables o están nerviosas; también les pasa cuando se enfadan. Para no parecer nervioso ni culpable, lo único que pude hacer fue parecer enfadado.

—¿Eso también incluye al señor Fischer? —pregunté.

—¿Qué pasa con el señor Fischer?

—¿También él es una persona sensata, señorita Lipp?

—¿Eso importa?

Le lancé otra mirada.

—Si mi seguridad personal (mi protección contra la mala suerte, por ejemplo) dependiera de la sensatez del señor Fischer, estaría francamente preocupado.

—¿Porque te echó la bebida encima?

—Ah, se lo contó, ¿verdad? No, eso fue una estupidez. Me preocuparía porque fue descuidado, porque se delató.

—¿Solo a él? —En su voz apareció un tono que me alarmó. Supe que había ido demasiado lejos.

—¿Qué más hay que delatar, señorita Lipp? *Soy cauto, pero no traidor, señorita Lipp. Velo por mis intereses, señorita Lipp, pero sé ser discreto, por muy falso que parezca este tinglado.*

—Eso mismo me pregunto yo —afirmó en tono brusco.

No dijo nada más. El examen había terminado. No supe si lo había aprobado; pero no podía hacer más, y me sentí aliviado. Me dije que ojalá no se hubiera dado cuenta de que estaba sudando.

Llegamos al aeropuerto diez minutos antes de la hora de llegada del avión. Ella salió del coche y entró en la sala de llegadas, mientras yo buscaba un lugar para aparcar. Rápidamente, apreté los dos tornillos sueltos antes de ir a reunirme con ella.

La encontré en el mostrador de Air France.

—Hay que esperar quince minutos —dijo.

—Y otros quince antes de que salgan de la aduana —le recordé—. Señorita Lipp, no ha almorzado. Aquí la cafetería es muy limpia. ¿Por qué no espera allí y toma un té y un poco de tarta? Yo estaré al tanto del avión y buscaré un mozo de equipajes. Cuando los pasajeros estén en la aduana se lo haré saber.

Vaciló, y a continuación, para mi alivio, asintió.

—Muy bien, hazlo.

—¿Puedo preguntarle a quién venimos a recoger?

—Al señor Miller.

—Me encargaré de todo.

Le mostré dónde estaba la cafetería, y deambulé por allí lo suficiente para asegurarme de que se sentaba a una mesa. Entonces volví corriendo al coche.

En aquel momento sudaba tanto que el destornillador me resbalaba de los dedos. De hecho, acabé haciendo lo que tanto me había esforzado por evitar: arañé el cuero, pero no pude evitarlo. Froté los arañazos con un poco de saliva y confié en la suerte. El Opel estaba aparcado a una docena de metros y vi que los hombres me observaban. Debieron de pensar que me había vuelto loco.

Cuando acabé de colocar el último tornillo, volví a meter el destornillador en la bolsa y volví al mostrador de Air France. El avión acababa de aterrizar. Encontré un mozo de equipajes, le di cinco liras y le dije que esperábamos a un tal señor Miller. A continuación fui al lavabo de caballeros e intenté dejar de sudar dejando correr agua fría por las muñecas. Eso ayudó. Me limpié y volví a la cafetería.

—Los pasajeros empiezan a salir ahora, señorita Lipp.

Ella recogió su bolso.

—¿Te importa pagar la cuenta, Arthur?

Tardé unos minutos en conseguir que el camarero me prestara atención, así que me perdí el encuentro entre la señorita Lipp y el señor Miller. Ya se dirigían al coche cuando los vi. El mozo llevaba una maleta y una bolsa más pequeña. Me adelanté y abrí el maletero.

El señor Miller tendría unos sesenta años, la nariz y el cuello largos, unas mejillas cubiertas de pelo gris, y una cabeza calva con manchas marrones en la piel. También

tenían manchas en el dorso de las manos. Era muy delgado, y los faldones de su traje de seda ligera le aleteaban contra las piernas como si lo hubieran hecho para alguien que tenía más carne que cubrir. Llevaba unas gafas sin montura, tenía los labios pálidos, enseñaba los dientes al sonreír, y poseía esa mirada fija al frente que dice: «Me temo que tendrá que apartarse de mi camino, porque yo no tengo tiempo de apartarme del suyo».

Cuando llegaron al coche, la señorita Lipp dijo:

—Este es Arthur Simpson. Es nuestro chófer, Leo.

Antes de decir «buenas tardes» ya me había entregado la gabardina que llevaba en el brazo.

—Bien, bien —dijo, y subió a la parte trasera del coche. La señorita Lipp sonrió cuando entró tras él, aunque no a mí, sino para sí misma.

La gabardina olía a agua de lavanda. La coloqué junto al equipaje, volví a darle una propina al portero y me senté tras el volante.

—¿A la villa, señorita Lipp? —pregunté.

—Sí, Arthur.

—Un momento —dijo Miller—. ¿Dónde está mi gabardina?

—Con su equipaje, señor.

—Allí se ensuciará. Debería estar sobre un asiento.

—Sí, señor.

Salí del coche y saqué la gabardina del maletero.

—Qué tiquismiquis eres, Leo —oí decir a la señorita Lipp—. El coche está bastante limpio.

—El equipaje no está limpio. Ha viajado en la tripa de un avión con otras maletas. Ha estado en el suelo y en la mesa del control de aduanas. Un hombre lo ha registrado y se lo ha entregado al mozo. Nada está limpio. —Su acento carecía de inflexiones estadounidenses, y era incapaz de pronunciar la *th*. Me dije que a lo mejor era francés.

Coloqué el impermeable sobre el respaldo del asiento que él tenía delante.

—¿Le parece bien aquí, señor?

—Sí, desde luego —dijo impaciente.

Siempre son iguales. Ellos crean las dificultades y luego se comportan como si tú fueras el incordio.

—Pongámonos en marcha, Arthur —dijo la señorita Lipp.

Lo dijo en un tono anodino. Fui incapaz de percibir si aquel hombre le parecía un pesado o no. Los observé por el retrovisor.

En cuanto salimos del aeropuerto, él se recostó y la miró de manera paternal.

—Bueno, querida, tienes muy buen aspecto. ¿Cómo están Karl y Giulio?

—Karl está bien. A Giulio todavía no lo hemos visto. Está con el barco. Karl

pensaba ir allí mañana.

—¿Entonces tenéis algo planeado?

—Pensamos que a lo mejor te gustaría ver un poco el paisaje. A no ser que estés cansado.

—Eres más considerada que una hija, querida. —Le lanzó una mirada lasciva y sus ojos pálidos detrás de las gafas sin montura parpadearon hacia mi espalda.

Comprendí que aquella conversación no era más que una comedia dirigida a mí, pero entonces vi que la cara de ella se tensaba. La señorita Lipp sabía que yo escuchaba atentamente y le asustaba que él sobreactuara.

—Debes convencer a Arthur de que te enseñe el Palacio del Serrallo —dijo—. Es toda una autoridad en la materia. ¿No es cierto, Arthur?

Era una buena manera de decirme que aquel viejo se creería cualquier chorrada que me molestara en contarle. Por otro lado, también contenía un mensaje para Miller; quería advertirle de que el chófer no era tan bobo como parecía. Yo debía andarme con ojo.

—Estaré encantado de enseñarle al señor Miller las cosas más interesantes —dije.

—Bueno, tendremos que pensarlo —contestó el señor Miller, desde luego, tendremos que pensarlo.

Lanzó una mirada a la señorita Lipp para ver si no había metido la pata. Entonces recordé una frase de mi padre: «En un momento están hinchados como un pavo, y después...», y soltaba una pedorreta con la lengua. Vulgar, por supuesto, pero no había duda de la clase de hombre a la que se refería.

Después de eso el señor Miller se quedó callado. Un par de veces ella le señaló algún lugar de interés, tal como haría cualquier anfitriona con un invitado que acaba de llegar; pero lo único que él le preguntó fue por el agua del grifo de la villa. ¿Era seguro bebería o tomaban agua embotellada? Había agua embotellada, le dijo ella. Él asintió, como si eso confirmara sus peores temores; y dijo que había traído una buena provisión de entero-vioformo para evitar las descomposiciones.

Llegamos al chalé un poco después de las cinco. La señorita Lipp me dijo que hiciera sonar la bocina al coger el camino de la entrada.

El comité de recepción lo formaban Harper y Fischer. Al fondo, preparado para recoger el equipaje, había un anciano con un delantal que supuse que era Hamul, el conserje residente.

Tufan dijo que Fischer había alquilado la villa, pero no había duda de quién era allí el auténtico anfitrión. Todo lo que recibió Fischer del recién llegado fue un saludo con la cabeza. A Harper le dedicó una sonrisa y un «Ah, mi querido Karl». Se estrecharon la mano con cordialidad formal, y a continuación Harper, Miller y la señorita Lipp entraron en la casa. A Fischer le pidieron que se ocupase de las tareas menores, como decirle a Hamul dónde iba el equipaje de Miller, y enseñarme dónde

tenía que dejar el coche y cuál era mi habitación.

En la parte de atrás de la villa había un patio cercado por un muro que pertenecía al establo, parcialmente convertido en garaje con espacio para dos coches. Estaba vacío, a excepción de una Lambretta.

—La Lambretta es del cocinero —dijo Fischer—; procure que no robe gasolina del coche.

Lo seguí a través del patio hasta la entrada posterior de la casa.

En el interior, me fijé en el suelo de madera pulimentada de un pasillo que quedaba detrás de un pequeño vestíbulo embaldosado. A continuación me llevó por una estrecha escalera hasta el piso de arriba. Era evidente que nos encontrábamos en las antiguas dependencias del servicio. Había seis pequeños cubículos tipo desván con suelos de madera, tabiques de madera y una única claraboya en el techo que daba luz a todos los cubículos. Para lavarnos, en lo alto de las escaleras había un lavamanos de barro cocido con un grifo que salía de la pared. Como el techo era tan bajo, el calor era sofocante, y había polvo y telarañas por todas partes. Dos de los cubículos estaban recién barridos. Cada uno tenía una cama de hierro con un colchón y mantas grises. En uno había una trajinada maleta de cuero barata. Fischer me acompañó hasta el otro dormitorio.

—Dormiré aquí —dijo—. El chef duerme en la cama de al lado. Comerá con él en la cocina.

—¿Dónde está el retrete?

—Hay un *pissoir* al otro lado del patio, en el establo.

—¿Y el baño?

Indicó hacia el lavamanos. Disfrutó de aquel momento con demasiado descaro. Supuse que ese era el maravilloso castigo que se le había ocurrido por mi atrevimiento al llamarle criado, y que probablemente Harper no lo sabía. En cualquier caso, tuve que protestar. Si no tenía un poco de intimidad, sobre todo de noche, no podría utilizar la radio ni escribir informes.

Tuve que colocar la maleta en el suelo para descansar el brazo. La recogí y comencé a caminar por donde había venido.

—¿Adonde va?

—A decirle al señor Harper que no pienso dormir aquí.

—¿Por qué no? Si es lo bastante bueno para el chef, es lo bastante bueno para usted, el chófer.

—No será lo bastante bueno para la señorita Lipp si huelo mal porque no he podido bañarme.

—¿Qué esperaba... las dependencias reales?

—Todavía puedo encontrar un hotel en Sariyer. Usted puede buscarse otro chófer.

Lo dije con seguridad. Si quería ver mi farol, siempre podía echarme atrás; pero

pensé que lo más probable es que él se echara atrás. El hecho de que discutiera conmigo sugería debilidad.

Me lanzó una mirada colérica, y se dirigió hacia las escaleras.

—Aparque el coche —dijo—. Luego ya decidiremos qué hacemos con usted.

Le seguí escaleras abajo. Al llegar al pie, giró a la izquierda y se metió en la casa. Yo me dirigí al patio, dejé mi bolsa en el garaje y volví al coche. Después de aparcar, entré en la casa y me puse a buscar la cocina. No me costó encontrarla. El pasillo que había visto desde la entrada trasera recorría toda la casa, y había una escalera para los criados que conducía a la planta de los dormitorios, a la derecha, y una serie de puertas que probablemente daban acceso a los criados a las diversas salas de recepción de la parte de delante. Olía a comida con mucho ajo. Seguí aquel aroma.

La cocina era grande, con suelo de piedra, y quedaba a la izquierda del pasillo. Tenía un viejo hornillo de carbón pegado a la pared con tres maltrechas salidas de humo, y justo en el centro había una pesada mesa de madera de pino con bancos. La mesa estaba cubierta de restos de comida y botellas, y llena de arañazos tras tantos años de usarla como tabla para cortar. De las vigas colgaban unos ganchos de carnicero vacíos. Había un barril encima de un caballete, y al lado una nevera de cinc de aspecto siniestro. Una puerta lateral daba a lo que parecía ser la despensa. Un hombre de poca estatura, ataviado con una sucia bata azul estaba junto al hornillo removiendo una olla de hierro. Era Geven, el cocinero. Cuando entré, levantó la cabeza y se me quedó mirando.

Era un hombre de mediana edad, piel oscura y cara redonda, con la nariz respingona y grandes fosas nasales. Tenía la boca ancha y carnosa, y el labio inferior le temblaba gran parte del tiempo, como si estuviera a punto de llorar. Era ancho de pecho, y este se le fusionaba con la panza. Llevaba barba de tres días, lo cual no me sorprendía teniendo en cuenta que no tenía donde afeitarse.

Recordé que era chipriota, y le hablé en inglés.

—Buenas tardes. Soy el chófer, Simpson. ¿El señor Geven?

—Geven, sí. —Dejó de remover la olla y nos estrechamos la mano. Tenía las manos sucias, y me dije que probablemente el señor Miller iba a necesitar su entero-vioformo—. ¿Una copa? —dijo.

—Gracias.

Sacó un vaso de un cuenco de agua sucia que había junto al fregadero, lo agitó y sirvió un poco de coñac de una botella abierta que estaba sobre la mesa. También rellenó su vaso vacío, que sujetaba en la mano.

—¡Salud! —exclamó, y engulló el líquido con aire sediento. Me acordé de una frase de Tufan: «Se emborracha y ataca a la gente». No se me había ocurrido preguntar a qué tipo de gente solía atacar, si a los que bebían con él o a los que pasaban por allí.

—¿Es usted inglés? —preguntó.

—Sí.

—¿Cómo sabe que yo hablo inglés?

Una pregunta incómoda.

—No lo sé, pero yo no hablo turco.

Asintió, al parecer, satisfecho.

—¿Había trabajado antes para esta gente?

—Un poco. He traído el coche de Atenas. Normalmente trabajo allí con mi propio coche.

—¿Lleva turistas?

—Sí.

—¿Estos son turistas? —Su tono era acentuadamente irónico.

—No lo sé. Eso dicen.

—¡Ah! —Me lanzó un guiño cómplice y siguió removiendo el contenido de la olla—. ¿Está aquí por semanas?

—¿Quiere decir si me pagan por semanas? Sí.

—¿Le han pagado algo?

—El viaje desde Atenas.

—¿Quién le pagó? ¿Fischer?

—Harper. Usted no cree que sean turistas, ¿verdad?

Hizo una mueca y movió la cabeza de un lado a otro, como si la pregunta fuera demasiado estúpida como para merecer respuesta.

—¿Qué son, entonces?

Se encogió de hombros.

—Espías, espías rusos. Todo el mundo lo sabe: Hamul y su mujer, los pescadores del muelle, todos. ¿Quiere comer algo?

—Eso huele bien.

—Y está bueno. Es para nosotros. La esposa de Hamul cocina para él en su habitación antes de bajar a servir la mesa en el comedor. Y yo cocino para los espías. A veces, si me apetece, les doy lo que sobra después de que nosotros hayamos comido, pero lo mejor es para nosotros. Coja dos platos de aquel estante.

Había preparado pollo y sopa de verduras, y era lo primero que tomaba con verdadero placer desde hacía días. Naturalmente, sabía que luego tendría problemas con el ajo; pero como mi estómago era un manojo de nervios, cualquier cosa me habría dado problemas. Geven no comió demasiado. Siguió bebiendo coñac; pero sonrió con aprobación cuando me serví un segundo plato de sopa.

—Siempre me han gustado los ingleses —dijo—. Incluso cuando en Chipre apoyan a los griegos contra nosotros, me gustan los ingleses. Me alegro de que esté aquí. Un hombre no debe beber solo. Cada noche nos podemos llevar la botella

arriba. —La perspectiva hizo que le aflorara una sonrisa de borrachín.

Le devolví la sonrisa. Me pareció que no era el momento de decirle que esperaba no tener que compartir con él las dependencias de los criados.

Y entonces entró Fischer.

Miró la botella de coñac con desaprobación, y a continuación a mí:

—Le enseñaré su habitación —dijo.

—*Effendi*, deje que termine la cena. Ya le enseñaré yo dónde duerme.

Esa era la oportunidad que Fischer esperaba.

—Ah no, chef —dijo—, él se considera demasiado bueno para dormir con usted.

—Asintió en dirección a mí—. Venga.

El labio inferior de Geven tembló de manera tan violenta que pensé que se iba a echar a llorar; pero su mano también se dirigió a la botella como si estuviera a punto de lanzármela por la cabeza. Me dije que a lo mejor estaba a punto de hacer ambas cosas.

Susurré apresuradamente:

—Son órdenes de Harper, yo no tengo nada que ver. —Y salí de la cocina lo más deprisa que pude.

Fischer ya estaba en la escalera del pasillo.

—Utilizará estas escaleras —dijo—, no las de la fachada principal de la casa.

La habitación que me enseñó entonces estaba a un lado de la casa, sobre la planta de los dormitorios. Me indicó la puerta.

—Ahí está la habitación —dijo, y a continuación señaló otra puerta que había en el pasillo—; aquello es el cuarto de baño. El coche tiene que estar a punto a las once de la mañana. —Dicho esto se marchó apagando las luces del pasillo.

Cuando se fue, volví a encender las luces. El pasillo tenía un friso de papel pintado color crema en relieve, y encima otro con un estampado de flores. Eché un vistazo al cuarto de baño. Tenía una forma de lo más peculiar, y era evidente que lo habían instalado en el último momento en un trastero que ya no se utilizaba. No tenía ventana. Las cañerías eran alemanas, *circa* 1905. Solo funcionaba el grifo del agua fría.

La habitación no estaba mal. Tenía unas puertas correderas acristaladas, una caja de cartón, una cómoda y un armario grande. También había una mesa de madera de pino sobre la cual descansaba una máquina de coser manual. En la época en que las mujeres eran invitadas a una casa grande siempre iban acompañadas de sus doncellas, y probablemente aquella habitación se asignaba a esas doncellas visitantes.

En la cama había un colchón, pero ni sábanas ni mantas. Sabía que no era aconsejable volver a quejarme. Antes de ir a buscar mi bolsa al garaje, volví a las dependencias de los criados y cogí las mantas del cubículo que Fischer me había asignado. A continuación regresé a mi dormitorio. La transmisión de la radio que

tenía en el coche no era hasta las once; me quedaba mucho tiempo. Me puse a registrar la habitación.

Siempre miro dentro de los cajones y armarios de los demás. Encuentras cosas de lo más extrañas. Una vez, cuando estaba en Coram, mi tía cogió una infección y la enfermera del distrito me dijo que debía irme un mes de casa. Me acogieron unas personas que tenían una vieja casa en Lewisham High Road. La casa estaba rodeada de unos tupidos laureles y unos grandes castaños, por lo que era muy oscura. Odiaba tener que pasar de noche por aquellos laureles, porque en aquella época pensaba (cosas de chicos) que un loco con una bayoneta alemana me esperaba para atacarme por detrás y asesinarme. Pero dentro de la casa se estaba muy bien. Olía a jabón Lifebouy y a cera para muebles. La familia había tenido un hijo que murió en el Somme, y me cedieron su habitación. En el armario encontré todo tipo de cosas. Una colección de sellos, por ejemplo. Nunca había coleccionado sellos, pero sí muchos de los chavales del colegio, así que cogí un par y se los vendí. Después de todo, aquel muchacho estaba muerto, y no los necesitaba. Lo que más me gustaba era su colección de minerales. Estaban dentro de una caja plana de madera dividida en compartimientos, y en cada uno había un mineral y una etiqueta en la que indicaba lo que era: grafito, galena, mica, cuarzo, pirita de hierro, calcosina, fluorita, wolframio, etc. Había exactamente sesenta y cuatro compartimientos y sesenta y cuatro minerales, por lo que, en principio, no veía cómo quedarme alguno, pues el espacio vacío delataría que faltaba algo. Cogí un par para llevarlos al colegio, enseñárselos al profesor de química y hacerle un poco la pelota; pero solo conseguí despertar su recelo y que me preguntara de dónde los había sacado. Tuve que decirle que me los había prestado un tío mío para que me los devolviese. Después de eso, no volví a sacarlos de la caja, y me contentaba con mirarlos; hasta que regresé a casa de mi tía, claro, momento en el que cogí la pirita de hierro, pues parecía que contenía oro. En su lugar dejé un trozo de carbón. No creo que se dieran cuenta. Guardé la pirita de hierro durante años. «El oro de los tontos», lo llaman algunos.

Todo lo que encontré en la habitación de Sardunya fue un viejo calendario ruso de cartón con forma de icono. Había una imagen de Cristo de color marrón oscuro. No entiendo el ruso, así que no pude averiguar la fecha. No valía la pena cogerlo.

Tenía las ventanas abiertas de par en par. Había tanto silencio que podía oír los motores diésel de un barco resoplando en la corriente del mar Negro, en dirección a la barrera flotante que atraviesa el estrecho que queda un poco más arriba de Sariyer. A eso de las ocho y media se oyó un tenue murmullo de voces procedente de la terraza delantera. Luego se fueron a cenar. Poco después de las nueve, me agobié. Después de todo, nadie me había dicho que me quedara en mi habitación. Decidí ir a dar un paseo.

Para no arriesgarme a que alguien registrase mis cosas, escondí la radio encima

del guardarropa. Después bajé y me escabullí por la puerta trasera de hierro del patio delantero hasta el camino de la entrada.

Había tanta oscuridad bajo los árboles que no veía adonde iba, y después de haber recorrido unos cien metros, di media vuelta. La señorita Lipp, Harper, Miller y Fischer volvieron a salir a la terraza cuando llegué al patio, mientras Hamul encendía unas velas sobre la mesa.

El lateral del patio estaba muy oscuro, y gracias a las malas hierbas podías moverte con sigilo sobre la grava. En la entrada del establo me detuve junto al muro para ver si podía oír algo de lo que decían.

Debía de llevar allí unos veinte minutos antes de oír más que un confuso murmullo. Entonces uno de ellos soltó una sonora carcajada —Miller— y le oí decir siete palabras que parecían el final de un chiste.

—¡Alimentemos y vistamos a los perros! —carcajeó y repitió—: ¡Alimentemos y vistamos a los perros!

Los demás también se rieron, y volvieron a comenzar los murmullos. Me retiré y subí a mi habitación.

Dejé la cama todo lo cómoda que pude con ayuda de las mantas, y a continuación me afeité para no tener que hacerlo por la mañana.

Justo antes de las once, saqué la radio de su funda, abrí la parte de atrás y giré el pequeño interruptor. Todo lo que se oyó fue un siseo. Esperé. No me molesté en utilizar los auriculares, porque no veía motivo para hacerlo. Ni siquiera había cerrado las ventanas.

Cuando dieron las once, el aparato emitió un desagradable chasquido, y un momento después una voz crepitaba a través del diminuto altavoz a un volumen tan alto que la radio vibraba en mis manos. Intenté bajar el volumen, pero con el VHF en marcha los controles no funcionaban. Lo único que podía hacer era sepultar el receptor bajo las mantas. Incluso ahí parecía un sistema de megafonía. Fui hacia las ventanas y las cerré. El altavoz comenzó a repetir su mensaje.

Atención informe periódico. Atención informe periódico. El recién llegado es Leopold Axel Miller. El pasaporte belga aporta la siguiente información: edad treinta y seis años, se le describe como importador, lugar de nacimiento Amberes. También se han recibido datos referentes a Tekelek, una corporación suiza registrada en Berna. Capital nominal: cincuenta mil francos suizos. Los directores son K. W. Hoffman, R. E. Kohner, G. D. Bernadi y L. A. Mathis. Se cree que todos poseen cuentas personales secretas y numeradas en el Banque Crédit Suisse de Zúrich. Se afirma que el negocio de Tekelek es la venta de calculadoras electrónicas fabricadas en Alemania Occidental. Informe urgentemente de sus progresos. Atención informe periódico...

Metí la mano bajo las mantas, desconecté el VHF, apagué la radio y volví a

colocar la tapa de atrás. A continuación sintonicé una emisora turca por si alguien había oído el ruido y venía a investigar.

«Informe urgentemente de sus progresos».

Tenía un paquete de tabaco en el que quedaban dos. Encendí uno y me metí el otro en el bolsillo. A continuación entré al cuarto de baño a buscar un poco de papel higiénico.

Cuando volví, cerré la puerta con llave y me senté para escribir mi informe. Era muy breve.

El cocinero, el conserje y los pescadores del pueblo creen que los sospechosos son espías rusos.

Doblé el papel higiénico, lo coloqué dentro del paquete de tabaco, lo arrugué y me lo metí en el bolsillo, preparado para tirarlo a la mañana siguiente.

Sentí que aquel día había cumplido con mi deber.

A la mañana siguiente me desperté muy temprano con la desagradable sensación de náuseas que solía sentir cuando iba al colegio y la tarde anterior no había hecho los deberes.

Saqué el paquete de tabaco del bolsillo y eché un vistazo a mi informe escrito en papel higiénico. Aquello no era lo suficientemente bueno. Si no se me ocurría algo mejor que decir, Tufan pensaría que me estaba haciendo el gracioso. Me di un baño frío extremadamente incómodo, cogí más papel higiénico y volví a empezar.

Oído informe periódico. Intento de comprobar el contenido de la puerta frustrado. Lo volveré a intentar hoy, escribí.

Me puse a pensar en «hoy». Fischer había pedido el coche para las once. Teniendo en cuenta dicha orden, sería normal que fuera a llenar el depósito de gasolina sin pedirle permiso a nadie; mientras no les hiciera esperar, podría tomármelo con toda la calma del mundo. Si a mi vuelta protestaban porque me había llevado el coche tanto rato o querían saber por qué había tardado en volver, podía decir que había ido a comprar hojas de afeitar o lo que fuera, y hacerme el ofendido.

Eran las siete menos cuarto, y en cinco minutos debía estar preparado para el contacto por radio de las siete. Se me ocurrieron un par de cosas que podía añadir a mi informe.

Telefonaré desde la gasolinera tras inspeccionar el coche si el tiempo y las circunstancias lo permiten, o lo añadiré a este informe. Durante la conversación Lipp-Miller de ayer se menciona el nombre de «Giulio» en relación con un barco. No hay más detalles.

A continuación añadí el fragmento sobre los espías rusos. Ahora ya no parecía trivial ni estúpido.

Escondí el informe bajo el papel que forraba uno de los cajones, cerré bien las cristaleras, saqué la radio y conecté el auricular. A las siete, puntualmente, comenzó a transmitir.

Atención informe periódico. Atención informe periódico. Notificación recibida de fuentes suizas de que legalmente no se ha emitido pasaporte para Harper y Lipp. En vista de la relación de Miller y los documentos de Tekelek con Harper, cabe la posibilidad de que los nombres reales de Harper y Lipp sean Hoffman y Kohner o viceversa. Miller podría ser Mathis. Imperativo que informe de sus progresos.

Cuando la voz comenzó a repetirlo, desconecté el aparato. Después de esconderlo, me puse con el informe; lo saqué y añadí ocho palabras:

Anoto los nombres de Hoffman, Kohner y Mathis.

Al menos deberían ponerme un sobresaliente en actitud. Coloqué el nuevo

informe en el paquete de tabaco, quemé el anterior y empecé a vestirme. Mientras lo hacía, oí que la Lambretta se ponía en marcha y desaparecía por el camino de la entrada. Unos veinte minutos más tarde la oí volver. Me asomé por la ventana y la vi desaparecer en el establo con un fardo de barras de pan parcialmente envueltas y atadas al asiento de atrás.

Geven volvía a estar en la cocina cuando bajé. Me lanzó una mirada malhumorada y no me contestó cuando le saludé diciendo «buenos días». Probablemente tenía resaca y estaba enfadado conmigo; tenía tan mal aspecto que era difícil de decir.

Sobre el hornillo había una cafetera, y tras echarle un vistazo lancé a Geven una mirada de interrogación. Se encogió de hombros, así que cogí una taza y me serví. Cortaba el pan a rebanadas como si lo decapitara con un pesado cuchillo de carnicero. Al ver lo perfectas que quedaban las rebanadas me di cuenta de que aquel cuchillo estaba tan afilado como una hoja de afeitar. Como no quería perder un dedo, antes de coger una rebanada esperé a que lo soltase.

El café no sabía a café, pero el pan estaba bueno. Pensé que podía intentar hacer las paces proponiéndole que usara mi cuarto de baño; pero solo tenía una toalla, y pensar en cómo quedaría después de que él la usara me hizo mantener la boca cerrada. Le ofrecí un cigarrillo.

Lo aceptó y señaló un cesto de albaricoques que había sobre la mesa. No me gustan los albaricoques, pero pensé que valía más aceptar su oferta. Enseguida comenzó a farfullar acerca de los desayunos que tenía que servir, cada uno en una bandeja separada para los cuatro «damas y caballeros» del piso de arriba. Me ofrecí a preparar las bandejas, y aunque declinó la oferta con un gesto de la mano, parecía que recuperaba nuestra relación. Al cabo de un rato llegaron el señor y la señora Hamul y nos presentamos. La señora Hamul era una mujer baja, recia y de aspecto triston, ataviada con el vestido y pañuelo negros de las matronas turcas conservadoras. Como ni ella ni su marido no hablaban más que turco, las formalidades fueron breves. De todos modos, me quedé un rato por allí y comí un trozo de pan. Decidí que la mejor hora para marcharme sin llamar la atención sería durante el desayuno de Harper y los demás.

En cuanto comenzaron subir las bandejas, le dije a Geven que tenía que ir a poner gasolina y le pregunté si necesitaba algo del pueblo. Enseguida quiso acompañarme. Puse la excusa de que tenía que salir de inmediato para estar de vuelta a la hora que necesitaban el coche. Lo dejé un tanto enfurruñado, cogí el destornillador Phillips de mi habitación y me fui al garaje.

El Lincoln era un coche silencioso, y supe que lo único que oirían de mi marcha sería probablemente el ruido de los neumáticos sobre la gravilla del patio; pero me daba tanto miedo que Harper o Fischer se asomasen de repente a alguno de los

balcones del dormitorio y me hicieran volver de un grito, que en mi prisa por llegar al camino de entrada casi choqué con la pila de la fuente. Al enfilarse el camino comencé a sudar y a notar las piernas como si fueran de mantequilla. Tenía ganas de pararme y vomitar. Puede que parezca estúpido; pero cuando uno es como yo, las cosas malas que podrían ocurrir son, en cierto modo, casi tan terribles como las que ocurren realmente. Y desde luego no son más fáciles de olvidar. Siempre envidié a esos personajes de *Alicia en el País de las Maravillas* que sentían dolor antes de que les hicieran daño. Al parecer yo siento las cosas antes, durante y después; nada desaparece completamente. A menudo he pensado en matarme para no tener que pensar, sentir ni recordar nunca más y descansar por fin; pero entonces me planteo si existirá esa otra vida de la que tanto hablan. Puede acabar resultando incluso peor que la anterior.

El Peugeot volvía a estar de servicio. Conduje hacia Sariyer durante casi un kilómetro, giré a la izquierda y me metí por las carreteras que llevaban hacia el bosque. Era domingo por la mañana, y las familias de Estambul pronto llegarían a pasar el día en las zonas de acampada municipales; pero a aquella hora tan temprana el aparcamiento estaba desierto, y no me costó encontrar un lugar apartado bajo los árboles.

Decidí probar con la misma puerta. Ya había dañado el cuero, pero si iba con cuidado, no tenía por qué arañarlo más. En cualquier caso, mientras yo condujera el coche, los arañazos serían menos visibles en esa puerta que en las demás. El primer intento me lo enseñó. Si primero quitaba los tornillos del lado de la bisagra de la puerta y aflojaba los otros, podría apartar lo suficiente el panel como para ver dentro de la portezuela sin tener que quitarlo todo, incluyendo el mecanismo eléctrico de la ventana.

Tardé veinte minutos en averiguar que tenía razón en lo del panel, y cinco segundos en comprender que me había equivocado al pensar que habían quitado el material. Seguía allí, tal como aparecía en las fotos que Tufan me enseñó en Edirne. En aquella puerta había doce pequeños cilindros envueltos en papel, probablemente granadas.

Volví a colocar el panel en su sitio, y a continuación me quedé un rato sentado, pensando. El Peugeot estaba aparcado a unos cien metros —lo veía por el retrovisor— y estuve a punto de salir y decirle al conductor lo que había averiguado. Me moría de ganas de hablar con alguien. Pero me controlé. No tenía sentido hablar con alguien que no podía contestarte nada útil. Lo sensato era obedecer las órdenes.

Saqué mi informe del paquete de tabaco y añadí lo siguiente:

A las 9:20 inspeccioné el interior de la puerta del conductor. El material sigue en su sitio, tal como aparece en la foto. En vista del tiempo ausente de la villa y la imposibilidad de añadir nada a este informe, no telefonaré desde el garaje.

Volví a colocar el papel higiénico en la cajetilla, la lancé por la ventana y volví hacia la carretera. Esperé hasta que vi al hombre del Peugeot recoger el informe, conduje hasta Sariyer y llené el depósito. Estaba de vuelta en la villa poco antes de las diez.

Esperaba encontrarme a un furioso Fischer paseándose por el patio y exigiéndome saber dónde demonios había estado. No había nadie. Metí el coche en el establo, vacié los ceniceros, cepillé las alfombrillas y pasé un trapo por la carrocería. Me preocupaba el destornillador Phillips que llevaba en el bolsillo. Ahora que sabía que el material seguía en el coche, parecía un objeto incriminador. Desde luego, no quería dejarlo en el dormitorio. Podía volver a necesitarlo, de manera que tampoco me planteaba tirarlo. Al final lo escondí dentro de la tapa de un viejo neumático que colgaba de la pared del garaje. A continuación fui a mi habitación y me lavé. Poco antes de las once volví llevar el coche hasta la escalinata de mármol de la fachada principal.

Al cabo de unos diez minutos salió Harper. Llevaba una camisa de deporte azul con pantalones también azules, y sujetaba un mapa en la mano. Cuando le saludé, respondió moviendo la cabeza.

—¿Andamos bien de gasolina, Arthur?

—Esta mañana he ido a llenar el depósito, señor.

—Ah, vaya. —Pareció agradablemente sorprendido—. ¿Conoces un lugar llamado Pendik?

—Me suena el nombre. Creo que está por el otro lado, ¿verdad? Por allí hay un buen restaurante.

—Ese es el sitio. En el mar de Mármara. —Extendió el mapa y señaló el lugar. Desde Üsküdar, en el lado asiático del Bósforo, había que recorrer unos treinta y pico kilómetros hacia el sur siguiendo la costa—. ¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Si tenemos suerte con el transbordador, una hora y media desde allí, señor.

—¿Y si no tenemos suerte?

—Quizá diez o veinte minutos más.

—Muy bien. Esto es lo que haremos. Primero iremos a la ciudad y dejaremos a la señorita Lipp y al señor Miller delante del hotel Hilton. A continuación nos llevarás a mí y al señor Miller hasta Pendik. Estaremos allí un par de horas. A la vuelta nos detendremos delante del Hilton para recoger a los demás. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—¿Quién ha pagado la gasolina?

—Yo, señor. Todavía me queda un poco del dinero turco que me dio. Tengo aquí el recibo.

Lo rechazó con un gesto.

—¿Te queda dinero?

—Ahora unas pocas liras.

Me entregó dos billetes de cincuenta liras.

—Esto es para los gastos. También pagaste el día que saliste con la señorita Lipp. Cóbrate de aquí.

—Muy bien, señor.

—Y, Arthur... basta de pinchar al señor Fischer, ¿entendido?

—Creía que era él quien me pinchaba a mí, señor.

—Conseguiste la habitación y el cuarto de baño que pediste, ¿no?

—Sí, señor.

—Muy bien, entonces ya basta.

Comencé a decir que no había vuelto a ver al señor Fischer desde que me enseñó la habitación la noche anterior y que mucho menos le había «pinchado», pero Harper ya se dirigía hacia la casa.

Salieron al cabo de cinco minutos. La señorita Lipp iba vestida de lino blanco. Miller, provisto de una cámara y una caja para las lentes, parecía un turista; Fischer, ataviado con un jersey, vaqueros blancos y sandalias, parecía un *playboy* ya entradito en años recién llegado de Antibes.

Harper se sentó delante, a mi lado. Los demás iban detrás. Nadie abrió la boca de camino a Estambul. En aquel momento no me pareció que estuvieran callados por mi presencia. Todos mostraban un aire reservado, como alguien que se dirige a una importante reunión de negocios, ya ha evaluado los pros y los contras y solo le queda esperar a ver cuál será la actitud del otro bando. No obstante, había dos que parecían ir de excursión, y los otros a un almuerzo junto al mar. Era bastante raro. Sin embargo, el Peugeot nos seguía, y supuse que sabrían cómo enfrentarse a la situación cuando el grupo se dividiera. Yo no podía hacer nada más.

La señorita Lipp y Miller se apearon del coche delante del Hilton. Un turista bloqueó la calzada el tiempo suficiente para que yo pudiera ver que entraban en el hotel, y que el hombre del Peugeot los seguía. De repente, la teoría de los narcóticos volvía tener sentido. El proveedor de opio estaría esperando en su habitación con unas muestras que Miller, el químico experto, procedería a comprobar y evaluar. Luego, si las muestras eran satisfactorias, y solo entonces, Harper cerraría el trato. Mientras tanto, lo apropiado parecía un buen almuerzo.

Tuvimos que esperar unos minutos al transbordador de Üsküdar. Desde el embarcadero es fácil ver el cuartel militar que se convirtió en el hospital de Florence Nightingale durante la guerra de Crimea. Por decir algo, se lo señalé a Harper.

—¿Qué tiene de particular ese edificio? —dijo, grosero.

—Nada, señor. Pero fue el hospital de Florence Nightingale. Entonces lo llamaban Scutari.

—Mire, Arthur, sabemos que tiene una licencia de guía, pero tampoco ha de

tomárselo demasiado en serio, ¿entendido?

Fischer soltó una carcajada.

—Pensé que podría interesarle, señor.

—Lo único que nos interesa es llegar a Pendik. ¿Dónde está ese maldito transbordador que ha mencionado?

No me molesté en contestar. En aquel momento, el transbordador entraba en el embarcadero, y él pretendía ofenderme... para alegrar a Fischer, sospeché. Me pregunté qué habría dicho si le hubiera confesado por qué nos seguía el Peugeot color arena que hacía cola justo detrás de nosotros, y de dónde procedían las órdenes que obedecía el conductor. La idea me divirtió durante un rato.

En Üsküdar tomé la carretera de Ankara, que es ancha y rápida, y conduje durante unos treinta kilómetros antes de llegar a una carretera secundaria que giraba a la derecha en dirección a Pendik. Llegamos allí poco antes de la una.

Resultó ser un pequeño puerto de pescadores al abrigo de un cabo. Había varios yates anclados. Dos muelles de madera sobresalían de la carretera que discurría paralela a la playa; en uno había un restaurante, el otro servía de embarcadero para los botes más pequeños y las yolas. El lugar estaba lleno de niños.

Avanzaba lentamente por la estrecha carretera que llevaba hacia el restaurante cuando Harper me dijo que me detuviera.

Nos hallábamos a la altura del muelle y un hombre se acercaba a la carretera contigua. Llevaba una gorra de marinero, pero lo reconocí. Era el hombre que me había esperado en el aparcamiento del Hilton la noche que llegué a Estambul.

Evidentemente, reconoció el coche, y levantó la mano en un gesto de saludo cuando Harper y Fischer se apearon.

—Aparca el coche y ve a comer algo —me dijo Harper—. Reúnete con nosotros aquí dentro de una hora.

—Muy bien, señor.

El hombre que llevaba la gorra de marinero había llegado a la carretera, y oí que Harper le saludaba.

—Hola, Giulio, *sta bene?*

A continuación se alejaron por el muelle. Por el retrovisor vi que un hombre que había salido del Peugeot se dirigía hasta el muelle para ver qué ocurría después.

Al final del embarcadero se subieron a una lancha fuera borda. Giulio la puso en marcha y los tres se alejaron velozmente hacia un grupo de yates anclados a unos doscientos metros. Se colocaron al lado de un yate de motor de veinte metros que tenía una gran chimenea. El casco era negro; la cubierta, blanca, y una solitaria franja amarilla rodeaba la chimenea. La bandera turca colgaba del asta que había en la popa. Una pequeña pasarela descendía desde la cubierta, y un marinero con un bichero sujetó la lancha mientras los tres subían a bordo. Estaban muy lejos y no pude ver el

nombre escrito en el casco.

Aparqué el coche y entré en el restaurante. El lugar estaba bastante concurrido, pero conseguí mesa cerca de una ventana desde la cual podía seguir observando el yate. Le pregunté al camarero si lo conocía y me enteré de que su nombre era *Bulut*, y que se lo habían alquilado a un rico caballero italiano, *signor* Giulio, capaz de comerse dos langostas enteras de una sentada.

No pregunté más; los hombres de Tufan obtendrían la información necesaria de la policía local. Al menos ahora sabía cómo era Giulio y dónde fondeaba el bote que la señorita Lipp había mencionado a Miller. También supuse que Giulio, al alquilar el *Bulut*, actuaba tan poco en su nombre como Fischer al alquilar el *Kösk Sardunya*. Los ricos caballeros italianos que poseen un yate no merodean por el aparcamiento del Hilton de Estambul esperando a que les entreguen un coche lleno de armas de contrabando; para eso tienen subordinados.

Cuando llegó mi pez espada a la plancha, vi que el *Bulut* se movía. Minutos después, el ancla de proa salió del agua y hubo un remolino blanco en la popa. Habían dejado la lancha amarrada a una boya. Las únicas personas que había en la cubierta del yate eran los dos marineros. El yate cruzaba la bahía hacia una isla situada a cierta distancia de la costa, apenas visible entre la neblina. Me pregunté si los hombres del Peugeot requisarían una lancha motora y lo seguirían; pero en el puerto no quedaban embarcaciones de ese tipo. Después de más o menos una hora, el *Bulut* regresó y ancló en el mismo lugar. Pagué la cuenta y fui al coche.

Giulio trajo a Harper y a Fischer al embarcadero en la lancha, pero no desembarcó con ellos. Pude ver, pero no oír, cómo se despedían, y a continuación los dos se dirigieron hacia el coche. Harper llevaba una caja de cartón de unos tres palmos de ancho y unos quince centímetros de ancho. Estaba atada de cualquier manera con una cuerda.

—Muy bien, Arthur —dijo mientras entraban al coche—. Volvamos al Hilton.

—Muy bien, señor.

Mientras nos alejamos, eché otro vistazo a los muelles.

—¿Dónde has comido? —preguntó. ¿En aquel restaurante?

—Sí, señor.

—¿La comida era buena?

—Excelente, señor.

Se volvió y sonrió a Fischer.

—¡Hay que confiar en Giulio!

—Nuestro Geven cocina bien —dijo Fischer a la defensiva—, y tengo intención de demostrártelo.

—Es un borracho —dijo Harper cortante.

—Antes de que llegaras preparó una *castradina* que no tenía nada que envidiar a

la del Quadri.

Fischer se estaba acalorando, y se inclinaba hacia delante por encima del respaldo del asiento delantero. El aliento le olía a ajo y a vino.

No pude resistir la oportunidad.

—Si no le importaba que se lo diga, señor —me dirigí a Harper—, creo que el señor Fischer tiene razón. Geven es un excelente cocinero. La sopa de pollo que me sirvió ayer noche era perfecta.

—¿Qué sopa? —preguntó Fischer—. Nosotros no comimos sopa.

—Estaba enfadado —dije—. Recuerde, señor Fischer, que usted le dijo que no era lo bastante bueno para tener cuarto de baño. Estaba furioso. Creo que tiró la sopa que había preparado.

—¡Yo no le dije eso! —Fischer estaba fuera de sus casillas.

—Un momento —dijo Harper—. ¿El cocinero no tiene cuarto de baño?

—Tiene todas las habitaciones de los criados para él —dijo Fischer.

—¿Pero no tiene cuarto de baño?

—Allí no hay cuarto de baño.

—¿Qué pretendes, Hans? ¿Envenenarnos?

Fischer se dejó caer contra el respaldo del asiento con tanta fuerza que sacudió el coche.

—Estoy harto de intentar organizado todo y no recibir más que críticas —dijo a voz en grito—. No pienso permitir que se me acuse de... —No encontró palabras para expresarse en inglés y pasó al alemán.

Harper le dio una escueta respuesta en el mismo idioma. No sé lo que le dijo, pero Fischer se calló. Al cabo de un momento, Harper dijo:

—Eres un sinvergüenza estúpido, ¿verdad, Arthur?

—¿Perdón, señor?

—Si fueras listo, solo pensarías en cuánta pasta puedes sacar de este asunto sin pillarte los dedos. Pero no. Tienes que alimentar tu lamentable ego.

—No le entiendo, señor.

—Claro que me entiendes. No me gusta estar rodeado de estúpidos. Me ponen nervioso. Ya te lo advertí una vez. No te lo volveré a advertir. La próxima vez que veas una oportunidad de hacerte el listo, déjala pasar, y deprisa; porque si no, es probable que ese ego tuyo acabe viéndose irremediabilmente perjudicado.

Me pareció prudente no contestar.

—¿Sigues sin entenderme, Arthur? —Me golpeó brutalmente en la rodilla con el dorso de la mano. El dolor me sobresaltó y pegué un volantazo. Me dio otro golpe—. Mira por dónde vas. ¿Qué te pasa? ¿No puedes hablar mientras conduces, o se te ha comido la lengua el gato?

—Le he entendido, señor.

—Así me gusta. Y ahora discúlpate delante del señor Fischer, como si fueras un caballero egipcio.

—Lo siento mucho, señor.

Fischer, aplacado, expresó su perdón mediante una breve carcajada.

El transbordador de Üsküdar estaba abarrotado de motoristas que volvían de pasar el domingo fuera, y tardamos media hora en subir a bordo. Cuando aparqué, la señorita Lipp y Miller nos esperaban en la puerta del hotel. Miller esbozó una sonrisa rapaz y, como siempre, se metió en el coche sin dejar pasar a la señorita Lipp.

—Sí que habéis tardado —exclamó sin dirigirse a nadie en particular.

—El transbordador estaba hasta los topes —contestó Harper. ¿Habéis pasado una buena tarde?

Fue la señorita Lipp quien contestó.

—Alimentemos y vistamos a los perros —dijo. Era la misma frase que tanto había hecho carcajearse a Miller la noche anterior, y me pregunté qué podía significar.

Harper asintió con la cabeza.

—Volvamos a la villa, Arthur —dijo.

Ninguno de ellos abrió la boca durante el camino de vuelta. Percibí cierta tensión entre ellos, y me pregunté quién tenía que informar a quién. Cuando salieron del coche, Harper recogió la caja de cartón del suelo y se volvió hacia mí.

—Eso es todo por hoy, Arthur.

—¿A qué hora mañana, señor?

—Te lo haré saber.

—El coche tiene mucho polvo, señor, y aquí no hay manguera. Me gustaría ir a lavarlo a un garaje.

—Hazlo. —Nada podía importarle menos que lo que yo hiciera.

Conduje hasta Sariyer y encontré un garaje en el que me lavaron el coche. Lo dejé allí y me dirigí a un café. Tomé una copa antes de telefonar a Tufan.

El informe escrito de la mañana se había visto complementado por informes de la brigada de vigilancia, y tenía él más que decirme a mí que yo a él. El apellido de Giulio era Corzo, y en su pasaporte suizo se afirmaba que era «diseñador industrial». Tenía cuarenta y cinco años, y había nacido en Lugano. El yate lo alquiló una semana antes, durante un mes, a través de una agencia de alquiler de Antalya. La tripulación la componían tres hombres del pueblo de buena reputación. En cuanto a la señorita Lipp y Miller, habían almorzado en la parrilla del Hilton y habían alquilado un coche. Pasaron cuarenta y cinco minutos haciendo turismo y volvieron al Hilton, donde la señorita Lipp fue a la peluquería. Le habían hecho un lavado y marcado. Miller había pasado la tarde leyendo periódicos franceses en la terraza.

—Entonces lo que querían saber era cómo había ido el encuentro con Giulio —

dije.

—¿A qué se refiere?

Le conté que en el camino de vuelta tuve la sensación de que estaban impacientes por poder hablar a solas.

—¿Entonces por qué no está en la villa? Vuelva de inmediato.

—Si desean tener una conversación en privado, yo no puedo hacer nada por escuchar. La parte de la casa que ellos ocupan está en el primer piso, separada del resto. Ni siquiera he visto sus habitaciones.

—¿No tienen ventanas?

—Pero dan a su terraza privada. No tengo excusa para merodear por la terraza, por no hablar de estar en ella.

—Entonces hágalo sin excusa.

—Me dijo que no corriera riesgos.

—Riesgos innecesarios. Una discusión importante justifica el riesgo.

—No sé si es importante. Solo tuve esa sensación. Tampoco sé si están discutiendo sobre algo. Es posible que Harper quiera transmitir a los demás alguna información que ha recibido de Giulio. A lo mejor no le ha llevado más de un minuto.

—Es evidente que la reunión de Pendik era importante. Debemos saber por qué. Hasta ahora todo lo que sabe son chismorreos de un cocinero estúpido. ¿De qué habla esas personas que tienen armas y municiones escondidas en el coche y pasaportes falsos cuando están a solas? ¿Qué dicen? Le corresponde a usted averiguarlo.

—Lo único que puedo decirle es: «Alimentemos y vistamos a los perros». Lo oí por primera vez ayer por la noche. Me pareció una especie de chiste privado.

Se quedó callado un momento, y yo preveía otro arranque de furia. Pero no. El lugar de eso, dijo, pensativo:

—Un chiste muy interesante.

—¿Qué significa?

—Cuando uno de los viejos sultanes se preparaba para recibir a cierto tipo de personas, los tenía esperando mucho tiempo, a veces un día entero. Entonces, cuando le parecía que ya los había humillado suficiente, daba la siguiente orden: «Alimentemos y vistamos a los perros». Después de eso, se les dejaba entrar en la cámara del Gran Visir, se les daba de comer y se les vestía con un caftán.

—¿Qué clase de personas?

—Embajadores de potencias extranjeras. —Hizo una pausa. Era evidente que le estaba dando vueltas. A continuación se despidió de manera cortante—. Ya tiene sus órdenes. Informe tal y como hemos convenido.

Volví al coche. El hombre del garaje que tenía la llave del surtidor de gasolina se había ido a casa, y solo estaba el viejo que me había lavado el coche. Eso no me hizo mucha gracia, pues significaba que tendría que volver a llenar el depósito por la

mañana. En ese momento no me apetecía especialmente informar otra vez a Tufan.

Cuando regresé a la villa era casi de noche, y las luces de la terraza estaban encendidas. Dejé el coche en el establo y me dirigí a la cocina.

Geven estaba de muy buen humor. Fischer lo había trasladado a un dormitorio cerca del mío y le había dicho que podía compartir mi cuarto de baño. Si eso se debía a que Fischer estaba resentido o a que había escasez de cuartos de baño, no lo sé. Geven, por algún confuso razonamiento, decidió que había sido idea mía. En cierto modo, supongo que tenía razón; pero no se podía hacer nada. Le acepté una copa de coñac y me dirigió una radiante sonrisa, como si me hubiera ganado cada sorbo. Había preparado espaguetis a la boloñesa para la cocina. Los espías tomaban sopa enlatada y un *shish kebab* de cordero que, me aseguró orgulloso, estaba duro como la suela de un zapato. Los espaguetis estaban realmente buenos. Me tomé dos raciones. En cuanto llegaron los Hamul, salí con la excusa de que tenía que trabajar en el coche. Me dirigí al patio.

La terraza seguía la fachada principal y el lado derecho de la casa; había visto una puerta en el muro situado junto al garaje. Había un huerto de higueras un poco más allá, y me dije que a lo mejor desde allí se podía acceder a la terraza lateral.

La puerta no tenía cerradura, solo un pasador, pero los goznes estaban viejos y oxidados, así que utilicé el indicador del nivel del coche para aplicarle un poco de aceite antes de intentar abrirla. Se abrió hacia dentro en silencio y la cerré detrás de mí. Esperé no solo para que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad, sino porque los espías aún no habían entrado a cenar. Pude oír las voces a lo lejos. Tufan hubiera querido que me acercara más y oyera lo que decían, pero no lo hice. El suelo era irregular, y tenía que ir a tientas hacia la balaustrada de la terraza. Preferí hacerlo mientras estaban lejos de la terraza e intentaban hincarle el diente al *shish kebab* de Geven.

Al cabo de quince o veinte minutos, sirvieron la cena y me dirigí lentamente hacia la terraza. En cuanto llegué y fui capaz de ver a través de la balaustrada, me di cuenta de que sería imposible acercarme lo suficiente a las ventanas de la habitación en que se encontraban para oír nada. Había demasiada luz. Supongo que uno de esos temerarios agentes de los que oyes hablar se habría escondido en las sombras; pero aquello era demasiado arriesgado para mí. Llegar hasta las sombras habría sido fácil; pero si Harper y los demás decidían sentarse fuera, como la noche anterior, no habría manera de escabullirme sin que me vieran.

Crucé el huerto hasta que llegué al borde exterior del patio delantero. Era el lado que daba al Bosforo, y allí ningún árbol me tapaba la vista. Una baja balaustrada de piedra discurría por el borde con una estatua sobre un pedestal en cada extremo. La primera estatua estaba a más de diez metros de la esquina de la terraza, pero era la más cercana a la que podía llegar sin que me vieran. La parte superior del pedestal me

llegaba al pecho. Utilizando la balaustrada como peldaño se podía trepar por allí. La estatua, una virgen vestal de un tamaño más grande de lo normal totalmente cubierta de excrementos de pájaro, parecía bastante estable, y podía sujetarme a sus ropajes. Desde el pedestal podía ver la balaustrada de la terraza y las ventanas del salón de la esquina. No mucho, pero menos daba una piedra. Si decidían salir a la terraza, podría captar algo de lo que dijeran.

Al cabo de unos veinte minutos, entraron en la sala. Pude ver un viejo buró con tablero rematado de cuero, parte de un sofá verde descolorido, parte de un espejo que ocupaba toda la pared, una mesa baja y redonda, y un par de butacas. Al principio al único al que vi fue a Miller, que se colocó en la esquina del sofá; pero hablaba por los codos y movía mucho las manos, por lo que no estaba solo. Entonces apareció la señora Hamul con la bandeja del café, que colocó sobre la mesa redonda, y vi fragmentos de los demás mientras se servían. Alguien le entregó a Miller un vaso de brandy, que bebió como si lo necesitara; a lo mejor intentaba quitarse el sabor de la cena. Al cabo de un rato, dejó de hablar y dio la impresión de que escuchaba, moviendo la cabeza lentamente, como si su atención pasara de un interlocutor a otro. Después apareció un destello blanco en el espejo y volvió la cabeza. Por un momento vi a la señorita Lipp. Se había puesto un vestido verde; el blanco provenía de una gran hoja de papel. Casi de inmediato dejé de verla. Miller levantó la cabeza y comenzó a escuchar a alguien que estaba de pie. Pasó más o menos un minuto, y entonces volvió aparecer el papel, como si lo dejaran a un lado, sobre la mesa del buró. Entonces vi que era un mapa, aunque a esa distancia y desde ese ángulo era imposible decir de dónde. En cualquier caso, me pareció una isla más o menos triangular. Todavía lo estaba mirando cuando Harper se puso en medio y lo dobló en cuatro.

Después de eso, no pareció que ocurriera nada hasta que de repente Harper y la señorita Lipp salieron a la terraza por una puerta que estaba mucho más alejada y bajaron los peldaños de mármol. No parecían ir a un lugar concreto —habían salido a dar un paseo—, pero pensé que lo mejor sería quitarme de en medio. Si se proponían admirar la vista desde la balaustrada, me descubrirían.

Me bajé del pedestal y retrocedí hasta quedar al abrigo de las higueras. Como imaginaba, rodearon la balaustrada. Cuando comenzaron a dar media vuelta, solo me separaban de ellos ocho metros. Oí un fragmento de su conversación.

—¿... si yo me hacía cargo? —Era la señorita Lipp.

—Él fue idea de Leo —contestó Harper—. Que Leo se encargue de él. A partir de mañana, tampoco nos hará mucha falta. Incluso Arthur podría hacer el resto del trabajo.

La señorita Lipp soltó una carcajada.

—¿La oveja indignada? Con ese aliento ni siquiera necesitarías las granadas. La

gente se rendiría en masa.

Harper soltó una carcajada.

—¿Cuándo llega el hombre de Giulio? —preguntó ella.

—Llegaba hoy. No le he esperado. Giulio sabe que...

No oí más.

En cuanto desaparecieron, volví al patio a través del huerto y subí a mi habitación. Cerré la puerta con pestillo. Geven saldría de la cocina en cualquier momento y no quería preocuparme por él.

Tenía que pensar en lo que habían dicho, y me costaba hacerlo, porque lo único que me venía a la cabeza eran las carcajadas de la señorita Lipp y las palabras que había utilizado para referirse a mí. Me entraron náuseas. En otro momento también me sentí de ese modo. Jones IV y yo habíamos ido a Hilly Fields a encontrarnos con unas chicas que conocíamos. Una se llamaba Muriel, la otra, Madge. Madge no apareció porque, según dijo Muriel, estaba resfriada. Así que salimos los tres. Muriel era la chica de Jones, así que yo allí no pintaba nada. Intenté ligar con otra chica, pero era más difícil si ibas solo, y no tuve suerte. Al cabo de un rato me di por vencido y regresé adonde había dejado a los otros dos dándose el lote en un banco, bajo los árboles. Se me ocurrió acercarme sigilosamente y darles una sorpresa. Y entonces les oí hablar. Ella estaba diciendo que tenía que volver a casa temprano, no recuerdo por qué, y él le preguntaba si quedarían el sábado por la noche.

—¿También vendrá Arthur? —dijo ella.

—Supongo.

—Bueno, pues Madge no vendrá.

—El sábado ya se le habrá pasado el resfriado.

—No está resfriada. Es que no quería venir. Dice que Arthur es bobo y que la pone de los nervios.

Me alejé, y ellos jamás supieron que les había oído. A continuación vomité tras los arbustos. Odiaba tanto a Madge que me dolía.

Geven subió y le oí entrar en el cuarto de baño. Al cabo de un rato salió y llamó a mi puerta. Yo había tomado la precaución de apagar la luz para que no se viera por debajo de la puerta, de manera que pensara que estaba dormido. Volvió a llamar. Al cabo de un momento le oí farfullar para sí. Entonces se alejó.

Casi cambio de opinión y lo llamo. En aquel momento me habría ido bien tener a alguien con quien charlar. Pero entonces me acordé de lo sucio que era y me dije que dejaría un hedor perenne en el cuarto: «el perfume de la plebe», como habría dicho mi padre. Además, tampoco estaba seguro de poder librarme de él cuando quisiera, y tenía que escuchar la llamada por radio de las once.

Al final llegó.

Atención informe periódico. Atención informe periódico. El pasajero del yate

Bulut llegó a Pendik a las diecisiete horas de hoy. Se llama Enrico, no se conocen otros nombres. Descripción: bajo, robusto, pelo negro, ojos castaños, edad aproximada: treinta y cinco años. Una somera observación del sujeto y del equipaje de mano sugiere más un trabajador que un invitado de Corzo. ¿Puede identificar a este hombre? Es importante que tome notas de todas las conversaciones, con especial atención a las de contenido político. Es esencial que informe de sus progresos. Repito. Esencial.

El sudor y la grasa se pueden limpiar del exterior del cuerpo; pero dentro hay procesos que producen otras sustancias. Algunas huelen. ¿Cómo te lavas los olores del interior?

La llamada matinal fue una repetición de la de la noche anterior, y no tuvo más sentido a las siete de la mañana que a las once de la noche. Me levanté y me dirigí al cuarto de baño. Por suerte, había tenido la precaución de llevarme la toalla al dormitorio; pero Geven lo había dejado hecho un desastre. Había una espuma gris en el baño y jabón de afeitar en el lavamanos. Hacía falta paciencia para que la cadena del retrete funcionara bien, y él no la había tenido.

Afeitado tenía más ojos de sueño que con barba de tres días, pero su estado de ánimo era de jovial agresividad. Al parecer, las quejas de Fischer acerca del *shish kebab* habían sido estruendosas e insolentes. Pero Geven ya había planeado su venganza: aquella noche la cena de los espías consistiría en cordero hervido en yogur *á la Turque*. Fischer se enteraría de quién mandaba en la cocina; y si no le gustaba, bueno, los espías podían seguir tomando comida para cerdos o buscarse otro chef.

Desayuné, saqué el coche y conduje hasta el garaje para poner gasolina.

Tufan contestó enseguida. Le relaté el informe de la conversación que había oído, cambiándola solo un poco.

—Sí, yo me hacía cargo. Él fue idea de Leo, que Leo se encargue de él. Después de mañana, tampoco va a hacernos mucha falta. Granadas... rendición en masa.

Me lo hizo repetir lentamente. Cuando comenzaba a quejarse de que no hubiera más, le hablé del mapa. Había imaginado que eso despertaría su interés, y acerté.

—¿Dice que parecía el mapa de una isla?

—Eso me pareció. De una forma más o menos triangular.

—¿Era un mapa en color?

—No, en blanco y negro.

—¿Entonces podría ser una carta de navegación?

—Supongo que sí.

Dijo pensativo:

—Un barco, la carta de navegación de una isla, granadas, máscaras antigás, armas de fuego, rendición...

—Y algo que Fischer tiene que hacer hoy —le recordé.

Omitió mi interrupción.

—¿Está seguro de que esa isla tenía forma triangular?

—Eso me pareció, pero no veía bien el mapa. Era difícil, desde mi posición. Podría haber sido el plano de una piscina.

No hizo caso a mi frivolidad.

—¿Podría haber tenido forma arriñonada?

—Puede. ¿Eso significaría algo?

—Es la forma de la isla de Yassiada, donde algunos presos políticos están a la espera de juicio. Está a quince kilómetros de Pendik. ¿Ha oído mencionar el nombre de Yassiada?

—No.

—¿O de Imrali?

—No. ¿También es una isla?

—Es una población situada en una isla a sesenta kilómetros de Pendik. También es el lugar donde ahorcaron a Menderes.

—¿Qué forma tiene la isla?

—De cabeza de perro. Debe mandarme otro informe esta noche sin falta, aunque sea negativo.

—Haré lo que pueda.

—Sobre todo intente encontrar esa carta de navegación.

—¿Cómo voy a hacerlo?

—Busque de noche. En cualquier caso, tiene que conseguir verla de cerca.

—No creo que pueda. Ni aunque vuelvan a sacarla. No podré acercarme.

—Podría con unos prismáticos.

—No tengo prismáticos.

—Cuando vuelva a la villa, deténgase en la carretera. El coche que está hoy de guardia es el Opel. Un agente le entregará unos prismáticos.

—Suponga que Harper los ve. ¿Qué explicación le doy?

—No permita que los vea. Si es necesario, contacte con el personal de vigilancia. ¿Ha quedado claro? —Colgó.

Conduje de vuelta a la villa. Nada más salir de Sariyer, en la carretera de la costa, me detuve. El Opel se paró unos cien metros detrás de mí. Al cabo de un minuto salió un hombre y se dirigió hacia el Lincoln. Llevaba unos prismáticos dentro de una funda de cuero. Me la entregó sin decir palabra y regresó al Opel.

Incluso sin prismáticos, me enfadé, y sabía perfectamente por qué. Los prismáticos eran un incordio, cierto, pero lo que realmente me molestaba era la conclusión a la que él había llegado.

Lo que él había querido ver desde el principio y, de manera evidente, lo que veía ahora, era otra conspiración contra el Comité de Unión Nacional, la gestación de otro golpe de Estado. El último intento de derrocar al Comité lo pertrechó un grupo de oficiales del ejército disidentes dentro del país. ¿No era probable, entonces, que el siguiente intento se llevase a cabo con la ayuda del dinero y de terroristas extranjeros a sueldo? ¿No era probable que comenzara con un audaz rescate de oficiales presos a la espera de juicio? Lo había dicho: «Un barco, la carta de navegación de una isla, granadas, máscaras antigás, armas de fuego, rendición». Todo cuadraba a la perfección.

El problema era, desde el principio, que no conocía a las personas implicadas. Yo sí. Sabía lo miserables que eran. De hecho, nada me apetecía más que ver cómo se iban al infierno. Pero no parecían terroristas a sueldo. No sabía decir por qué. Si él me hubiera preguntado cómo me imaginaba a unos terroristas a sueldo, no habría sabido qué decirle. Solo le hubiese podido decir: «Esa gente no se arriesgaría así».

Cuando volví a la villa, Fischer estaba de pie en la terraza, en lo alto de las escaleras. Me indicó con gestos que aparcara allí delante. Mientras bajaba la escalinata me acordé, justo a tiempo, de esconder los prismáticos en el suelo, junto a mis pies.

—Hoy no le necesitaremos, Simpson —dijo—. Vamos a hacer una excursión privada. Yo conduciré el coche.

—Muy bien, señor. El depósito está lleno, pero iba a quitarle el polvo. —Yo era todo sonrisas por arriba, y todo prismáticos por abajo.

—Muy bien. —Con su aire prepotente me hizo seña de que continuara—. El coche debe estar aquí en media hora.

—Sí, señor.

Rodeé el patio y entré en el garaje. Escondí los prismáticos detrás de un bidón de aceite vacío antes de dar un repaso al coche con un trapo húmedo.

Justo antes de las diez volví a llevar el coche al patio y lo dejé allí con las llaves puestas. A continuación regresé al patio a través de la puerta que daba al huerto, y encontré un lugar desde el que podía ver el coche sin que me vieran a mí. Quería asegurarme de que todos se iban: Fischer, Harper, la señorita Lipp y Miller.

Al cabo de unos cuarenta minutos, los cuatro salieron y se metieron en el coche. En cuanto se fueron, me dirigí a la cocina. Geven estaba cortando carne y bebiendo coñac. Yo también eché un trago y le dejé hablar un rato antes de preguntarle si los esperaba a comer. Me dijo que no. Que prepararía una tortilla *pour le personnel*.

Subí a la planta de los dormitorios. En lo alto de las escaleras de atrás, el pasillo giraba a izquierda y derecha, en paralelo a la tapia posterior de la villa. Si girabas a la derecha, llegabas a mi habitación y a la de Geven, entre otras; si ibas hacia la izquierda, encontrabas unas puertas dobles. Al otro lado estaban los dormitorios principales y las habitaciones de invitados.

Cuando subí, las puertas dobles estaban entreabiertas. A través de la rendija pude ver un carrito de mimbre lleno de ropa de cama sucia, y al viejo Hamul pasando un cepillo por las alfombras del pasillo. Supuse que la señora Hamul debía de estar cambiando las sábanas de las camas.

Me fui a mi habitación, esperé una hora y luego volví a recorrer el pasillo.

La puerta seguía abierta, y los Hamul aún estaban limpiando y recogiendo los dormitorios. Bajé a la cocina y me tomé otra copa con Geven. Estaba ocupado con sus cacerolas, y pasó otra hora antes de que se decidiera a preparar la tortilla. Más o

menos al mismo tiempo oí bajar a los Hamul y vi que entraban en la lavandería. En cuanto acabé de comer, le dije a Geven que me iba a echar un sueñecito a mi dormitorio.

En primer lugar, eché la llave de la habitación por fuera por si a alguien se le ocurría mirar si estaba dentro; después abrí las puertas dobles y las cerré detrás de mí.

Buscaba la carta de navegación, y era difícil saber por dónde empezar. Había unas dieciocho habitaciones de todas las formas y tamaños. Algunas eran dormitorios; otras, salas de estar; en unas había tan poco mobiliario que era difícil adivinar lo que habían sido. Todos los muebles eran del estilo hotel francés de aspecto repugnante. Lo único que había en abundancia eran espejos y arañas de techo; los había en todas las habitaciones.

Primero identifiqué la habitación de Miller, porque tenía la maleta abierta en la cama, y a continuación la de Fischer, al ver sus camisas en uno de los cajones. Pero no encontré el mapa en ninguna de ellas. La suite de la señorita Lipp estaba sobre el pórtico central, y la de Harper junto a ella, en la esquina. Había una puerta que las conectaba. Busqué en todos los cajones y armarios, miré dentro de las maletas, encima y debajo de los muebles. Los únicos mapas que encontré fueron una *Guía de Europa* sobre el escritorio de la señorita Lipp, junto con algunas novelas italianas en edición de bolsillo.

Al otro lado de la suite de Harper, y en el lado del edificio que daba al huerto, había una habitación habilitada como estudio. En una de las paredes habían construido estantes de obra con una cajonera. Parecía un buen lugar en el que buscar un mapa grande y plano. Mientras miraba concienzudamente en todos los cajones oí el ruido de las puertas del coche al cerrarse.

Cruce rápidamente el dormitorio de Harper, que daba al patio, y vi el techo del Lincoln delante del pórtico. Entonces me entró el pánico. No vi la puerta que conducía al pasillo y me metí en el cuarto de baño. Cuando encontré la puerta correcta, oí la voz de Fischer procedente de las escaleras. Era imposible escabullirme a través de las habitaciones. No sabía el camino. Lo único que podía hacer era volver a cruzar el dormitorio de Harper, meterme en el estudio y cerrar la puerta. Desde allí no había salida, excepto por la ventana; pero fue el único escondite que encontré.

Le oí entrar en su habitación, a continuación un tintineo de monedas y luego una especie de golpe. Estaba vaciándose los bolsillos sobre la mesa. El pestillo de la puerta no cerraba bien, y podía escuchar todos sus movimientos. Sabía que él también oiría los míos, así que me quedé quieto.

—Dios mío, esta ciudad es peor que Nueva York en agosto —dijo.

Oí responderle a la señorita Lipp. Debía de haber abierto la puerta que conectaba las dos suites, que yo había dejado cerrada.

—Me pregunto si Hamul ha arreglado lo del agua. ¿Te importa bajarme la

cremallera, *Liebchen*?

Él se movió. Fui de puntillas hasta la ventana del estudio y me asomé. Fuera había un pequeño balcón y, más o menos un metro más abajo, el tejado de la terraza. Si podía llegar hasta allí, quizá consiguiera bajar hasta el huerto sin romperme la crisma. El problema era que debía abrir la puerta-ventana para llegar al balcón. Tenía uno de esos largos pasadores dobles que hay que accionar girando una manija en el centro. Algunos hacen mucho ruido cuando se abren, y este parecía de esos. Volví a la puerta.

Ahora parecían estar en la sala. Ella soltó una suave risita.

—Llevo demasiada ropa.

Él volvió al dormitorio, y al cabo de un momento entró en el cuarto de baño. Comenzó a correr el agua. Regresé de nuevo a la ventana e intenté abrir la manecilla con mucho cuidado. Resultó fácil. El pasador se abrió y la puerta se movió hacia dentro con un leve golpe seco; pero entonces me di cuenta de que el cierre superior estaba roto, y que el pasador de arriba no se había movido. Intenté bajarlo con la mano, pero estaba demasiado duro. Tendría que hacer fuerza a través de la ranura que había arriba. Acerqué una silla a la ventana y busqué algo metálico que pudiera utilizar como palanca.

Dejó de oírse el ruido del agua en el cuarto de baño, y volví a quedarme inmóvil. Intenté recordar qué llevaba en los bolsillos que pudiera servirme para mover el pasador; quizá una llave.

—Tendré que recuperar el bronceado cuando volvamos —dijo la señorita Lipp. Estaba en la habitación de al lado.

—Creo que se te mantiene muy bien.

—Tienes el pelo mojado.

Silencio, a continuación ella emitió un profundo suspiro y la cama crujió.

Durante dos minutos me aferré a la esperanza de que se echaran la siesta, pero comenzaron a moverse. Al cabo de unos minutos los oí respirar, pero no era la tranquila respiración del sueño. Pasaron más minutos y hubo otros sonidos. A continuación se habían transformado en la bestia de dos espaldas, y luego empezaron los ruidos habituales, jadeos, gruñidos y gemidos, mientras yo me quedé allí como un imbécil, imaginando las largas piernas y los finos muslos de la señorita Lipp y preguntándome cómo demonios iba salir de allí sin que me vieran. El sudor se me metía en los ojos y me empañaba las gafas. No veía ni para intentar deslizar el pasador, si me hubiera atrevido a intentarlo.

Aquello parecía seguir de manera interminable; por fin llegaron los últimos jadeos. Tenía la esperanza de que ahora se fueran al cuarto de baño, pero no. Hubo un largo silencio hasta que oí decir a Harper: «Toma», y a continuación el chasquido de un encendedor. Otro silencio, que él rompió.

—¿Dónde cenaremos esta noche?

—Les Baux. Yo tomaré el *feuilleton de ris de veau*. ¿Y tú?

—Avallon, Moulin de Routas, el *coq au vin*.

—¿Con el Cuvée du Docteur?

—Por supuesto. Aunque ahora me conformaría con un sándwich de jamón y una cerveza.

—Esto no durará mucho, *Liebchen*. Me pregunto quién le dijo a Hans que ese hombre sabía cocinar.

—Sabe cocinar, pero es uno de esos borrachines a los que hay que tratar bien. Si no, se pone hecho una furia y te dice «Vete al infierno». Hans no sabe tratarlo. Apuesto a que Arthur come mejor que nosotros. De hecho, estoy totalmente seguro. ¿Dónde está el cenicero?

—Aquí. —Ella soltó una risita—. ¡Ojo!

—¡Merde, Alors!

—Este no es lugar para poner el cenicero.

Enseguida volvieron a empezar. Al final, cuando estuvieron agotados, tuvieron la decencia de irse al cuarto de baño. Mientras corría el agua, me coloqué sobre la silla e intenté mover el pasador con la llave de mi habitación. Cuando Harper acabó sus labores en el cuarto de baño, ya había abierto la ventana. Tuve que esperar a que se durmieran; pero entonces volví a oír la voz de la señorita Lipp y supe que volvía a estar en la cama de Harper.

—*Liebchen* —dijo ella en tono soñoliento.

—¿Qué ocurre? —Él también estaba medio dormido.

—Mañana ten cuidado, por favor.

—*Entendu*.

Se oyó un beso. Miré mi reloj. Eran las tres y veinte. Les di diez minutos, me acerqué sigilosamente a la ventana y la abrí de par en par. Lo hice poco a poco porque fuera corría la brisa y no quería que un golpe de aire abriera la puerta del dormitorio conmigo allí. A continuación, salí al balcón.

Había una altura de poco más de un metro hasta el tejado de la terraza, y prácticamente no hice ruido al bajar. Al llegar al final de la terraza empezaron los problemas. Sinceramente, físico de escalador no tengo, así que intenté utilizar el espaldar como escalera. Cedió, y resbalé hasta el suelo sujetándome a las ramas de un melocotonero.

Conseguí llegar a mi habitación sin que nadie viera el estado en el que me encontraba. Cuando acabé de lavarme y de cambiarme de camisa, bajé y metí el coche en el garaje.

Si me hubiera dado cuenta de que habían sacado los paneles de las puertas, todo hubiera sido distinto para Harper, Lipp y Miller; pero no me percaté. Ni siquiera se

me ocurrió mirarlas. Seguía demasiado alterado como para pensar en nada más que comportarme con naturalidad. Meter el coche en el garaje no era más que una manera de demostrar que estaba haciendo mi trabajo, como siempre.

Volví a la cocina y no vi a nadie. Encontré una de las botellas de coñac de Geven; eché un trago y me fumé un cigarrillo. Cuando volví a recuperar la calma, salí y recorrí el camino de la entrada hasta la carretera.

El Opel estaba aparcado cerca del muelle de pescadores. Me acerqué a él como si nada y vi que los hombres que había dentro me observaban. Al pasar dije: «Tufan».

Tras recorrer algunos pasos oí abrirse una de las puertas del coche. Un momento después, un hombre caminaba a mi lado.

—¿Qué ocurre? —dijo.

Era uno de esos policías de mirada dura y ojos oscuros, con una camisa color papilla con botones en los bolsillos. Hablaba en francés.

—Mañana intentarán algo peligroso —dije. No sé qué es. Oí parte de una conversación. Hay que informar al comandante Tufan.

—Muy bien. ¿Por qué no ha conducido hoy?

—Me han dicho que no me necesitaban. ¿Adonde han ido?

—A Estambul, Beyoglu. Fueron a un taller que está junto al consulado español. Allí tienen piezas de recambio para coches americanos. El conductor, Fischer, estuvo allí con el coche unos diez minutos. Los otros dos hombres y la mujer fueron caminando hasta el hotel Divan. Almorzaron allí. Fischer se reunió con ellos y también almorzó. Después volvieron al taller, recogieron el coche y regresaron aquí. El comandante Tufan dice que más tarde deberá informarnos sobre una carta de navegación.

—Si puedo. Dígale que he registrado los dormitorios mientras estaban fuera, pero no he encontrado la carta. Esta noche intentaré buscar en las salas de estar. Puede que cuando consiga informar sea bastante tarde. ¿Dónde estarán ustedes?

—Habrá alguien allí.

—Muy bien.

Tras verle dar media vuelta y regresar hacia el Opel, crucé la carretera y volví a coger el camino de entrada. Tenía algo en qué pensar. Por lo que había oído en el patio la noche anterior, sabía que aquel día Fischer tenía que hacer algo. ¿Ya lo había hecho, o todavía no? Conducir el coche hasta Estambul para que él y los demás comieran algo pasable no parecía muy especial. Por otro lado, era raro que no me hubiesen necesitado y también parecía extraña la visita al taller. El coche funcionaba perfectamente, y no necesitaba ningún recambio. ¿Por qué Fischer no había ido al hotel con los demás? ¿Por qué se había quedado en el taller?

Es evidente que debería haber pensado antes en las puertas del coche. No lo hice por una sencilla razón: por experiencia, sabía lo mucho que se tardaba en sacar y

reemplazar un panel, y Fischer no estuvo el tiempo suficiente en el taller como para vaciar una puerta, por no hablar de las cuatro. Entonces no se me ocurrió la posibilidad de que su función fuera dar la orden de que quitaran los paneles, en vez de hacerlo él mismo. Y seguro que tampoco se le ocurrió a Tufan. Si se le hubiera ocurrido, me hubiera ahorrado una horrible experiencia.

De todos modos, cuando volví a cruzar el patio para echar un vistazo al coche, pensaba en las piezas de recambio. Primero miré si habían guardado algo en el portaequipajes; luego examiné el motor. Normalmente, por las manchas de aceite sabes si le han hecho algo al motor. Por supuesto, no vi nada. Al abrir la portezuela para ver si habían dejado algo en la guantera, vi los arañazos.

Quienquiera que hubiera quitado los paneles había cometido el error que yo procuré evitar; había utilizado un destornillador normal en lugar de uno con cabeza Phillips. Había arañazos y marcas en el metal, y cortes en el cuero donde le había resbalado el destornillador. Si alguien no sabía de qué iba el tema, no se hubiera dado cuenta a primera vista, pero yo prestaba tanta atención a los paneles y a lo que había detrás que identifiqué cada una de las marcas. Examiné los cuatro y enseguida supe que los habían quitado y vuelto a colocar. También me di cuenta, por el tacto de las puertas cuando las había hecho girar sobre sus goznes, que los objetos pesados que escondían dentro habían desaparecido. Supuse que debieron de sacarlos en el garaje que había cerca del consulado español. Era imposible saber dónde estaban en aquel momento.

Me pregunté si debería dirigirme inmediatamente a la carretera e informar al coche de vigilancia, o esperar a informar más tarde, cuando descubriese algo sobre el mapa. Decidí esperar. Si el material seguía en el garaje, probablemente estaría allí hasta la mañana siguiente. Si, como parecía probable, ya lo habían trasladado a otra parte, el daño estaba hecho, y dos o tres horas carecerían de importancia. En cualquier caso, no quería volver a la carretera. Por un día ya había corrido suficientes riesgos; y aún tenía que buscar el maldito mapa. Creo que hice lo más sensato. No soporto a la gente que es infalible a toro pasado, así que me parece evidente que fue Tufan quien se equivocó, no yo.

Los problemas con Geven comenzaron mientras cenábamos en la cocina; es decir, yo cenaba y él engullía coñac. Serían alrededor de las siete, y llevaba bebiendo sin parar desde las seis. Para entonces debía de haberse tomado casi un tercio de la botella. Todavía no estaba muy borracho, pero no estaba nada sobrio.

Había preparado un *risotto* realmente delicioso, con higadillos de pollo cortados muy finos y pimientos. Me estaba tomando una segunda ración e intentaba convencerle de que se comiera lo que tenían en el plato cuando Fischer entró.

—¡Geven!

Geven levantó la mirada y le dirigió su sonrisa de borrachín.

—*Vive la compagnie* —dijo cordialmente, y cogió un vaso sucio—. *Un petit verre, monsieur?*

Fischer hizo caso omiso a la invitación.

—Quiero saber qué preparas esta noche para cenar —dijo.

—Ya está preparado. —Geven hizo un gesto despectivo con la mano y se volvió hacia mí.

—Entonces puede decirme lo que es. —En ese momento Fischer vio mi plato. Ah, ya veo. *Risotto*.

A Geven le tembló el labio.

—Eso es para los criados. Para el amo y sus invitados hay un plato más importante al estilo del país.

—¿Qué plato?

—No lo entendería.

—Quiero saberlo.

Geven le respondió en turco. Comprendí una palabra de lo que dijo: *kuzu*, cordero lechal.

Para mi sorpresa, y para la de Geven, creo, Fischer contestó en el mismo idioma.

Geven se puso en pie y gritó algo.

Fischer le contestó con otro grito y salió de la cocina antes de que Geven tuviera tiempo de contestar.

Geven volvió a sentarse. El labio inferior le temblaba tan violentamente que cuando intentó apurar el vaso casi todo el coñac le corrió por la barbilla. Volvió a llenar el vaso y me miró frunciendo el entrecejo.

—*¡Pislik!* —dijo—. *¡Domuz!*

Aquellas palabras en turco eran bastante groseras. Supuse que se las dirigía a Fischer, por lo que no dije nada y seguí comiendo.

Volvió a llenarme el vaso y lo empujó hacia mí.

—Un brindis —dijo.

—De acuerdo.

—*¡No habrá ascenso a este lado del océano, así que bebamos, camaradas, benditos sean todos!*^[2]

Solo que no dijo «bendiga». Recordé que se había educado en Chipre cuando estaba bajo dominio británico.

—*¡Beba!*

Bebí.

—Benditos sean todos.

Comenzó a cantar.

—*¡Benditos sean todos los sargentos y suboficiales, benditos sean todos los cabos y sus malditos hijos! ¡Beba!*

Volvió a apurar el vaso y se inclinó sobre la mesa de cortar respirando pesadamente.

—Le digo una cosa —farfulló en tono amenazante—, si ese cabrón dice una palabra más, lo mato.

—No es más que un idiota.

—¿Lo defiende? —Le tembló el labio inferior.

—No, no. ¿Pero vale la pena matarlo?

Se sirvió otra copa. Ahora le temblaban los dos labios, como si otra parte de su cuerpo se hubiera puesto a pensar a fin de lidiar con el inesperado dilema que le había planteado mi pregunta.

En ese momento llegaron los Hamul para servir la cena, y vi que la mirada del anciano evaluaba la situación. Se puso a hablar con Geven. Hablaban un dialecto rural, y no entendía lo que decían; pero las cosas parecieron mejorar. Geven esbozó algunas sonrisas e incluso soltó una carcajada. Sin embargo, siguió bebiendo, y cuando intenté escabullirme a mi habitación, tuvo un repentino arrebató de mal humor.

—¿Adonde va?

—Tengo cosas que hacer. Me voy arriba.

—Siéntese. Es mi invitado en la cocina. No bebe nada. ¿Por qué?

En aquel momento tenía delante de mí un vaso lleno de coñac. Di otro sorbo.

—¡Beba!

Bebí e intenté poner cara de que me lo estaba pasando bien. Cuando no miraba, conseguí tirar la mitad del brandy por el fregadero. Tampoco sirvió de mucho. En cuanto se dio cuenta de que el vaso estaba medio vacío, volvió a llenarlo.

Habían pedido la cena para las ocho y media, y a esa hora Geven casi no se aguantaba en pie. La señora Hamul sirvió los platos. Él se apoyaba contra el hornillo con un vaso en la mano, sonriendo amablemente a la señora mientras esta, con un cucharón, vertía el repugnante contenido de la olla en las fuentes de servir. Por fin, la cena estaba servida.

—¡Benditos sean todos!

—¡Benditos sean todos!

—¡Beba!

En aquel momento se oyó un ruido confuso procedente del comedor. Se abrió violentamente una puerta del pasillo y siguieron pisadas rápidas. Oí la voz de la señorita gritando:

—¡Hans!

A continuación Fischer entró en la cocina. Llevaba un plato lleno de comida en la mano.

Mientras Geven se volvía tambaleante para enfrentarse a él, Fischer le gritó algo

en turco y le lanzó el plato a la cabeza.

El plato golpeó a Geven en el hombro y se hizo añicos en el suelo; pero gran parte de la comida le dio en la cara. La salsa le corría por la bata.

Fischer seguía gritando. Geven se lo quedó mirando con aire estúpido. Entonces, después de que Fischer lanzara un último insulto y diera media vuelta para marcharse, en la cara de Geven apareció una expresión de lo más peculiar. Parecía una inocente sonrisa.

—*Monsieur est servi* —dijo. En ese instante vi cómo su mano salía disparada hacia el cuchillo de cocina.

Grité para advertir a Fischer, pero este ya había salido por el pasillo. Geven fue detrás de él como un rayo. Cuando llegué a la puerta, Fischer retrocedía y gritaba pidiendo ayuda. Le sangraba un corte en la cara y levantaba las manos intentando protegerse. Geven lanzaba cuchilladas como un loco.

Cuando me abalancé para sujetar el brazo que blandía el cuchillo de cocina, Harper entró en el pasillo desde el comedor.

—*Senden illâllah!* —vociferaba Geven.

Entonces Harper le dio un golpe en un lado del cuello y Geven se derrumbó como un saco vacío.

A Fischer le sangraban los brazos y las manos, y se las miraba como si no fuesen las suyas.

Harper me lanzó una mirada.

—Trae el coche, deprisa.

Aparqué el coche al pie de las escalinatas y entré por la puerta principal. No parecía momento de andarse con ceremonias.

Fischer estaba sentado en el cuarto de baño del suelo de mármol que daba al vestíbulo principal. Harper y la señorita Lipp le envolvían las manos y los brazos con toallas; Miller intentaba contener la sangre del corte en la cara. Los Hamul corrían en círculos.

Harper señaló a Hamul.

—Pregúntele al viejo dónde está el médico más cercano. No un hospital, un médico privado.

—Yo se lo preguntaré —farfulló Fischer. Tenía muy mal aspecto.

Cogí a Hamul del brazo y lo acerqué a Fischer.

Dijo que había dos médicos en Sariyer, pero el más cercano estaba en la otra dirección, saliendo de Büyükdere. Vendría a la villa si lo llamábamos por teléfono.

Harper negó con la cabeza cuando Fischer le dijo que lo llamara.

—Iremos nosotros —afirmó—. Le daremos quinientas liras y le diremos que te has hecho los cortes con un ventilador eléctrico. Eso lo arreglará. —Miró a la señorita Lipp—. Más vale que tú y Leo os quedéis aquí, querida. Cuantos menos, mejor.

Ella asintió.

—No sé ir hasta la casa del médico —dije—. ¿Llevamos a Hamul para que nos guíe?

—De acuerdo.

Harper se sentó en la parte trasera junto con Fischer y gran cantidad de toallas limpias; Hamul iba delante conmigo.

La casa del médico estaba a unos tres kilómetros siguiendo la carretera de la costa. Cuando llegamos, Fischer le dijo a Hamul que esperara en el coche conmigo, por lo que no pude salir y contar lo que ocurría a los hombres que iban en el Opel. Supuse que luego se lo contaría el médico. Hamul estuvo un rato toqueteando el cuero del asiento, se acurrucó y se echó a dormir. Intenté ver si podía salir sin despertarlo, pero el sonido de la portezuela hacía que se incorporara inmediatamente, por lo que me quedé sentado, fumando. Supongo que debería haber escrito un mensaje comunicando lo de los paneles del coche, meterlo en un paquete de tabaco y dejarlo caer —Hamul no se habría dado cuenta—, pero entonces aún creía que luego podría hacer un informe oral.

Estuvieron con el médico bastante más de una hora. Cuando salió Fischer, pensé que no tenía demasiado mal aspecto. Le habían colocado un apósito en el corte de la cara, y el brazo izquierdo reposaba sobre un pequeño cabestrillo de los que sugieren un esguince de poca importancia, no una lesión grave. Pero, cuando se acercó, me di cuenta de que tenía las manos y los antebrazos vendados, y que la mano izquierda estaba ahuecada en torno a una gruesa almohadilla que le inmovilizaba los dedos. Salí y le abrí la puerta. Olía a desinfectante y a alcohol.

Él y Harper entraron sin decir palabra y siguieron callados todo el camino de vuelta.

Miller y la señorita Lipp esperaban en la terraza. Cuando aparqué en el patio, bajaron la escalinata. Abrí la puerta a Fischer. Salió y pasó junto a ellos rumbo a la casa. Nadie dijo nada. Hamul se dirigió a su habitación de la parte trasera. Miller y la señorita Lipp se acercaron a Harper.

—¿Cómo está? —preguntó Miller. No había preocupación en su voz. Era una sombría solicitud de información.

—Tiene un corte en la mano izquierda con siete puntos, cuatro en la otra, y más puntos en el brazo. Le han dado siete puntos en el antebrazo derecho. Los demás cortes no son tan profundos. El médico se los ha vendado. Le ha puesto unas inyecciones y le ha administrado un sedante. —Miró a la señorita Lipp—. ¿Dónde está el cocinero?

—Se ha ido —dijo—. Cuando se ha despertado, nos ha preguntado si podía subir a su habitación. Le hemos dicho que sí. Ha recogido sus cosas y se ha largado con su Lambretta. No hemos intentado detenerle.

Harper asintió.

—Por lo que respecta a Fischer... —comenzó a decir Miller, enseñando los dientes como si quisiera comerse a alguien.

Harper lo interrumpió con firmeza.

—Entremos, Leo. —Se volvió hacia mí—. De momento puedes dejar el coche en el garaje, Arthur, pero quizá lo necesite más tarde para ir a Pendik, así que no te vayas muy lejos. Prepárate un café en la cocina, así sabré dónde encontrarte.

—Muy bien, señor.

Cuando llegué a la cocina me encontré con que alguien, sin duda la señora Hamul, había lavado los platos y todo estaba limpio y recogido. La lumbre de carbón del hornillo seguía débilmente encendida, pero no la reavivé. Encontré una botella de vino tinto y la abrí.

Me estaba poniendo nervioso. Eran casi las diez y media y la llamada por radio sería a las once; no me importaba perderme otro *Es esencial que informe de sus progresos*; lo que me preocupaba era el informe referente a las puertas del coche que no había podido entregar. Era evidente que las heridas de Fischer desbarataban sus planes y había que cambiarlos. Si esos cambios implicaban que yo tuviera que pasar la noche en vela llevando a Harper hasta Pendik y luego de vuelta, tendría que entregar el mensaje a través del paquete de tabaco. Me metí en la despensa, por si Harper entraba de repente, y escribí el mensaje —*Las puertas del coche están vacías, comprueben garaje cerca del consulado español*— en un trozo de papel que arranqué del forro de los estantes. Al acabar de escribirlo, me sentí mejor. Mi otra tarea para aquella noche, la búsqueda del misterioso mapa, no me preocupaba. De hecho, aunque ahora parezca extraño, se me había olvidado por completo.

Eran las once y media pasadas —me había acabado la botella de vino— cuando se oyó abrirse una puerta y Harper entró desde el comedor. Me puse en pie.

—Lamento tenerte despierto hasta tan tarde, Arthur —dijo—, pero el señor Miller y yo mantenemos una discusión amistosa, y queremos que nos ayudes a decidir quién tiene razón. Ven.

Lo seguí a través del comedor y de un pasillo que desembocaba en la habitación en la que los vi la noche anterior.

Tenía forma de L, y era más grande de lo que me pareció. A través de las ventanas solo vi el brazo corto de la L. El brazo largo seguía hasta el vestíbulo principal. Había una tarima de poca altura con un piano de cola de tamaño concierto. Parecía la sala que en otro tiempo se había utilizado para las «veladas musicales».

La señorita Lipp y Miller estaban sentados junto al escritorio. Fischer estaba un poco más atrás, apoltronado en una butaca con la cabeza reclinada, mirando al techo. Por un momento pensé que se había desmayado, pero cuando entré levantó lentamente la cabeza y se me quedó mirando. Tenía un aspecto horrible.

—Siéntate, Arthur. —Harper me señaló una silla que quedaba delante de Miller.

Me senté. La señorita Lipp observaba a Miller. Miller me observaba a mí a través de sus gafas sin montura. Sonreía enseñando los dientes, como siempre, pero era la sonrisa menos alegre que he visto; parecía una mueca.

Harper se recostó en el sofá.

—La verdad es que tenemos dos problemas, Arthur —dijo—. Dime, ¿cuánto se tarda en llegar a Pendik a esta hora de la noche? ¿Igual que de día?

—Quizá menos; pero depende del transbordador a Üsküdar.

—¿Con qué frecuencia circula por la noche?

—Cada hora, señor.

—O sea, si lo perdiéramos tardaríamos más de dos horas.

—Sí.

Miró a Miller.

—Dos horas para llegar a Pendik, dos horas para convencer a Giulio, dos horas más para convencer a Enrico...

—Si se deja convencer —intervino la señorita Lipp.

Harper asintió.

—Naturalmente. Y dos horas de vuelta. No será una noche tranquila, Leo.

—Entonces lo posponemos —le soltó Miller.

Harper negó con la cabeza.

—Los gastos, Leo. Posponer significa abandonar. ¿Y qué dirán nuestros amigos?

—No es su cuello. —Miller lanzó una mirada de resentimiento a Fischer—. Si no hubieras... comenzó a decir, pero Harper le cortó.

—Ya lo hemos hablado, Leo. ¿Por qué no lo intentas, al menos?

Miller se encogió de hombros.

Harper volvió la vista hacia mí.

—Queremos hacer un experimento, Arthur. ¿Te importa ir hasta allí y quedarte de espaldas a la pared?

—¿Hasta allí?

—Exacto. Que tu espalda toque la pared. —Se acercó a Fischer, cogió un rollo de gruesa cuerda que tenía sobre las manos vendadas, y me arrojó un extremo. Vi que ataba otro a la pata del sofá—. Verás, Arthur —añadió—. Le he dicho al señor Miller que eres capaz de mover el sofá unos dos metros con la fuerza de tus brazos. Naturalmente, tienes la espalda apoyada contra la pared, con lo que no puedes ayudarte con tu peso. Tiene que ser solo con los brazos. El señor Miller dice que no eres capaz, y ha decidido apostarse cien dólares. Yo digo que puedes hacerlo y he apostado otros cien. Si él gana, yo pago. Si yo gano, tú y yo nos repartimos los cien dólares. ¿Qué me dices?

—Lo intentaré —dije.

—Muy bien, empieza —dijo Miller—. Los hombros apoyados en la pared, los talones no pueden estar a más de diez centímetros, y juntos. —Se acercó para comprobar que no hacía trampa.

Siempre he detestado esos juegos de salón; de hecho, me desagrada cualquier tipo de prueba de fuerza física. Siempre me recuerdan a los chicos que veía en los retretes del colegio. Se colocaban en fila para ver quién meaba más lejos. De repente se echaban a reír y comenzaban a mearse unos a otros. Alguna vez me pillaron en medio y fue muy desagradable. En mi opinión, el rugby es lo mismo, un grosero toqueteo igual de infantil, nauseabundo y homosexual. Cuando me encuentro con algo así, me aparto. Hoy en día, cualquier tipo de ejercicio físico me provoca indigestión.

La verdad es que en aquel momento pensé que no podría mover el sofá ni un palmo, mucho menos dos metros. Tampoco tengo los brazos especialmente fuertes. ¿Por qué iba a tenerlos? Tengo la fuerza suficiente para levantar una maleta y conducir un coche; ¿para qué quiero más?

—Adelante —dijo Miller—. ¡Tire con todas sus fuerzas!

Debería haber hecho lo que me decía y caerme de morros. Entonces Harper habría perdido cien dólares y yo me habría ahorrado una terrible experiencia. Pero la señorita Lipp tuvo que intervenir.

—Un momento, Arthur —dijo—; yo lo he intentado y no he podido. Pero usted es un hombre con unas buenas espaldas, y creo que podrá.

A pesar de que nunca la hubiera oído utilizar la expresión «oveja indignada» para referirse a mí, me habría dado cuenta de que no era más que una torpe artimaña para engañarme. Yo no tengo unas buenas espaldas. Mis espaldas son estrechas y caídas. Las mujeres que creen que pueden venirme con halagos tan infantiles me ponen enfermo. Estaba muy enfadado. Por desgracia, eso también me hizo sonrojar. Ella sonrió. Supongo que creyó que me sonrojaba por su maldito cumplido.

—Estas cosas no se me dan muy bien —dije.

—La cuestión es tirar de la cuerda continuamente, Arthur. No a sacudidas. Tire de manera continua, y cuando comience a moverse siga tirando, poniendo una mano delante de la otra. Es una manera fácil de ganar cincuenta dólares. Sé que puede hacerlo.

Empezaba a estar hasta la coronilla de ella. «Muy bien, zorra», me dije, «¡ahora verás!». Hice lo contrario de lo que ella había dicho. Di tirones a la cuerda lo más fuerte que pude.

El sofá se movió unos centímetros; pero, naturalmente, lo que conseguí con los tirones fue sacar las patas de los surcos que había en la gruesa alfombra. Después de eso seguí tirando y se movió un poco más. Cuanto más se acercaba, más fácil era, pues también podía tirar hacia arriba.

Harper lanzó una mirada a Miller.

—¿Qué te parece, Leo?

Miller me tocó los brazos y los hombros como si estuviera comprando un caballo.

—Está fofo, en baja forma —dijo ásperamente.

—Pero lo ha conseguido —le recordó Harper.

Miller extendió los brazos como si renunciara a seguir discutiendo.

Harper sacó un billete de la cartera.

—Toma, Arthur —dijo—, aquí tienes tus cincuenta dólares. —Hizo una pausa y añadió sin inmutarse—: ¿Qué te parecería ganar dos mil?

Me lo quedé mirando.

—Siéntate —dijo.

Me senté, y me alegró hacerlo. Me temblaban las piernas. Con dos mil dólares podría comprar un pasaporte de América Central que me serviría durante años; y además sería auténtico. Lo sé porque es un tema que he investigado. Mientras no entres en el país que te ha dado el pasaporte, no hay problema. Simplemente compras el pasaporte. Así se forran los cónsules que están en el extranjero. Naturalmente, sabía que todo era una quimera. Aunque hiciera lo que ellos querían, Harper no estaría en posición de pagarme, porque lo más probable era que Tufan acabara metiéndolo en la cárcel. Sin embargo, era un bonito sueño.

—Me encantaría —dije.

Ahora todos me miraban fijamente.

—¿No quieres saber lo que tienes que hacer para ganártelos? —preguntó Harper.

No iba a permitir que me tratara con desprecio. Me recosté.

—Supongo que lo que iba a hacer el señor Fischer —contesté—. Si no hubiera tenido ese pequeño percance, claro.

La señorita Lipp soltó una carcajada.

—Ya te dije que Arthur no es tan tonto como parece —afirmó sonriendo.

—¿Qué más sabes, Arthur? —Ahora volvía a hablar Harper.

—Lo que me contó la señorita Lipp, señor: que todos ustedes son personas sensatas y tolerantes, que aceptan cosas que la ley no siempre aprueba, pero que no les gusta correr riesgos.

—¿Yo te dije eso, Arthur? —Fingió sorpresa.

—Eso fue lo que deduje de sus palabras, señorita Lipp.

Harper sonrió.

—Muy bien, Arthur —dijo—; supongo que podemos dejarlo aquí. Tenemos un trato.

—Creo que tengo derecho a saber un poco más.

—Y lo sabrás, Arthur. Saldremos de aquí mañana por la tarde a eso de las tres, con las maletas preparadas y todo recogido, pues no volveremos. Antes de salir te informaré de tu tarea. No te preocupes. Lo único que tienes que hacer es tirar de una

cuerda en el momento y lugar adecuados. De lo demás nos encargamos nosotros.

—¿Es un asunto en el que intervendrá la policía?

—Intervendría si se enterara, pero no se enterará. Ya te lo he dicho, no tienes de qué preocuparte. Créeme, has corrido más riesgos en Atenas por menos de dos mil dólares.

—Sobre ese tema, señor, creo que tengo derecho a que me devuelva la carta.

Harper miró a Miller y a Fischer con aire interrogante. Este último comenzó a hablar en alemán. Ahora hablaba de manera lenta y cansina, y supuse que el sedante había hecho efecto, pero su actitud era clara. Y también la de Miller. Harper se volvió hacia mí y negó con la cabeza.

—Lo siento, Arthur, tendrá que esperar. De hecho, mis amigos creen que en las siguientes doce horas podría suponer un riesgo para su seguridad.

—No lo entiendo.

—Claro que sí. —Sonrió—. Apuesto a que sé qué idea ha rondado por esa cabecita tuya en los últimos cinco minutos: «Si tirar de una soga vale dos mil dólares para esta gente, ¿no valdrá mucho más para la policía?».

—Le aseguro que...

—Por supuesto, Arthur. Bromeaba. —Su tono era amistoso—. Pero ya ves el problema. Nos gusta sentirnos seguros. Y ya sé que la carta no significa mucho... ¿Tienes aquí las llaves del coche?

—Sí.

—Dámelas.

Se las entregué.

—No queremos que te lo repienses y nos dejes plantados —explicó.

—Y no nos gustaría que utilizara el teléfono —dijo Miller.

—Tiene razón. —Harper se lo pensó—. Hans va a necesitar ayuda para desvestirse —dijo—, y ha de tomarse el otro antibiótico que le ha dado el médico. Creo que lo mejor es que preparemos una cama supletoria en su dormitorio y que Arthur duerma allí.

—¿Para que pueda matarme cuando esté indefenso y huir por la ventana? —preguntó Fischer con voz pastosa.

—Oh, Arthur no haría eso. ¿Verdad que no, Arthur?

—Naturalmente que no.

—Perfecto. Pero no queremos que Hans se preocupe, ¿verdad? El médico dice que tiene que dormir mucho. Y tú también has de dormir toda la noche, Arthur, porque mañana no pegarás ojo. ¿Verdad que no te importaría tomarte un par de somníferos? ¿Quizás incluso tres?

Titubeé.

—No te harán daño, Arthur. —La señorita Lipp me dirigió una sonrisa cariñosa

—. Te diré lo que haremos. Si eres un buen chico y te tomas tus píldoras, yo también me tomaré una. Mañana todos necesitaremos haber dormido mucho.

¿Qué podía decir?

Notaba la cabeza como si me la hubieran llenado de estropajos de aluminio. Incluso sentía un sabor metálico en la boca. Tardé un buen rato en recordar dónde estaba. Oía un fuerte zumbido. Cuando conseguí abrir los ojos, vi a Fischer. El ruido procedía de una máquina de afeitar eléctrica que sujetaba torpemente con la mano derecha.

Mi cama no era más que un colchón en el suelo y las mantas de mi antigua habitación. Me puse en pie un poco mareado. Fischer me lanzó una mirada desagradable.

—Roncas como un cerdo —dijo.

Me alegró ver que llevaba camisa y pantalones; Harper o Miller debían de haberle ayudado. Desvestirlo la noche anterior había sido una tarea desagradable. Me había visto obligado a tocarlo, y detesto tocar a alguien que me desagrada, sobre todo si es otro hombre.

—¿Qué hora es? —pregunté.

Después de hacerme tragar las píldoras para dormir, me lo habían quitado todo, incluso el reloj. Solo me pusieron la camisa del pijama.

—Sobre las once —me contestó—. Han dejado su ropa allí. —Señaló una puerta.

Me dirigí hacia ella, la abrí y me encontré en una de las habitaciones a medio amueblar que había visto el día anterior. Habían amontonado mis cosas sobre una *chaise longue* de terciopelo marrón. Primero quise disipar una preocupación de poca monta. El paquete de tabaco con el mensaje dentro seguía en el bolsillo trasero del pantalón, y al parecer nadie se había fijado en él. Lo dejé donde estaba. Me dije que, con suerte, podría añadir información. Mis papeles también seguían allí. La radio estaba en su funda.

Desde el dormitorio, Fischer dijo:

—Ya he salido del cuarto de baño. Puedes utilizarlo.

—Creo que primero me tomaré un café.

—Entonces deja aquí tus papeles y el dinero.

De nada hubiese servido discutir. Obedecí, me puse los pantalones y bajé a la cocina.

Allí me encontré a la señora Hamul. Ver al chófer sin afeitar y vestido con camisa de pijama a las once de la mañana debió de parecerle raro. Me miró como si estuviera loco. Le pedí un café. Me dio té y un poco de pan tostado del día anterior. El té no estaba mal. Empezaba a despejarse la cabeza. Me comí la tostada, y me pregunté si sabría el suficiente turco para convencerla a ella o a su marido de que llevaran un mensaje a los agentes de Tufan que estaban en la carretera. Entonces apareció la señorita Lipp, acicalada y chic, vestida de rayas amarillas y blancas.

—Buenos días, Arthur. ¿Cómo te encuentras?

—Buenos días, señorita Lipp. Me encuentro fatal, gracias.

—Sí, no tienes buen aspecto, pero te sentirás mejor cuando te laves. ¿Cómo se dice «huevos» en turco?

—*Yumurta*, creo.

La señora Hamul oyó la palabra y comenzó una conversación por signos referente a los huevos. Yo volví arriba.

Miller estaba ayudando a Fischer a hacer las maletas. Deslicé el paquete de tabaco vacío y un lápiz en mi neceser y entré en el cuarto de baño. En la puerta había pestillo. Mientras dejaba correr el agua, añadí lo siguiente al mensaje que había escrito la noche anterior: *Me he visto obligado a reemplazar al herido Fischer y me vigilan de cerca. El asunto está previsto para esta noche. Desconozco los detalles. Miller podría ser la persona clave.*

El dormitorio estaba vacío cuando regresé. Me vestí, recogí mis cosas y bajé a la cocina.

La señorita Lipp supervisaba a los Hamul mientras estos preparaban el almuerzo. Levantó la mirada cuando entré.

—Los demás están en la terraza, Arthur —dijo—. ¿Por qué no sales y te tomas una copa?

—Muy bien.

Crucé el comedor en dirección al vestíbulo principal. Una vez allí, vacilé. Seguía buscando la manera de escabullirme hasta la carretera y volver sin que se dieran cuenta. Como estaban en la terraza, era imposible cruzar el patio. Tenía que encontrar un modo de dar un rodeo por la parte de atrás y atravesar el huerto. Pero, si lo hacía, tardaría más de veinte minutos. ¿Y si la señorita Lipp salía a la terraza y les preguntaba si me habían visto? Renuncié a ello y decidí que la mejor opción era dejar caer el paquete de tabaco.

Lo primero que vi en la terraza fue la caja de cartón que Harper había traído de su excursión a Pendik. Estaba abierta, encima de una silla. Harper, Fischer y Miller observaban algo que ocupaba dos mesas.

Era un aparejo de poleas de un tipo que nunca había visto. Las poleas eran triples y estaban fabricadas de una aleación de metal ligero. Eran tan pequeñas que te cabían en una mano. La cuerda era blanca, de poco más de medio centímetro de diámetro, y había mucha. En otra mesa había algo que parecía un cinturón ancho con ganchos a cada lado, como los que se ven en las correas del perro.

Fischer levantó la vista y me lanzó una mirada altanera.

—La señorita Lipp me he dicho que viniera a tomar una copa —dije.

Harper señaló una mesa en la que había botellas y vasos.

—Sírvete. Luego echa un vistazo a esto.

Me serví un poco de *raki* y a continuación me quedé mirando la cuerda de la polea. Era como seda.

—Es nailon —dijo Harper—; aguanta más de una tonelada. Debes recordar que es un poco elástica, y que cuando se usa en la polea da mucho de sí. ¿Sabes cómo funcionan estas cosas?

—Sí.

—Enséñamelo —dijo Miller. Cogió el cinturón y lo enganchó en una de las columnas de la terraza—. Enséñame como derribarías esta columna.

Enganché una polea del cinturón, até la otra a la balaustrada y tiré del aparejo.

—Muy bien —dijo Harper—, servirá. Leo, será mejor que tú lleves la polea. Arthur está demasiado gordo. Se le notará. Él puede llevar la eslinga y la cuerda del ancla. No creo que Hans deba llevar más que su pistola y el termo de agua.

—Protesto porque tengo la piel muy sensible —dijo Miller.

—Bueno, no durará mucho. En cuanto estés dentro, te lo puedes quitar.

Miller lanzó un suspiro de irritación, pero no dijo nada.

—¿Puedo saber lo que tengo que hacer? —pregunté.

—Simplemente deberás tirar de esta polea, Arthur. Ah, ¿te refieres a lo de transportar este equipo? Bueno, tendrás que llevar esta eslinga —señaló el cinturón— y esa cuerda de repuesto apretada en torno a ese hermoso cuerpo que tienes, bajo la camisa, para que nadie la vea. Pasarás calor un rato, pero luego tendrás tiempo de refrescarte. ¿Alguna otra pregunta?

Yo tenía montones, y él lo sabía, pero no tiene sentido preguntar cuando sabes que no te van a contestar.

—¿Quién va a llevar la bolsa? —preguntó Miller.

—Es mejor que tú te encargues de eso. Llévala doblada en el bolsillo.

Apareció la señorita Lipp.

—Almuerzo dentro de treinta minutos —dijo.

—¡Almuerzo! —Miller puso mala cara.

—Puedes comer huevos, Leo, pero algo has de comer. —Cogió el vaso que le dio Harper—. ¿Ya le habéis dicho a Arthur que esta noche la cena se retrasará un poco?

—No me han dicho nada, señorita Lipp —dije con calma—, pero yo sí que quiero decir algo. Ayer comentaron que esta mañana me informarían. Hasta ahora, lo único que tengo es un terrible ataque de indigestión nerviosa. Si ceno o no, o ya puestos, si almuerzo o no, me da absolutamente igual.

La señorita Lipp se sonrojó, y por un instante me pregunté si había dicho algo ofensivo; entonces me di cuenta de que lo que ocurría era que aquella maldita mujer intentaba aguantarse la risa. Le lanzó una mirada a Harper.

—Muy bien —dijo este—. Ven aquí.

Me condujo hacia la sala de estar a través de una de las cristaleras. La señorita

Lipp nos siguió. Oí cómo Fischer le pedía a Miller que le sirviera otra copa y este le decía que debía ejercitar la mano, no mimarla. Ya no los escuché más. Harper se acercó al escritorio y, tras abrir un cajón, sacó el «mapa».

—¿Reconoces este lugar? —preguntó.

—Sí.

Era un plano de parte de la zona del Serrallo y de las carreteras colindantes a los muros. La forma triangular que había observado era la de la costa.

—Esto es lo que vamos a hacer —prosiguió—. Cuando salgamos de aquí, nos dirigiremos a un garaje de Estambul. Nuestro equipaje estará en el maletero del Lincoln. En el garaje, el señor Miller, el señor Fischer, tú y yo saldremos del Lincoln y subiremos a un coche distinto que nos esperará allí. Entonces yo os llevaré al Palacio del Serrallo. Allí, el señor Miller, el señor Fischer y tú os bajaréis. El palacio está abierto al público hasta las cinco. Los tres compraréis una entrada y pasaréis como turistas. Entonces cruzaréis el Segundo Patio hasta la Puerta de la Felicidad. Cuando estéis seguros de que los guías no os prestan atención, entraréis en el Tercer Patio y doblaréis a la izquierda. Entonces daréis un paseo —seis pasos— antes de llegar a una gran verja de bronce que está en un patio que queda a la izquierda, junto a la que hay una puerta más pequeña. Tanto la verja como la puerta estarán cerradas con llave, pero el señor Miller tendrá una llave para la puerta pequeña. Al otro lado hay un pasaje con unas escaleras que suben hasta el tejado de las dependencias de los Eunucos Blancos —señaló el plano—, aquí. A continuación cerraréis la puerta con llave y esperaréis. ¿Hasta aquí está claro?

—Muy claro, pero no entiendo por qué haremos esto.

—Ah, pensaba que lo habías adivinado. —Dibujó una sonrisa. Vamos a hacernos con una parte del botín de los antiguos sultanes. Algo pequeño... apenas vale un millón de dólares.

Me volví hacia la señorita Lipp.

—No quería que sospecharas, Arthur —dijo—. Hay mucha obsidiana y granate, y también mucha turmalina. Pero también piedras auténticas. En esa sala del trono hay seis rubíes color rojo oscuro que deben de tener más de veinte quilates cada uno. ¿Sabes lo que vale cada rubí, Arthur? ¡Y las esmeraldas que hay en los cofres del Corán! ¡Dios mío!

Harper soltó una carcajada.

—Muy bien, cariño, creo que Arthur se ha hecho una idea.

Y ahora —dijo volviendo de nuevo al plan—, hay vigilantes civiles de guardia, pero no muchos, y el turno de noche llega a las ocho. Dadles una hora para instalarse. A las nueve os ponéis en marcha. Subís las escaleras hasta el tejado y giráis a la izquierda. Hay tres pequeñas cúpulas en el tejado, y las rodearéis por la derecha. Después viene un tejado más o menos plano hasta llegar al arco de la puerta. Lo

rodeáis hasta el tejado de la Sala de Audiencias y seguís hasta ver las chimeneas de las cocinas a la derecha. Entonces volvéis a girar a la izquierda, cruzáis el tejado de la sala donde están las miniaturas y los tapices. Al final hay una caída de un metro sobre el tejado del Museo del Tesoro. Ahí hay que andarse con ojo. El tejado de esa sala tiene doce metros de ancho, pero es abovedado. De todos modos, hay una zona plana en torno a la cúpula, así que se puede bajar por ahí. Todo es bastante seguro. La cúpula tiene un diámetro de tres metros, y ahí aseguraréis la polea. El señor Miller atará los nudos. Cuando tengas la eslinga enganchada, solo debes bajarlo por el lateral hasta que quede a la altura de un postigo de acero que hay seis metros más abajo. Él hará el resto.

—¿Está seguro de que podrá hacerlo?

Me lanzó una mirada irónica.

—¿Crees que es demasiado viejo? Arthur, cuando el señor Miller hace su trabajo, a su lado una mosca parece un hombre con botas de buzo.

—¿Ha dicho que hay un postigo de acero?

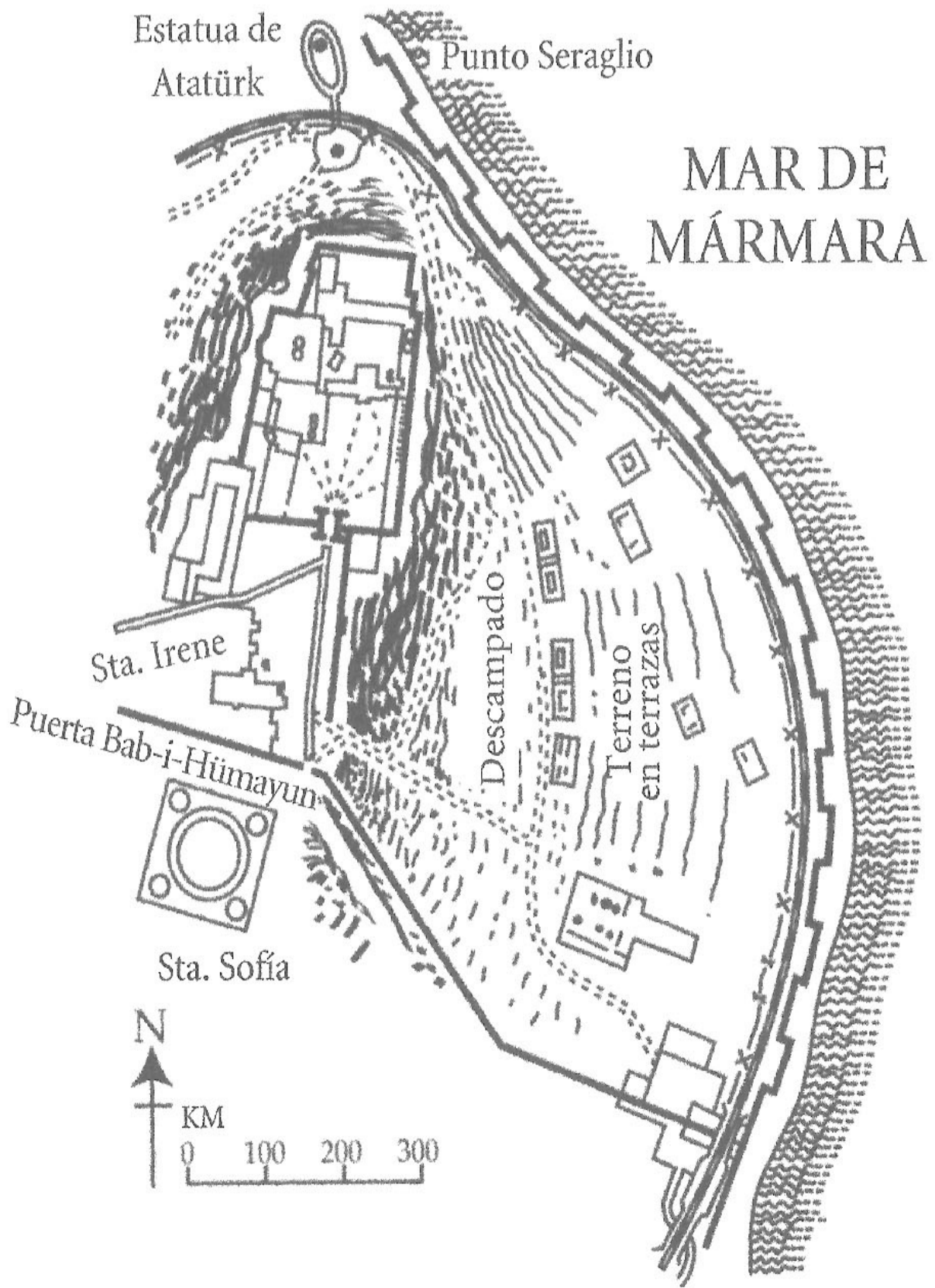
—Se podría abrir con un mondadientes. La pared tiene más de un metro de grueso y es de piedra maciza. Supongo que resistiría un obús de veinte centímetros. Pero los postigos de las ventanas no son más que una plancha de menos de un centímetro, y se cierran con unos pasadores normales. Ni siquiera encajan.

Y no hay sistema de alarma.

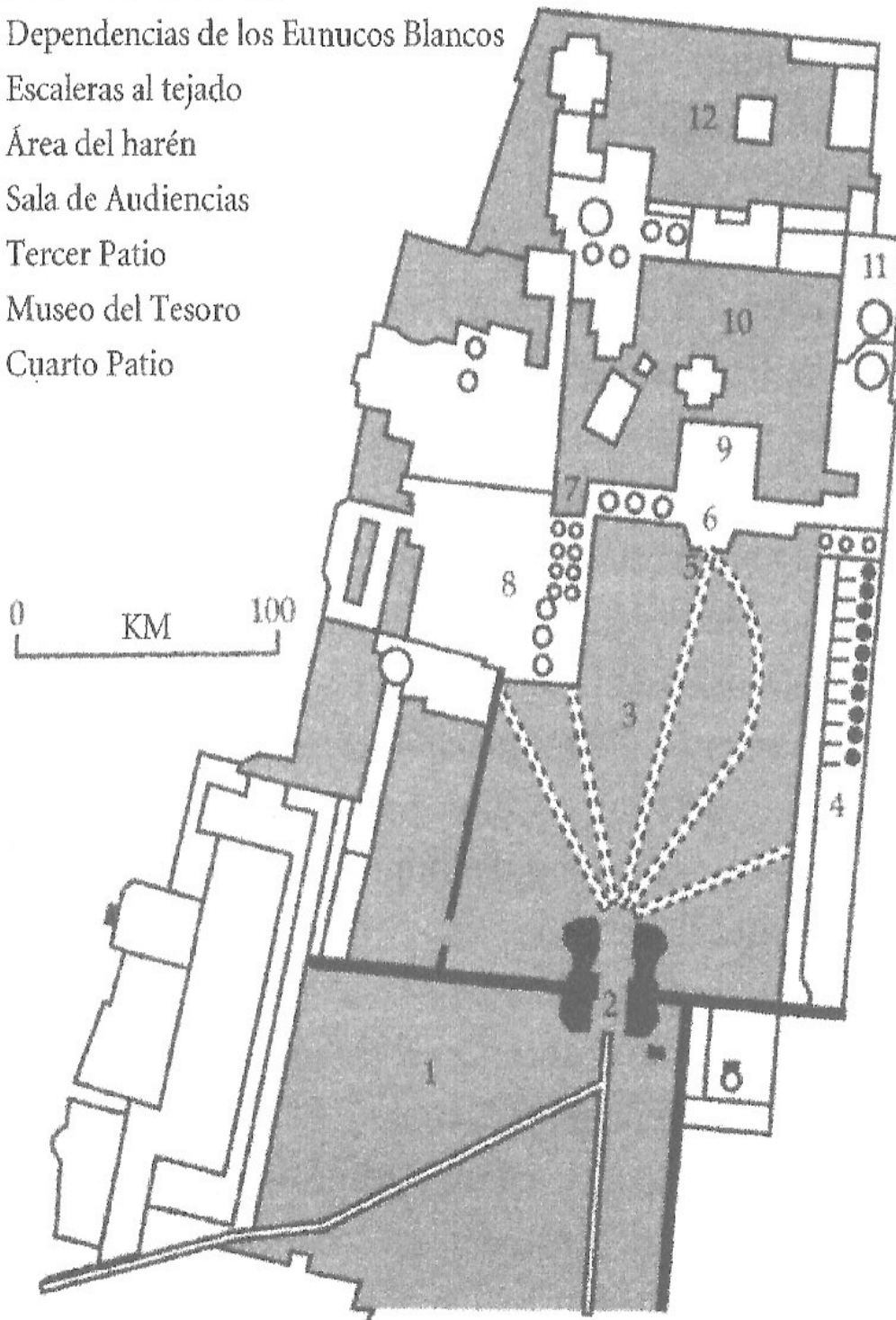
—Pero si las joyas son tan valiosas...

—¿Alguna vez ha mirado por las rendijas de una de esas ventanas, Arthur? Hay una caída vertical de cien metros. Es imposible subir o bajar por ahí. Por eso entraremos desde arriba. Lo complicado es salir. Todo el sistema de seguridad se basa en que la zona está amurallada como una fortaleza. Hay puertas, desde luego, y por la noche hay tropas que las protegen; pero las puertas pueden abrirse si sabes cómo hacerlo. Nosotros nos encargaremos de eso. Saldrás de allí con la misma facilidad con la que entraste. —Sus ojos buscaron los míos y me sostuvo la mirada—. Como ves, Arthur, somos profesionales.

Me obligué a apartar la mirada. Observé a la señorita Lipp, pero los ojos de ella me miraban con la misma intensidad que los de Harper.



1. Patio de los Jenízaros
2. Puerta de la Salvación
3. Segundo Patio
4. Cocinas
5. Puerta de la Felicidad
6. Dependencias de los Eunucos Blancos
7. Escaleras al tejado
8. Área del harén
9. Sala de Audiencias
10. Tercer Patio
11. Museo del Tesoro
12. Cuarto Patio



—Lo siento —dije—, pero yo no soy un profesional.

—Y no hace falta —dijo ella.

—No puedo hacerlo, señor Harper.

—¿Por qué no?

—Porque tengo demasiado miedo.

Harper sonrió.

—Es lo mejor que te he oído decir, Arthur. Por un momento me habías preocupado.

—Lo he dicho en serio.

—Y lo creo. ¿Quién no lo estaría? Yo estoy asustado. Dentro de unas horas lo estaré aún más. Eso es bueno. Si no estás un poco asustado, pierdes la concentración.

—No he dicho que estuviera un poco asustado, señor Harper, he dicho que tengo demasiado miedo. No le sería de utilidad. Y lo decía en serio. Me imaginaba en lo alto de ese tejado con una caída de cien metros hasta la carretera. No soporto las alturas.

Hubo un silencio, a continuación ella se rió.

—No te creo, Arthur —dijo—. ¿Tú? Con esos brazos y esas manos que tienes, ¿asustado de lo que Hans Fischer no teme ni con media mano? Es absurdo.

—Lo siento —volví a decir.

Hubo otro silencio, y entonces él lanzó una mirada a la señorita Lipp y movió ligeramente la cabeza. Ella salió a la terraza.

—Aclaremos un par de cosas, Arthur —dijo—. Todo lo que te pido que hagas es un breve viaje en coche, luego dar un pequeño paseo y después sujetar una cuerda durante veinte minutos. No corres peligro. Nadie te va a disparar. Y cuando todo acabe, tendrás dos mil dólares. ¿Entendido?

—Sí, pero...

—Déjame acabar. Ahora supongamos que te rajas. ¿Qué haremos?

—Buscar a otro, supongo.

—Sí, pero me refiero a qué haremos contigo. —Hizo una pausa—. No solo se trata del trabajo, Arthur. Ahora sabes demasiado para no participar. Si no quieres formar parte del equipo, bueno, tendremos que protegernos de otra manera. ¿Me sigues?

Comprendió que le seguía. Podía elegir: o me moría de miedo en el tejado del Serrallo, o tomaba una ruta más rápida y directa hacia el depósito de cadáveres.

—Y ahora tómate otra copa y deja de preocuparte —dijo—. Piensa en los dos mil pavos.

Me encogí de hombros.

—De acuerdo. Solo expresaba cómo me sentía.

—Se te pasará, Arthur. —Volvimos a la terraza, él delante.

Estuve a punto de preguntarle cómo se encontraría el señor Miller si, mientras sujetaba la polea, la altura podía conmigo y me desmayaba; pero me lo repensé. Si se daba cuenta de que no solo era un cobarde, sino que realmente no soportaba las alturas, podía decidir que mi presencia era peligrosa e innecesaria. Además, ahora todo encajaba. Esos «disidentes políticos» habían resultado ser simples ladrones profesionales. Yo tenía razón desde el principio, y Tufan se equivocaba; pero seguía siendo un poderoso aliado, y yo aún podía impedir el golpe. Solo debía añadir cinco palabras —*atracó al tesoro del Serrallo*— a la nota del paquete de tabaco y dejarla caer cerca del grupo de vigilancia. Después de eso mis preocupaciones terminarían, y empezarían las de Harper. Tuve una deliciosa visión de todos ellos: detenidos y expulsados y viendo cómo Tufan me entregaba un pasaporte británico recién sacado del horno.

—¿Por qué sonrías, Arthur? —preguntó Harper.

Me estaba sirviendo la segunda copa que me había recomendado.

—Me ha dicho que pensara en los dos mil dólares, señor Harper —contesté—; cumplía sus órdenes.

—Estás como una cabra, Arthur —dijo en tono afable; pero vi una expresión reflexiva en sus ojos y decidí que debía andarme con ojo.

De todos modos, no podía evitar preguntarme qué habría dicho y hecho si alguien le hubiera advertido, en ese momento, que los agentes de aduanas de Edirne habían examinado el interior de las puertas del coche, y que todos los movimientos que había hecho desde entonces habían contado con el conocimiento y el permiso de la policía; en otras palabras, si alguien le hubiera dicho lo vulnerable que era. Tampoco yo quería advertirle; no había olvidado la paliza que me había dado en Atenas; pero de haber podido hacerlo sin arriesgarme, me habría gustado decirle que todo había sido culpa de mi asqueroso y caducado pasaporte egipcio. Me habría gustado ver la cara que ponía, el muy cabrón.

Apareció Hamul con su paso cansino e indicó a la señorita Lipp que el almuerzo estaba servido. Esta me lanzó una mirada.

—Tráete la copa, Arthur.

Parecía que me iban a dejar comer con la nobleza, para vigilarme, claro.

Ver comer a Miller era de lo más triste, y consiguió que la tortilla fuera aún menos apetitosa hablando sin parar de enfermedades infecciosas. ¿Cómo se cultivaban los virus en los laboratorios? ¡En huevos, naturalmente! Comentó largo y tendido las posibles consecuencias. Los demás no le prestaron atención; parecía que ya estuvieran acostumbrados a sus peroratas; pero a mí me deprimió. De todos modos, tampoco tenía mucha hambre.

Cuando llegó la fruta, Harper me lanzó una mirada.

—En cuanto los Hamul se vayan —dijo—, será mejor que empieces a bajar el equipaje. Creen que nos vamos a pasar unos días a Ankara, así que no importa que nos vean. Pero es necesario que nos dé tiempo a limpiar las habitaciones.

—¿Limpiar las habitaciones?

—Por las huellas. Con suerte, nunca nos relacionarán con este lugar. El alquiler se pagó por anticipado, y al propietario le trae sin cuidado que no volvamos a aparecer. Los Hamul lo limpiarán de manera automática. Son muy buenos limpiando, me he dado cuenta. Pero se les podría pasar algo por alto, como los tiradores de las ventanas y los espejos del armario. Así que debemos encargarnos nosotros, por si acaso.

A eso de las dos ya había bajado todo el equipaje, y le pregunté a Harper si podía limpiar las huellas de mi antigua habitación. Asintió.

—Muy bien, Arthur, pero no tardes. Quiero que ayudes al señor Fischer.

Subí las escaleras corriendo. En el cuarto de baño completé el mensaje del paquete de tabaco. A continuación hice como si «limpiara» —Tufan ya tenía mis huellas— y volví a la habitación de Fischer.

A las tres menos cuarto Harper sacó el coche del garaje, lo llevó al patio y yo cargué el equipaje.

En el maletero no cabía todo, así que coloqué algunas maletas en el suelo, en el asiento de atrás.

A las tres, Harper, Miller y yo nos dirigimos a la habitación de Miller. Allí, los dos nos quitamos la camisa y nos colocamos los utensilios de la polea: Harper nos ayudó y lo reubicó todo hasta que no se veía nada. Estaba satisfecho. Los ganchos de la eslinga me colgaban por dentro de las perneras del pantalón. Era terriblemente incómodo. Harper me hizo caminar arriba y abajo hasta que le pareció que todo estaba en orden.

—Parece que te hayas meado los pantalones —se quejó—. ¿No puedes caminar de una manera más natural?

—Es que los ganchos no dejan de chocar.

—Bueno, pues lleva uno más alto y el otro más bajo.

Tras unos arreglos adicionales, quedó contento y bajamos para que nos inspeccionara la señorita Lipp. El aspecto de Miller no le gustó —tenía el mismo problema con las poleas que yo había tenido con los ganchos—, y mientras se las colocaba bien conseguí trasladar el paquete de tabaco del bolsillo del pantalón al de la camisa, para que fuera más fácil cogerlo cuando llegara el momento.

Fischer se estaba poniendo nervioso. Los vendajes le impedían llevar reloj, y no dejaba de mirar el de Miller, el cual, de pronto, se hartó.

—Si no puedes ayudar, no te pongas en medio —le soltó.

—Es hora de irnos. Después de las cuatro y media, cuentan la gente que entra.

—Ya te diré yo cuándo es hora de irse —dijo Harper. Si no puedes estarte quieto,

Hans, espera en el coche.

Fischer se mostró furioso, mientras Miller volvía a su dormitorio a echar un último vistazo. Harper se dirigió a mí.

—Te estás acalorando, Arthur. Será mejor que no conduzcas con todo eso que llevas bajo la camisa. Lo único que conseguirás es acalorarte más. Además, la señorita Lipp conoce el camino. Ya conducirás a la vuelta.

—Muy bien. —Tenía planeado dejar caer la cajetilla mientras señalaba con la mano; pero sabía que no servía de nada discutir con él.

A las tres y media salimos y subimos al coche. Naturalmente, Miller fue el primero en entrar en la parte de atrás. Harper me indicó que lo siguiera, entró Fischer y Harper cerró la puerta. Ni siquiera iba sentado junto a la ventanilla.

La señorita Lipp conducía y Harper iba a su lado.

Desde donde ella estaba sentada, el retrovisor no reflejaba la carretera. Al cabo de unos minutos, y con el pretexto de dejarle más sitio a Fischer, que llevaba el brazo en cabestrillo, conseguí girarme y echar un vistazo por la ventanilla de atrás. Nos seguía el Peugeot.

La señorita Lipp conducía con suavidad y con mucho cuidado, pero no había mucho tráfico y llegamos con tiempo. A las diez menos cuarto pasamos junto al Palacio de Dolmabahçe y seguimos la ruta del tranvía hacia la plaza Taxim. Supuse que el garaje que había mencionado Harper sería el que había al lado del consulado español, al que se podía ir caminando desde el hotel Divan, y que había oído mencionar a uno de los agentes de Tufan. En ese momento parecía que la suposición era acertada. Entonces, de repente, las cosas comenzaron a torcerse.

En lugar de girar a la derecha en la plaza Taxim, seguimos recto, la cruzamos y bajamos la colina hacia Galata. Me quedé tan sorprendido que casi perdí la cabeza y le dije que se había equivocado de camino. Justo a tiempo recordé que yo no tenía por qué saber a dónde íbamos. Pero Miller observó mi movimiento involuntario.

—¿Qué ocurre?

—Ese peatón... creí que se nos echaba encima. —Es un comentario que hacen a cada momento los extranjeros que conducen por Estambul.

Miller soltó un bufido.

—Son campesinos. Niegan la existencia de la maquinaria.

En aquel momento, la señorita Lipp giró bruscamente a la izquierda y bajamos una rampa que había tras una gasolinera.

No era un gran aparcamiento subterráneo. Era un garaje para unos veinte coches que disponía de plataforma de engrasado con un foso de inspección. En el foso había un microbús Volkswagen. Delante había un hombre enfundado en un mono con un trapo sucio en la mano.

La señorita Lipp aparcó el Lincoln a la izquierda y se detuvo. Harper dijo:

—¡Ya hemos llegado! ¡Salgamos!

Miller y Harper ya habían abierto la puerta, y este último también abrió la de Fischer. Cuando salí detrás de Miller, cogí el paquete de tabaco del bolsillo de la camisa y me lo guardé en la mano.

Ahora Harper subía al asiento del conductor del microbús.

—Moveos —dijo, y pulsó el motor de arranque.

Miller abrió la otra puerta del microbús y subió. Mientras le seguía, fingí tropezar y dejé caer el paquete de tabaco.

Vi cómo caía sobre el grasiento cemento y me subí al vehículo. A continuación la puerta se cerró a mi espalda y oí maldecir a Fischer: la puerta le había pillado el hombro. Me incliné hacia atrás para abrísela, por lo que pude ver lo que ocurrió. Cuando extendió el brazo para agarrarse al pasamanos y entrar, su pie izquierdo pisó el paquete de tabaco y lo lanzó por debajo del microbús hacia el pozo. No fue intencional. Ni siquiera miraba.

Miller cerró la puerta y puso el seguro.

—Agarraos bien —dijo Harper, y metió la primera.

Cuando el microbús se puso en marcha, la parte posterior de mis piernas golpeó el borde de una maleta y me quedé sentado encima. Di con la cara contra la ventanilla de la parte de atrás.

Subimos la rampa, esperamos un momento a que pasara un autobús, y después giramos a la izquierda, hacia el puente de Calata. Por la ventanilla pude ver el Peugeot aparcado delante del garaje. Seguía allí cuando lo perdí de vista. No se había movido. Esperaba, fiel hasta la muerte, a que saliera el Lincoln.

Durante unos minutos no podía creer lo que había pasado, y seguí mirando por la ventanilla con la esperanza de que el Peugeot nos siguiera. Pero no. Fischer maldecía y se masajeaba el hombro izquierdo. Miller sonreía, como si acabara de contarse un chiste. Cuando rebotamos sobre los carriles del tranvía y llegamos al puente de Calata, dejé de mirar hacia atrás y bajé la vista al suelo. A mis pies, entre algunas virutas de madera, había trizas de un periódico de Atenas.

De las seis cajas de embalaje del microbús, tres se utilizaban como asientos. Por la manera en que vibraban y se movían las otras tres, diría que estaban vacías. Miller y Fischer se agarraban en las esquinas para no caerse, así que supuse que las suyas también estaban vacías. La mía era más estable, por lo que quizá yo estuviera sentado en la caja que contenía las granadas, las pistolas y la munición que había venido desde Atenas dentro de las puertas del coche. Me dije que ojalá todo aquello volara por los aires en aquel momento. Entonces no se me ocurrió preguntarme para qué las iban a utilizar. Tenía suficiente con pensar en mis problemas.

Cuando Harper pasó delante de Santa Sofía y se dirigió hacia la puerta del muro del Serrallo, comenzó a hablarnos por encima del hombro.

—Leo va primero. Hans y Arthur, juntos, unos cien metros por detrás. Arthur, tú pagarás la entrada de Hans, para que no tenga que estar un rato intentando sacar el dinero. ¿Entendido?

—Sí.

Cruzó el Patio de los Jenízaros y aparcó debajo de los árboles que había delante de Santa Irene.

—Os voy a dejar aquí —dijo—. Habrá guías rondando y no quiero que os identifiquen con este microbús. Adelante, Leo. Nos vemos esta noche.

Miller se bajó y se dirigió hacia la Puerta de Ortakapi. Tenía que recorrer unos ciento cincuenta metros.

Tras cubrir la mitad de la distancia, Harper dijo:

—Muy bien, ahora vosotros dos. Preparaos. Y tú, Arthur, ándate con ojo. Leo y Hans llevan pistola y la utilizarán si te apartas lo más mínimo del plan.

—Pensaré en los dos mil dólares.

—Hazlo. Yo iré justo detrás de vosotros, para comprobar que entráis.

—Lo conseguiremos.

Yo quería mostrarme todo lo cooperador que pudiera, pues, aunque el pánico me provocaba náuseas, se me había ocurrido una manera de detenerlos sin que pudieran echarme la culpa... al menos de una manera peligrosa. Seguía teniendo mi licencia de guía. Tufan me advirtió que no llamara la atención como guía por si me hacían

enseñarla. Había dicho que, como yo era extranjero, eso causaría problemas con los guardas del museo. Bueno, pues problemas con los guardas del museo era lo que necesitaba en ese momento; y cuantos más, mejor.

Fischer y yo comenzamos a caminar hacia la puerta. Miller estaba unos metros por delante, y vi que se acercaba un guía. Miller siguió caminando sin mirarlo.

—Por aquí —dijo Fischer, y comenzó a caminar más de prisa.

Los ganchos comenzaron a golpearme las piernas.

—No tan deprisa —dije—. Si los ganchos se mueven demasiado, se notarán.

Inmediatamente frenó el paso.

—No tiene que preocuparse por los guías —dije—. Tengo mi licencia. Yo seré su guía.

Cuando nos acercamos a la puerta, comencé soltarle el discurso habitual, lo de las ejecuciones semanales, la tarima, la fuente, el verdugo que también era el jardinero jefe.

El guía que había abordado a Miller nos observaba, así que levanté un poco la voz para asegurarme de que oía lo que estaba diciendo. Mi esperanza era que nos siguiera y se quejara al guarda de la puerta. En vez de eso, perdió el interés y se alejó.

Resultó decepcionante, pero por entonces ya tenía otro plan.

Al entrar en la caseta del guarda, hay un mostrador en el que has de pagar para entrar. Cuando llegué, le entregué al hombre tres liras y le dije:

—Dos entradas, por favor.

Al mismo tiempo, le enseñé mi licencia de guía.

Para él, yo había hecho tres cosas mal. Enseñé la licencia de guía, pero, al pedir dos entradas, demostré no saber que los guías entraban gratis; le di tres liras, y un guía real sabría que con eso se podían comprar seis entradas, y encima le hablé en inglés.

El hombre de la taquilla tenía aspecto demacrado, llevaba un pequeño bigote negro y su expresión era desagradable. Me preparé para cuando pusiera alguna objeción. Ni se inmutó. Se limitó a echar un vistazo a la licencia, entregarme una entrada, coger una de las liras y devolverme sesenta piastras de cambio. Fue desesperante. Recogí el cambio lentamente, con la esperanza de que se diera cuenta, pero se quedó mirando al vacío, mortalmente aburrido.

—Vamos —dijo Fischer.

Por el rabillo del ojo vi que Harper se acercaba a la puerta. No había más remedio que seguir adelante. Generalmente hay uno o dos guías a la caza de clientes dentro del Segundo Patio. De hecho, allí fue donde, tres años antes, tuve un altercado con otros guías. Aquel episodio acabó dando con mis huesos en la cárcel, donde pasé la noche. Solo podía esperar que volviera a ocurrir lo mismo.

Pero, naturalmente, no fue así. Como era la última hora de visita al museo, todos

los guías tenían ya su grupo de panolis con los que completaban su visita por el palacio o ya habían instalado su culo gordo en el café más cercano.

Hice lo que pude. Mientras caminábamos por el lado derecho del Segundo Patio, le solté a Fischer el discurso habitual sobre las cocinas del Serrallo —le hablé de las porcelanas Sung, Yung y Ming—, pero nadie nos prestó atención. Miller ya había llegado a la Puerta de la Felicidad y nos esperaba, embobado como un turista. Cuando oyó nuestras pisadas tras él, se acercó hacia el Tercer Patio.

Vacilé. Una vez que hubiéramos cruzado la puerta, la Sala de Audiencias y la Biblioteca de Ahmed III impedirían que nos vieran desde los edificios que había al otro lado del patio que seguían abiertos al público. A no ser que un guarda saliera de la biblioteca de los manuscritos, y no había razón para que ocurriera, nada nos impediría llegar a la puerta de la que Miller tenía la llave.

—¿Por qué te paras? —preguntó Fischer.

—Ha dicho que nos detuviésemos aquí.

—Solo si había guías mirando.

Detrás de nosotros se oyeron pisadas sobre las losas. Me volví. Era Harper.

—Sigue andando, Arthur —dijo—. No te pares. —No levantó la voz, pero lo dijo con autoridad.

Ahora estaba solo a seis pasos, y de repente supe, por la expresión de su cara, que no me atrevía a dejar que me alcanzara.

Así que crucé la Puerta de la Felicidad con Fischer. Supongo que, en aquel momento, obedecer a Harper era para mí algo tan instintivo como respirar.

Tal como había dicho, debíamos recorrer exactamente seis pasos. Nadie nos detuvo. Nadie se fijó en nosotros. Miller ya había abierto la puerta cuando llegamos Fischer y yo. Lo único que recuerdo de esa puerta es que tenía molduras en madera que formaban un octágono. Poco después, todavía con Fischer a mi espalda, me hallaba en un angosto pasaje de piedra de techo abovedado y Miller volvía a cerrar la puerta.

El pasaje tenía unos seis metros de largo y acababa en una pared desnuda de la que colgaba una manguera enrollada dentro de una caja con la tapa de cristal. La escalera en espiral que conducía el tejado era de hierro, y tenía una placa con el nombre de una empresa alemana. La misma que había vendido la manguera. Miller se dirigió hacia el pie de la escalera y la observó con admiración.

—Una chica lista —dijo.

Fischer se encogió de hombros.

—Para alguien que interpretaba fotografías aéreas de la Luftwaffe, no fue difícil —dijo—. Hasta un ciego se daría cuenta en la foto ampliada que ella tenía. Fui yo quien encontró el camino, consiguió la llave y se encargó del resto del plan.

Miller soltó una risita.

—La idea fue de ella, Hans, y Karl lo planeó todo. Nosotros solo somos los técnicos. Ellos son los artistas.

Parecía pasárselo la mar de bien, y se le veía más ansioso que nunca. Yo sentía náuseas.

Fischer se sentó en las escaleras. Miller se quitó la americana y la camisa, y se quitó la polea de su delgada cintura. No tenía sentido estar incómodo, además de asustado, así que yo también me desabroché y me saqué la eslinga y la cuerda. Miller la colocó alrededor de la polea. A continuación, sacó una bolsa de terciopelo negro del bolsillo. Era del tamaño de un calcetín, y en la parte de arriba llevaba un cordón y un clip. Sujetó el clip a uno de los ganchos de la eslinga.

—Ya estamos listos —dijo. Miró el reloj—. Dentro de una hora más o menos Giulio y Enrico se pondrán en camino.

—¿Quiénes son? —pregunté.

—Unos amigos que traerán una barca —dijo Miller.

—¿Una barca? ¿Cómo se nos va a acercar una barca?

—Nosotros nos acercaremos a ella —dijo Fischer—. ¿Conoces los almacenes que hay siguiendo la costa, junto al muro del casco antiguo, donde los barcos descargan leña?

Lo conocía. En invierno, Estambul es una ciudad donde se consume mucha leña. Los almacenes de leña se extienden más allá de un kilómetro en paralelo a la carretera de la costa, al sureste de la Punta del Serrallo, donde el agua tiene bastante profundidad para que los barcos de cabotaje se acerquen a la costa. Pero estábamos a tres kilómetros de allí.

—¿Iremos volando?

—El Volkswagen vendrá a buscarnos. —Lanzó una sonrisa a Miller.

—¿No debería contarle algo más?

—No es cosa nuestra —dijo Miller—. Nuestra parte es esta. Cuando salgamos de la Sala del Tesoro, regresaremos tranquilamente por encima de las cocinas hasta que llegemos al muro del Patio de los Jenízaros, situado encima del aparcamiento. El muro solo tiene seis metros de alto, y hay árboles que impedirán que nos vean cuando bajemos al suelo con la polea. Y luego...

—Y luego —le interrumpió Fischer— nos daremos un paseíto hasta el Volkswagen, que nos estará esperando.

Le contesté a Miller:

—¿El señor Fischer podrá bajar por el muro con una sola mano?

—Se sentará en la eslinga. Solo se necesita una mano para agarrarse a las hebillas.

—Pero en el patio exterior seguimos estando dentro de los muros.

—Habrá una salida. —Dejó el tema con un impaciente gesto de la mano y miró a

su alrededor, buscando un lugar donde sentarse. No había más que la escalera de hierro. Examinó los peldaños—. Aquí todo está muy sucio —se quejó—. Es increíble que toda esta gente no se muera de infección. Supongo que está inmunizada. Aquí había una ciudad antes incluso que Constantino. En esta zona hay más de dos mil años de plagas: cólera, peste bubónica, *vérole*, disentería.

—Basta, Leo —dijo Fischer—; han limpiado las alcantarillas.

—Todo espera en el polvo —insistió Miller con aire sombrío.

Colocó la cuerda de nailon sobre un peldaño para sentarse encima. Dejó de estar eufórico al recordar los gérmenes y las bacterias.

Me senté en el peldaño inferior pensando que ojalá tuviera una angustia irracional que me ocupara la mente, en lugar de los miedos reales e inmediatos que me ocupaban los pulmones, el corazón y el estómago.

A las cinco sonaban las campanas de los patios y se oyeron un par de gritos lejanos. Los guardas hacían salir a todo el mundo y cerraban todas las salas.

Fui a encender un cigarrillo, pero Miller me lo impidió.

—No hasta que oscurezca —dijo—. El sol podría iluminar el humo antes de que se disperse por encima del tejado. Es mejor que nos quedemos quietos y callados. Pronto todo quedará en silencio y no conocemos la acústica de este lugar. No corramos riesgos innecesarios.

Eso era lo que había dicho Tufan. Me pregunté qué estaría haciendo. Ya debía de saber que los había perdido a todos y todo, excepto a la señorita Lipp y el Lincoln. El Peugeot ya le habría informado por radio. La cuestión era si la gente que nos vigilaba se acordaba del Volkswagen. Si se acordaban, había una pequeña posibilidad de que Tufan encontrase nuestro rastro sirviéndose de la policía; pero parecía remota. Me pregunté cuántos microbuses Volkswagen habría en la zona de Estambul. Naturalmente, si se había fijado en la matrícula... si esto, si lo otro. Fischer empezó a roncar y Miller le dio varios golpes en la pierna hasta que paró.

El pedazo de cielo que se veía desde lo alto de la escalera se volvió rojo, gris y luego negro azulado. Encendí un cigarrillo y vi que los dientes de Miller emitían un resplandor amarillo a la luz de la cerilla.

—¿No necesitaremos linternas? —susurré—. No veremos nada.

—Habrá tres cuartos de luna.

A eso de las ocho se oyó un murmullo de voces procedente de alguno de los patios —era imposible decir de cuál— y un hombre soltó una carcajada. Parecía que los vigilantes nocturnos comenzaban su turno. Volvió el silencio. El paso de un avión se convertía en un acontecimiento, algo en lo que pensar. ¿Pensaba aterrizar en el aeropuerto de Yesilköy o acababa de despegar?

Fischer sacó un termo de agua con una taza metálica en la parte superior, y todos echamos un trago. Transcurrió otra eternidad. Se oyó el leve sonido de un tren que

salía de la estación de Sirkeci y que tomaba la cerrada curva que hay debajo de la Punta del Serrallo. Su pitido sonó estridente, como el de un tren francés, y comenzó a ganar velocidad. Mientras se apagaba el sonido, se encendió una luz que casi me cegó.

Miller tenía una linterna de bolsillo en la mano y miraba su reloj. Suspiró con satisfacción.

—Podemos ponernos en marcha —susurró.

—Déjame la linterna un momento, Leo —dijo Fischer.

Miller le entregó la linterna. Con la mano buena, Fischer sacó un revólver pequeño y corto del bolsillo interior de su americana, quitó el seguro y se lo guardó en el bolsillo lateral. Me lanzó una mirada significativa y le dio unos golpecitos.

Miller se puso en pie, yo también. Bajó las escaleras con la polea y se la enrolló alrededor de un hombro, como un bandolero.

—Yo iré primero —dijo—. Arthur me seguirá. Y luego tú, Hans. ¿Algo más? Ah, sí, esto.

Se fue al rincón que había junto a la manguera y se alivió. Cuando acabó, Fischer lo imitó.

Yo fumaba.

—Apaga eso —dijo Miller. Miró a Fischer—. ¿Preparado?

Fischer asintió; entonces, un instante antes de que la luz se apagara, lo vi santiguarse. Eso es algo que no entiendo. O sea, estaba pidiendo una bendición, o lo que fuera, en el momento de cometer un pecado.

Miller subió las escaleras lentamente. Al llegar a lo alto, se detuvo y miró a su alrededor, orientándose. Después, acercó su cabeza a la mía.

—Karl me ha dicho que a lo mejor tenías vértigo —dijo en voz baja—; pero todo es muy sencillo. Sígueme a tres pasos. No mires a los lados, solo delante. No hay más que bajar un paso hasta los herrajes. Luego viene la cobertura de plomo. Yo bajaré primero, sigue tres pasos y espera un poco a que tus ojos se adapten a la oscuridad.

Llevaba tanto rato en la oscuridad que el intermitente brillo de la linterna del bolsillo casi me resultó doloroso. Cuando estuvimos en el tejado, la luz de la luna lo iluminaba todo como si fuese de día; demasiado para mi gusto; estaba seguro de que alguien nos vería desde el suelo y comenzaría a disparar. Fischer debía de pensar lo mismo, pues le oí maldecir en voz baja detrás de mí.

Por un momento, a Miller le brillaron los dientes; a continuación comenzó a caminar entre las tres cúpulas, sobre las dependencias de los Eunucos Blancos. Había más o menos un metro y medio entre las cúpulas y el borde del tejado. Si me quedaba cerca de las cúpulas y solo miraba hacia delante, tal como me había dicho Miller, no me parecía estar en un lugar elevado. Durante un momento, mi único problema fue no perderlo de vista. Harper lo había comparado a una mosca. A mí me parecía más

una tijereta mientras rodeaba la última de las cúpulas y sorteaba, inclinado hacia delante, la leve prominencia del centro del tejado. Solo se detuvo una vez. Había cruzado el tejado de la Sala de Audiencias para evitar lo que parecían tres grandes tragaluces que quedaban por encima de la Puerta de la Felicidad, y regresaba hacia el tejado de los Eunucos cuando apareció otro tragaluz y, de repente, la superficie plana se estrechó. El espacio que había que cruzar tenía solo medio metro de ancho.

Miré hacia abajo, y ya me estaba arrodillando —supongo que habría podido cruzar a rastras— cuando Miller regresó, me agarró del brazo y me atrajo hacia él. Todo fue tan rápido que no tuve tiempo de marearme ni de perder el equilibrio. Sus dedos eran como garras de acero.

Estábamos a la altura de las cocinas, y pude ver las bases cónicas de diez chimeneas achaparradas que se extendían a la derecha. Miller nos llevó hacia la izquierda. El espacio plano tenía más que diez metros de ancho, y no tuve problema alguno. Luego venía una elevación de un metro y pico, que nos llevó hasta la gran sala donde se exhibían las miniaturas y el cristal. Delante de mí pude ver la totalidad de una cúpula, y más allá, la cúspide de otra más pequeña. Sabía que la más pequeña era la del tejado del Museo del Tesoro.

Miller comenzó a moverse lenta y cuidadosamente mientras rodeaba la gran cúpula. De vez en cuando se detenía. A continuación le vi agacharse sobre una cornisa. Cuando sus pies encontraron lo que había debajo, solo asomaron sus hombros y su cabeza.

Yo también rodeé la cúpula grande, y había comenzado a alejarme de ella en dirección a la cornisa cuando Miller se dio media vuelta y me hizo una seña. Se había movido un metro o dos hacia el borde exterior del tejado, así que cambié de dirección y fui hacia él. De aquella forma, cuando llegué a la cornisa, vi demasiado.

Estaba el tejado abovedado del Tesoro, y la cúpula con un espacio plano de poco más de un metro de ancho rodeaba su base. Miller estaba allí. Pero más allá de él no había nada, solo un gran vacío negro, y luego, a una distancia espantosamente lejana, la tenue línea blanca de una carretera a la luz de la luna, fina como un cabello.

En aquel momento me di cuenta de que comenzaba a perder el equilibrio y caer, así que me arrodillé rápidamente y me agarré a la superficie de plomo del tejado. Entonces comenzaron a entrarme arcadas. No pude evitarlo; nunca he podido impedirlo. Por lo que he oído contar a la gente que se marean en el mar, debe de tratarse de la misma sensación; solo que lo que yo siento en las alturas es peor.

En el estómago no me quedaba nada que vomitar, pero eso no cambiaba las cosas. Mi barriga intentaba echar lo que hubiese.

Fischer comenzó a darme patadas y a susurrarme para que me callara. Miller extendió el brazo, me arrastró por los tobillos por encima de la cornisa y me sentó con la espalda apoyada contra el lateral de la cúpula. Me colocó la cabeza entre las

rodillas. Oí un roce mientras ayudaba a Fischer a bajar la cornisa, y luego sus susurros.

—¿Se le pasará?

—Se le tendrá que pasar.

—Menudo gordo idiota. —Fischer me dio una patada cuando volvieron a entrarme arcadas.

Miller lo detuvo.

—No servirá de nada. Tendrás que ayudarlo. Mientras no se acerque al borde, no pasará nada.

Abrí los ojos lo suficiente para ver los pies de Miller. Estaba atando la cuerda alrededor de la cúpula, y dejó un extremo entre mi espalda y la parte de la cúpula en la que me apoyaba. Más tarde se acuclilló delante de mí y comenzó a atar la soga. Cuando acabó, la deslizó sobre la polea superior del aparejo. A continuación acercó su cara a la mía.

—¿Puedes oírme, Arthur?

—Sí.

—Si no te mueves, aquí estarás seguro, ¿entendido?

—No sé.

—Aquí estás seguro, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Ahora escucha. Desde aquí puedes controlar la polea. Abre los ojos y mírame. Conseguí obedecerle. Se quitó la americana y lo vi más delgado que nunca.

—Hans estará en el borde —añadió— y con la mano buena sujetará mi americana para que no se mueva. Así las cuerdas pasarán por encima y no se cortarán. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Y no tendrás que acercarte al borde, solo soltar cuerda y tirar cuando te lo digan.

—No sé. Suponga que se me escapa.

—Bueno, eso sería malo, porque entonces tendrías que enfrentarte a Hans, y él se aseguraría de que tú corrieras la misma suerte que la cuerda.

Al sonreír, sus dientes parecieron hileras de lápidas. De repente cogió un rollo de cuerda del suelo y me lo puso en las manos.

—Prepárate, notarás un tirón muy fuerte —dijo—, y recuerda que es elástica. Me da igual lo lento que me bajes o lo rápido que me subas. Hans te dará la señal de bajar y de subir. —Señaló un resalto que había en la superficie de plomo. Apoya los pies ahí. Así.

El día que murió mamá vino el imán y entonó versos del Corán. *Y ahora prueba el tormento del fuego que tú llamaste mentira.*

Miller colocó el extremo de la cuerda alrededor de mi pecho e hizo un nudo fuerte. A continuación la tensó.

—¿Estás preparado, Arthur?

Asentí.

—Entonces mira a Hans.

Dirigí la vista hacia las piernas de Fischer y después hacia su cuerpo. Estaba tendido sobre el lado derecho con el hombro encima de la americana de Miller y la mano derecha sobre la polea, preparado para guiarla. Yo no me atreví a dirigir la mirada más allá. Sabía que, si lo hacía, me desmayaría.

Vi cómo Miller se ponía unos guantes, se colocó bien la eslinga, se acuclilló y desapareció.

—Ahora —susurró Fischer.

El tirón no fue repentino; primero lo amortiguó la elasticidad del nailon. Tenía las manos resbaladizas por el sudor, pero me había enroscado la cuerda alrededor de la manga de la mano izquierda para tener más sujeción. Cuando por fin noté el tirón, la cuerda se apretó como un torniquete. La presión osciló y sentí cómo Miller rebotaba en la eslinga a medida que la polea se asentaba.

—Cuidado. —Fischer mantenía la mano derecha con la palma hacia abajo por encima de la polea.

Cesó el movimiento de la polea que había junto a la cuerda.

—Bájalo despacio.

Dejé deslizar la cuerda que tenía enrollada al brazo y volví a sentir el rebote.

—Sigue, tranquilo.

Seguí soltando cuerda. Ahora ya no rebotaba tanto, solo se notaba alguna vibración esporádica. Miller utilizaba los pies para estabilizarse contra la pared mientras bajaba. Contemplé cómo el rollo de cuerda que había a mi lado se iba haciendo más pequeño y empezó a entrarme el pánico. El extremo de la cuerda estaba atado a mi pecho. No podía desatarla sin soltar a Miller. Si no había cuerda suficiente para llegar abajo, Fischer me obligaría a acercarme al borde.

Quedaban menos de dos metros de cuerda cuando levantó la mano.

—Alto. Mantenlo estable.

Me sentí tan aliviado que ni me di cuenta del dolor que sentía en el brazo por culpa de la tensión de la cuerda; cerré los ojos y bajé la cabeza.

Hubo ligeros movimientos en la cuerda, y al cabo de un instante, se oyeron unos leves chasquidos mientras abría los postigos metálicos. Pasaron algunos minutos. Tenía el brazo izquierdo casi entumecido. Entonces llegó otro sonido procedente de abajo, como unos golpes huecos. Solo duraron un momento, antes de que Fischer me lanzara un flojo silbido. Volví a abrir los ojos.

—Baja un poco, muy lentamente.

Mientras obedecía, sentí que la tensión de la cuerda se aflojaba de repente. Miller estaba dentro.

—Descansa.

Aflojé la cuerda que me rodeaba el brazo y me lo masajeeé hasta que comenzó el hormigueo. No intenté eliminarlo del todo. Al menos me hacía pensar en el brazo y no en otras cosas, como aquel día que el profesor de gimnasia me obligó a tirarme de cabeza al agua. Cuando entras en el cuerpo de cadetes tienes que saber nadar, y, una vez a la semana, todos los muchachos de cada escuadrón que no saben marchan hasta los Baños Públicos de Lewisham para aprender. Cuando aprendes, debes tirarte de cabeza. Lo de nadar no me molestaba, pero cuando tenía la cabeza bajo el agua siempre tenía miedo de ahogarme. Durante una época me pude escaquear contándole al profesor que tenía problemas en el oído; pero al final me dijo que tendría que traerle un certificado médico. Intenté hacérmelo yo mismo, pero no sabía qué palabras había que utilizar y me pilló. Pensaba que el profesor de gimnasia me mandaría a El Hirsuto con una nota, pero solo me obligó a tirarme de cabeza. Y no lo digo como un eufemismo. Lo que hizo fue agarrarme por un brazo y una pierna y arrojarme a la parte más profunda de la piscina; una y otra vez. Cada vez que yo conseguía salir, incluso mientras me ahogaba y escupía agua, volvía a tirarme. Al final uno de los encargados de la piscina tuvo que detenerlo. El profesor aquel estaba casado, así que le escribí una carta a su mujer contándole que sobaba a algunos muchachos en los vestuarios y los perseguía para que lo toquetearan a él. Pero fui muy descuidado, porque utilicé la misma letra que en el certificado, y él supo con certeza que había sido yo. No pudo demostrarlo, porque había roto el certificado. Me llevó al vestíbulo, me acusó y me llamó «bellaco incalificable»; pero no pasó de ahí. Se le veía muy afectado. Cuando me di cuenta, me entraron ganas de darme cabezazos contra la pared: si hubiera sabido que era cierto que había estado sobando a otros chicos en los vestuarios, lo habría denunciado a la policía. Al final, simplemente le advertí que tuviera más cuidado. Era un hombre de pelo ralo, rizado y castaño con un bigote de oficial, y caminaba como si tuviera muelles en las plantas de los pies. Al curso siguiente cambió de colegio.

Fischer silbó y abrí los ojos.

—Atento al tirón.

Esta vez me envolví la cintura con la cuerda, para, si era necesario, utilizar mi peso para apartarme del borde.

—¿Preparado?

Asentí y agarré la cuerda con fuerza. Noté un tirón cuando Miller volvió a colocarse en la eslinga. A continuación Fischer asintió.

—Arriba.

Comencé a tirar. La fricción de la cuerda contra la americana del borde del tejado

dificultaba la labor. El sudor me caía por los párpados. Tuve que parar dos veces y atarme la cuerda en torno a cintura para secarme las manos y aliviarme el calambre de los dedos; pero había un buen montón de cuerda enrollada a mi lado y Fischer comenzó a utilizar la mano buena para tirar de una de las cuerdas de la polea.

—Lento... más lento... detente.

De repente la cuerda se aflojó y Miller, sonriendo, apareció gateando por el tejado en dirección a mí. Me dio unos golpecitos en la pierna.

—*Merci, mon cher collègue* —dijo.

Cerré los ojos y asentí. En medio del pitido de mis oídos, le oí informar a Fischer mientras recogía la polea.

—Todo lo que habíamos calculado y algo más de propina. Incluso he vuelto a cerrar los postigos.

Noté cómo me desataba la cuerda del pecho. Cuando abrí los ojos se estaba engancho la bolsa de terciopelo al cinturón. Fischer deshacía los nudos de la soga. Gateé hacia él y comencé a ayudarlo. Solo quería largarme de allí, pero sabía que ellos tendrían que ayudarme.

A causa de la mano herida, Fischer necesitó ayuda para volver a subir al tejado de arriba. A continuación Miller consiguió subirme lo suficiente para que yo pudiera trepar por la cornisa. Hecho esto, fui a cuatro patas hasta quedar al abrigo de la gran cúpula. Cuando Miller me alcanzó, pude ponerme en pie.

Iniciamos el regreso tal como habíamos venido, con Miller encabezando la comitiva. Sin embargo, esta vez no giramos. Dejamos las dependencias de los Eunucos Blancos a nuestra derecha y seguimos por los tejados de las cocinas hasta el muro que había junto a la Puerta de la Salvación. Al lado del antiguo depósito de agua había una zona por la que me costó pasar, pero lo conseguí poniéndome a cuatro patas; entonces llegamos al muro que daba al Patio de los Jenízaros.

Junto al muro había una hilera de altos plátanos, y Miller utilizó una rama que colgaba como ancla para la polea. Bajó primero a Fischer, en la eslinga, y a continuación a mí; pero él no utilizó la eslinga, porque entonces hubiera dejado la polea en el árbol. La polea le daba igual, dijo; pero no quería dejar rastro de cómo se había perpetrado el robo. Bajó del muro haciendo una lazada sobre la rama y deslizándose por ella. Doblada de ese modo, no era lo suficientemente larga para llegar al suelo, así que se dejó caer los últimos dos metros, tirando de un extremo de la cuerda. Aterrizó como un gato y comenzó a recoger la cuerda. Cuando acabó, ni siquiera se le había acelerado la respiración.

En aquel momento, Fischer iba delante y se encaminó hacia el muro exterior, que corría paralelo a la carretera que utilizaban durante el día los autocares de turistas. Miller iba detrás de mí. Al cabo de unos minutos vimos las luces de la sala de guardia junto a la enorme Puerta Bab-i-Hümayun, y Fischer aflojó el paso. Habíamos

caminado a la sombra de una hilera de árboles, pero ahora se habían terminado. A cincuenta metros a la derecha, al otro lado de la carretera, se veía el edificio de Santa Irene; delante, la carretera se bifurcaba: a la derecha se iba hacia la puerta, y a la izquierda el camino se estrechaba y curvaba hacia dentro colina abajo, en dirección al mar.

Fischer se detuvo y se quedó mirando la puerta.

No estaba a más de cincuenta metros, y se podía ver al centinela. Llevaba la carabina colgada al hombro y se hurgaba la nariz.

Fischer me habló al oído.

—¿Qué hora es?

—Las cinco menos diez.

—Tendremos que esperar.

—Esperar, ¿a qué?

—Debemos ir colina abajo. Hay un cambio de guardia en cinco minutos. Entonces será más seguro.

—¿Adónde nos dirigimos?

—A la vía del ferrocarril, el tramo que pasa por encima del muro.

Una parte de la vía corría junto a la costa, dentro del gran muro, aproximadamente un kilómetro; pero yo sabía que había puestos de guardia a ambos extremos. Se lo dije.

Fischer sonrió.

—Puestos de guardia, sí. Pero no puertas.

Miller soltó un silbido de advertencia.

Cuando se abrió la puerta de la sala de guardia, brilló un rectángulo de luz. Por un instante los dos hombres se perfilaron en el vano de la puerta. Entonces, cuando comenzó el cambio de guardia, Fischer me tocó el brazo.

—Ahora.

Salió del abrigo de las sombras y cruzó un trecho de hierbajos en dirección a la carretera. Descendía bruscamente y se estrechaba hasta no ser más que un sendero. A los treinta segundos, la parte superior de la cuesta impedía que nos vieran los centinelas. Fischer volvió la cabeza para ver si nos había dejado atrás, y a continuación anduvo a paso más tranquilo.

Delante había una franja de mar, y justo enfrente las luces de las localidades de Selimiye y Haydarparasar, en el lado asiático. Otras luces se movían en el agua: un transbordador, pequeños barcos de pesca. De día, los turistas con cámara desperdiciaban cinta con aquel paisaje. Supongo que era muy hermoso. Pero yo no quería volver a verlo jamás... ni de día ni de noche.

Tras unos minutos andando llegamos a otro sendero que se desviaba hacia la derecha, en dirección al muro exterior. Fischer lo cruzó y siguió recto, atravesando un

descampado. Había montones de escombros de varias excavaciones arqueológicas, y una parte del terreno formaba terrazas, como si en alguna época se hubiera utilizado como viñedo. Abajo del todo estaba el terraplén de la vía del ferrocarril.

Había una cerca de madera que discurría en paralelo a la vía, y Miller y yo esperamos hasta que Fischer encontró una zona donde estaba rota, lugar que había elegido como el mejor sitio para cruzar en un reconocimiento anterior. Estaba a unos treinta metros a la derecha. Trepamos por unos tablones rotos situados a un lado del terraplén y anduvimos por la zanja del desagüe. Cinco minutos después volvíamos a ver el gran muro. Seguimos caminando otros treinta metros, y allí acababa el terraplén. Si queríamos seguir adelante, tendríamos que trepar y seguir la vía por encima del puente.

Fischer se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Qué hora es?

—Las diez y cuarto —dijo Miller—. ¿Dónde está el puesto de guardia, exactamente?

—Al otro lado del puente, a cien metros de aquí. —Se volvió hacia mí—. Y ahora escuchad. Pronto pasará un tren. Cuando empiece a cruzar el puente, tenemos que subir a lo alto del terraplén. En cuanto lo haya cruzado el último vagón, caminaremos por las vías a paso normal. Cuando hayamos recorrido unos veinte metros, oiremos una fuerte explosión delante de nosotros. Entonces echaremos a correr, pero no muy deprisa. ¿Alguna vez habéis oído gas lacrimógeno?

—Sí.

—Pues lo volveréis a oler, pero no os preocupéis. Es nuestro gas lacrimógeno, no el suyo. Y habrá humo, y también será nuestro. Ya habrá pasado. En el puesto de guardia no sabrán qué está ocurriendo. A lo mejor pensarán que ha explotado el tren. Da igual. Entre el gas lacrimógeno y el humo no sabrán qué pensar, ni tampoco verán gran cosa. Si alguno consigue salir de su desconcierto, una bala o una granada le volverá a sumir en él. Aprovechando la confusión, pasaremos corriendo. Y, entonces, como ya he dicho, el Volkswagen nos estará esperando.

—¿Y nuestra confusión? —dije—. ¿Cómo podremos ver algo entre el gas lacrimógeno y el humo?

Miller asintió.

—Yo hice la misma pregunta, amigo mío. Deberíamos traer máscaras antigás. Pero el argumento de Karl fue convincente. Teníamos que esconder tantas cosas que no había sitio para las máscaras.

—Yo lo intenté —dijo Fischer a la defensiva—. Probé de entrar con una máscara antigás. Me detuvieron por culpa del bulto que me hacía en el bolsillo. Pensaban que intentaba colar una cámara en el Serrallo. Ya sabes que son muy estrictos con eso. Fue embarazoso.

—¿Cómo se lo explicaste? —preguntó Miller.

—Dije que era médico.

—¿Te creyeron?

—Si dices que eres médico, la gente se cree cualquier cosa. No debemos preocuparnos por dónde vamos. Nos limitaremos a seguir las vías del tren y dejárselo todo a Karl. Por esta noche, ya hemos hecho nuestro trabajo. Ahora solo tenemos que esperar el tren.

Esperamos veinticinco minutos.

Fischer dijo que era un tren mixto, es decir, que transportaba periódicos, correo, carga y algunos pasajeros a las pequeñas poblaciones que había entre Estambul y Pehlivan köy. Resoplaba hacia el puente tan ruidoso e imponente como el Orient Express. El aire olía a tierra. El espeso humo negro de la locomotora alcanzó nuestro lado del terraplén y nos rodeó.

—¡Los! ¡Vorwärts! —gritó Fischer, y sin dejar de toser y escupir, Miller y yo trepamos tras él por el terraplén.

Durante medio minuto estuvimos con la rueda del tren repiqueteando sobre un empalme de la vía, a un metro de nuestras narices, hasta que pasó el último vagón.

—¡Los! —repitió Fischer, y luego fuimos tambaleando por el lateral de las vías, entre los extremos que sobresalían de los travesaños y el resguardo del puente.

Debíamos de estar a unos setenta metros del puesto de guardia cuando estalló una granada de impacto, y a pesar de que había suficiente distancia, la detonación me hizo pitar los oídos. Delante de mí, Fischer comenzó a correr. Casi de inmediato tropezó y se cayó. Le oí quejarse cuando su brazo izquierdo golpeó una traviesa; antes de que llegara su lado volvía a estar en pie y seguía avanzando.

Se oyó un grito delante de nosotros, y escuché el *plof*, el chisporroteo del gas lacrimógeno y la detonación de las granadas de humo. El humo del tren aún nos envolvía, pero al instante me llegaron los primeros vapores de humo químico. Recorrimos tres metros más y vi a Fischer llevándose el vendaje blanco de la mano derecha a la frente. De repente, yo también me vi sumergido en el gas lacrimógeno, y la primera reacción de mis fosas nasales empezó a llegar hasta mis ojos. Me tropecé, asfixiándome. Mientras las lágrimas comenzaban a cegarme, explotó otra granada. A continuación del humo surgió una forma y vi los anteojos de una máscara antigás; una mano me agarró de los brazos y me llevó hacia la derecha. Entre lágrimas, tuve la impresión de estar en una habitación iluminada y de que un hombre uniformado, con las manos sobre la cabeza gacha, se inclinaba contra un muro. Después el brazo me sujetaba mientras bajaba tambaleando un tramo de escaleras.

Ya había salido del humo y pude ver la puerta del microbús Volkswagen. El brazo me empujó hacia él. Casi me caigo de bruces al entrar. Fischer estaba allí, carraspeando y tosiendo. Explotaron granadas sobre el puente mientras Miller subía

al vehículo detrás de mí. Se oyó un correteo de pies, y los hombres que llevaban máscara antigás entraron en tropel. Alguien encendió el motor de arranque. Un momento después, el microbús se puso en marcha. Estaba acurrucado en el suelo contra una de las cajas, y alguien caminaba sobre mis pies. Todo apestaba a gas. Oí la voz de Harper procedente del asiento delantero.

—¿Todo bien, Leo?

Miller tosía y se reía al mismo tiempo.

—Los perros se han alimentado y vestido a ellos mismos —dijo resollando.

Junto a Harper había cinco hombres con máscaras antigás, pero me dolían tanto los ojos que no podía verles la cara ni identificarlos. Uno se llamaba Franz y hablaba alemán, además de turco. Lo sé porque le oí utilizar ambos idiomas: el alemán con Fischer. Los otros cuatro solo hablaban turco, creo. No puedo estar seguro porque estuve con ellos apenas unos minutos, y tosí la mayor parte del tiempo.

El microbús debía de haber recorrido unos cinco kilómetros cuando aminoró la velocidad, hizo un cambio de sentido y se detuvo.

Harper abrió la puerta desde fuera.

Miller estaba más cerca de la puerta y salió el primero. Yo le seguí, y después salió Fischer. Los demás hombres apenas se movieron para hacernos sitio. A continuación, Harper cerró la puerta y la furgoneta desapareció.

—Por aquí —dijo Harper.

Estábamos delante de uno de esos grandes aserraderos, junto a un muelle de carga y algunos botes varados. Nos condujo a través del muelle. Yo ya comenzaba a ver lo suficientemente bien como para reconocer a Giulio de pie en la lancha fuera borda del *Bulut*. Subimos a la lancha. Oí que Giulio preguntaba quién era yo, y que le contestaban que ya lo averiguaría luego. El motor se puso en marcha y nos alejamos del muelle.

El *Bulut* estaba fondeado a medio kilómetro de distancia, y en la cubierta había un hombre, presumiblemente Enrico, esperando para ayudarnos a embarcar por la pequeña pasarela. Seguí a los demás hasta el salón.

Cuando llegamos al fondo de la estrecha escalera de cámara que conducía al salón, vi a Harper desatando el cordón de la bolsa de terciopelo de Miller, mientras los demás se apiñaban a su alrededor. Vi el resplandor de docenas de piedras verdes y rojas, y a Giulio conteniendo el aliento. Aquellas piedras no me parecieron tan grandes; pero claro, no soy quién para juzgar estas cosas.

Harper no cabía en sí de satisfacción.

—Solo lo mejor, Leo —dijo—. Eres un gran hombre.

—¿Cuánto? —dijo Fischer.

—Más de millón y medio —contestó Harper. Pongámonos en marcha lo antes posible.

—Pronto.

Giulio me rozó al pasar y subió la escalera. En la otra punta de la mesa había sándwiches y bebidas. Mientras ellos babeaban delante de las piedras, yo me serví un buen trago de whisky.

Harper me miró desde el otro lado de la mesa.

—¿No te interesa el botín, Arthur?

Me entró un repentino deseo de darle un puñetazo. Me encogí de hombros.

—Esto es el cuento de la lechera —dije—. Yo hice un trato por dos mil dólares, a tocateja.

Se me quedaron mirando en silencio. La cubierta comenzó a vibrar cuando los motores diésel del barco se pusieron en marcha.

Harper lanzó una mirada a Miller.

—Tengo entendido que Arthur esta noche se ha portado.

—Ha sido un estorbo —dijo Fischer en tono rencoroso.

Harper no le hizo caso.

—¿Y bien, Leo?

—Tenía miedo —contestó Miller—, pero lo que hizo fue suficiente. Dadas las circunstancias, se ha portado.

Harper volvió a mirarme.

—¿Por qué esa desconfianza, Arthur? ¿Cuál es el problema?

—¿Cree que podrá escapar con esto?

—Ah, entiendo. —Volvió a relajarse, todo sonrisas—. Así que a nuestro Arthur le preocupa que los sabuesos acaben mordiéndole el culo, ¿no? Va, olvídalo. No nos cogerán. Todo lo que saben hasta ahora es que un grupo de hombres armados en un microbús Volkswagen ha atacado un puesto de guardia. Así que lo primero que harán será controlar las carreteras que salen de la ciudad y buscar el microbús. Lo encontrarán, abandonado, en Galata. Entonces comenzarán la rutina habitual: ¿quién es el propietario? ¿Dónde está? ¿Qué aspecto tiene? Y no descubrirán nada. Pero por entonces ya habrán pensado un poco, y algún genio comenzará a preguntarse por qué tuvo que ser ese puesto de guardia particular y por qué no murió nadie. El porqué de muchas cosas. Puede que incluso se les ocurra comprobar el Museo del Tesoro y puedan responder a sus preguntas. Cuando lo hagan, doblarán los controles de carreteras y echarán la red barredera. Pero ya estaremos fuera. Desembarcaremos en un lugar discreto a cien kilómetros de aquí y a dos horas en coche de la frontera de Edirne. —Me dio unos golpecitos en el brazo—. Y cuando desembarquemos, Arthur, la señorita Lipp nos estará esperando para recogernos.

—¿Con el Lincoln?

—¿Con qué, si no? ¿No querrás que vayamos andando, o que dejemos las maletas?

Me eché a reír. No pude evitarlo. Y tampoco importó, porque Harper pensó que lo que me parecía tan divertido era la belleza de su plan, y no el enorme agujero que tenía. Pensé en la cara del inspector de aduanas cuando el Lincoln apareciera en la frontera —si Tufan lo dejaba llegar tan lejos— y volviera a verme. Me reí tanto que Fischer también se echó a reír. Hacía días que no me lo pasaba tan bien. Me comí

algunos sándwiches y me tomé otra copa. Había salchichas de ajo en los sándwiches, pero no tuve problemas de indigestión. Supuse que mis preocupaciones habían terminado.

El lugar del desembarco era un puerto llamado Serefli, unos kilómetros al sur de Corlu. Harper dijo que tardaríamos cinco horas en llegar. Me limpié lo mejor que pude la mugre que se me había pegado en el tejado del Serrallo y me eché a dormir en el salón. Los demás utilizaron las cabinas. Giulio y Enrico dirigían el yate. Después averigüé que hicieron desembarcar a la tripulación habitual en Pendik para que pasaran la velada allí, y que se habían escabullido del puerto al caer la noche. El bote patrulla que supuestamente tenía que vigilar el *Bulut* ni lo había visto.

Ya amanecía cuando me despertaron unas voces en el salón. Harper y Miller tomaban café, y Fischer cepillaba sus sucios vendajes para que tuvieran un aspecto más presentable. Parecía estar discutiendo con Harper. Como hablaban en alemán, no los entendía. Entonces Harper me lanzó una mirada y vio que ya estaba despierto.

—Arthur puede utilizar un destornillador —dijo—, si le enseñas lo que tiene que hacer.

—¿Qué puerta? —preguntó Fischer.

—¿Eso importa? ¿Qué te parece la trasera derecha?

—Hablábamos de esconder el botín en un lugar seguro —me dijo Harper—. El interior de una de las puertas del coche parece un buen lugar. No creo que los de aduanas miren ahí.

—Arthur no entiende de estas cosas —dijo Miller en tono de burla.

Todos se rieron de esa gran muestra de ingenio, mientras yo procuraba parecer perplejo. Por suerte, entró Enrico y dijo que llegaríamos al puerto en diez minutos.

Tomé un poco de café y un sándwich rancio. Harper subió a la cabina del piloto. Media hora más tarde había salido el sol y estábamos amarrados en un embarcadero de piedra.

Los pescadores se levantan temprano, y el puerto ya estaba concurrido. Los barcos de pesca de sepia descargaban las capturas de la noche anterior. Los botes de motor de un cilindro se adentraban lentamente en el mar. Un funcionario del puerto subió a bordo para cobrar los impuestos. Al cabo de un rato, Harper bajó y dijo que iba a ver si la señorita Lipp había llegado. Dejó la bolsa de terciopelo con Fischer.

Volvió quince minutos después e informó de que el Lincoln estaba aparcado en una calle lateral, junto a un café restaurante de la plaza Mayor. La señorita Lipp desayunaba en el restaurante. La calle lateral era tranquila. Fischer y yo teníamos que meter el botín en la puerta. Nos dieron media hora para hacer el trabajo.

Fischer le pidió un destornillador a Enrico y bajamos a tierra. Nadie pareció fijarse en nosotros, probablemente por lo desaliñados que íbamos. No vi el Opel ni el Peugeot; pero no me preocupó. Sabía que uno u otro estarían cerca. Encontramos el

coche sin dificultad y yo me puse a trabajar en la puerta. Tuve que usar un destornillador normal, pero como aquel panel ya se había quitado un par de veces, los tornillos estaban flojos, por lo que no rayé más el cuero. Tardé diez minutos en sacar el panel, Fischer usó cinco para colocar la bolsita de terciopelo de manera que no obstruyera el mecanismo de la ventanilla, y yo demoré otros quince en reemplazar el panel. Entonces Fischer y yo nos sentamos en el asiento trasero. Dos minutos más tarde, la señorita Lipp salió del restaurante y se puso al volante. Si la noche anterior había dormido, debió de hacerlo en el hostel de Corlu, pero se la veía tan exuberante como siempre.

—Buenos días, Hans. Buenos días, Arthur. Los demás están cruzando la plaza — dijo.

Llegaron un instante más tarde. Harper se sentó delante, con ella. Miller, a mi izquierda. La señorita Lipp dijo «buenos días» a Miller, y se puso en marcha en cuanto oyó cerrarse la puerta.

Desde Serefli hasta Corlu, donde cogeríamos la carretera principal Estambul-Edirne, hay una vía secundaria de casi veinte kilómetros. El primer kilómetro tiene muchas curvas, y esperé a llegar a un tramo más recto antes de arriesgarme a girar la cabeza para ver si nos seguían.

Allí estaba el Peugeot, y vi otro coche tras él. El Opel también estaba de servicio.

Harper empezó a contarle a la señorita Lipp cómo había ido el trabajo y la cuantía del botín. También Miller intervenía de vez en cuando. Hubo muchas felicitaciones mutuas. Era como ir en el autocar del equipo ganador. Yo no tenía por qué participar en la conversación, ni tampoco por qué escucharla. Podía pensar.

Que los dos coches nos siguieran tenía varias posibles explicaciones. Probablemente, la señorita Lipp había ido directamente a Corlu desde el garaje, después de dejarnos la tarde anterior. Tras salir de Estambul, debieron informar a Tufan de que los hombres ya no estaban en el coche, y este debió suponer que su única posibilidad de recuperar el contacto era seguir al Lincoln. Posiblemente habían enviado el Opel para asegurarse de que no había ningún error. O a lo mejor fue para compensar la falta de comunicación por radio fuera de la zona de Estambul. Los dos coches podían comunicarse entre sí; si había que transmitir un informe urgente, un coche podía detenerse y llamar a Estambul mientras el otro seguía vigilando. Entonces se me ocurrió una tercera posibilidad. Tufan debía de saber lo del ataque al puesto de guardia. En cuanto se enterara de los detalles —humo, gas lacrimógeno, granadas de impacto, seis hombres con máscara antigás—, supondría que el ataque y el Lincoln estaban relacionados. Si también sabía que el *Bulut* había salido de Pendik y que el Lincoln se había detenido en Corlu, quizá decidiera que se necesitaban refuerzos en esa zona.

La única certeza, decidí amargamente, era que Tufan no sería el «gran cerebro» al

que se le ocurriría comprobar el Museo del Tesoro. Mantendría la absurda idea de los motivos políticos. Bueno, pues le esperaban algunas sorpresas.

En ese momento la señorita Lipp dijo bruscamente:

—¡Karl!

Miller estaba diciendo algo y se calló en seco.

—¿Qué ocurre? —dijo Harper.

—Ese coche marrón que tenemos detrás. Me seguía ayer cuando salí de Estambul. Entonces me di cuenta de que ya lo había visto antes, ese día. De hecho, estaba tan segura que cuando me detuve en Corlu esperé para echarle un vistazo. Como no apareció, supuse que se había desviado en alguna parte y no volví a pensar en él.

—Que nadie se gire —dijo Harper. Movi6 el retrovisor para enfocarlo hacia atr6s. Al cabo de un momento, dijo—: Ve m6s despacio.

Ella obedeci6. Supo lo que ocurrir6. El Peugeot mantendr6 la distancia. Al cabo de un minuto, Harper volvi6 a colocar el retrovisor en su posici6n.

—¿Crees que podr6s despistarlos? —dijo.

—No en esta carretera.

—De acuerdo. Sigue. No parece un coche de polic6a. Me pregunto si...

—¡Franz! —dijo Fischer.

—¿Crees que es una operaci6n para robarnos el bot6n?

—¿Por qu6 no?

—Podr6an hab6rnoslo quitado m6s f6cilmente ayer por la noche, mientras est6bamos en el microb6s —dijo Miller.

—No estoy tan seguro —dijo Harper—. A lo mejor pensaron que ser6a m6s seguro esperar a que sali6ramos de la ciudad.

—Pero Franz no conoc6a esta parte del plan —rebat6 la se6orita Lipp.

—Si te hizo seguir —dijo Fischer—, lo supondr6a.

—Bueno, pronto lo averiguaremos —dijo Harper, serio—. En ese coche solo son dos. Si nos enfrentamos a Franz, probablemente nos habr6n tendido una emboscada un poco m6s adelante con dos secuaces m6s. Ya son cinco. Solo tenemos tres pistolas, de manera que ser6a mejor que primero nos encarguemos de esos. Elige un lugar con 6rboles y sal de la carretera. ¿Entendido?

—¿Puedo girarme para mirar el coche? —pregunt6.

—¿Por qu6?

—Para ver si lo reconozco.

Sabr6a que deb6a hacer algo. Si comenzaban a disparar contra los agentes de seguridad turcos, estos devolver6an los disparos, y no se detendr6an a hacer preguntas, ni les importar6a a qui6n le daban.

—Muy bien —dijo—, pero que parezca casual.

Me di la vuelta.

—¿Y bien? —preguntó.

—No he reconocido el marrón —dijo—, pero detrás hay otro, un Opel gris.

—Es cierto —dijo la señorita Lipp—, ya lleva ahí un rato. Pero ¿y qué? La carretera es demasiado estrecha para adelantar.

—Estoy casi seguro de que ayer por la tarde estaba delante del garaje. —Intenté poner voz de preocupación. No fue difícil.

—Hay muchos Opel grises —dijo Miller.

Harper volvió a mover el retrovisor y lo observaba atentamente.

—Es mejor que tú también eches un vistazo, Leo —dijo muy serio—. ¿Ves la antena?

Miller miró y maldijo.

—Podría ser una coincidencia —dijo.

—Podría. ¿Quieres arriesgarte?

—No —dijo Fischer.

—Yo tampoco —dijo Miller—, ¿y qué podemos hacer?

Harper se quedó pensativo un momento. Luego dijo:

—¿Cuánto falta para Corlu?

—Unos tres kilómetros —contestó la señorita Lipp.

—Entonces nos habrá tendido una emboscada entre Corlu y Edirne.

—¿Y?

—Que en vez de girar a la izquierda en Corlu y dirigirnos a Edirne, cambiaremos nuestros planes y tomaremos la carretera de la derecha.

—Pero eso nos lleva de vuelta a Estambul —objetó Miller.

—No llegaremos a la ciudad —dijo Harper—, solo hasta el aeropuerto. Cogemos el primer avión que salga.

—¿Y dejaremos el coche? —preguntó la señorita Lipp.

—No te preocupes, querida. Podremos comprar una flota de Lincolns cuando vendamos ese montón de piedras.

De repente todo volvían a ser sonrisas.

Intenté pensar. Apenas eran las siete y media, y el trayecto desde Corlu al aeropuerto de Estambul, en Yesilköy, duraría más de una hora. Era miércoles, así que el Museo del Tesoro permanecería cerrado hasta el día siguiente. A no ser que el «gran cerebro» ya se hubiera puesto a pensar, o a no ser que Tufan hubiera decidido olvidarse de inexistentes tramas terroristas y dejar que la policía supiera lo que estaba ocurriendo, lo más probable era que dentro de un par de horas Harper y compañía estuvieran fuera del país. En ese caso, si alguien debía detenerlos, tendría que ser yo. La cuestión era: ¿quería detenerlos? ¿Por qué no seguir con ellos y cobrar mis dos mil dólares?

Aún seguía cansado y confuso, pues de lo contrario habría recordado que solo podía haber una respuesta a eso: mi pasaporte no era válido, y ninguna línea aérea me dejaría coger un vuelo. Pero en lugar de esa respuesta, en mi mente apareció otra estúpida cuestión, y la formulé estúpidamente.

—¿Y yo estoy incluido en esto?

Harper se volvió en su asiento y me miró fijamente. Entonces eligió una de esas sonrisas frías y desagradables que tan poco me gustaban.

—¿Incluido, Arthur? ¿Qué te ronda por la cabeza? ¿Quieres hacer un rápido trato con Franz, por ejemplo, o incluso con la policía?

—Claro que no. Solo quería estar seguro.

—Bueno, pues ya somos cinco los que queremos estar seguros. No te preocupes, Arthur, hasta que no estemos en el avión con el botín a salvo, no irás solo ni a mear. O sea, que ya ves si estás incluido.

Fischer y Miller rompieron a reír. Me fijé en que la señorita Lipp dividía su atención entre la carretera que tenía delante y los coches que llevábamos detrás.

Llegamos a Corlu y giramos a la derecha para tomar la carretera principal a Estambul. Harper comenzó a organizar el cambio de planes.

—Lo primero que hay que hacer es sacar el material de la puerta. Hans, es mejor que cambies de sitio con Arthur. Arthur, puedes empezar ahora mismo.

—No puede —dijo Fischer—. Hay siete tornillos en las puertas traseras. Si están cerradas no puede llegar, hay que abrir la puerta.

—¿Hay que abrirla del todo?

—Casi.

Harper se quedó mirando las pesadas puertas. Tenían bisagras en la parte posterior, y se abrirían contra el viento. Íbamos a más de noventa por hora. No podía plantearse quitar el panel mientras estuviéramos en marcha. Harper asintió.

—Muy bien. Esto es lo que haremos. En cuanto lleguemos al aeropuerto, Elizabeth y Leo se llevarán todos los pasaportes, comprarán los billetes y rellenarán los formularios de los pasaportes y el impreso de aduanas. ¿Entendido?

Todos asintieron.

—Entonces yo les seguiré para comprobar el número de vuelo y la hora de embarque, para que todos sepamos de cuánto tiempo disponemos. Entonces volveré al coche y Arthur nos llevará al aparcamiento. Una vez allí, abriremos la puerta y sacaremos el material. Cuando esté fuera, Hans irá a buscar a los mozos y descargaremos el equipaje. Dejaremos el coche en el aparcamiento. ¿Alguna pregunta?

—Podríamos descargar el equipaje mientras el coche está en la entrada del aeropuerto —dijo Miller.

—Podríamos. Si nos sobra tiempo. Si no, será mejor asegurar primero el botín.

—Necesitamos el equipaje para la aduana —intervino la señorita Lipp—. A la gente que no lleva equipaje la registran de arriba abajo.

—De acuerdo. Descargaremos el equipaje y dejaremos el resto para luego.

Se oyó un murmullo de asentimiento. Miller preguntó:

—Si hay dos vuelos disponibles que salen casi al mismo tiempo, ¿cuál cogemos?

—Si uno sobrevuela mucho territorio turco, si va, pongamos, a Aleppo o a Beirut, cogeremos el otro. De lo contrario, cogeremos el primero que salga.

Siguieron discutiendo qué ciudad preferían como destino. Yo me preguntaba qué ocurriría si les decía que mi pasaporte estaba caducado. De Harper solo esperaba una reacción; si no podían llevarme con ellos ni se atrevían a dejarme porque sabía demasiado, tendrían que eliminarme. Habría un cadáver en el coche que dejarían en el aeropuerto. Por otro lado, si esperaba a que me pidieran el pasaporte en el aeropuerto, no podrían hacer nada. Yo podría ponerme a gritar como un loco, exigir ver a un agente de seguridad y decirle que se pusiera en contacto con Tufan. Cierto, los tres hombres iban armados; pero aunque consiguieran salir a tiros del aeropuerto, yo tendría más oportunidades de seguir vivo.

—¿Más problemas? —preguntó Harper—. ¿No? Muy bien, entonces dadme los pasaportes.

Casi vomité, pero conseguí disimularlo tosiendo.

Fischer me pidió que se lo sacara del bolsillo interior de la americana. Miller le entregó el suyo a Harper y este lo hojeó. Le entregué el de Fischer.

La señorita Lipp dijo:

—Mi bolso está en el suelo. Mételes dentro, si quieres.

—De acuerdo. ¿Dónde está el tuyo, Arthur? —*¿Alguien no ha entregado sus deberes?*

Estuvo mirando mis datos.

—¿Sabes una cosa, Arthur? Te habría echado tres años más. Demasiado *ouzo* y demasiado poco ejercicio, ese es tu problema. —Y entonces, como era de esperar, cambió de tono—. ¡Un momento! ¡Este pasaporte caducó hace dos meses!

—¿Qué está caducado? ¡Es imposible! —*Sé que he entregado mis deberes con el resto, señor.*

—¡Míralo! —Se inclinó hacia mí y me lo colocó delante de la nariz.

—Pero no tuve problemas para entrar. ¡Mire, ahí está el visado!

—¿Y eso qué más da, estúpido? ¡Está caducado! —Me miró furioso, y a continuación, de manera inesperada, se volvió hacia la señorita Lipp—. ¿Qué piensas?

Ella contestó sin apartar los ojos de la carretera.

—Cuando te vas del país los de inmigración están más interesados en comprobar que los impresos de salida se hayan sellado. No habrá problema. Lo importante es el

control en el mostrador de la compañía aérea. Ellos son responsables en el puerto de desembarque si los papeles no están en regla. Tendremos que añadir una renovación.

—¿Sin un sello consular?

Se quedó pensativa un momento.

—Creo que en mi bolso hay un sello de correo aéreo suizo. Podemos utilizarlo. Me apuesto diez contra uno que no se fijarán en si hay algo escrito encima. De todos modos, les daré conversación para despistarlos.

—¿Y cuando aterricemos? —preguntó Miller—. ¿Y si lo cogen allí?

—Entonces ya es su problema —dijo Harper.

—No si lo mandan de vuelta a Turquía.

—No se tomarán tantas molestias. No es tan grave. La policía del aeropuerto lo retendrá hasta que la compañía aérea se ponga en contacto con el cónsul egipcio y consiga que este arregle la renovación.

—Desde el principio no ha sido más que un estorbo. —Naturalmente, eso lo dijo Fischer.

—Esta noche ha sido bastante útil —observó la señorita Lipp—. Por cierto, esa renovación debería estar escrita con su letra. ¿Estaría en árabe?

—En francés y en árabe. —Harper pegó el sello sobre el espacio para la renovación—. Muy bien, Arthur. Aquí lo tienes. Escribe en el centro del sello: «*Bon jusqu'au*» y, veamos... pon hasta el diez de abril del año que viene. Y luego escríbelo en árabe. Supongo que sabes, ¿no?

Hice lo que me dijo —como siempre— y le devolví el pasaporte.

En ese momento no sabía exactamente cuál era mi situación. Si el avión se dirigía a Atenas, a lo mejor conseguía salir de todo aquel asunto; todavía podía recurrir a mi *permis de séjour*. Pero si me dirigía a Viena, Fráncfort o Roma, o (aterrador) a El Cairo, entonces estaría con el agua hasta el cuello. Tendría que esperar a saber si se dirigían a Atenas o no antes de decidir si seguía con ellos o intentaba quedarme en tierra. De todos modos, ahora sería más difícil quedarme allí. Harper y Fischer no me quitarían ojo de encima, y ningún funcionario se fijaría en mí por mi pasaporte caducado, por lo que no serviría de mucho gritar pidiendo ayuda. Harper me lanzaría un rápido directo en la mandíbula, pondría alguna excusa —«Lo siento. Nuestro amigo tropezó y se golpeó la cabeza con la maleta. Se recuperará en un momento. Nosotros nos encargamos de él»—, y ahí terminaría todo. Tenía que confiar en los coches de vigilancia. El único problema era que antes de que pudieran volver a contactar con Tufan estaríamos en el aeropuerto. No sabía si habría tiempo suficiente para que aquellos hombres de los coches extrajeran las conclusiones correctas y emitieran las órdenes necesarias.

Pero se me ocurrió una manera de retrasar sus planes. Al acabar de poner el panel de la puerta, me había metido el destornillador en el bolsillo. Sabía que en el coche

no había otro.

Mientras cruzábamos Mimarsinan, a unos quince minutos del aeropuerto, conseguí sacar el destornillador del bolsillo y dejé que se deslizara sobre el asiento hasta quedarme sentado encima de él. Minutos más tarde fingí rascarme las piernas y lo hundí entre el cojín del asiento y el respaldo. Si quería irme, podía «encontrarlo»; si quería retrasarlos, podía pasar un rato buscándolo por el suelo. Me dije que, al menos así, tendría cierto control sobre la situación.

Entonces la señorita Lipp comenzó a preocuparse por el Peugeot y el Opel.

—Aún nos siguen —dijo—. No lo entiendo. A estas horas Franz ya habrá imaginado adónde nos dirigimos. ¿Qué crees que va a hacer?

—Suponiendo que sea Franz —dijo Miller de repente.

—Y si no es Franz, ¿quién es? —preguntó Fischer, irritado—. No puede ser la policía, o ya nos habrían detenido. ¿Quizá sea Giulio?

—Menuda idea —replicó Miller—. Giulio es de los nuestros. Tú no. Si lo fueras, no dirías algo tan estúpido.

Poseo una capacidad única para la autodestrucción. Amablemente, dije:

—A lo mejor es Franz. Quizá cree que volvemos a la villa. Si lo hiciéramos, sería por esta carretera.

Harper volvió la cabeza.

—¿Y cuándo se dará cuenta de que no volvemos, Arthur?

—No lo sabrá hasta que giremos a la derecha para ir al aeropuerto.

—¿Cuánto falta para la salida?

—Unos nueve kilómetros.

—¿Y qué distancia hay entonces?

—Unos dos kilómetros.

Miró a la señorita Lipp.

—¿Crees que podrías perderlos para que no nos vean coger el desvío?

—Podría intentarlo.

El Lincoln pegó un acelerón. Minutos más tarde vi cómo la aguja del cuentakilómetros rebasaba los ciento treinta.

Harper se volvió. Al cabo de un minuto dijo:

—Sorpréndelos.

—Vamos demasiado deprisa por esta carretera —fue todo lo que dijo ella. Tampoco parecía preocuparla demasiado. Adelantó a dos coches y un camión como si estuvieran parados.

Por entonces ya sabía que había cometido un grave error, e hice lo que pude para repararlo.

—Hay un puente a poco más de un kilómetro —la advertí—. La carretera se estrecha. Tendrá que aminorar.

No contestó. Yo comenzaba a sudar. Si el coche de vigilancia nos perdía, sería mi final.

Adelantó un convoy de camiones del ejército unos cincuenta metros antes de llegar al puente. Al otro lado, la carretera serpenteaba un poco, así que tuvo que reducir a cien; pero cuando me volví, ya no se veía el coche. Cuando pegó un frenazo y giró a la derecha para coger la salida del aeropuerto, Harper soltó una risita.

—Si quieres esa punta de velocidad que los demás no alcanzan —proclamó en tono burlón—, no hay nada, pero nada, como un Lincoln Continental.

Tampoco hay nada como sentirse un completo idiota. Cuando aparcamos delante del edificio del aeropuerto, las piernas me temblaban más que el labio inferior de Geven. Miller salió del coche y se metió en el edificio antes de que el coche se detuviera. La señorita Lipp y Harper le siguieron, mientras Fischer y yo entregábamos a un mozo el equipaje que había en el coche, el mío incluido.

No pude evitar mirar hacia la carretera que llegaba al aeropuerto, y Fischer se dio cuenta. Sonrió ante mi temerosa angustia.

—No tengas miedo. En este momento están de camino a Sariyer.

—Sí. —Sabía que al menos uno de ellos lo estaría; pero también supuse que los hombres de los coches no eran unos completos idiotas. Cuando no vieran el Lincoln en la carretera, el segundo coche daría media vuelta y cogería la carretera del aeropuerto. ¿Cuánto tardaría en ocurrírseles? ¿Cinco minutos? ¿Diez?

Harper salió del edificio y se acercó a toda prisa al coche.

—Hay un reactor de Air France a Roma —dijo—. Tiene plazas. Embarca en veinte minutos. En marcha.

Llevé el coche al aparcamiento, una zona cercada con valla metálica delante de la curva de la carretera que acababa delante del edificio, un poco más allá de la parada de taxis. Ya había unos cuantos coches, así que, siguiendo las instrucciones de Harper, entré marcha atrás en una plaza vacía que había entre dos automóviles.

—¿Dónde está el destornillador? —preguntó Fischer.

—En el suelo. —Yo aún estaba dando marcha atrás y lo veía buscarlo.

—Debe de haber rodado debajo de uno de los asientos —dijo Harper impaciente—. Muy bien, Arthur, déjalo aquí. Abramos las puertas para encontrarlo.

Aparqué, salí del coche e inmediatamente comencé a mirar debajo de los asientos. En un Lincoln no hay gran cosa que ver. No hay espacio entre el asiento y el suelo.

—¡Por amor de Dios! —dijo Harper furioso. De repente me agarró la chaqueta—. Te lo habrás metido en el bolsillo. —Comenzó a darme palmadas a los bolsillos.

—Lo dejé en el suelo.

—Bueno, pues ahora no está —dijo Fischer.

Harper miró su reloj.

—Deben de haberlo sacado con el equipaje.

—¿Voy a echar un vistazo?

—No, saca uno de la caja de herramientas.

—No hay —dijo Fischer—. Antes me he fijado.

—De acuerdo, ve a ver si se nos ha caído al suelo al sacar el equipaje.

Mientras Fischer echaba a correr, Harper miró el coche que había a nuestro lado, un Renault, e intentó abrir las puertas delanteras. Naturalmente, estaban cerradas. Entonces intentó abrir el maletero. Para mi sorpresa, se abrió. Al cabo de un momento tenía una funda de herramientas en la mano y sacaba un destornillador.

Sonrió.

—Si aparece el propietario, se lo compraremos como recuerdo —dijo, y enseguida se puso a trabajar en el panel de la puerta del Lincoln.

Yo estaba totalmente desesperado, de lo contrario nunca habría hecho lo que hice; pero mientras estaba allí mirando boquiabierto oí el sonido del motor en marcha. No había acabado de colocar el coche con los demás cuando me hizo detenerme, y se me olvidó apagar el motor.

La puerta del asiento del conductor estaba abierta, y también las dos de atrás. Harper estaba acucillado sobre el panel de la derecha, en el lado del coche opuesto al mío.

Volví la mirada hacia la entrada del aparcamiento para asegurarme de que Fischer no regresaba, y entonces actué. Fui hacia la puerta del conductor, me incliné hacia delante como si fuera a apagar el motor, y volví la cabeza.

Harper estaba agachado sacando uno de los tornillos que había junto a las bisagras.

Me deslicé con suavidad en el asiento del conductor para que el coche no se moviera, y pasé la palanca de transmisión de «Aparcar» a «Conducir». El coche dio una sacudida. En ese momento pisé fuerte el acelerador.

Oí un golpe cuando la puerta lo lanzó hacia atrás, giré el volante y me dirigí a la entrada del aparcamiento.

Cuando faltaban unos cinco metros para llegar, pisé el freno y las dos puertas de atrás se cerraron de golpe. Por el retrovisor vi cómo Harper se ponía en pie. Mientras cerraba la puerta que había a mi lado volví a acelerar y salí a la carretera. Un momento después estaba en mitad de la curva de entrada. Un coche que iba delante me hizo aminorar la velocidad. Por el retrovisor vi cómo Harper corría hacia la parada de taxis. Apreté el claxon y el coche de delante se apartó. Entonces salí de la curva y entré en la carretera.

Había recorrido poco más de un kilómetro cuando el Opel pasó a mi lado en dirección contraria. Le hice señas de manera frenética, pero siguió adelante. Me daba igual que pensarán que me había vuelto loco. Solo quería alejarme de Harper.

Seguí conduciendo hacia Estambul hasta que por el retrovisor vi que el Opel me

seguía. Entonces me detuve.

No era culpa mía que hubieran tardado tanto en alcanzarme.

—El director no está contento con usted —me informó Tufan.

Estuve a punto de decirle adonde se podía ir el director, pero logré contenerme.

—He recuperado el material robado —le recordé en tono brusco—; tiene los nombres y la descripción de la gente que lo robó. Sabe qué se hizo y cómo se hizo. ¿Qué más quiere?

—A la mujer y a los tres hombres —me espetó.

¡Menuda cara!

—No fui yo quien les dejó coger ese avión a Roma —dije.

—Fue su estupidez quien lo permitió. Si no le hubiera entrado el pánico, si se hubiera parado inmediatamente cuando vio el Opel en lugar de seguir conduciendo como un loco, estarían todos en la cárcel. De hecho, reconocieron a mis hombres y se dieron cuenta de su error. No teníamos información suya. Cuando pudimos restablecer el contacto, se habían escapado.

—Pueden arrestarlos en Roma. Pueden extraditarlos.

—No sin pruebas que justifiquen la extradición.

—Las tiene. Le he contado lo que pasó.

—¿Y qué valor cree que tendría su testimonio en un tribunal italiano? —preguntó—. Usted entró explosivos de contrabando. ¿Quién va a confirmar su relato del robo posterior? El historial que tiene de usted la Interpol le desacreditaría. ¿Algún tribunal va a extraditar a cuatro personas basándose en su palabra, sin prueba alguna que la respalde? Se nos reirían en la cara.

—¿Y qué me dice de Giulio y Enrico?

—Han tenido la sensatez de no decir nada útil. Ellos alquilaron un yate. Decidieron dar un paseo nocturno. Los abordaron los hombres dentro de un bote que afirmaron que su motor se había estropeado. Los llevaron hasta Serefli y los desembarcaron allí. ¿Es un delito? Mañana la policía los soltará. No podemos hacer nada. Su error, Simpson, consistió en no seguir nuestras órdenes.

—¿Qué órdenes, por Dios?

—Las órdenes que le di en esta misma habitación. Usted tenía que informar. No lo hizo. Fue una desgracia que nadie viera el paquete de tabaco que dejó caer en el garaje, pero tuvo otras oportunidades. Podría haber informado en Serefli. Podría haber dejado caer su licencia de guía en el puesto de guardia cuando entraron en el museo. Le faltó imaginación. No tenemos más remedio que abandonar la investigación.

—¿También la del ataque al puesto de guardia?

Parecía un hombre que, tras darse cuenta de que lleva la cremallera de la bragueta

abierta, ha decidido que no le queda más remedio que hacer como si nada.

—Oficialmente ya se ha comunicado a la prensa —dijo con arrogancia— que todo fue un infructuoso intento de volar un tren por parte de elementos disidentes.

No se me ocurrió un comentario educado a esas palabras. Así que me encogí de hombros y miré el cuadro de la deposición de Abdul Hamid que había sobre su cabeza.

Tufan se puso en pie, como si diera por acabada la discusión, y se alisó la pechera de su guerrera.

—Por suerte para usted —dijo—, el director no está insatisfecho del todo con cómo ha acabado. El departamento ha recuperado el botín de un importante robo del que la Policía Criminal no sabía nada. Eso demuestra que no estamos a merced de los sucesos, sino que los controlamos, nos anticipamos. Usted nos ha sido de cierta utilidad. Como resultado, el director me ha autorizado a pagarle una bonificación.

—No puedo estar más de acuerdo. ¿Cuánto?

—Cinco mil liras, además de un permiso para cambiarlas por moneda extranjera, dólares o libras esterlinas, al cambio oficial.

Por un momento me dije que debía de haber un error.

—¿Liras, comandante? Supongo que quiere decir dólares, ¿no?

—Quiero decir liras turcas —contestó fríamente.

—¡Pero esos son quinientos dólares! ¡Doscientas libras!

—Aproximadamente. También se ha tenido en cuenta que se perdieron su equipaje y efectos personales. Además se retirarán los diversos cargos de contrabando que pesan contra usted. Se remitirá a la Interpol un informe favorable acerca de usted. Creo que estará de acuerdo en que se le ha tratado de manera generosa.

Un puñetazo en la barriga no podría haber sido más generoso.

Abrí la boca para decirle que ojalá estuviera ahora en Roma, pero me callé. A estos policías se les va la fuerza por la boca. ¿Para qué añadir más?

—¿Iba usted a decir algo? —me preguntó.

—Sí. ¿Cómo voy a salir del país?

—El director ha convencido al cónsul general británico de que le proporcione un documento de viaje para ir de aquí a Atenas. Podría decirle que no ha sido fácil. Al final el cónsul aceptó como un favor personal al director. Además, se le ha reservado un billete de avión para el vuelo de Olympic Airways a Atenas de las cinco. A las tres y media un representante del consulado le entregará el documento de viaje en la oficina de Olympic Airways que hay junto al hotel Hilton. Si me dice en qué moneda quiere cobrar la bonificación, un representante del departamento estará allí para entregarle el dinero.

—Me gustaría cobrar en dólares.

—Muy bien. Supongo que eso es todo. No le veo demasiado contento.

—¿Por qué iba a estarlo?

Se encogió de hombros.

—A lo mejor cree que le habría ido mejor escapando a Roma. Sepa que no. Si esas joyas hubieran dejado el país, habríamos tenido pruebas suficientes para hacerlas volver, y usted habría sido el primero en ser arrestado. ¿Por qué no se considera afortunado?

—¿Recuerda que Harper tiene una carta que yo escribí?

—¿Por qué iba a enviarla ahora?

—Para vengarse de mí.

Negó con la cabeza.

—Es a usted a quien se le olvida algo. No tiene manera de saber cuánto averiguó usted de ellos y cuánto nos ha contado. Ni siquiera yo estoy seguro. Por lo que a él se refiere, cuanto menos contacto tenga usted con la policía, mejor. —Sonrió—. Ya ve, ambos tienen intereses comunes.

—Muy gratificante.

—Incluso podría plantearse vivir honestamente a partir de ahora.

Trabaja, Simpson, pues llega la noche.

Debería haber enviado a la mierda a ese cabrón hinchado como un pavo; pero temí que entonces me quitase la bonificación. Hasta unas migajas es mejor que nada. Así que le ofrecí una imitación de la sonrisa más desagradable de Harper e intenté hacerle ver cuánto lo despreciaba. No creo que lo consiguiera. Tenía la piel tan gruesa con un elefante.

Esta vez me escoltó hasta la puerta de la sala de guardia un sargento. No me quitó el ojo de encima, como si fuera a robar algún cuadro. Cuando salí a la calle, no había taxis. Es imposible coger un taxi en la entrada del Palacio de Dolmabahçe. Tuve que caminar casi un kilómetro antes de encontrar uno, lo que aún me puso más furioso.

El representante del departamento parecía un policía de paisano. Me vigiló atentamente mientras firmaba el recibo del dinero, y no apartó los dedos del papel para que no se lo robara. No tenía un pelo de tonto. Sabía que hay que andarse con ojo cuando tratas con sinvergüenzas.

El representante del consulado general de Su Majestad Británica de Estambul era un funcionario estirado que me hizo firmar un papel por el que yo aceptaba que la concesión de un documento de viaje no constituía reconocimiento alguno de que yo fuera o pudiera llegar a ser ciudadano del Reino Unido. Cuando lo firmé, le dije lo que podía hacer con él.

Mientras volaba de vuelta a Atenas, aquello me dio una idea.

Había estado pensando en Nicki y en si de camino a casa me pararía a comprarle una estola de marta. Hacía tiempo que quería una, y me dije que con el dinero

americano que tenía podría conseguir una estola realmente barata, por treinta o cuarenta dólares. Así sería «papi» al menos durante un mes. Es decir, si no se había ido mientras yo estaba fuera. Estaba decidiendo que sería mejor que primero lo comprobara, cuando la azafata se detuvo junto a mi asiento.

—¿Nacionalidad, señor?

—Británica —dije.

Me entregó un impreso de control de pasaportes para que lo rellenara y pasó al siguiente asiento.

Había dicho «británica» sin pensar. ¿Por qué? Porque me considero británico, porque soy británico.

Saqué el documento de viaje y lo observé. También afirmaba que yo era británico. Sin embargo, me habían hecho firmar un papel en el que se afirmaba que no lo era. Por tanto, el documento de viaje podía considerarse un reconocimiento de mi reivindicación de la ciudadanía británica. El otro papel no era importante, pues yo lo había firmado bajo coacción. No le puedes arrebatar la nacionalidad a un hombre negándote a reconocer su derecho a ella. La Ley de 1948 es clara. La única manera de perder la ciudadanía británica es renunciando a ella. Yo jamás había renunciado a ella. En concreto, no renuncié a ella al aceptar el pasaporte egipcio. Puesto que los egipcios dicen que mi nacionalización egipcia no tiene validez porque declaré cosas que no eran ciertas, entonces no tiene validez...

El Gobierno británico no puede jugar a dos barajas. O soy egipcio o soy británico. Los egipcios dicen que no soy egipcio y nunca lo he sido. Yo digo que no soy egipcio y nunca lo he sido. Mi padre era oficial británico. Yo soy británico.

Por eso he sido tan completamente franco y sincero. No pido que me aprecien. No pido que me quieran. No me importa que me detesten, si con eso algún funcionario tiquismiquis va a ser más feliz. Es una cuestión de principios. Si es necesario, llevaré mi caso ante las Naciones Unidas. Ya dieron una lección a los británicos por lo de Suez; que les den otra por mi caso. Puede que yo sea un don nadie, y a lo mejor hay quien considera que me huele el aliento, pero ahora ya no estoy meramente indignado. Estoy furioso.

Y se lo advierto al Gobierno británico. Me niego a seguir siendo una anomalía. ¿Ha quedado claro? Me niego.



ERIC AMBLER. Nacido en Londres, Reino Unido, el 28 de junio de 1909, fue un escritor británico considerado el inventor de la novela de espionaje moderna. También fue guionista y productor cinematográfico. Falleció el 22 de octubre de 1998.

Eric Ambler tuvo una infancia feliz. En 1928 obtiene su título de ingeniero, pero prefiere dedicarse a la publicidad, profesión que ejercerá hasta finales de la Segunda Guerra Mundial y que alternará con la novela. Entre 1936 y 1940, escribe seis novelas de espionaje que se convertirán en clásicos.

Una vez enrolado, permanecerá en el ejército británico durante seis años, sirviendo en los batallones de propaganda cinematográfica, escribiendo guiones y realizando filmaciones en los lugares de batalla, en donde conoce a John Huston). Tras la guerra prueba sin éxito la aventura americana en Hollywood. Escribe algunos guiones, pero al cabo de poco tiempo regresa a la novela. Decide volver a Europa en 1958. Siguió escribiendo numerosas novelas hasta 1981.

La contribución de Eric Ambler será fundamental para elevar el thriller a la categoría de literatura noble. La novela negra será el género preferido por Ambler, ya que le permitía expresar sus opiniones políticas, aunque nunca caerá en las ilusiones de las utopías. Sus personajes son personas normales, en muchas ocasiones llegadas a espías sin pretenderlo, anti-héroes vapuleados por fuerzas que les superan con mucho. A menudo Ambler utiliza su experiencia en los negocios y su formación como ingeniero para dar verosimilitud a sus relatos, sirviéndose de un muy británico

sentido del humor y de un estilo de escritura inimitable.

Sus novelas más destacadas son: *Peligro extremo* (1937), *Motivo de alarma* (1938), *La máscara de Dimitrios* (1939), *Viaje al miedo* (1940), y *La luz del día* (1962) galardonada con el premio Edgar en 1964 a la mejor novela.

Notas

[1] Que se pronuncia «leiter», donde la *i* suena cerca del paladar. (N. del T.)<<

[2] Letra de una canción de guerra compuesta en 1917 por Fred Godfrey. (*N. del T.*)<<